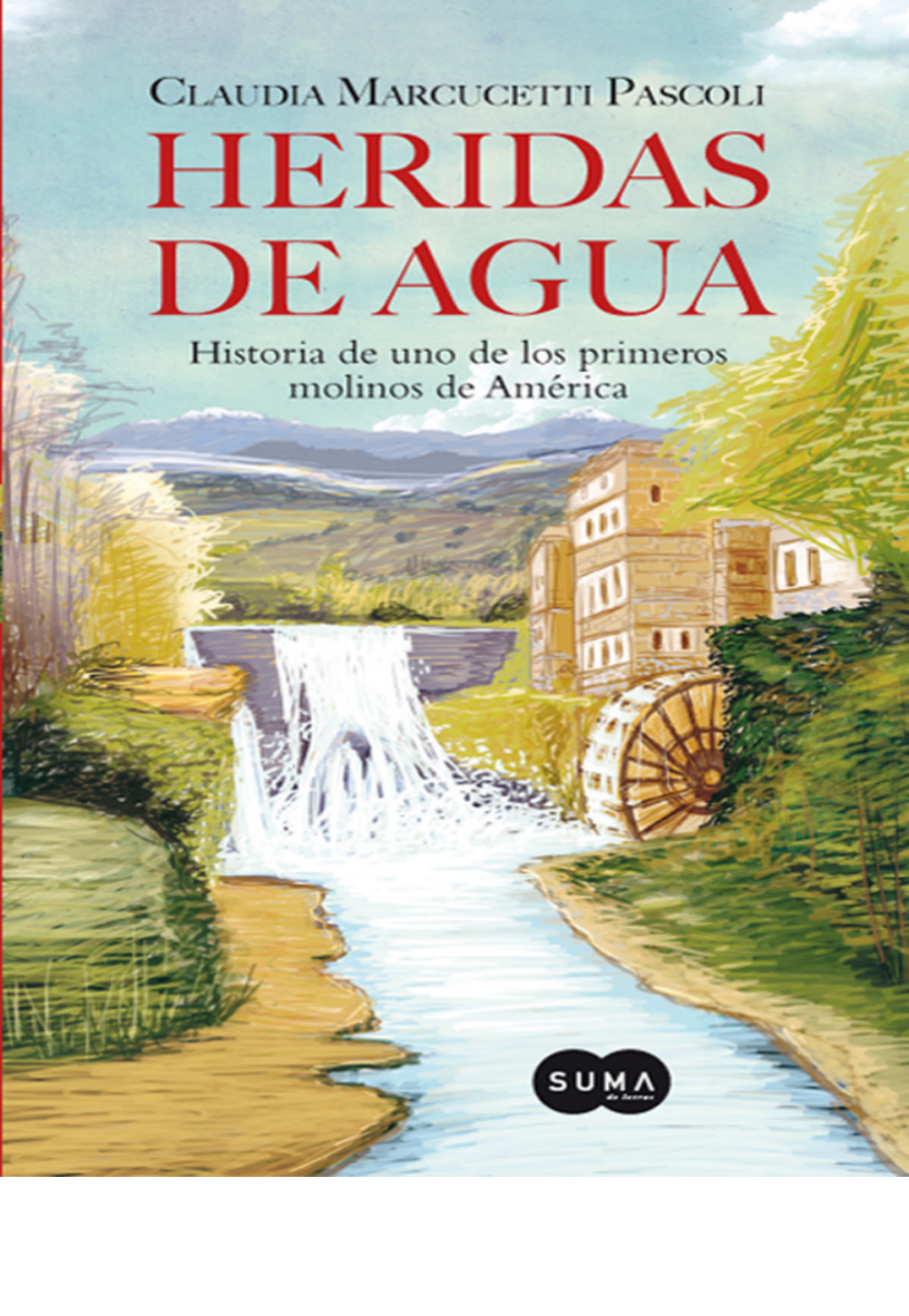
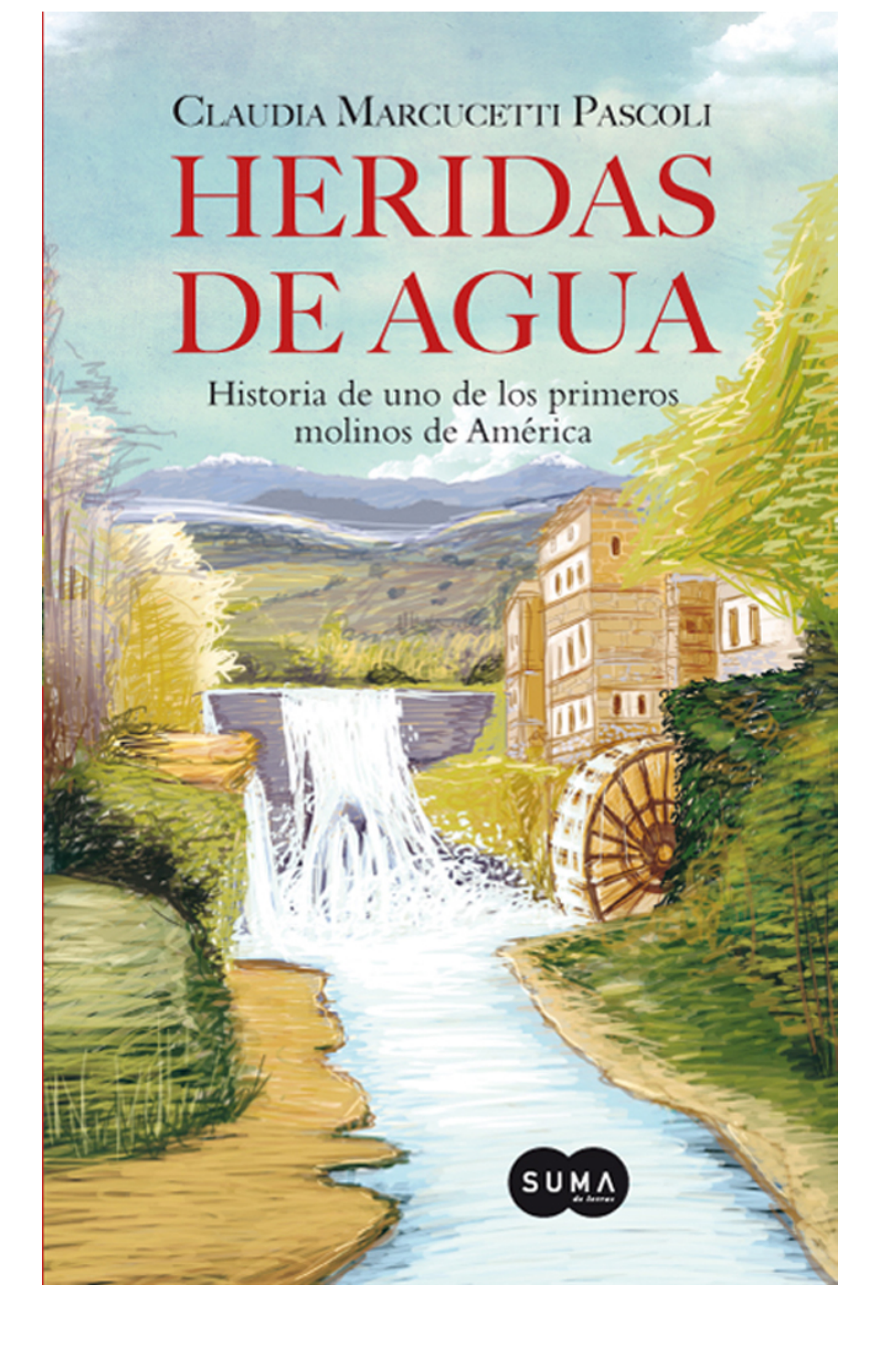

CLAUDIA MARCUCETTI PASCOLI
HERIDAS
DE AGUA
Historia de uno de los primeros
molinos de América
SUMA



CLAUDIA MARCUCETTI PASCOLI
HERIDAS DE AGUA
Historia de uno de los primeros molinos de América
SUMA

HERIDAS DE AGUA

LA HISTORIA DEL MOLINO DE SANTO DOMINGO

Claudia Marcucetti Pascoli



Fuego

Tlalman

Chalco

Amecameca

10

Tepetlastoc

R. de Tescuco

R. de Papalotla

Estapaluco

Texcuco

chalco

Atengo

chiautla

S. Xpl

Molino

2 Peñol

Cuitlahuac

HYDROCAMELO

Peñol del Marques

S. Marta

S. Gean

Sta Maria

Laguna de Mexico

Dos Leguas

Laguna de Chalco

Cruz

Estapalapa

Peñol

Baños

MEXICO

Mexicalz.

Zuchimilco

Guadalupe

Sta Clara

S. Antonio

S. Juan

Tepepan

S. Augustin

Piedad

Chiribusco

Rio de Cuioacan

Rio de S. Juan

S. Angel

Chapultepec

Tenayuca

Rio de Tlaneplantla

Rio de Escapuzalco

Tacuba

Escapuzalco

Molinos

Tacubaya

Xalatlaco

Tlaneplantla

Remedios

Tacuba

Tulasco

S. Fe

Atlapilco

A Alberto Baz, quien fue mi esposo, nació, vivió
y fue velado en el molino de Santo Domingo
†24 abril 1998
A Anna Pascoli, mi madre
†2 noviembre 2010
A Marco Marcucetti, mi padre
†15 noviembre 2010
A Salvador Izquierdo, mi compañero,
socio y amigo
†15 mayo 2011

Quien no llena su mundo de fantasmas, se queda solo.
Antonio Porchia

La arquitectura es el testigo insobornable de la historia.
Octavio Paz

EL MOLINO DE SANTO DOMINGO
(1896-1914)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Nací al amanecer del día de san Crisanto, el 25 de octubre de 1529, en una de las colinas reflejadas en los lagos de la gran Tenochtitlan, a la ribera izquierda del río Tacubaya. Era una mañana resplandeciente y pudo haber sido tranquila si no hubiera habido cientos de indígenas afanándose a mi alrededor. Después de ajustar las varas de distancia entre las líneas trazadas con cal en el suelo, dos ayudantes de campo dieron la orden que inició la excavación. Otros tantos traductores la transmitieron a quienes aún no comprendían bien su lengua y surcos de tierra húmeda se abrieron a golpes de pala. Con la impaciencia de un padre frente al alumbramiento de su hijo, el maestro de obras, un hombre venido de los extremos del mundo, más precisamente de un lugar llamado Extremadura, observaba el dibujo que había realizado el día anterior. Estaba afligido por no haber logrado aún llevar a cabo la instrucción que le fuera encomendada por don Hernando Cortés tiempo atrás, antes de que regresara al sitio de donde había llegado. Este caballero, que sus soldados llamaban “el gran conquistador” y algunos indios consideraron su Dios, llegó a mis parajes cansado de la escasez de uno de sus más anhelados regocijos: el pan de cada día. El principal sustento de los de su raza, producto indispensable para que su gente se acoplara al nuevo mundo, provenía del cultivo del trigo y significaba un paso más hacia la conversión definitiva de esas tierras.

Desde que había comenzado la reconstrucción de la destruida capital mexica, el capitán general de la Nueva España, según lo que el mismo Cortés pregonaría ser, adquirió junto con ese calificativo el compromiso de que la España nueva fuera lo más parecida posible a la vieja, y eso valía también para sus habitantes. Los nativos podían continuar comiendo maíz, su tonacayo sagrado, que representaba su origen o “su propio cuerpo”, según el significado mexica, creían que estaba más vivo y tenía más alma que ellos mismos. Sin embargo, sería su obligación convertirse a la religión católica y cambiar varias de sus otras costumbres, como su concepto del tiempo y sus rituales sangrientos.

Apenas la primera cosecha de trigo fue recogida, y con el doble objetivo de tener harina para las hostias de las misas y de que sus vasallos pudieran llevar la misma dieta que en la madre patria, don Hernando tuvo a bien aprovechar las heridas de agua en las barrancas del lugar que se conocía como Atlacuihuayan y que con el tiempo se llamaría Tacubaya. En el arranque de las colinas que conformaban ese sitio estableció las primeras moliendas, a base de simples paletas de

madera y canjilones, colocados directamente en las caídas del río que descendía vigoroso desde las montañas circundantes. Para entonces los que venían de lejos y preferían pan de trigo eran tantos que la todavía exigua producción no daba abasto. Por este motivo el recién nombrado presidente de la Real Audiencia, más conocido por canalla y rufián que por su nombre, Nuño de Guzmán, aprovechó la ausencia de su acérrimo enemigo Cortés para apurar mi construcción. Mandó erguir en mi loma, justo a un lado de un pequeño centro ceremonial usado por los mexicas para pedirle a sus dioses abundancia, un gran edificio destinado a albergar el almacenamiento y procesado del grano. Mismo que le otorgaría, aunque fuera por un breve periodo, no sólo el mérito de haber materializado lo que su rival nada más alcanzó a ordenar, sino el beneficio del negocio del cereal.

A marchas forzadas y al atardecer de ese mismo día la primera piedra fue colocada, aunque, si he de ser sincero, debo confesar que no era ni la primera, ni la segunda. Hubo varios intentos anteriores, que incluyeron la demolición de algunas construcciones mal logradas. Mi nacimiento, el de uno de los primeros mexicanos, fue posible sólo gracias a la unión de la experimentada mano de obra indígena, que había llevado a cabo con ingenio los monumentos de su imperio, y de la avanzada tecnología ibérica, que logró traer a su gente hasta aquí, pero esto no fue fácil ni rápido menester. Pasaron incluso algunos meses antes de que el responsable de las obras pudiera comprobar que había encontrado al fin el emplazamiento idóneo para que la fuerza del agua girara la rueda en las entrañas de este humilde molino. Y pasaron años antes de que las piedras y amalgamas que me conforman tomaran un aspecto similar al que adquirí. Y pasarán siglos todavía para que las sangres que aquí se mezclaron borren sus diferencias y acepten mi linaje.

Esa noche, al terminar los trabajos de excavación de la tierra, el hombre que los dirigía tuvo el embriagador presentimiento de haber encontrado la solución adecuada para llevar a cabo su obra y por ello se sintió feliz. Tan contento estaba que por primera vez le sonrió a la joven indígena que solía traerle comida en los descansos y que, siempre curiosa y alerta, lo merodeaba. Los senos de esa joven, oscuros e insinuantes, sus dientes claros y el misterio de sus ojos pardos lo habían atraído desde el primer encuentro hacía algunos meses, pero sus preocupaciones laborales y sus prejuicios le impidieron mostrar antes algún tipo de interés. Ella, al verlo de pronto tan entusiasmado, lo tomó del brazo y, adivinando el deseo que lo invadía, le manifestó con la mirada el suyo propio. Así fue como el español de conquistador pasó a ser conquistado. Tras un matorral y envueltos en la discreción del crepúsculo, los dos enamorados

consumieron sus pasiones, permitiéndome sentir la diversidad de la que estoy hecho.

En la génesis de esta nueva raza no sólo fue necesaria la penetración de una mujer, sino la de la tierra misma, en la que se hundieron mis cimientos de acuerdo al sistema constructivo peninsular. Un método muy diferente al de las construcciones prehispánicas –cuyos restos quedaron enterrados en mí– en el que usaban los basamentos piramidales para colocar encima de ellos templos y palacios.

Fui construido para alimentar a quienes llegaron a un nuevo mundo, pero también para unir gentes distintas en un solo pueblo y formar con ellas primero un reino, después un país. Y eso hice, con puntualidad y esmero, durante siglos. Siglos que avanzaron lentos y ajenos, sin que me afectaran particularmente ni las transformaciones que sufrí, ni las historias que llevo grabadas en mis muros, ni las que tuvieron lugar fuera de ellos. En este largo periodo observé a los hombres, seres frágiles y defectuosos aunque capaces de proezas tales como la de mi concepción, nacer, morir, amarse, odiarse y hasta matarse. Sin embargo no me enfrenté a mi propia existencia hasta el día en que una mujer decidió sepultar su cuerpo en mi suelo, pasear su espíritu por mis espacios y quererme como nadie lo había hecho antes. Gioconda es su nombre y fue con su muerte que me dio vida, volviéndose mi madre, mi hija, mi amada… y mi fantasma.

Todo lo de este mundo se acabará,
pero la eternidad durará siempre.

Yo soy la resurrección y la vida;
quien cree en mí,
aunque hubiere muerto vivirá.

Palabras de N. S. Jesucristo
San Francisco de Sales



AYER

En algún momento de la noche

FALLECIÓ

EN EL SENO DE LA SANTA IGLESIA CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA, LA SRA. DOÑA

Gioconda Cattaneo de González Núñez

---------- o ----------

Su esposo, hijo, padres y hermanos, al participarlo a Ud. poseídos del más profundo dolor, le suplican eleve a Dios Nuestro Señor las preces que su piedad le dicten por el eterno descanso del alma de la finada.

Tacubaya, Mayo 27 de 1896

*

José Crescencio González Núñez y Suárez de Peredo permaneció largo rato inmóvil de rodillas frente al altar, mientras a través de la claraboya en lo alto del muro veía la lluvia caer. El oscuro lunar de su sien, que recordaba los chiqueadores usados en otros tiempos por las criollas para embellecerse y del cual estaba orgulloso a pesar de su apariencia inquietante, desapareció por un momento bajo su mano derecha. Se santiguó lentamente, volteó hacia el retrato de su esposa Gioconda, que a su vez lo veía alegre desde el marco colocado encima de la tapa del ataúd. La misa de cuerpo presente había concluido y según el sacerdote podía ir en paz, al igual que las decenas de personas que habían escuchado la homilía en la capilla del molino. José Crescencio, quien parecía más joven de sus cincuenta años gracias a su musculoso y ejercitado cuerpo, estaba por levantarse del reclinatorio de terciopelo rojo cuando una lágrima corrió por su mejilla. ¡Al fin! Llevaba toda la mañana intentando sin éxito provocarse la más común de las demostraciones de dolor, por lo que el viudo se volvió para mostrarla a la concurrencia.

En el austero templo de vigas de madera y muros encalados había muchos que dudaban de su desaliento. Sabían que lo que Gioconda representó para González Núñez fue la oportunidad de emparentar con los Cattaneo, la familia de virreyes que otrora había gobernado el

Reino de las dos Sicilias. La joven, a causa de su característica más emblemática, que algunos llamaban rebeldía, otros libertinaje y otros más indulgentemente extravagancia, había aportado al matrimonio una considerable dote. Su padre no había querido escatimar en gastos para librarse en forma decorosa de una hija incómoda, aun a costa de perjudicar el mayorazgo de su casa, que veía así disminuir sus bienes.

Las bodas tuvieron lugar en Nápoles, donde los contrayentes se conocieron por medio de una parienta común, lejana y alcahueta, que se encargaba de mantener lo más unida posible la estirpe borbónica de la cual ambos descendían. Después de la celebración, una sencilla e íntima ceremonia en la que los miembros de la familia brindaron por los novios con el vino producido por la casa Cattaneo, se trasladaron a la que José Crescencio había descrito a su familia política como lo hiciera Alexander von Humboldt a su llegada a México: la Ciudad de los Palacios. Allí vivían desde el año 1884, en una antigua casona con vocación palaciega y formas introvertidas de la calle Plateros, ubicada en el centro de la capital. A pesar de los lujos y las comodidades de su nuevo hogar, uno de los edificios más ricamente adornados de la ciudad, Gioconda había comenzado pronto a evitarlo, ausentándose de allí, y de su esposo, cada vez que podía. La razón de esa distancia era que ya en su país de origen, José Crescencio había resultado ser muy distinto al hombre galante y considerado que ella conoció en Italia. Durante el día, se la pasaba practicando la cacería, su actividad favorita, tanto si concernía a animales como a mujeres. Mientras que en las raras noches que entraba a la alcoba de su consorte, la poseía, sin caricias, ni palabras, con una sábana nupcial de por medio y con el sólo y evidente objetivo de preñarla. Gioconda, cuando todavía estaba ilusionada por conseguir el amor de quien había escogido por marido, había intentado llevar estos encuentros al terreno sensual de las más diversas maneras: un día le había lamido las orejas, otro le mordió la espalda, otro más le mostró su cuerpo desnudo e incluso una vez se había acariciado, como había descubierto en la soledad que le producía placer hacerlo y como hubiera deseado que él lo hiciera, acompañando su atrevido gesto con ardientes gémidos. Ésa fue la única ocasión en que logró que José Crescencio reaccionara: su marido, con tal de no escucharla, le puso una almohada sobre la boca, apretándola tan fuerte que si ella no lo hubiera instintivamente golpeado con el candelabro que buscó a tientas en el buró, hubiera acabado asfixiada. Así de escandalizado estaba de que su esposa, que según sus estrictos cánones debía ser digna, pura y sobre todo frígida, fuera capaz de las mismas vulgaridades que sus amantes. Así que poco a poco Gioconda, herida en su más profundo amor propio e incapaz de entender a su compañero de vida, empezó a resignarse a que su

matrimonio fuera un asunto de meras apariencias. Por eso a menudo visitaba el Sanatorio de Orizaba, donde hacía curas termales, o se exiliaba en la finca de Tacubaya.

A unos cuantos kilómetros de la capital, la finca constaba de un viejo molino de agua aún activo, de algunos molinos y trojes de factura más reciente y de las tierras que los circundaban. Esta propiedad había sido otorgada a Juan Suárez por su cuñado, Hernán Cortés, después de que éste expulsara del país a Nuño de Guzmán para recuperar así lo suyo. Se especulaba que la razón de este regalo había sido la de compensar a la familia de su esposa, Catalina, por su misterioso fallecimiento. Cortés, muy dado a la vida licenciosa, había discutido públicamente con su esposa, recién llegada de Cuba, y al día siguiente ella había amanecido asfixiada en la cama que compartieron. Nadie supo qué sucedió esa noche en el Palacio del Conquistador en Coyohuacan, lo único cierto es que en la mañana el viudo lloraba desconsoladamente y desde ese día se mostró muy generoso con los miembros de la familia de la finada, favoreciéndolos con propiedades y dignidades.

A la muerte de Juan Suárez, sus herederos perdieron dicha finca por sus deudas con la Caja Real, que a su vez se la vendió a los frailes dominicos. Estos últimos fueron quienes la tuvieron en su poder durante los casi tres siglos que duró el Virreinato y la convirtieron en un importante centro industrial que comprendía los molinos de Portales, Los Alfileres, El Rey, Valdez y La Santa Fe, así como el más antiguo, el de Santa Rosa, que gracias a los frailes fue conocido como el de Santo Domingo.

En 1804, con el objeto de financiar sus guerras, la Corona española emitió una cédula que ordenaba la consolidación de los vales reales para hacer así efectivo el cobro de todas las hipotecas de su colonia. El molino de Santo Domingo y sus anexos, así como un gran número de propiedades tanto eclesiásticas como civiles, fueron embargados y luego subastados al mejor postor. Este despojo fue uno más de los motivos que incendiaron el largo movimiento que empezó con la fracasada conjura del hijo de Cortés, que aspiraba a obtener la independencia de la Nueva España. Posteriormente, ya en los albores del siglo XIX, el país inició un periodo de cambios, guerras civiles e intervenciones, durante el cual la finca se dividió y pasó a diferentes manos, para regresar gran parte de ella a los dominicos, que lograron comprarla nuevamente. Pero poco tiempo después de esta adquisición, el gobierno de Benito Juárez promulgó las Leyes de Reforma y desamortizó los bienes del clero, y el molino y sus tierras se pusieron de nuevo en venta.

Fue entonces cuando Gioconda conoció esa propiedad. Llegó a caballo, en compañía de su marido, que le estaba mostrando los alrededores de la ciudad y más precisamente el pueblo de Tacubaya. Desde la llanura a ella le había llamado la atención la loma, la primera del circuito montañoso que rodeaba el amplio valle y que parecía alcanzarle las montañas, pero sobre todo captó su mirada el altísimo edificio de seis pisos que la coronaba. Le inquirió a José Cresencio sobre la construcción, y él le contó orgulloso que ese viejo molino había sido de sus antepasados. Subieron hasta allí al galope y Gioconda llegó sudada, y tan excitada, que al traspasar la reja de acceso se enamoró inmediatamente de la arquitectura austera y simple de sus construcciones, el edificio del molino antiguo y sus trojes, de su privilegiada posición dominando la cuenca, de la vegetación desenfadada que se movía al ritmo del aire fresco, así como de la libertad que imaginó disfrutaría en ese discreto paraje, que además sería solamente suyo. La mágica e inexplicable atracción que de pronto desprende una cierta persona o un cierto lugar que los vuelven únicos para su admirador, aunada al espíritu rural de Gioconda y su gran pasión por la naturaleza y la vida al exterior, le hicieron pensar en la idea de poseer ese sitio. Así que cuando se enteró de que la propiedad estaba en venta le expresó a su marido el deseo de comprarla.

José Crescencio, por su parte, no tenía el menor interés por el campo, ni por las prodigiosas vistas que deleitaban a su mujer, ni por sus incomprensibles extravagancias, pero con esa adquisición veía cumplido uno de sus más anhelados sueños. Aunque fuera por conducto de su esposa, la familia González Nuñez volvía a poseer lo que alguna vez fuera de sus antepasados, los Suárez, cuyo escudo de armas llevaba la altanera insignia de “Sola su Virtud le ofende, Fuerza ajena ni le toca, ni le prende”. Lema que describía bien el sentir de este anacrónico caballero, quien, para recuperar lo que según sus ambiciones le correspondía, no tuvo inconveniente en que Gioconda enajenara uno a uno los terrenos y propiedades que formaban parte de su herencia perdida. En su afán de que la importancia de sus ancestros quedara perpetuada en su persona, en ese consolidado patrimonio veía algo más valioso que una simple porción de suelo: la posibilidad de recuperar los privilegios de patricio al beneficiarse de la considerable cantidad de dinero que éste generaría a través de la molienda y que le permitiría vivir como tanto añoraba.

*

Al escudriñar a los asistentes al funeral de su esposa, José Crescencio vio muchas caras tristes. Más allá de la muerte de Gioconda, en los últimos años los mexicanos habían tenido varias razones para acongojarse. En la misma misa estaban presentes varios que habían adquirido deudas en oro y cuyos negocios habían quebrado a causa de la crisis financiera ocasionada por la depreciación internacional de la plata; otros habían perdido a sus seres queridos a causa de los estragos de la viruela y del tifo; una señora tuvo que presenciar la ejecución de su familia en un ataque de bandoleros, que asaltaban las carreteras a pesar de la vigilancia de los rurales; y otros, los más vulnerables y quienes hacía apenas unas semanas rezaban para pedir el fin de las sequías que amenazaban con dejarlos sin comer, ahora lo hacían para que las inundaciones de los últimos días no provocaran más daños.

De pronto González Nuñez cruzó la mirada con la del único hijo que había parido su mujer, quien había desaparecido misteriosamente desde la muerte de su madre y que, empapado por la lluvia que seguía cayendo, en ese momento entraba en la capilla. Giminiano, un niño de actitud esquiva y escasos diez años, evitó la mirada de su padre que fue hacia él con los brazos tendidos para abrazarlo. El jovencito se mantuvo tieso y se limitó a susurrar unas enigmáticas palabras en la oreja del viudo:

—El nochtototl está muerto —dijo soltando inadvertidamente unas gotas de orina de lo nervioso que estaba.

El conde pensaba, tal y como su antepasado el cronista Juan Suárez de Peralta, que las aves eran la porción más entrañable de la naturaleza mexicana y les tenía una devoción casi enfermiza, especialmente a su rarísimo nochtototl, un diminuto y colorado ejemplar con el que acababa de enriquecer su colección. Al enterarse de la muerte del pájaro, supo de inmediato que su hijo lo había matado y tuvo ganas de golpearlo. Contuvo su ímpetu por miedo al juicio de la gente, mientras sentía la culpa descender lenta y pesadamente por sus vísceras, al igual que las lágrimas que al fin descendían copiosas de sus ojos.

*

Gioconda Cattaneo de González Núñez se sintió muy ligera, cincuenta y cinco kilogramos menos para ser exactos. Enfundada en una nube de muselina blanca dio una vuelta por la casa del molino, la que tanto le gustaba a pesar de ser tan sólo un modesto albergue. Pero más allá de su predilección por este sitio, en el instante en que nuevas sensaciones

la acechaban, se sentía protegida en ese lugar que conocía tan bien y que siempre la había resguardado diligentemente. Después de revolotear en sus recuerdos y en las habitaciones de la planta baja, atravesó los anchos muros de mampostería y salió al jardín. Como cada tarde, caminó entre los encinos y las columnas de cantera del huerto adyacente a la iglesia y entonces vio pasar su féretro, que a través de la tapa permitía observar su cuerpo inerte. Verse así, un conjunto de piel, huesos y pelos, fue una revelación estremecedora: al parecer, y sin que entendiera cómo había sucedido tal cosa, estaba muerta. Confundida y frustrada ante su nueva condición, se sentó en su banca favorita y se resignó a presenciar su entierro. Esperó a que el ataúd, y los cuatro hombres que lo cargaban, pasaran a su lado. Cuando los tuvo a tiro, estiró la pierna y le hizo una zancadilla al más mustio de los cargadores: su esposo. Hubiera querido que cayese postrado frente a ella pidiéndole perdón por haberle fallado en el papel de héroe fogoso que otrora le asignara, pero su pie pasó inadvertido y el cortejo siguió adelante, sin percibir su presencia y, peor, sin desviarse de su camino. Por primera vez desde que se percató que había fallecido sintió que un dolor la inundaba: ¿era eso, entonces, la muerte? ¿Un estar aislado sin posibilidades de comunicación, demasiado similar al que experimentó en vida? Su omnipresente molestia se acentuó justo cuando una de las damas que seguía la pequeña procesión repetía en sus oraciones: “Gracias, Señor, por ahorrarle más sufrimientos”.

Desconcertada, Gioconda se acercó lentamente al hoyo que iba a recibir sus restos y lo miró perpleja. Luego declaró en voz alta, y como si alguien pudiera oírla:

—Si mi cuerpo no ha de irse de aquí… ¡mi espíritu tampoco! —El enojo que le provocaba no recordar siquiera lo que le había sucedido la rebasó y al pronunciar esas palabras sintió que una parte de sí se iba con ellas. Un vaho espeso las acompañó mientras se transformaban en una ráfaga de viento que fue a despeinar precisamente a su marido.

*

Gioconda nunca había sido lo que se dice sumisa y al parecer no iba a comenzar ahora. Más bien todo lo contrario, pues a pesar de las ilusiones que algunos abrigan al respecto, acababa de comprobar en carne propia que la muerte no cambia absolutamente nada, por lo menos no en lo concerniente al espíritu. Su esencia y su sentir se conservaban tal y como habían sido en vida.

En concordancia con sus raíces napolitanas, Gioconda era visceral, estruendosa, desordenada, terca, desobediente y, por supuesto, vengativa. Es decir, representaba la suma exponencial de los rasgos más conflictivos de sus compatriotas y desde niña había hecho caso omiso de la voluntad de sus padres, los príncipes de Sant'Elia, quienes debido al inexcusable comportamiento de su hija intentaron por todos los medios encontrarle un acomodo conveniente. Un acomodo que protegiera el buen nombre de la familia en sociedad, que a su juicio se encontraba amenazado por una mancha que los napolitanos temen más que a la muerte: l'scuorno, la vergüenza de tener una hija con caprichos, libertades y arranques imposibles de controlar.

Dicho propósito resultó bastante difícil de llevar a cabo. A los nueve años Gioconda se negó a permanecer en el convento donde la habían recluido con la intención de despertar en ella la vocación eclesiástica, que le correspondía tradicionalmente por ser la más pequeña entre sus hermanos. Sus padres le adornaron su partida a dicha institución alegando que había recibido un mandato del Altísimo, que ni ella, con su energía desbocada y su volcánico carácter, podía atreverse a contradecir. Pero ni así funcionó la treta.

—Dios no contesta —fue la queja de la niña al recibir la visita de sus dadores de vida después de una temporada de retiro conventual, del que intentó varias veces escaparse. Su madre, al oírla hablar de ese modo, se persignó asustada y le rogó a san Gennaro, patrono absoluto de la ciudad de Nápoles y suyo propio, que intercediera ante el Todopoderoso para que éste se le manifestara de algún modo a su hija y le devolviera la fe que con tanto ahínco ella le había inculcado. En cambio, su padre se apuró en hacer los cuernos, de costado y con su mano izquierda, para ahuyentar la iastemma, la maldición de tener una hereje en casa.

Al poco tiempo, el afanoso deseo familiar que se empeñaba en convertir a Gioconda en novicia tuvo que ser abandonado gracias a una coincidencia histórica: el recién constituido Reino de Italia confiscó los bienes de la iglesia, quitándole todos sus haberes al convento a donde iban a dar las Cattaneo que no eran requeridas para la continuidad dinástica. La pérdida de esta institución religiosa no duró mucho. Las mismas monjas, la mayoría perteneciente a la más alta nobleza de la ciudad y poseedora de amplias riquezas, compraron al nuevo Estado su antiguo hogar y muy pronto todo volvió a ser como antes. Todo salvo que la congregación se negó a recibir a la que, ya convertida en una jovencita, tuvo el atrevimiento de presentarse desnuda ante la madre superiora. Con tal de no volver a la prisión conventual, Gioconda, haciendo gala de todo su arrojo, le informó en

esa visita a la estupefacta religiosa que Dios continuaba sin responderle, y si se había quitado la ropa era para que el Santísimo la reconociera tal y como la había traído al mundo, a ver si así se acordaba de ella. A partir de ese momento, en el que tuvo que abandonar definitivamente los votos, a la joven, de curvas pronunciadas y piel tersa, le dio por aligerarse de ropas muy seguido, con la excusa de que no había razón para esconder el cuerpo. Frente a esta nueva manía, el compungido príncipe decidió encontrarle otra solución a su dilema filial y escogió un nuevo destino para su hija.

Con la esperanza de que su falta de pudor desapareciera, Gioconda fue enviada lo más lejos posible, a un moderno sanatorio en los Alpes suizos donde curaban a los enfermos de tuberculosis. Este sitio recibía también a quienes necesitaban "tranquilidad y reposo", que según las costumbres de la época eran recetados a todos aquellos cuyas personalidades o ideas resultaban incomprensibles para el resto de los mortales. Desde que llegó a la montaña, la adolescente detestó las interminables tardes postrada en la tumbona de alguna de las terrazas del chalet con la obligación de permanecer quieta debajo de una cobija. Para evitar el tedio al que la habían condenado, se propuso experimentar un enamoramiento, de esos inoportunos, cegadores y arrebatados, es decir como los que eran descritos en las novelas románticas que en su aburrimiento devoraba. El objeto de su deseo fue un doctor flaco, pelirrojo y casado que se volvió el blanco de una verdadera persecución y que rehuía asustado a la intensidad de esa paciente tan poco paciente. El acoso se volvió tal que Gioconda consiguió provocar un escándalo y orilló al director de la institución, presionado por los convalecientes mimados, a pedirle a la fanciulla de prendas ligeras y obsesiones pesadas, que volviera por donde había llegado.

De regreso a casa, el último intento de su parentela por encontrar un sitio adecuado a la alcurnia, y a las extrañezas, de Gioconda fue la vía nupcial. Spusarizio, proclamó el príncipe alegando que lo único que a estas alturas tranquilizaría a su hija era un buen marcantonio, dicho popular que se refería más que a un macho, al miembro masculino. Convencido de que el matrimonio y las actividades que lo conciernen podían curar casi todos los males femeninos, el desesperado padre renunció a la avaricia que lo caracterizaba y tomó la costosa decisión de conceder la mano de su hija. Pero los candidatos a consorte, la mayoría primos hermanos o de menos lejanos, le parecieron a Gioconda insignificantes, torpes o más propiamente detestables. Por más que su madre tramó todo tipo de conjuros para llevar a cabo algún aparejamiento, la misión resultó nula. Hasta que apareció el mexicano. Nadie, ni siquiera su nana María que la conocía tan bien,

sospechó que Gioconda, más allá de la curiosidad que le despertaba su futuro esposo, aunada al extraño sentimiento que le hacía sonrojar las mejillas, había aceptado a José Crescencio González Núñez, a ese hombre compacto, de brazos cortos, cara redonda y ojos inquietos, por una razón específica: la idea de conocer México la seducía. Había escuchado, de boca de la locuaz alcahueta que los presentó, tantas historias acerca de ese país, exótico y exuberante, que soñaba todas las noches con visitarlo. La galopante imaginación con que Gioconda decoraba a esa tierra lejana comenzó al rescatar de entre los muchos recuerdos de familia guardados un viejo programa de la ópera Motezuma del compositor Antonio Vivaldi. Probablemente uno de sus antepasados había asistido, en el lejano 1733, a la hasta entonces única representación de ese drama épico, llevada a cabo en el Teatro Sant'Angelo de Venecia y había guardado el colorado folletín. En el momento que Gioconda lo abrió y vio los sugerentes dibujos, recreó en su mente los escenarios más esplendorosos, llenos de plumas de aves variopintas, brillantes tesoros y torsos morenos. Y desde entonces su fantasía no había descansado. Al conocer a quien sería su prometido, la joven concluyó que largarse a un sitio que le parecía tan atractivo como el hombre que la pretendía, que si bien no era guapo tenía una personalidad arrolladora, iba a ser la solución a su divagar. Y aunque no resultara exactamente así, por lo menos pondría la suficiente distancia entre ella y una familia que le imponía demasiadas limitaciones. Con esta idea se comprometió, ignorante del destino que la esperaba del otro lado del océano.

*

Fortunato Imana sintió que una parte de su largo y espigado cuerpo, la más desobediente de todas, se rebelaba del encarcelamiento del pantalón que traía puesto. Le dio pena que en tales circunstancias le sucediera semejante inconveniencia pero intuyó que frente a tanta tristeza era mejor no combatir un impulso vital. Al desabrocharse la bragueta, el recuerdo de Gioconda inundó la humilde vivienda donde se encontraba y su deseo por ella, lejos de aplacarse, incrementó. El ritmo de sus frotaciones, que habían comenzado como piadosas caricias a su adolorida intimidad, también fue aumentando, hasta que el ejemplar número 142 del diario Monitor Republicano sufrió el desfogue de su pasión justo encima de la esquela que anunciaba la muerte de su amada. Poco le importó tan imprudente tino. Fortunato no sabía leer, ni siquiera en italiano, su idioma natal, y tal vez por esa razón sintió un doble alivio en su desahogo: el del cuerpo hacia el amor vedado y el del odio hacia un mundo que lo prefería ignorante.

Uno de los empleados del sanatorio La Luz de Orizaba fue quien le relató que la mujer que fuera huésped eventual de esa clínica había pasado a mejor vida. Como prueba de sus palabras, el mozo le obsequió el periódico procedente de la capital que contenía la nota y que ahora yacía, húmedo y pegajoso, en su catre.

Habían pasado diez años desde que Fortunato abandonara Gemona, un pueblo encallado al comienzo de los Alpes Cárnicos, en la región del norte de Italia llamada Friuli, para embarcarse en el vapor Atlántico y en la hazaña de cruzar el mar e intentar un futuro mejor, tal como dictaba la ilusión del emigrante. Una ilusión compartida con millones de personas que estaban, y seguían estando, dispuestas a cualquier sacrificio con tal de progresar: el desarraigo, la humillación, la nostalgia e incluso a arriesgar el propio pescuezo. Para muchos europeos de entonces América representaba la única posibilidad de tener la vida digna y próspera que sus países les negaban. Fortunato había trabajado durante los inviernos en Alemania, pero a causa de las precarias condiciones económicas de dicho país, esa emigración eventual había dejado de convenirle. Para colmo la cosecha de grano del modesto campo familiar llevaba tiempo siendo muy escasa y los impuestos, en especial sobre la molienda, habían incrementado excesivamente. Así que tuvo que utilizar sus pocos ahorros para sobrevivir y, al no ver esperanzas de mejoramiento para el siguiente año, dudaba siquiera de poder cubrir las necesidades más básicas de su recién formada familia. Por eso, cuando en el pueblo empezó a comentarse un anuncio del periódico local en el que ofrecían un atractivo trato para mudarse a un país cuyas bondades eran resaltadas por todos los que leyeron el artículo que allí aparecía, la consideró una oportunidad que no debía desperdiciarse. Su presencia, junto con la de los otros cuatrocientos veintiocho compañeros que viajaron en el mismo navío, era requerida por el gobierno mexicano con el propósito de fundar una colonia que explotara las inagotables tierras de esa nación. El contrato que firmó con la Sociedad G. Rovatti y Compañía, empresa dedicada al reclutamiento de braceros, incluía el transporte hasta su destino, la asignación —con un mínimo aporte— de unas cuantas hectáreas de terreno de cultivo, herramientas para trabajarlas y un sueldo que permitiría su supervivencia hasta la recolección de la primera cosecha.

Fortunato y sus compañeros de travesía fueron enviados a poblar unas incomunicadas tierras en las afueras de Huatusco, justo donde las montañas del altiplano comienzan su descenso hacia el mar y muy cerca del nevado Pico de Orizaba, la cima que a su llegada marítima parecía guiarlos desde tierra firme como un surrealista faro blanco. Una colina con vista al llano fue el sitio escogido por las autoridades

para fundar la colonia, que llamaron como el mandatario cuyo gobierno formuló el acuerdo que los trajo: Manuel González.

Allí se encontraba el italiano ahora mismo, en la casa que con sus manos y después de mucho trabajo y privaciones edificara. Se estaba aseando cuando una mujer, que se debatía a mordidas y patadas, fue introducida a la habitación por los dos hombres que la sujetaban. Apenas lo vio, alcanzó a zafarse y se precipitó sobre él, quien en contraste con el significado de su nombre, se sintió extremadamente desafortunado de tener por esposa a semejante energúmena.

*

Al desembarcar en el puerto de Veracruz, el 20 de octubre de 1885, Margherita, la esposa de Fortunato, tenía el ánimo y las defensas muy bajos a causa de la escasa alimentación, la falta de higiene y los trastornos del viaje. Para ella la renuncia a su amado pueblo, del que nunca había salido ni para ir a la feria de la localidad más cercana, no se justificaba ni siquiera ante la amenaza del hambre o la guerra. Si aceptó acompañar a su marido fue solamente porque le había jurado ante Dios obediencia y porque Fortunato le había prometido que si el sitio adonde iban no era de su agrado, se regresarían de inmediato. Pero ni oportunidad tuvo su esposo de descubrir, y eventualmente mostrarle a su mujer las bondades veracruzanas: ni las maravillas del clima, ni la simpatía de los jarochos, ni las exquisiteces de su cocina, ni la grandeza de esa ciudad, que era considerada la puerta de México. No hubo tiempo porque, cuando llegaron a Veracruz, una epidemia azotaba la región, y para evitar que diezmara a los recién llegados, los gobernantes locales apuraron el traslado de la comitiva a Orizaba. La ciudad de la sierra, a mitad de camino entre el mar y la capital, era la primera etapa de su viaje hacia la futura colonia y el descanso obligado de la escalera imaginaria que conducía de la costa a la meseta del altiplano, en cuyo ascenso se observaba un cambio contrastante del clima y del paisaje: de tropical a templado. Una vez en Orizaba y a pesar de las precauciones tomadas muchos enfermaron. En tres días, Margherita se había puesto amarilla como un girasol podrido, orinaba y escupía sangre y pasaba la mayor parte del tiempo inconsciente. Víctima del vómito negro, trascurrió su primer mes de estancia en México acostada sobre un petate en el edificio comunitario que el gobierno había acondicionado para recibir a los italianos. Cuando Fortunato estaba por perder las esperanzas y se resignaba a tener que hacer de padre y madre de Ángela, la hija que habían procreado apenas un año atrás, su esposa volvió en sí. Tenía la mirada

perdida y el cuerpo consumido, pero aún en esas penosas condiciones reunió las fuerzas necesarias para pararse del suelo y abalanzarse a puñetazos sobre su marido. Había perdido la razón o, más bien, había encontrado una razón para seguir viviendo: librarse del hombre que la había traído a ese sitio tan hostil. A partir de ese momento la trastornada Margherita, que había enfermado también de epilepsia e incluso de locura, se obsesionó con matar a Fortunato, quien habiéndose negado a llevarla de vuelta a Italia, representaba su mayor impedimento para regresar a casa. Con miras a conseguir su propósito utilizó los más distintos métodos: el primero fue acuchillarlo, pero su mínima destreza sólo alcanzó a hacerle unos cuantos rasguños a la curtida piel de su marido. Después de ese primer fracaso se le ocurrió estrellarle una olla en el cráneo, lo que fue inútil porque si en algo se distinguía su cónyuge era en tener la cabeza particularmente dura. La de Margherita tampoco desentonaba en cuanto a terquedad se refería y sus torpes intentos continuaron durante varios de los difíciles meses que siguieron a su llegada: incluso optó por quemar la tienda de campaña donde dormían, junto con su hija y sus pocas pertenencias. El fuego fue extinguido por sus alarmados compatriotas, quienes desde entonces le pidieron al afligido marido que internara a "la loca" en alguna institución. Fortunato se negó siquiera a considerar semejante alternativa, pues se sentía responsable de la suerte de esa desgraciada que en verdad sufría y convino con el resto de los colonos que se ocuparía personalmente de Margherita, honrando la promesa que le había hecho a ella, a su familia política y a Dios. Durante los largos años de acoplamiento, fiel a su palabra y sin saber cómo controlar a su descontrolada mujer, Fortunato se limitaba a amarrarla, sólo cuando no lograba apaciguarla de otro modo, pero jamás había respondido a ninguno de sus ataques. A lo mucho, ya cuando la desesperación lo invadía, imprecaba contra el Altísimo, pero eso hacían también los demás italianos, y por motivos mucho menos serios. La blasfemia era la más común de las costumbres friulanas y tenía horrorizado al reverendo que los reprendía dura y constantemente. Los groseros colonos se asustaban, pero sólo durante el sermón de la misa, porque apenas salían de la casa de Dios todo seguía igual, o como le gustaba decir al sacerdote: sicurat erat in principio.

Margherita, por su parte, frustrada porque sus agresiones no alcanzaban a librarla de su marido, y cada vez más afectada por ataques epilépticos, sosegó finalmente sus ínfulas asesinas, limitándose a debatirse en el suelo cada vez que una convulsión la azotaba y a golpear a su marido toda vez que lo tuviese a tiro. Tal y como pretendía hacerlo en ese momento. Pero ese día las cosas estaban destinadas a cambiar. Fortunato, aún sensible por la noticia de la

muerte de Gioconda, le asestó a Margherita una bofetada que le hizo sangrar el labio superior. Los presentes, sorprendidos de ver una actitud tan radical en alguien que durante años había aguantado pacíficamente todo tipo de maltrato, temieron por el desenlace de la escena. Margherita en cambio, dejó sorpresivamente de ofrecer resistencia. Con un hilo de sangre chorreándole del labio superior, suspiró tranquila mientras iba a sentarse a la silla más cercana y con un pañuelo se secaba.

*

Porfirio Díaz Mori, con su pecho erguido y su cara tan empolvada que parecía más blanco de lo que en realidad era, no alcanzó a guardar la participación que anunciaba la muerte de Gioconda en el minúsculo sobre que la acompañaba. Un violento cólico lo azotó y antes de que pudiera contener su intestino, un fétido líquido impregnó sus calzones, deteniéndose solamente antes de llegar a la silla presidencial sobre la cual estaba sentado. Pero don Porfirio supo disimular su incomodidad y se limitó a maldecir la sofisticada comida francesa que le habían cocinado. El daño estaba hecho y no deseaba que su secretario particular, ni José Yves Limantour, su ministro de finanzas, se enteraran de las humillantes batallas corporales que estaba librando, así que se apuró a preguntar:

—Y dígame Pepe, ¿cuál fue la causa del deceso de doña Gioconda, que descanse en paz?

—Un accidente, al parecer resbaló en un pozo de agua de su finca de Tacubaya sin que nadie se percatara de ello hasta el día siguiente, cuando la encontraron sin vida. Es todo lo que pude averiguar… —contestó Limantour mientras se alisaba el bigote gris, casi blanco, que le crecía a lo ancho de las mejillas hasta juntarse con su escasa cabellera y se preguntaba en silencio qué es lo que realmente le había pasado a Gioconda.

—Lo siento mucho. Supongo que no alcanzó a convencerla de venderle las tierras que necesita para su proyecto.

—No… —respondió bajando sus ojos azules, que junto con su nariz prominente, eran enmarcados por el canoso circuito velludo que comenzaba en su frente despejada. A causa de su aplomo, de su vientre abultado y de la tristeza que ese día apenas lograba disimular, tenía el aspecto de un hombre mayor, a pesar de haber cumplido apenas los cuarenta y un años.

—Entonces hágame el favor de comunicarle ahora mismo a ese necio de su marido que ya me cansé. Se acabaron los motivos para tenerle consideración: su mujer está muerta, así que si no es por las buenas, pues tendrá que ser por las otras…

José Yves, quien había aprendido a dosificar las palabras de su jefe, asintió y comenzó a dictarle al secretario, que esperaba paciente frente a la máquina de escribir, la carta dirigida al individuo mencionado por su jefe y detestado por ambos:

Muy estimado Señor González Núñez, siento infinitamente la pérdida de su señora esposa y más siento tener que molestarle en estos momentos de luto, pero…

Una nueva y olorosa ventosidad de Díaz interrumpió el dictado; apenas recobró la compostura volvió a dirigirse a Limantour:

—Hágale saber que es su última oportunidad para que le compremos, al precio que usted, Pepe, estime conveniente. Y recuerde: si persiste en no querer venderle le autorizo a expropiar sin pagarle un solo real.

El ministro le aseguró, complacido de ver amparado tan ampliamente el éxito de su misión con esa facultad —que sin embargo hubiera preferido evitar para no sentar un precedente de tal naturaleza—, que de seguro llegaría a un arreglo y continuó:

… como usted ya está enterado, es de vital importancia para nuestro gobierno la compra de los terrenos que unen la capital con Tacubaya. Por este motivo, lo exhorto a concretar a la brevedad la venta de dichos bienes, evitando así una situación penosa que le afectaría irremediablemente.

El primer mandatario de la nación aprovechó la pausa de José Yves para volver a pronunciarse:

—Ese sobrado no tiene los tamaños para medirse conmigo…

Limantour asintió, siempre respetuoso del presidente, y terminó el dictado mientras miraba de reojo y con un dejo de añoranza la misiva fúnebre que había quedado abandonada a la orilla del escritorio:

A veces la patria nos pide sacrificios. Espero lo comprenda y actúe en consecuencia. De Ud. afmo. servidor y amigo. Porfirio Díaz.

Concluyó el dictado.

—¡Despáchelo de inmediato! —ordenó el general, quien tras un nuevo retortijón, procedió a garabatear rápidamente su firma en el papel que le había ofrecido el escribano.

*

Cuando Limantour quedó a solas con el Caudillo, como le decía a don Porfirio, lo notó indispuesto y sintiéndose de pronto él mismo algo turbado, solicitó licencia. Era viernes por la tarde y después de haberle deseado a su compadre un feliz fin de semana, se apresuró a salir del Castillo de Chapultepec, dejando a Díaz en libertad de visitar la letrina según sus apremiantes necesidades. En la puerta del Alcázar lo esperaba una carroza que lo llevaría a su casa: un palacete rodeado de jardines y estanques artificiales en el cercano pueblo de Mixcoac. Después de una escasa media hora de trayecto, la que pasó con la mirada perdida recordando a la finada, en especial su risa explosiva y su llanto desesperado que otrora tanto le habían conmovido, Limantour se encontró frente a una reja que el encargado del acceso le abrió de par en par, mientras el carruaje proseguía despacio hasta el porche de la mansión. La muerte de Gioconda le parecía un imposible, y se preguntaba repetidamente cómo es que tal cosa había podido suceder. Sin embargo, antes de llegar a casa y según era su costumbre, intentó dejar sus pensamientos afuera de la misma. Bajó del coche, subió los nueve peldaños de la escalinata recubierta de mármol de Carrara, cruzó el porticado y entró al vestíbulo de gran altura cuyas puertas fueron abiertas por un mayordomo de guantes blancos y sonrisa falsa. José Yves estaba acostumbrado a la opulencia. Su padre, un capitán de barco nacido en Francia, cuyo apodo era Le Pirate, había amasado una cuantiosa fortuna en el comercio entre las costas mexicanas y las disputadas Californias, llegando incluso a financiar con sus ganancias algunas de las campañas militares de Díaz. El innato gusto por la belleza del ahora ministro se había acrecentado al adquirir conocimientos en materia artística durante sus frecuentes viajes. Su natural sofisticación en cuestiones estéticas superaba no sólo a la de los miembros del gabinete, una especie de corte en la que don Porfirio fungía como patriarca, sino también a la de los representantes del más rancio abolengo nacional, y se reflejaba ampliamente tanto en su vida privada como en la pública.

José Yves dio un vistazo al reloj que se encontraba encima de la escalera, incrustado en la pared entre dos columnas jónicas y sostenido por unas cándidas figuras en yeso, obra, al igual que el resto de la construcción, del arquitecto Mauricio Campos, su protégé. Las

seis de la tarde. María Cañas de Limantour comenzó a bajar lentamente la suntuosa escalera de caoba arrastrando una falda confeccionada a su medida por la modista parisina Berthe Shermond. Cuando llegó a la planta baja, José Yves besó la frente de su esposa, al igual que las de sus dos hijos, María Teresa y Guillermo Manuel, quienes lo rodearon con sus zalamerías. Finalmente se sintió más tranquilo.

La familia estaba reunida, como todas las noches, en el salón de música. Limantour, sentado al pianoforte, interpretaba las últimas notas de la más solemne y aplaudida marcha fúnebre, la segunda de Chopin, la que había elegido para esa luctuosa velada, cuando una mucama se introdujo presurosamente a la habitación. La sirvienta, que traía entre las manos una bandeja de plata sobre la cual reposaba una carta, se excusó por la interrupción explicando que el envío había llegado con la encomienda de entregarlo urgentemente. María, que se encontraba cerca de su marido, alcanzó a reconocer en el sobre el sello con el escudo que los condes del Valle de Orizaba se empeñaban en usar:

—Esa mujer… ¿no se cansará de buscarte? —dijo con una leve mueca de contrariedad, justo antes de que su marido la interrumpiera:

—Esa mujer… está muerta —balbuceó José Yves, mientras escrutaba perplejo el sobre, igual a los que solía recibir de Gioconda, que permanecía desafiante en el centro de la bandeja. Cuando se atrevió a tomarlo entre sus manos y a leer el contenido, se estremeció aún más que si lo hubiese enviado la mismísima difunta.



Al señor

José Yves Limantour

Calle Empresa 8

Mixcoac

México 3 de Junio de 1896

Las graves ofensas a mí inferidas por su persona sólo pueden ser reparadas en el terreno donde los caballeros defienden su honor. Según los principios generales aplicables en estos casos y que se encuentran consignados en los Códigos de duelo, he nombrado a los Sres. Manuel Gómez de Parada y Luis Del Villar para que me representen en la gestión de fijar con Ud. las condiciones de este lance de armas. Recomiendo, como fecha y sitio, pasado mañana al amanecer en el costado norte del Panteón de Dolores. A Ud. le dejo escoger el medio con el cual hemos de batirnos, aunque sugiero pistolas.

Atentamente

José Crescencio González Núñez,
Conde del Valle de Orizaba

CAPÍTULO II

Un edificio de mi envergadura está plantado en lo más hondo: sus cimientos son las simbólicas raíces que unen la tierra con la humanidad. Sus espacios pueden influenciar un destino, cobijar un amor, sobrepasar los límites de una existencia, aunque no lo conseguirán si carecen de alma. Y muchos espíritus me animaron. Los que me concibieron, los que me construyeron y los que en mí siempre trabajaron. Incluso al comienzo del siglo XIX, cuando mis ocupantes se percataron de que lo que consideraban suyo nunca lo había sido, e incluso después de eso, cuando comenzó el vía crucis en el que fui a dar a distintas manos, ni entonces dejé de trabajar. Suspendí mis labores sólo hasta que se fueron definitivamente los frailes, en febrero de 1880, momento en que por primera vez quedé abandonado, a excepción de los cuidados que me prodigaban mis celadores, una familia de mestizos que se trasmitía esa tarea desde hacía varias generaciones. Pasaron años y algunos cambios de gobierno para que, después de que éste me confiscara, tuviera a bien subastarme. Durante dicho periodo y por primera ocasión desde que fui construido, mis corredores estaban vacíos, mis engranajes silenciosos y mis trojes sin reservas de grano. Pero justo cuando parecía que iba a pasar mis últimos días en un largo olvido y un lento deterioro, una voz risueña invadió mi espacio, un cuerpo diminuto acarició el empedrado y un alma intensa circuló por mis ambientes.

La primera vez que Gioconda vino a verme lo hizo acompañada de su marido, quien le explicaba cómo sus antepasados habían obtenido esa propiedad y su título nobiliario. Título que, a causa de las mismas leyes reformistas que le quitaron sus haberes a la iglesia y con las que pudo recuperarme, se quejaba de no poder usar. Según sus palabras, después de que los liberales acabaron con Maximiliano, un emperador llegado del extranjero, y de que se sobrepusieran a los conservadores, toda nobleza que no proviniera del alma había quedado en México nulificada. Mientras me admiraba, Gioconda, escuchaba los relatos del conde, quien no estaba dispuesto a renunciar a su título, contemplando desde mi punto más alto la incomparable vista. Para entonces mis alrededores habían cambiado mucho: molinos, trojes y bodegas habían sido paulatinamente construidos por los laboriosos dominicos. Un poco más lejos de la zona industrial se podían observar algunas casas de verano de antaño, tan distintas a las nuevas residencias que iban surgiendo a gran velocidad por todas partes. Más allá aún se encontraban los baldíos que separaban la Ciudad de México del pueblo de Tacubaya, y que también fueron adquiridos por mi nueva propietaria. Y en el horizonte aparecía intacta la belleza de los

volcanes, alejados de toda necedad humana.

Después de la primera visita de Gioconda, peones sombrerudos y sus respectivos jefes me ocuparon. Caballos, mulas y vacas regresaron a mis establos, mientras frutas, verduras y retoños fueron plantados en mi huerto. La antigua tienda de raya, sitio donde los trabajadores cobraban su sueldo, fue acondicionada y sofisticadas maquinarias llegaron del extranjero. La actividad volvió a mí, pero ella tardó en volver.

La segunda vez que vino Gioconda, llegó sola y silenciosa. Era un domingo de ramos cuando mandó a abrir mi capilla. Construida un par de siglos antes por la orden religiosa de "los predicadores", misma que desde que pisara el Nuevo Mundo se dedicó a defender a los naturales del maltrato y del despojo, esta pequeña iglesia de cantera gris y retablo policromado llevaba tiempo de no ser usada. En realidad los indígenas que aquí trabajaron y que fueron convencidos por los miembros de la congregación a recibir los sacramentos tampoco habían entrado nunca a ese recinto. No les gustaba tener un techo encima de sus cabezas a la hora de comunicarse con Dios. "¿No es el techo un estorbo para hablar con quien según nos dijeron está en el cielo?", cuestionaron los primeros feligreses al sacerdote. El monje, que como todo evangelizador no estaba dispuesto a perder quórum por motivo alguno, se las ingenió para que los indios se bautizaran y oyeran misa al aire libre, en la capilla abierta que improvisó en el atrio. El templo de todos modos era insuficiente para abrigar a tanto converso, si bien puedo asegurar que ese domingo de Pascua cobijó oportunamente a la que se convertiría en mi ama.

Gioconda cerró tras ella las entableradas puertas de doble batiente, se sentó sobre el polvo que cubría las bancas y comenzó a hablar. Para entonces yo estaba viejo y cansado mientras ella apenas pasaba los veinte años y la impaciencia de la juventud le brotaba por los poros, así como el dolor por la boca. Desconsolada le preguntaba una y otra vez a san Gennaro, ya que según lo que entonces dijo, Dios nunca la había escuchado, cuáles eran las razones del lamentable comportamiento de su esposo. No sé si el santo patrono de su ciudad natal, al cual era devota y cuya imagen había depositado en el altar, la haya oído, pero a mí no me quedó más que hacerlo. En sus confesiones se quejaba de haber contraído matrimonio enamorada mientras que su esposo resultó ser con ella un hombre distante y despreocupado. Esa actitud fue suficiente para que Gioconda convirtiera el corazón de su consorte en territorio de conquista amorosa. En cambio él, a causa de las extrañas leyes que rigen la atracción humana y que ella aún no se explicaba, se había vuelto cada vez más ajeno, tanto a los esfuerzos como a los encantos de su esposa.

El cobijo de mis muros no pudo aliviar la tristeza de Gioconda, pero su soledad y su desconsuelo le hicieron encontrar en mí un refugio, volviendo más frecuentes sus visitas. En ellas aprovechaba para llevar a cabo todo tipo de actividades. Se desplazaba hasta río arriba para

refrescarse, paseaba por el jardín donde cuidaba las flores que había plantado, jugaba con su perro y hasta montaba un rocín pinto y chaparro, animal considerado por el caballerango indigno de su jinete. Inicialmente no se quedaba a dormir, pues en ese entonces, a pesar de las varias dependencias y de los amplios espacios que me componían, no había un lugar adecuado para que lo hiciera. Sin embargo fue rápida en ponerle remedio y para que pudiera hospedarse confortablemente mandó acondicionar una parte del edificio antiguo que se encontraba adosado a la iglesia. En la planta baja dispuso los servicios y un magno recibidor de doble altura, mientras que en el segundo piso las habitaciones nobles: el salón de estar, tres cuartos de igual medida y una gran sala de baño.

Un día, sin esperar siquiera el término de las obras, llegó con varios baúles y algunos cuadros y se instaló ahí, ante la mirada atónita de los trabajadores que entraban por el piso inferior y no daban crédito que encima de sus cabezas viviera nada menos que su patrona. En esa ocasión estaba particularmente triste y se quejaba con san Gennaro de que su marido había intentado encerrarla en el sanatorio donde solía hacerse curas, alegando que padecía trastornos mentales. Había logrado escapar, y no deseaba volver nunca más al techo conyugal.

Para entrar a la residencia, Gioconda tenía que atravesar el atrio de la capilla, así que los obreros, principalmente a causa de la costumbre de su patrona de vestirse de blanco y de no dirigirle la palabra a nadie, acabaron por decir que me habitaba un ángel. Un ángel que según sus terrenales obligaciones, se ausentaba solamente para visitar a su hijo, que en esa época su marido no le permitía ver más que en su casa, pero luego volvía a mí, fiel a su único abrigo.

El conde en cambio, de acuerdo a sus señoriales costumbres según las cuales trabajar era una suerte de maldición que había que evitar a toda costa, en ese periodo no había vuelto por mis rumbos más que para controlar al administrador que había dejado a mi cargo. Quien se apareció un día, del brazo de Gioconda, sin aviso previo ni explicación posterior, fue otro hombre.

Informe de la Colonia "Manuel González" Correspondiente al mes de Mayo del 1896

Señor Secretario, cumpliendo con la orden de la Secretaría, me honra trasmitirle que el periodo que hoy me ocupa ha trascurrido con bastante tranquilidad y moralidad, a excepción del incidente que relataré más adelante. Sírvase recibir de forma adjunta la lista de revista del comisario.

Construcciones. Los colonos han suspendido temporalmente la construcción, que hasta ahora había sido por medio de suscripciones voluntarias y abiertas entre ellos mismos, del Juzgado y de la Iglesia. Por el momento no pudimos reunir más fondos para llevar a cabo esas empresas, sin embargo le informo que ambos edificios serán de mampostería con artesonados de madera y conformarán nuestra plaza.

Industrias y comercio. Los mismos giros que el mes anterior.

Trabajos agrícolas. Las rozas están concluyendo y todos los habitantes de la colonia están dedicados a las siembras propicias de la estación.

Morera blanca [Urticáceas]. La temperatura y condiciones de este lugar son favorables a esta planta, pues vegeta con exuberancia, aunque sigue sufriendo los terribles destrozos de la hormiga (himenópteros).

Caña [Gramíneas]. Tanto la grande, que van a destroncar para sembrar, como la plantillita, van bastante bien, especialmente si consideramos las inclemencias del clima en lo que va del año.

Café [Rubiáceas]. Siguen floreciendo y esperamos que del mismo modo fructifiquen.

Naranjos [Auranciáceas]. Las trescientas que se dignó mandar esa Secretaría, están ya sembradas; ojalá que la mayor parte se logren.

Gusano de seda [Bómbix mori]. Aún no nace.

Estado sanitario. Algunos casos de sífilis, algunas oftalmias, algunas diarreas, endémicas las fiebres, mal general en los pies a causa de la multitud de niguas que se han desarrollado.

Como término de mi informe diré a Ud., Sr. Secretario, que me apena dar fe de que el colono Fortunato Imana se unió a las filas de los desertores. Desde ayer partió a escondidas y llevándose a su hija Ángela. Esto según lo que me informó su primo Doménico Lazzeri, al cual, aparentemente, Imana cedió su lote a cambio de que custodie a su esposa. Como Ud. recordará, la mujer de Imana, Margarita, se volvió loca a su llegada a México. Su comportamiento fue mitigado por los cuidados del marido, pero desde que se enteró de la partida de éste le han dado unos accesos terribles: cuatro hombres no la sujetan y no deja descansar a nadie con sus gritos, ni de día ni de noche. La situación es tan crítica que los colonos, desesperados, especialmente Lazzeri, me suplicaron, para ver si por conducto de la Secretaría a su digno cargo, autoriza el envío de esta mujer a algún manicomio.

Este mes ha sido muy seco y el calor sofocante. Muy agradecidos están los colonos por los naranjitos. Esperan de esa Secretaría, ya que tan buena voluntad tiene de favorecerlos, que se digne mandarles algunos sarmientos de uva fraga de Brasil, pues ya manifesté con gusto a usted que es la clase más propia a esta localidad.

Protesto a Ud., Sr. Secretario, mi más distinguida consideración y alto respeto. Libertad y Constitución. Colonia Manuel González, 1° de Junio de 1896. -Gerardo Gaviño Iglesias. -Al Sr. Secretario de Estado y del Despacho de Fomento. -México.

*

Gioconda sentía ganas de llorar pero ya no tenía lágrimas, ni cuerpo de donde sacarlas. Y lo extrañaba. Extrañaba su cuerpo, hasta aquellas partes que nunca le gustaron: sus cejas demasiado pobladas, su nariz aguileña y sus rizos negros e indomables. Pero lo que más le atormentaba es que se encontraba sufriendo las mismas preocupaciones que había tenido en vida. Tal vez por tener una edad relativamente joven para la muerte, treinta y seis años, nunca se había cuestionado acerca de la misma, tan sólo imaginaba en ella algún tipo de descanso, o por lo menos el cese de los molestos apegos, en especial modo los carnales. Pero nada de eso le estaba sucediendo: como lo hubiese hecho si estuviera viva había intentado por todos los medios que su esposo desistiera de enfrentarse a duelo con José Yves Limantour. Probó con susurros, con ruegos y hasta con artimañas, pero sus intentos se perdieron en el aire, al igual que sus deseos por detener a su marido. Este último, para calmarse, había transcurrido un largo rato adentro del recinto donde guardaba sus queridos pájaros. Los cantores, sus favoritos, amenizaban desde una lujosa jaula el patio de su casa de Plateros, pero en Santo Domingo era donde mandaba varias de las especies que requerían más espacio o cuidados: cenzontles (el ave de cuatrocientas voces), guacamayas, pericos y hasta una pareja de rarísimos *nochtototl* con el pecho rojo, cuyo macho había muerto. Cuando José Crescencio, algo más sereno, se cansó de contemplar sus aves, fue a la recámara de su esposa con la intención de reposar un poco. Allí estuvo a punto de reaccionar a los afanes de Gioconda. Fue cuando Ulises, el perro de la occisa, se metió debajo de la cama y organizó un concierto de alarmantes ladridos gracias a los cuales el conde, intrigado, tuvo a bien asomarse entre los encajes del rodapié para tratar de averiguar a qué se debía tanto escándalo. En la boca del animal apareció una prenda íntima de su mujer. El viudo se la arrancó de un jalón: aún olía a ella, y más precisamente al talco con aroma de bergamota que le gustaba usar; el recuerdo impregnó la habitación al igual que el agua moja la esponja. Asustado, José Crescencio se la devolvió a Ulises, que se dispuso a lamer su hallazgo, mientras la mirada del conde iba a dar al crucifijo de madera entallada que adornaba la cabecera de la cama. De pronto José Crescencio sintió que el Cristo, una valiosa reliquia que habían recibido como regalo de bodas de un pariente arzobispo, lo veía con reproche. Su remordimiento aumentó y, atravesado por esa mirada que le pareció escrutadora, el conde se postró de rodillas para pedirle perdón. La finada, por su parte, estaba al fin contenta, pues creía haber logrado que quien fuera su marido reconsiderara su decisión. Pero el gozo le duró poco: ni el peso de la culpa le impidió a José

Crescencio limpiar las pistolas que pensaba usar para el enfrentamiento con Limantour. Después de lo cual se acostó en la cama de la difunta y comenzó a roncar.

Ella, por su parte, al comprobar que hasta el momento todos sus esfuerzos por influir en el mundo de los vivos habían resultado inútiles, decidió salir al patio, que se abría irregular frente al edificio del molino y era usado para todo tipo de maniobras. Cuando iba a sentarse en el asiento de piedra que era parte del muro principal, tal vez por lo desmoralizada que estaba, se resbaló, y aterrizó sobre el empedrado. Entonces escuchó una voz melodiosa que, en su anhelo más optimista, esperó fuera la del Salvador:

—La señora debe ser nueva por aquí… —Dos hombres, uno gordo y pelón y el otro de cuerpo mutilado y cabellera rubia, la miraban amistosamente, sin molestarse siquiera en ayudarla a reponerse.

—¿Nueva yo? Ésta es mi casa y desde hace varios años. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Gioconda sorprendida por esa repentina aparición.

—Bernardino de la Mora, para servirle a vuestra señoría. Dominicano por ordenamiento de nuestro fundador santo Domingo de Guzmán, aunque soy más bien, como hubiera dicho el vulgo en mi época, uno más de los perros guardianes de Dios —dijo en tono socarrón el fraile, mientras con un ademán le cedía la palabra a su acompañante.

—Jean Pierrre Gillet, capitán del regimiento de su majestad imperial Napoleón III, al mando del general Forey —pronunció el más joven, con un acento entre galo y alemán, que exageraba las erres.

—¿Puede saberse qué hacen aquí? —preguntó Gioconda levantándose lentamente del suelo.

—Vagar —contestó el religioso, como si esa actividad fuera mucho más importante de lo que a simple vista pareciera.

—Fray Bernardino vaga porque se volvió ateo. Yo, en cambio, espero.

—¿Y qué espera, si puedo preguntar? —inquirió ella.

—El perdón de Dios. El Paraíso está en lo alto de los cielos, el Infierno en las entrañas de la Tierra. Lo que no especifican las escrituras es que el Purgatorio está aquí mismo.

—¿El Purgatorio? ¿Aquí en el molino? —Gioconda esbozó una especie de sonrisa que podría haber sido irónica.

—Tenga a bien perdonar la suposición del capitán: el purgatorio será para quienes creen en la iglesia católica, —especificó el monje—. Yo tuve suficiente de ella. Por mi parte, y como muchos otros compañeros de orden. Hace tiempo que he renunciado a buscar respuesta en la religión, a la que ya dediqué toda una vida —continuó mirando a su alrededor—, al igual que a este molino, mi sepulcro

intelectual y espiritual, al que cuidé durante casi veinte años.

—¿Y por qué reniega de la institución a la que le ofreció sus votos? —lo retó Gioconda.

—Porque por ella fui injustamente castigado. Yo, un profesor dedicado al estudio y a la enseñanza, condenado a trabajar como bestia de carga, y sólo por haber aplaudido al sermón de quien era mi alumno más brillante. Fray Servando Teresa de Mier se llamaba, y fue como un hijo para mí. Era un mozo de talento, estudioso y expedito, aunque acompañase sus dotes con algunos vicios: el de ser audaz, presumido de su saber y elocuencia, además de descarado.

—¿Y qué hizo tan grave este joven intrépido, si puedo saberlo? —continuó cada vez más intrigada Gioconda.

—Pronunciar, en 1794 y tal y como le fue solicitado, un discurso que proponía la opción de que la Virgen no hubiese aparecido en el manto del indio Juan Diego, sino en el del apóstol santo Tomás, cuando éste vino a América en la forma del dios azteca Quetzalcóatl.

—Una versión algo imaginativa… —comentó Gioconda.

—Si se quiere llegar a la verdad, que en lo personal no me parece que tenga mucha importancia, es necesario analizar todas las posibilidades. La cuestión es que ese día en el cerro del Tepeyac estaban todos los dignatarios de la Nueva España, que se propusieron darle al que se había atrevido a exponer esa versión, así como a quienes la aplaudieron, un castigo ejemplar.

—No era para tanto, ¿o sí? —opinó la recién llegada.

—Diez años de encierro en el convento de Nuestra Señora de las Caldas, en España, así como el despojo del título de predicador, y el envío a trabajos forzados a quienes lo festejamos.

—¿Por una simple suposición? —se sorprendió Gioconda.

—Una teoría, y en boca de un criollo, que descalificaba a los españoles del mandato evangelizador con que justificaban la destrucción de las civilizaciones nativas a causa de su paganismo. Era una afrenta al sistema virreinal que auspiciaba la Independencia de la Nueva España, en la que mi merced y muchos otros creíamos —dijo, como si hubiera sido obvio—… aunque para llegar a eso hiciese falta una rebelión, y mientras ésta se organizaba me condenaron al exilio intelectual…

—¿Y por qué no se rebeló?… ¿Por qué no escapó?

—No lo sé… Servando lo hizo muchas veces, se fugó de todas las prisiones en las que fue encerrado. Yo en cambio acepté las reglas que me impuso la orden y me resigné a vivir en el molino… Bueno, hasta que el prior me informó que ya no era nuestro y que tenía que volver al convento. Entonces fue que decidí rebelarme… —precisó fray Bernardino con un velo de tristeza y otro de enojo en su voz—. Yo no quería irme de aquí… y allá, en la bodega de herramientas —y señaló

el ala norte del edificio principal— me quité la engorrosa carga de la vida…

—Del cuerpo, querrá decir… —corrigió Gillet.

—Como prefieras… —dijo el religioso sin poner demasiado interés a la interrupción—. Fue el 8 de agosto de 1805 si os interesa la exactitud. Lo recuerdo bien porque era el día de santo Domingo. Mi congregación entera estaba indignada: "Un dominico no puede despreciar el don más grande que Dios nos dio, y de paso arruinar los festejos de nuestro patrono", repetían en los cuchicheos después de las oraciones. Pero yo sólo pensaba en que no podía dejar el molino…

—¿No podía dejar el molino, o a quien vivía en él? —se apuró a preguntar de modo malicioso el capitán, sin preocuparse por la respuesta que evidentemente ya conocía. Pero al ver la expresión de enojo de fray Bernardino, mejor cambió de conversación.

—La nostalgia siempre atañe a las personas… —continuó el militar—. A mí lo que más me hace falta es mi gente. Nadie puede imaginar cómo extraño París, pero sobre todo a los que dejé allí. Pensar que no volveré a caminar por el Quai d'Orsay, ni a comer *coq au vin,* ni a rezar en Notre-Dame, me entristece sí, pero saber que nunca más veré a mi novia, ni a mis padres, ni a mis hermanos, me hunde en la desesperanza. Y todo por venir a este país maldito… salvaje, atrasado… traicionero…

—Eso sí es verdad —dijo el fraile sarcásticamente—. La traición es nuestra cualidad más significativa. —Y continuó más serio—: Me he pasado la vida intentando no caer en ella. Pero si de la verdad se trata os contaré la razón de mi último acto. Participé en la conjura que aspiraba a liberarnos de la Corona española y al ser descubierto temí ser aprehendido o traicionar a mis cómplices y preferí matarme.

—Entonces no los traicionó… —se apuró a disculparlo Gioconda.

—Tal vez yo no, pero lo cierto es que somos una raza traicionada —puntualizó Bernardino—. Es por culpa de extranjeros tan entrometidos como el capitán, pero sobre todo es culpa de los mexicanos que creemos en sus apreciaciones. Tenía razón Servando en las cartas que me enviaba desde Europa: México no podía seguir siendo prestado…

—¿Entrometido yo? Pero si fueron sus compatriotas los que preferían ser gobernados por un Habsburgo.

—Ya os he dicho que somos traicioneros, especialmente con nosotros mismos…

Algunas voces se oyeron en la lejanía.

—Es hora de irnos —le dijo el fraile al capitán, como si entre ellos no hubiera habido discusión alguna.

—¿A dónde van? —inquirió Gioconda, todavía extrañada por esa peculiar pareja.

—Al Tívoli. A la reunión de almas —contestó el francés—. ¿Gusta acompañarnos? —le preguntó mientras se despedía con un gesto militar—. Es un buen modo para enterarse de cómo redimir sus pecados. Remediar el daño que haya ocasionado es el único camino para llegar al Paraíso.

—Le suplico no haga caso al capitán, su fe lo tiene atolondrado, el Paraíso es un sitio que nadie ha encontrado aquí —terció divertido fray Bernardino, mientras le guiñaba el ojo a la recién fallecida, y se alejaba hacia la calzada Oidor Carbajal en dirección del pueblo de Tacubaya.

Gioconda, sin demasiadas ganas de seguir a sus compañeros de muerte, ni demasiadas fuerzas para permanecer de pie, se sentó en una banca del patio y se puso a reflexionar sobre lo que había escuchado. Tal parecía que había perdido la primera oportunidad que había tenido de evitar más daños por su causa. Debió permanecer ensimismada en sus pensamientos un buen rato, porque cuando vio entrar el carruaje de Limantour ya era de noche. A pesar de la limitante visual de la oscuridad, al observar la sombra de José Yves atravesar el patio sintió, por un interminable momento, como si su cuerpo aún estuviera bien pegado a su espíritu.

*

—No entiendo este desafío. Sólo hay una explicación plausible: la pérdida de su señora esposa le afectó al grado del ofuscamiento —sentenció José Yves, intentando conservar el tono pausado de voz que acostumbraba usar en las reuniones de gabinete.

Apenas leída la misiva proveniente de Tacubaya, el ministro de hacienda, en un arrebato que no era propio de su personalidad, pacífica y templada, había ido a buscar al conde y ahora se encontraba frente a él, en el oscuro salón de la residencia del molino.

—La cuestión me parece clara: intento recuperar el honor de mi familia que usted tuvo a bien mancillar —contestó el conde abriendo excesivamente sus pequeños ojos, como solía hacerlo cuando estaba nervioso.

—Pero si a su familia la he considerado siempre en los términos más encomiables… No tengo palabras para expresar mi pena por la muerte de su esposa. Usted sabe bien el aprecio que le tuve —contestó José Yves.

—¡Cómo olvidar que fue su amante!

Limantour, con el desconcierto aún a flor de piel, pues era la primera vez que José Crescencio lo acusaba abiertamente de infidelidad, rebatió:

—Me ofenden sus palabras… —pero cuando quiso continuar su discurso fue interrumpido en forma abrupta.

—El único ofendido aquí soy yo… Es inútil que lo oculte, ella

misma me lo contó… —fanfarroneó el conde, intentando hacerle creer a su contrincante algo que Gioconda nunca le había externado.

—Desconozco las razones de su señora para afirmar semejante cosa. La única explicación que encuentro es que se trata de un malentendido. ¡Un funesto error! —exclamó el ministro, que estaba apenas recuperándose de la sorpresa.

—Su afirmación es un nuevo insulto para la condesa, que-en-paz-descanse. —Y al pronunciar esta frase en toda la extensión de su significado miró al cielo con un ademán dramático—. Lo que me obliga a concluir esta visita ahora mismo. —González Núñez agitó en el aire el guante blanco que sostenía su mano derecha, símbolo del reto a duelo, mientras Limantour intentaba mantener la calma.

—La muerte de su distinguida esposa es una tragedia irreparable que no merece este desdoro.

—Usted es quien ensucia, qué digo ¡enloda mi apellido con su sola presencia! —contestó el conde, aumentando considerablemente el volumen de su voz mientras se paraba del asiento floreado en donde había permanecido hasta ese momento.

—*¡Mon Dieu!* ¡Por favor, tranquilícese! —Lo reprendió Limantour —. Su acusación es exagerada a *outrance*. Ambos sabemos que mi amistad con doña Gioconda no es el verdadero motivo de su enojo. —El ministro optó al fin por ir al grano. Desde antes de recibir el desafío del conde, había ponderado escrupulosamente los argumentos para encararlo. Gracias al beneplácito de Díaz, contaba ahora con el recurso de la expropiación para adueñarse de las tierras que necesitaba; sin embargo, la perspectiva del duelo lo había tomado por sorpresa, cambiando radicalmente el tono del encuentro. A pesar de ser ilegal, ese tipo de enfrentamientos eran usados entre caballeros de forma frecuente, aunque casi nadie moría ya en ellos y la mayoría de las veces terminaban en unos cuantos rasguños. Pero en este caso, conociendo la puntería de González Núñez, aunada al odio que le tenía, Limantour estaba convencido de que su adversario podía acabar no sólo con su reputación, si se negaba a aceptar la contienda, sino con su vida si accedía a batirse. Y *primus est vivere,* pensó.

—Aún admitiendo que tenga usted razón, no veo de qué forma podamos llegar a un acuerdo. —También González Núñez salió al descubierto. Sabía que Díaz, autoritario como era, podía obligarlo a ceder, pero confiaba en que la amenaza frente a la cual había colocado a su ministro consentido le otorgaría espacio para pactar un arreglo conveniente.

—Como lo hacen los caballeros: negociando —contestó a su vez José Yves, mientras movía el talón del pie izquierdo, que calzaba un lujoso y bien lustrado zapato inglés con algo de tacón.

—Mis propiedades no son negociables —decretó José Crescencio

mientras volvía a sentarse.

—Las propiedades de su señora, querrá decir… —El pie de José Yves seguía agitándose ahora más nerviosamente, al mismo tiempo que el conde abría sus pequeños y mordaces ojos como si hubiera querido engullir a quien lo provocaba con una verdad incómoda. Después de una breve pausa rebatió con una cierta satisfacción que no alcanzó a disimular en la voz:

—Gioconda está muerta y todos sus haberes serán de su hijo, cuando cumpla los veinticinco años…

—Usted es por ley albacea del niño y su esposa había acordado venderme los baldíos, ¿no va usted a honrar su voluntad? —Limantour se atrevió a declarar a su vez algo a lo que Gioconda jamás había accedido.

—¿Por qué habría yo de hacerlo? —preguntó José Crescencio con una sorna disfrazada de candidez.

—Porque el señor presidente ha perdido la paciencia y está dispuesto a expropiarle… —Y fue así como Limantour perdió la paciencia y pronunció una amenaza que en otra ocasión se hubiera guardado hasta hacerla efectiva. Pero estaba claro que el conde pretendía extorsionarlo con el asunto del duelo, y lo que era peor, con el del escándalo, y no estaba dispuesto a permitirlo.

—Afortunadamente don Porfirio cuenta con allegados tan sabios como usted, quien, estoy seguro, le aconsejará prudencia en un asunto que podría privarlo de su colaborador más cercano…

José Yves guardó un breve silencio y sopesó el chantaje al que José Crescencio lo estaba sometiendo. Luego continuó con un tono más suave:

—Hágalo por el bienestar de su ciudad… de su país… —dijo con la esperanza de tocar alguna fibra patriótica en su contrincante o por lo menor desviar un poco la conversación y ganar tiempo para formular mejor su propuesta—. El virreinato se acabó hace mucho, así como las luchas por la independencia, las intervenciones extranjeras y hasta las riñas internas. Llegó la hora de que los mexicanos llevemos al país avante… y esas tierras repr…

—¿No es usted francés?… —lo interrumpió nuevamente el conde, contento de atacarlo con un tema que sabía, tanto por la prensa como por los cotilleos, le causaba conflicto a su adversario.

—Nací aquí, al igual que usted, y si sirvo a México como funcionario público es porque lo considero mi país. —José Yves lo miró con los ojos de quien está acostumbrado a lidiar con ese tipo de ataques—. Mis padres son franceses, es cierto, pero el mismo Moctezuma reconoció que sus antepasados no eran naturales de estas tierras, sino extranjeros venidos a ellas de otras partes… como lo somos todos aquí… incluyéndole.

—No me hable del indio ése… Haber abolido la encomienda de naturales fue el origen de la mayoría de nuestros problemas. Eso y la Independencia…

—¿Estamos por entrar al siglo XIX y usted sigue defendiendo la esclavitud y a la Corona española? Me parece que sólo podemos estar orgullosos de haberlas derrotado, sin contar con que sus aserciones son ahora mismo irrelevantes —exclamó Limantour sin contener su indignación.

—Eso es lo que usted cree… ¡Somos nuestro pasado! —contestó furioso José Crescencio—. Además, su gobierno se ilusiona de encaminar al país a ser plenamente independiente pero sus políticas económicas dependen de todos modos de los capitales extranjeros… Dígame ¿qué independencia es esa? Y en cuanto a los obreros y campesinos, no me diga que son tratados ahora de forma tan distinta a cuando eran encomendados.

El ministro no estimó necesario explicarle al conde que por su parte estaba convencido de que la única manera para que México tuviera la oportunidad de progresar, después de que los casi cien años de guerras civiles habían agotado sus reservas monetarias, era permitir que los inversionistas del resto del mundo explotaran los abundantes recursos naturales patrios, que si bien eran ofrecidos a bajo precio, no tenían otro modo de convertirse en un patrimonio tangible. Y en cuanto al pueblo, José Yves tenía la confianza de que, poco a poco, la riqueza generada con su plan económico permearía hasta llegar a los más pobres. Sin embargo prefirió no defender su estrategia financiera ni la política en materia social de Díaz, pues no quería distraerse de su propósito.

—Más bien me parece que usted, a estas alturas, se obstina en no ver más allá de los privilegios colonizadores de sus remotos antepasados…

—¿Cuáles privilegios? —lo interrumpió José Crescencio indignado—. Si hasta el agua del molino, una concesión que fue otorgada a mi familia desde la fundación de este país, me es ahora negada.

—Le es cobrada —puntualizó Limantour, ocultando el esbozo de una sonrisa, ya que previniendo el curso de las gestiones con el conde, había tomado la precaución de cortar el suministro de agua apenas se enteró de la muerte de Gioconda—. Pero ése es precisamente uno de los puntos a negociar. —Dijo amablemente, mientras se alistaba a jugar su última carta—. Quiero hacerle una propuesta… una propuesta que no va a poder rechazar y que estoy seguro subsanará nuestras desavenencias. Pero antes de exponerle mi ofrecimiento, es necesario concluir con la cuestión del duelo —declaró, mientras sacaba de su chaleco la carta que José Crescencio le había enviado y

comunicaba a su adversario el trato que estaba dispuesto a ofrecerle con tal de evitar el enfrentamiento—: Le pagaré generosamente.

—Eso estaba claro… pero no es suficiente —replicó José Crescencio quien crecía al ver cómo Limantour cedía a su amenaza.

—Le daré una participación en el negocio del fraccionamiento de la colonia Escandón.

José Crescencio sabía cuán lucrativo era dividir terrenos eriales en pequeños lotes de tamaño y posición adecuados para fabricar casas y así venderlos con mayor estimación, pero quería aprovechar a fondo su oportunidad y repitió:

—Atractivo, pero no suficiente.

—Y le evitaré la penosa investigación ministerial de las circunstancias en las que murió su esposa. Esto solamente porque enterarme de lo que le pasó no va a devolverle la vida —puntualizó Limantour, convencido de que había mucho que descubrir acerca de la muerte de Gioconda, aunque en este momento sólo podía usar su sospecha como punto a su favor en la negociación.

—No tengo nada que ocultar —José Crescencio se defendió, tragando saliva, percatándose al fin de que él también podía ser chantajeado—. Pero no deseo habladurías —continuó—; acepto el trato por el veinte por ciento de la Escandón —afirmó al tiempo que tomaba la petición de duelo del mueble donde Limantour la había apoyado, para romperla. Los pedazos cayeron al suelo, justo a los pies de Gioconda.

*

Gioconda había permanecido sentada en el sillón de tres piezas escuchando atentamente la discusión que había terminado en un vulgar intercambio de favores. De pronto se sintió cansada, muy cansada, más que del oportunismo humano, de tener que soportar su nueva condición de muerta en vida. Tan cansada que batalló para levantarse, y sin volver a mirar a los que seguían hablando ahora más tranquilamente, se dirigió hacia el piso superior. Subió las escaleras y al llegar al primer descanso observó de reojo el retrato del virrey de Uzeda, uno de los pocos objetos que había traído de Nápoles. Era el antepasado que más le simpatizaba, tal vez porque en punto de muerte se había atrevido a escribir unas pícaras y reveladoras memorias que su familia se empeñaba en esconder. Al ver la inscripción en el ángulo inferior derecho de la pintura con números romanos y palabras latinas, que especificaban los nombres y títulos de su ancestro, pensó que era sin duda curioso saber con tanta certeza de dónde viene uno y con tan poca a dónde va. Bueno, en su caso algo estaba claro: por lo pronto no alcanzaría a llegar más allá de su recámara. Una vez cruzado el umbral de esa habitación, en un gesto rutinario y con la intención de ejecutar sus tareas de belleza

nocturnas, se puso frente al tocador. Al no encontrarse en el espejo se dio cuenta que no tenía caso perder el tiempo en esas actividades. Se arrastró hasta la cama donde le sorprendió encontrar, dormido entre los almohadones acomodados sobre el edredón, a su hijo Giminiano. Se recostó a su lado y abrazó la espalda del niño, colocándola contra su pecho. En esa posición se sintió repentinamente aliviada. A pesar de su agotamiento, pronto tuvo que abandonar las esperanzas de poder dormir: su mente parecía haber perdido la capacidad de ausentarse. Aún así, se mantuvo quieta, dejando que el sopor mortífero y el amor maternal la invadieran.

*

—Te voy a acusar con el conde —amenazó la chapeada ama de llaves que otrora había amamantado a Gioconda y que la había acompañado en su travesía de ultramar.

—*Pus* doña Gioconda me la regaló. Además, ¿pa' qué vamos a guardar sus cosas? Mejor que alguien las use, ¿no? —se defendió Nacha, una criada de veinticinco años, piel acaramelada y ojos almendrados, mientras guardaba una peineta de carey en el bolsillo de su delantal.

—Mejor ponte a limpiar, que el patrón quiere cerrar esta recámara cuanto antes —rebatió la vieja “tata” italiana de nalgas anchas y de nombre María, mientras abría la puerta del balcón que alargaba la vista a la plaza del molino.

—¡Ya voy! —resopló Ignacia Arias, mientras aprovechaba el descuido de María para adueñarse también de un perfume que había pertenecido a su ama. Al colocárselo en la bolsa del huipil su mano encontró la carta que su patrona le había encargado llevar al correo apenas un día antes, y que con todo lo sucedido había olvidado por completo. La sacó de allí para observarla nuevamente. Recordaba bien al destinatario, Fortunato Imana, el italiano que, cuando su patrona andaba en Orizaba, le vendía los antojos que solía mandarle a su hijo Giminiano: pencas de plátanos, naranjas, piñas y chicozapotes. Nacha supuso entonces que la carta contenía alguna petición similar y se preguntó si todavía era necesario enviarla o podía olvidar el asunto. Sin saber qué hacer la guardó junto con el perfume, mientras se acercaba otra vez a la cama y se hacía la desentendida. Pero apenas su mirada se posó sobre el edredón, gritó sin contención.

Gioconda, quien a causa del tremendo alarido volvió a la realidad de esas cuatro paredes, se levantó de un brinco y gritó asustada el mismo “¡ahhh!”, que se fue a unir, silencioso y desapercibido, al de su empleada más rejega.

—¿Qué te pasa? —gritó a su vez María.

Ignacia señaló el negro alacrán que se movía entre los cojines.

—No te quedes allí sin hacer nada, ¡inútil! ¡Mátalo!… —la apuró

la más vieja.

—¡Ni loca! —arremetió Nacha desde el taburete donde se había ido a parar de un brinco. Gioconda, al igual que su sirvienta, le tenía pánico a esos oscuros insectos que abundaban en el molino y, olvidando que a una muerta nada le podían hacer, alcanzó a Ignacia en su estratégica posición. María, en cambio, daba sonoros chanclazos sobre el bicho que, enfurecido, levantaba la cola en su defensa.

—Es un enviado de doña Gioconda. La señora era bien bruja… —concluyó Nacha, mientras se sacudía el abundante y pesado pelo que llevaba suelto, contrariamente a la costumbre de las muchachas de su condición social, que usaban distintas modalidades de trenzado.

—¡Qué bruja ni qué nada! Si hubiera sido tan bruja ahora estaría aquí… —exclamó María, con el acento napolitano que caracterizaba su forma de hablar.

—Pus usted va a ver que se vengará de su marido… De seguro este animalejo iba a picarlo… —dijo la joven.

—No digas tonterías, además el conde nunca ha dormido en el molino… Bueno, sólo cuando se acuesta en tu petate. —Si bien no deseaba armar ningún escándalo, y menos uno que incomodara a su nuevo jefe, la nana no tenía empacho en reprender constantemente a Nacha.

—¡Cállese usted!… que la doña puede oírnos… —susurró Ignacia mirando sospechosa a su alrededor, como si hubiera percibido de algún modo la presencia de su ama. —Su muerte no fue ningún accidente y es bien sabido que las almas sin justicia jamás descansan… —dijo convencida.

—¡Cállate tú! ¡Holgazana!… Y mejor trabaja… que falta te hace… —concluyó María fulminándola con la mirada.

—¡Habla! Por lo que más quieras… —exclamó Gioconda sin ser escuchada y queriendo averiguar cómo y dónde había perecido, pues lo único que recordaba de su muerte era el agua que de pronto la rodeó por todas partes, infiltrándola. Pero Nacha, a pesar de los deseos de su patrona, guardó un inusual silencio. Callada, como nunca solía estar, procedió a desempolvar a golpes de plumero la colección de cajitas de lapislázuli que se encontraba en el tocador y a sacudir los tapetes hasta librarlos del ácaro más necio. Gioconda intentaba todo tipo de movimientos para que la notara: se paró frente a la joven varias veces tratando de obstruirle el paso, buscó cómo desamarrarle el delantal que llevaba encima del huipil y le jaló el pelo hasta provocarle un ataque de comezón, repitiéndole cada vez más amenazante:

—¡Si no vas a hablar por lo menos cumple mis órdenes y encárgate de que la carta que te di llegue a su destino! —pero lo único que consiguió fue que Nacha, quien normalmente trabajaba lo menos

posible, se empeñara más a fondo en sus tareas. Interrumpió sus labores solamente con la aparición de un niño de unos escasos diez años, sucio y lloriqueante, que se le colgó del cuello después de haberle mostrado la frente ensangrentada.

—Fue Giminiano… con su resortera —se quejó Jorge, el hijo de Ignacia.

—Eso te pasa por jugar con ese endemoniado —lo reprendió su madre mientras se desprendía de él para limpiarle la cara con el delantal.

—Yo seré un endemoniado, pero Jorge es un cobarde —se defendió Giminiano que había aparecido sigilosamente en el quicio de la puerta.

—No es cierto… —se atrevió a decir Jorge, algo envalentadonado por la presencia de su madre.

—¿No es cierto que en vez de pelear conmigo como hombre te escondiste entre los arbustos y tuve que sacarte de allí con la resortera? Como si fueras un animal…

—¡Déjalo en paz! —intervino Nacha temerosa.

—Eres un cobarde, que sólo sabe esconderse en las faldas de su mamá —continuó Giminiano implacable.

Ignacia estuvo a punto de intervenir de nuevo, pero su hijo empezó a llorar y prefirió abrazarlo protectora, mientras que él, en cambio, intentaba zafarse, aunque fuera débilmente.

—Yo lo dejo en paz, pero así nunca va a pasar de criado —sentenció Giminiano yéndose por donde había llegado. Tras él desapareció también Gioconda, no sin antes alcanzar a escuchar las siguientes revelaciones:

—¿Qué va a pasar con el señorito? —le preguntó Nacha a María, después de asegurarse que Giminiano no las escuchaba ya.

—Su padre se lo llevará mañana a Mascarones —contestó quedito la anciana, que esperaba a su vez ser enviada por José Crescencio a pasar sus últimos días a Italia—. Allí es donde lo van a educar.

—*Pus* falta que le hace… —rebatió Ignacia preocupada—. ¿Y el perro? —inquirió a su vez acariciando con una mano el pelo de su hijo, mientras que con la otra tocaba la carta que traía en la panza y que, junto con el frasco de perfume robado, le pesaba.

—Desde ayer anda desaparecido —dijo con algo de satisfacción la malhumorada María, que detestaba a la mascota de su patrona casi como a los humanos.

CAPÍTULO III

Fue al ver la mirada de Gioconda perdida en ese hombre cuando comencé a entender qué eran los celos, ese sentimiento que, junto con muchos otros, aflige irremediablemente a los humanos. Al presenciar sus coqueteos, imperceptibles para cualquiera, pero no para quien hace siglos es el inevitable testigo de los tantos sucesos que ocurren a su alrededor, me invadió una mezcla de egoísmo y coraje. Para entonces me había acostumbrado a que Gioconda no tuviera ojos más que para mí, y ahora en cambio, el hombre que venía a visitarla me robaba su atención. Él, con levita, yaqué y zapatos relucientes; ella, con vestido cándido, pelo aderezado y boca maquillada, tomaban té con pastelillos en mi quinta fachada, la que Gioconda bautizó como la terraza, sitio que para esas ocasiones se convertía en área de estar. Un toldo de armazón de hierro forjado, cubierto por una tela a rayas verdes y blancas, protegía una mesa rectangular que los mozos de la casa subían a cuesta de lomo hasta instalarla en la que ellos seguían llamando la azotea.

José Yves era el nombre de aquella elegante visita de reloj de oro y bigote impecable, que desde ese improvisado mirador le presumía a Gioconda sus proyectos, enseñándole con la mano y frente a la privilegiada vista, la posición de cada uno. Éstos iban desde los más fastuosos —un palacio que fuera la cuna de las bellas artes y otro que sirviera de casa para los legisladores— hasta los más prácticos —un sistema de enormes tuberías que liberara a la ciudad de las aguas sucias y también de las pluviales, conteniendo así la amenaza de las recurrentes inundaciones— para llegar a su principal anhelo: la ampliación y remodelación del bosque que comenzaba a mis pies. A ese respecto le enumeraba las mejorías planeadas que, según él, pondrían a ese sitio a competir en belleza e importancia con los parques más renombrados del mundo. Se pavoneaba con la construcción de dos lagos artificiales, de un islote y hasta de un embarcadero, incluyendo todo tipo de explicaciones técnicas a las que Gioconda, a pesar de su ignorancia en el tema, aplaudía con la misma emoción que si le hubiese recitado un poema. Y de ese enigmático modo se desarrollaba la mayoría de sus conversaciones, en las que parecía haber un código oculto, descifrable sólo para ellos, del cual translucía siempre una intención más profunda. Pero de todos los sueños de ese invitado, el favorito de Gioconda era el zoológico, que según describía el hombre aquel, iba a tener un "palacio" para los paquidermos, una "cueva" para los osos, un "tanque" para los leones de mar, el "kiosco" de los monos, además de muchas logias destinadas a albergar a todos los seres que yo no había

visto, ni probablemente vería jamás: cebras, llamas, camellos, búfalos, bisontes, dromedarios y tantos otros.

Limantour, así se apellidaba el individuo que describo, traía consigo un aire de modernidad que imperaba en ese final de siglo, en donde los adelantos tecnológicos, algunos de los cuales ya me afectaban, como el alumbrado público y el ferrocarril, estaban cambiando el funcionamiento de la ciudad. Mi esencia conservadora no podía acostumbrarse a la perspectiva de tan repentinas novedades, Gioconda en cambio estaba prendada de ellas al igual que de las sensaciones que este hombre le provocaba. Y con la cabeza llena de furor y el cuerpo de imaginación, seguramente para estar en sintonía con su sentimiento amoroso, le dio por la innovación arquitectónica. Mandó a abrir huecos, cerrar ventanas, cambiar los colores de las paredes, reacomodar muebles y hasta muros, sin el menor resguardo en torturarme con las más arbitrarias modificaciones. Sin embargo, debo admitir que su nueva manía por los cambios no me asustaba. Al contrario, me parecía una búsqueda de acoplamiento de su parte. Después de todo, el más importante cometido de un edificio es cumplir con las necesidades de sus usuarios. Moler grano fue mi primer propósito y, posteriormente, dar reparo y consuelo a una mujer que desde que se instaló en mí, parecía haber renacido. Y no todo el mérito era del hombre que la visitaba y cuya presencia me fastidiaba. Descubrí un ulterior motivo de mis rémoras hacia José Yves cuando él, que se había comportado como un inofensivo soñador, le pidió a Gioconda que le vendiera los terrenos baldíos que formaban parte de Santo Domingo. Eran terrenos inutilizados que en nada me perjudicaban ni beneficiaban, pero de pronto tuve un presentimiento que me remitió a cuando la tierra donde me construyeron era libre y sin más límites que los de su geografía. Recordé la laguna en el valle, las montañas que me protegían y cuando mis cerros, que algunos hombres consideraban sagrados, tenían por única jurisdicción la fuerza de quienes en ellos se habían establecido. Desde que los hombres inventaron las delimitaciones, las parcelas encontraron dueño y los asentamientos tuvieron que vérselas con las autoridades que pretendían reglamentarlos, había yo percibido una amenaza que al escuchar la petición de José Yves se materializó de nuevo. Afortunadamente, Gioconda rechazó su solicitud de forma amable pero firme. Se lo agradecí en silencio.

*

—¡¿Fortunato Imana?! —gritó José Crescencio, interrumpiendo al notario que estaba dando lectura al testamento de Gioconda. El depositario de la fe pública lo miró a los ojos con la seguridad de quien se sabe en lo correcto y el conde no tuvo más remedio que recobrar, por lo menos algo de su compostura.

—¿Quién es ése? —exclamó incrédulo.

—Pensé que usted lo sabría… Está domiciliado en Huatusco, tal vez sea algún pariente de la señora…

—Mi esposa no tenía familiares en México. ¿Huatusco es provincia de Orizaba?

—Exactamente…

—¿Cuándo dice que cambió su testamento? —preguntó José Crescencio suspicaz.

El notario tomó su lupa y buscó entre las líneas del fajo de papeles que tenía enfrente.

—¿Cómo pudo dejarle todos esos terrenos a un… un… desconocido? —balbuceó González Núñez sin darle tiempo de contestar, pues simplemente no daba crédito a aquella sorpresiva noticia.

—Me parece que fue hace algunos meses… Sí, aquí está: el 5 de febrero de 1896 —puntualizó el notario sin dejar que el ansia del conde lo perturbara.

—La señora me precisó que todos los terrenos aledaños al molino que colindaran entre sí y estuvieran inutilizados fueran para el señor Imana, cuyos datos personales le puedo proporcionar, si así lo desea. Se trata de los lotes —y comenzó a leer la escritura—: jota, eme, pe, ese, cu, ele, ye, ocho, nueve, diez, once, doce, trece y quince.

—Todos los terrenos… —repitió ausente José Crescencio.

—Todos los terrenos, pero con la condición de que el señor Imana le entregue a Giminiano el diez por ciento de lo que con ellos produzca… y bueno, la propiedad del molino en sí, con todo y sus dependencias inmediatas, serán para Giminiano cuando cumpla los veinticinco años, tal y como lo acordaron a su tiempo.

—¡¿Cómo pudo hacer eso?! —preguntó consternado González Núñez.

—En el contrato matrimonial que firmaron al casarse en Italia, y que tradujimos y protocolizamos aquí mismo cuando se unieron bajo las leyes mexicanas, ella tenía la prerrogativa de disponer de sus bienes personales como mejor lo creyera…

—¡Eso ya lo sé! ¡No estoy hablando de cuestiones técnicas! —exclamó González Núñez al borde de la histeria—. Estaba preguntándome ¿cómo pudo hacerle a su hijo semejante cosa?

—Le confieso que en su momento a mí también me pareció una decisión extraña, pero su mujer era… cómo decirlo… ¿muy especial?… —se atrevió a comentar el notario esforzándose para terminar la frase.

—¡Eso es! ¡Mi mujer estaba loca! —tronó José Crescencio para continuar exaltado—: ¡Loca! Firmé un acuerdo nada menos que con el ministro de finanzas, en donde me comprometo a venderle esos terrenos, y por una fortuna… Así que le voy avisando, ¡voy a impugnar el testamento! Es más, usted lo va a impugnar. ¡¿Estaba loca no?! Usted…

El notario lo interrumpió imperturbable:

—Si su intención es invalidar este documento, le sugiero solicite la ayuda del señor Limantour. Me parece que es el único que puede conseguir llevar a cabo un trámite que, sin ayuda al interior de los tribunales, puede prolongarse por años, suponiendo que algún día lo consiga.

—¡Así lo haré! Tenga por seguro que esto no se quedará así.

—Por mi parte tengo obligación de proceder a dar aviso al legítimo heredero…

—¡Usted no le da aviso a nadie! ¿¡Me entendió!? Ahora mismo voy con Limantour y le prometo que si desobedece mi orden, me encargaré también de que le retire su licencia de profesionista —vociferó el conde.

—Tiene una semana para resolver este asunto, que es el plazo que manda la ley para dar los avisos pertinentes, después de lo cual mandaré el citatorio a Orizaba.

José Crescencio lo miró con desprecio, si algo no soportaba era un hombre recto, y salió azotando la puerta tras él.

*

> La Secretaría de Hacienda dirige a los ilustrísimos Secretario de Gobernación, Secretario de Comunicaciones, Gobernador del Distrito y al Presidente del Ayuntamiento de la capital el informe siguiente: El cabildo de ayer, habiendo reunido a los representantes de las Comisiones de Hacienda, de Paseos y de Aguas, los Señores Licenciados José Yves Limantour, Eduardo González Gutiérrez y Eduardo Cañas, nombrados en comisión por el Presidente de la República para encargarse como consultiva e inspectora de todo lo conveniente á la conservación y establecimiento del Bosque de Chapultepec concretó al fin la incorporación de los terrenos ubicados al Oriente del Bosque, con una superficie total de 70, 120 m^2, marcados en el plano adjunto con las letras J.= M.= P.= S.= Q.= L.= Y.= 8.= 9.= 10.= 11.= 12.= 13.= 15.= que fueron adquiridos, según el oficio anexo número 197545, por el Gobierno Federal á la descendencia de la Señora Gioconda Cattaneo de González Núñez, cuyo representante en el acto es el Señor José Crescencio González Núñez y Suárez de Peredo, á fin de que no fueran divididos con el resto del Paseo. Instrucción que queda aquí asentada legalmente y para todos los efectos. Esto no solamente para conservar, hermosear y hacer más agradable el notabilísimo Bosque de Chapultepec, sino también con el laudable objeto de formar allí las grandes calzadas y espaciosas avenidas para los carruajes y la gente de a pié, á fin de formar un nuevo paseo en beneficio de esta Ciudad que tantas ventajas deberá sacar de ese importantísimo lugar de recreo.= Así mismo se informa que las suscritas comisiones en sus diversas conferencias, se convencieron de la necesidad que había de añadir al Bosque también los terrenos contiguos a los antes mencionados que poseía el Ayuntamiento, que van a continuar siendo de uso público de todos los habitantes, porque la calzada de circunvalación que se proyecta ha de pasar sobre esos terrenos y porque la extensión que hoy tiene el Bosque hacia el poniente no es bastante para el movimiento que cada día es mayor en aquel paseo y que tomará extraordinarias proporciones una vez realizadas las admirables obras que se han proyectado. Bajo estas condiciones quedaron integrados todos los terrenos necesarios para llevar a cabo dichas obras. Tengo la honra de insertarlo a Usted para su conocimiento. Libertad y

Constitución. México, Junio 4 de 1896.

*

Después de haber revisado la copia del oficio que estaba por enviar, Limantour se dispuso a dibujar su autógrafo al calce del documento que constituía la única pieza faltante para hacer realidad la consolidación del Bosque de Chapultepec y sus paseos, tal y como él lo había imaginado.

José Yves, a causa de una astilla de vidrio que se había encajado en la mano derecha en su temprana juventud, tenía normalmente el pulso bastante tembloroso, pero esta vez, al levantar la mano, sintió que le faltaban fuerzas para articularla. Atribuyó esta debilidad a su estado anémico que estaba en constante observación médica, así como sus achaques, aunque la mayoría fueran más imaginarios que reales. Inquieto a causa de ese cansancio, decidió hacer una pausa y consultar a su doctor de cabecera. Después de darle a su secretario particular la orden de traer al galeno, fue a recostarse al sillón de su espaciosa oficina, cuyas paredes estaban decoradas con un paisaje muy realista con efectos de *trompe-l'oeil.*

Una vez en posición horizontal, y algo reconfortado por las pinturas al fresco que daban la sensación de estar en medio de un bosque, calibró el tamaño de su fatiga: desde que había sido nombrado ministro de Hacienda y Crédito Público en 1893, es decir tres años antes, no había parado de resolver problemas. Recordó cómo a los pocos meses de tomar posesión de su cargo tuvo que enfretarse a una crisis económica sin precedente en la que todos, desde la prensa hasta los bancos extranjeros, estaban seguros de que México no tendría otra opción que declararse en suspensión de pagos. Ocasionada en gran parte por el desplome mundial del valor de la plata y por el ascendente débito público que arrastraba el país a causa de tantos años de guerras intestinas, en unos cuantos días se vieron comprometidos todos los actores económicos nacionales, aumentando por un lado las deudas y reduciendo por otro el valor de la moneda. Pero a pesar de las circunstancias adversas, y gracias a sus habilidades como administrador y negociador, había logrado ya en el año siguiente el primer superávit de la República Mexicana, acaecido en el bienio fiscal de 1894-1895. Con esta sensación de triunfo, con la que solía arroparse cuando se sentía agobiado, cerró los ojos. Apenas su mente dejó de ofrecer resistencia, fue a dar de inmediato a la firma del oficio que acababa de rubricar y a la serie de acontecimientos que lo habían hecho posible, que incluían la muerte de Gioconda y haber evitado la suya propia, anulando oportunamente el conflicto con el marido de aquélla. Lo fundamental, recapituló, es que su vida estaba a salvo, el posible escándalo acallado y las tierras en poder del gobierno. Lentamente lo amparó una sensación de paz.

Sin embargo, justo cuando pensaba que sus sentimientos reposaban en el olvido e incluso había logrado dormirse, la cristalina voz de Gioconda retumbó en sus oídos, convirtiéndose en pesadilla: “¡No luchaste por mí!”, le reclamaba una y otra vez, mientras él corría despavorido y ella lo perseguía en un campo de flores coloradas.

José Yves despertó con el corazón acelerado y se quedó por un momento mirando el paisaje bucólico que tenía enfrente. Reacomodó entonces su lista de prioridades y como si quisiera de algún modo contestar la acusación, se acordó de cuánto había luchado por eliminar las alcabalas, un impuesto heredado desde el virreinato que gravaba los productos entre un estado y otro, y dificultaba la explotación de la riqueza material… Pero apenas comenzó a defenderse de su culpa, ésta incentivó su ataque: —¡Y tampoco honraste su voluntad! ¡Eres un cobarde! —Le decía la voz interior que no lograba acallar, mientras él reparaba una vez más en las bondades que se adjudicaba—: ¿Cuántas veces me enfrenté al Ejecutivo y a las Cámaras Federales con tal de que aprobaran las leyes más convenientes al país? —y su culpa las rebatía—: ¡Anulaste su testamento y te doblegaste a su marido! ¡Traidor! —y él a su vez—: Siempre tuve cuidado de que en el cambio de antiguos impuestos por nuevos el reparto de las cargas fiscales estuviera balanceado entre todas las partes…y ella lo asaltaba—: ¡Corrupto! ¡Cometiste un ilícito al declararla demente! —y él se escudaba—: Me esmeré en crear una red de empleados leales dispuestos a hacer frente al abuso y al fraude heredados en regímenes anteriores que llevara a cabo una correcta, pero sobre todo honesta recaudación de tributos… —y ella—: Te traicionaste a ti… —y él—: A lo largo de toda mi carrera pública jamás descuidé los bienes personales que heredé de mi padre: las haciendas de Tenería y del Estado de México, las fincas urbanas de Tenancingo, las minas de Real del Monte… —Hasta que su desquiciada culpa remató con su último dolor—: ¡La amabas, lo sé… — Era inútil, José Yves se sentía culpable, incluso de haber amado a Gioconda y ni todos sus logros iban a poder cambiar ese fallo.

En la oficina, rodeado de árboles y pájaros mudos, se escuchó un golpe de puño en la puerta. El ministro cerró los ojos de improviso, como para simular que estaba dormido. Su secretario entró sin esperar respuesta, mientras le anunciaba la presencia del médico, que siempre atendía con prontitud las frecuentes llamadas de su paciente más lucrativo. José Yves miró su mano trémula abandonada sobre la tapicería del diván y murmuró:

—Que pase…

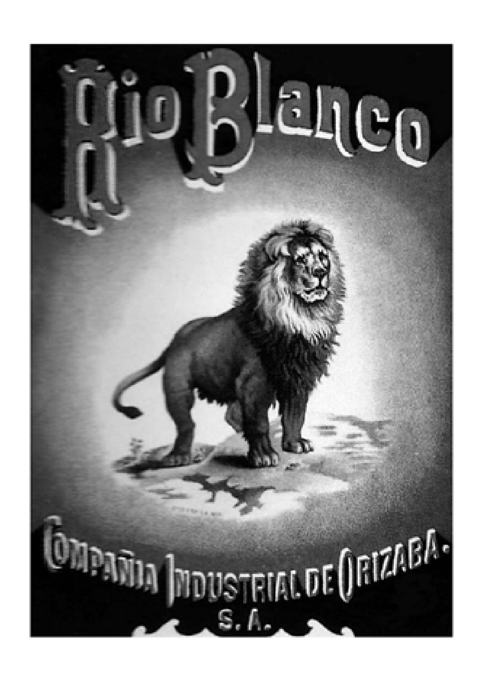
El doctor entró y se apresuró a desabrocharle la camisa y a medirle los signos vitales al enfermo que lo saludó algo ausente, con el pulso frío y sin encontrar el modo de sobreponerse.

El diagnóstico del doctor, que ya conocía a su hipocondriaco aquejado, fue severo:

—Lo que usted necesita, querido Pepe, son unas vacaciones —le dijo en tono de paternal regaño—. Inmediatas —concluyó dirigiéndose ahora al secretario—: Hágame el favor de reservarle a la brevedad una larga estancia en uno de esos balnearios europeos que tanto le gustan.

José Yves, que con respecto a su salud era altamente sugestionable, al escuchar a una eminencia en materia médica declararlo por enésima vez sano, se sintió bastante mejor.

—Le juro que descansaré… —dijo agradecido el ministro y, dirigiéndose a su subordinado, le ordenó—: Haga las gestiones pertinentes para que viajemos mi esposa y yo a la costa este de los Estados Unidos. Ah, y procure que haya tiempo para hacer una escala en Nueva York. Aprovecharé para entrevistarme con algunos financieros. —El doctor lo miró con desaprobación, entonces Limantour continuó más condescendiente—: Después de esa parada prometo el reposo más absoluto —concluyó esbozando una tibia sonrisa, mientras pensaba que haría cualquier cosa con tal de ausentarse, aunque fuera por un rato, del recuerdo de Gioconda.



SOLICITA

PERSONAL ESPECIALIZADO PARA EL DEPARTAMENTO DE HILADOS DE ESTA INDUSTRIA TEXTIL. (SE INCLUYE VIVIENDA EN LAS PREMISAS)
COMPAÑÍA INDUSTRIAL DE ORIZABA, S.A. DE C.V.
Preséntese en la puerta principal todos los días, a partir de las 6 de la mañana

*

Fortunato acarició con la mirada la abundante melena del león que se encontraba dibujado, intrépido y triunfante, en el centro de la efigie que estaba frente a sus ojos. Ese mismo panfleto se hallaba pegado en casi todos los postes de luz de Orizaba. El animal le recordó el león alado de san Marcos, símbolo de la ciudad de Venecia, el puerto desde donde se había embarcado para venir a México y el más cercano a su pueblo, razón por la cual extrañó su patria. La familiar imagen llamó particularmente su atención porque estaba envuelta en una aureola que, en esos momentos de incertidumbre, identificó con la esperanza.

—¿En busca de trabajo? —preguntó un individuo que se le acercó por la espalda.

Fortunato asintió sin pronunciar palabra.

—Pues ya lo encontró… —dijo el desconocido, mientras el italiano se quitaba el sombrero de paja para acariciarse el pelo prematuramente entrecano y continuaba observando el cartel.

A Fortunato le dio pena revelarle a un extraño que no sabía leer, así que prefirió disimular. Lo saludó bajando ligeramente la cabeza y se apuró para alcanzar a su hija Ángela, que estaba mirando extasiada la vitrina de la primera tienda de ropa que había visto en su corta vida de apenas once años. Encajes, listones, sombreros y otras chucherías adornaban la cabeza de un maniquí así como la mente de la joven italiana, que se deleitaba, aunque fuera en su imaginación, en esa abundancia de lujos. A pesar de sufrir el hechizo de la frivolidad, Ángela era una niña obediente, además de muy bonita, y se dejó conducir por su padre hasta el manifiesto. Se lo leyó a Fortunato en voz alta, quien se alegró tanto ante la posibilidad de un nuevo trabajo que decidió llevar a su hija a festejar a la pastelería Las Delicias. El expendio de dulces, helados y golosinas se encontraba frente a la obra de construcción del nuevo palacio municipal, que se perfilaba como un original edificio de esbeltas columnas, tan delgadas que parecían unos endebles escarbadientes, aparentemente incapaces de soportar el peso del techo que cubriría la estructura. Los habitantes de Orizaba se reunían en el salón de té para hacer apuestas sobre la suerte de ese palacio, el primero en su género en el valle, que había sido montado a base de unidades prefabricadas en hierro, traídas, al igual que los planos para ejecutar el proyecto, en dos barcos provenientes de Amberes. Todo esto lo sabía Fortunato gracias a su amigo, el empleado del sanatorio, y ahora el orgulloso padre se lo explicaba a su hija, quien lo escuchaba sin parpadear, mostrando sus grandes ojos del color de la hierba.

Fortunato, sentado frente a un *petit-four* de fresa, se sentía feliz de haberse ido de la colonia. Más allá del penoso asunto de su esposa, al

que había renunciado ya a encontrarle solución, estaba harto de vivir a la merced de los caprichos de la tierra, que lo había traicionado una y otra vez. Primero en Italia, cuando a causa de la sequía perdió la mayor parte de la cosecha durante dos años consecutivos, viéndose orillado a la migración temporal, que acabó volviéndose definitiva. Y más tarde en México, cuando volvió a creer en la agricultura, gracias a la promesa de un suelo tan fértil que la mantequilla crecía en los árboles, en forma de paltas verdes llamadas aguacates, y donde todo era grande. Grandes eran las plantas y los frutos, pero también los insectos, las plagas y las adversidades. Y muy grandes habían sido las dificultades para comenzar de nuevo y de la nada, en esa tierra prometida y concedida que había resultado inhóspita y poco apta para el cultivo. Una tierra a la que él y los demás colonos tuvieron que llegar abriéndose paso a golpes de machete y cuyo suelo, conforme se iban acercando, se tornaba cada vez más lejano, así como las esperanzas que en él habían albergado. En muchas ocasiones estuvo a punto de abandonarlo todo y escapar a la ciudad con la intención de no volver, especialmente porque era justo allí donde se encontraba la causante de sus pasiones: la mujer que solía atenderse en el sanatorio más lujoso de Orizaba. Al enterarse de la muerte de Gioconda, sintió que con ella se morían sus ilusiones, tanto las amorosas como las otras, que la sola existencia de la italiana le había inspirado, y optó por salvar por lo menos una: la esperanza de que un futuro mejor que su pasado lo aguardaba. Así, alimentado por ese efímero pero dulce anhelo, había tomado al fin la decisión que por tanto tiempo postergó: largarse.

Fortunato pagó la cuenta con el poco dinero que traía, había dejado la mayoría de sus ahorros para el cuidado de su esposa, y se dispuso a buscar un hostal donde él y Ángela pudieran dormir. Al día siguiente, padre e hija se presentaron a su cita con la historia, la justiciera de la que, al igual que la muerte, nadie se escapa. Una hilera de cipreses, árbol que le recordó a Fortunato los cementerios italianos, remataba con una gruesa barda interrumpida por tres arcos de medio punto, tan imponentes que por un momento le parecieron las puertas de un fantástico palacio. El camino seguía hasta desembocar en un edificio de proporciones grandiosas: era el más amplio que hubiese visto, tan largo que sus ojos no alcanzaban a mirarlo en su totalidad. La monótona repetición de los vanos de sus inmensos muros, abrazados por blancas cornisas protectoras, se rompía ocasionalmente por las chimeneas humeantes. Apenas Fortunato entró a la fábrica de hilos de Río Blanco, le pareció comprender la palabra progreso y, al sentirse parte del mismo se sintió invadido por una cierta alegría.

*

Gioconda continuaba confundida, frustrada y sin haber podido salir de

Santo Domingo. Apenas se enteró de cuál sería el paradero de su hijo buscó cómo ir a visitarlo. Salió del que fuera su cuarto, bajó las escaleras de la que fuera su casa y se asomó a la que fuera su plaza. Fue entonces cuando se dio cuenta de que si pretendía moverse de sitio, debía resolver el tema del transporte. Decidida a no dejarse vencer por esa, ni por ninguna otra circunstancia comenzó a andar torpemente por el empedrado como si aún trajera puestos los tacones que solían arruinarse en ese disparejo suelo. Al pasar por la troje de Santa Rosa, Gioconda vio, justo frente al acceso de la misma, al capitán Gillet que lloraba sin consuelo.

Subió la rampa esquivando a los trabajadores que empujaban las carretillas llenas de costales de grano sin que el francés advirtiera su presencia. Sólo cuando fue demasiado tarde para disimular, Gillet se dio cuenta de que la tristeza que lo embargaba había sido descubierta y antes de que Gioconda alcanzara a cuestionarlo, habló con su singular acento:

—Tenga a bien perdonar el deplorable estado en el que me encuentro —dijo mientras ella le hacía un gesto de solidaridad—. Llevo tiempo deambulando y aún no comprendo. He rezado, he sufrido, he intentado remediar el daño que causé y ni así… —explicó levantando levemente el tono de voz.

—Ni así ha venido por mí… —prosiguió Gillet, sin ponerle demasiada atención a su oyente.

—¿Puedo saber de quién habla? —preguntó Gioconda intrigada.

El capitán suspiró profundamente antes de atreverse a pronunciar las palabras que empezaban a parecerle fantasiosas:

—De Dios… —contestó. Se hizo un largo silencio que el capitán interrumpió para exponer conceptos más simples—: de los ángeles, apóstoles o alguien en ese rango.

Desde su estancia en el convento Delle Orsoline, allá en Nápoles, Gioconda nunca se había vuelto a cuestionar acerca de la existencia de Dios, ni en el mundo de los vivos, ni ahora que había llegado al de los muertos. No se planteaba el asunto porque se había percatado de que la cuestión era irrelevante, vista la poca injerencia que tenía en la vida de los mortales y al parecer también de los inmortales. Al único que nunca había dejado de alabar era a san Gennaro, que le había sido de indiscutible consuelo en los momentos de mayor necesidad y al que consideraba como un aliado. Sin embargo, no quiso tratar las complejas disertaciones de la fe con el afligido francés. Así que procuró no exteriorizar sus pensamientos.

—¿No lo ha visto? ¿Ni una sola vez?

—Ni visto, ni escuchado. —Continuó cada vez más abatido el militar—: ¿Cómo voy a obtener el perdón que las almas del Purgatorio necesitan para ir al Paraíso si no hay nadie que pueda otorgármelo?

—Mmm… ¿Y de qué necesita ser perdonado? —preguntó Gioconda que en ese momento se interesaba más por las cuestiones prácticas, como las bondades del desahogo, que de elucubraciones teológicas.

Jean Pierre Gillet parecía aliviado de poder hablar con alguien y continuó:

—Verá, doña Gioconda, es una larga historia…

—Dispongo de tiempo —lo invitó ella.

—Está bien —concedió el galo y se aprestó a relatar—: Corría el año 1865. Mi división y yo llevábamos varios meses en México. Habíamos tomado la ciudad de Puebla, que se rindió después de sesenta y dos días de asedio, quedando de ese modo reivindicada la batalla que le diera la victoria a los poblanos unos meses antes. Logramos entrar a la capital triunfalmente, aunque, no lo supe sino hasta después, los aplausos estuvieron a cargo de acarreados. A pesar de nuestra superioridad en armamento y capacidades, no acabábamos de establecer nuestra hegemonía en el resto del país —confesó algo avergonzado el militar sin interrumpir su relato—. El problema principal era que raramente nos enfrentábamos en batallas reales, más bien luchábamos contra un enemigo huidizo que evitaba batirse de frente y que tenía a su favor la extensión y el conocimiento del territorio. —El capitán continuó explicándole a Gioconda cuán importante era para él su honor, tanto que había pretendido convertirse en un héroe al entrar con unos cuantos soldados a una población cuyo nombre no recordaba, a pesar de haberla tomado y perdido nueve veces. Los supervivientes de la localidad los habían recibido en esa última ocasión a golpes de mortero. Una de las explosiones le arrancó las piernas al capitán, que salieron volando por los aires como si de fuegos artificiales se tratara, y le dejó en muy mal estado los brazos—. Sin el conocimiento, ni las piernas, ni un brazo, que se me desprendió en el camino, fui conducido por mis cabos hasta aquí —y señaló el macizo portón de la troje, mientras seguía narrando cómo sus compatriotas habían adecuado ese galerón para que albergara el hospital de su armada—: El doctor cosió las heridas de mis articulaciones inferiores y cortó lo que quedaba de las superiores. Desperté, varios días después, con la forma de un sapo al que le sobraba un muñón. —Como premio a su valor le ofrecieron trasladarlo de vuelta a Francia, le contó, pero él estaba seguro que no aguantaría el viaje—: Los vivos saben cuando huelen a muerto. —La realidad, admitió ante Gioconda, era que no quería que su familia, ni mucho menos su novia, lo vieran en esas condiciones, pero sobre todo no quería que supieran que había fracasado—. No sé si me dolía más mi tragedia personal o una derrota militar que iba a ser humillante para mi país. El asunto es que no descansé hasta que el cocinero del

hospital aceptó liquidarme de un tiro. Hoy me arrepiento de la que fue la más grande de mis faltas: en mi intento por ser valiente acabé siendo el peor de los cobardes —dijo tan entristecido que tuvo que cambiar de tema para que la voz no se le cortara—; pero dejemos de hablar de mí. ¿Y usted? ¿Cómo murió?

—No… no me acuerdo —balbuceó aún impresionada con el relato.

—¡Qué raro! Nunca he oído un caso similar.

—¿De verdad? —preguntó Gioconda sin esperar respuesta—. Lo peor es que no he podido averiguar ni un solo detalle sobre mi muerte. Tengo la impresión que todo el mundo prefiere ignorarla.

—Estoy seguro de que la muerte es el punto de partida para iniciar el camino que le permitirá irse de aquí: tiene que investigar qué es lo que le pasó.

—Voy a ir a ver a mi hijo. Creo que él sabe algo y estoy segura de que antes o después me lo dirá. ¿Me puede indicar cómo llego a la Ribera de San Cosme?

—Baje usted hasta la plaza principal de Tacubaya y súbase al tranvía de mulitas que la conducirá al Zócalo, de allí puede subirse a una carroza de alquiler que vaya para allá.

—¿No hay una forma más simple?

—Sí. Por voluntad, pero eso hay que aprenderlo, y es tan difícil que yo ya ni lo intento.

—Uf… No sé a quién se le ocurrió decir que morir es llegar al “eterno descanso”. Estoy agotada: además de tener que resolver su mismísima muerte, tal parece que uno tiene que buscarse de algún modo la vida —se quejó Gioconda mientras se deslizaba hacia abajo de la rampa.

—Espere, voy al Tivoli. Si me permite la acompaño hasta el pueblo de Tacubaya —se ofreció el militar apurándose tras ella.

—¿Quién es ésa? —exclamó Gioconda cuando al encaminarse por la calle de entrada a Santo Domingo se toparon con una mujer que traía un bulto amarrado en la espalda y que gritaba como una loca:

—¡Vendo niño de pecho!

—Esa pobre, una castiza muy joven, mató a su hijo cuando aún estaba gestándolo porque no soportaba la idea que fuera de un coyote, un rango muy bajo en las castas de la Nueva España —precisó Jean Pierre.

—¿Coyote?

—Con ese nombre se conocía entonces a la mezcla de un mestizo con una india —contestó el capitán.

—¿Y cómo fue su muerte? —continuó Gioconda, interesada en un solo tema.

—El hierro que se había introducido en el vientre para deshacerse

del niño le perforó el estomago causándole una hemorragia. Murió desangrada, pero aún consciente, alcanzó a sacar al feto, que ahora carga y cuida como si estuviera vivo.

—¿Y ése? —preguntó Gioconda, deseando cambiar de tema a uno menos escabroso, mientras señalaba a un indígena de pelo rasurado que estaba de pie, a manera de estatua, en medio de la calle.

—Es Neftalí, el héroe de Atlacuihuayan.

—¿De dónde?

—Disculpe usted, puede que lo pronuncie equivocadamente. A pesar de los esfuerzos que hago, mi español siempre suena a francés. Tengo entendido que así se le llamaba antiguamente a Tacubaya, cuyo significado, de eso sí estoy seguro, es “el lugar donde se toma el agua”.

—¿Y de qué murió él?

—Nadie lo sabe con precisión porque no le dirige la palabra a ningún otro muerto, pero me contó un indio más amigable que se hizo enterrar vivo.

—¿Por qué habría hecho semejante cosa?

—Porque estaba enfurecido con el español que pretendía gobernarlos, quien no contento con cobrar los mismos tributos que solían recaudar los mexicas, había mandado a construir un molino practicamente encima del centro ceremonial donde él solía hacer sus rituales. Al parecer Neftalí habló con sus dioses, que le pidieron la vida a cambio de liberar a su pueblo.

—¿Y el fraile?

—Debe andar en el Tivoli, le encanta escuchar discusiones…

—Quiero decir, ¿de qué murió el fraile? —preguntó ella sin disimular su angustia.

—Ese sí que es un asunto delicado —dijo Gillet bajando la voz—. Déjeme decirle que no fue el temor a ser descubierto en su papel independentista lo que lo orilló a quitarse la vida. Fray Bernardino estaba prendado del hijo del velador del molino. Ésa era la razón por la que se negaba a irse de aquí, y si se suicidó fue porque esa pasión había sido descubierta y no el complot al que había adherido… —explicó en el tono de quien está contando el secreto más esperado.

—Entonces, entendí bien: ¡todos aquí son suicidas! —interrumpió alarmada Gioconda, desplomándose al piso, demasiado impresionada de reconocerse entre quienes renunciaron a vivir.

CAPÍTULO IV

Si cuando fui construido me hubieran dicho que algún día iba a quedarme sin agua, no lo hubiera creído. Si me hubieran siquiera insinuado que, muchos años después, la ciudad entera estaría amenazada de perecer a causa de la falta de ese líquido, me hubiera reído. El valle que me vio nacer estaba formado por varios lagos y agua había de sobra. Por ellos podía transitarse con todo tipo de embarcaciones y la pesca era una de las actividades más practicadas en sus aguas. Dichos lagos también saciaban la sed de sus habitantes, pues además de agua salada, los había de agua dulce. Los ibéricos, seres predominantemente sedentarios y adeptos a la agricultura, cruzaron un enorme mar para repartirse tierra y no agua, por lo que tanto lago les pareció una engorrosa inconveniencia que se dedicaron a remediar, desecando cuanta superficie pudieron. Ya desde aquellos tiempos y durante la mitad del año, el valle recibía una gran cantidad de lluvia: los ríos se engrosaban peligrosamente y el problema consistía más bien en cómo controlar toda esa agua. A pesar de los esfuerzos de los españoles por transmutar lagunas en cultivos, las frecuentes inundaciones estacionales reconvertían a la ciudad una y otra vez en la urbe lacustre que siempre había sido. Paradójicamente a esta abundancia temporal, se alternaban meses en los que yo subsistía sólo gracias a mi pozo, y al gran depósito de almacenamiento que un capataz tuvo a bien construir para evitarme la escasez. Por eso, a pesar de que el pleito del agua en mis lares era tan conocido como remoto, fue extraño oír al administrador anunciar de pronto que ya no disponíamos de una sola gota.

En orden cronológico tengo a bien precisar que los primeros afectados por la falta del elemental líquido fueron los indígenas que habitaban mi tierra a la llegada de los conquistadores. Por culpa de mis cuantiosas necesidades acuíferas los residentes del área perdieron el medio para regar sus labranzas y sembradíos e incluso la posibilidad de quejarse al respecto. Más tarde, cuando el acueducto que transportaba el agua a la capital fue construido y los frailes alquilaron a terceros varios de los molinos que conformaban inicialmente Santo Domingo, comenzaron los reclamos, tanto del Cabildo como de los usuarios. Hubo ejemplos lamentables. Incluso el de una arrendataria a quien el inspector de la Comisión de las Aguas llamó, por escrito y ante el mismísimo tribunal, "vieja puerca". A su criterio la acusada "abusaba contumaz y ofensivamente de la merced de agua que tenía concedida". Sin afán de darle importancia al vergonzoso caso de esta mujer, puedo asegurar que efectivamente, la antes mencionada señora no

se limitaba a desperdiciar el necesario elemento, sino que tiraba a la atarjea por donde éste corría todo tipo de basura. Y si a esas vamos, recuerdo también a la armada francesa que ocupó mi troje principal durante meses, y cuyos soldados meaban y lavaban ropa sucia justo en el caudal que abastecía a la ciudad. Posteriormente, y con el pretexto de proteger el agua, aunque el verdadero motivo fue obtener mayor presión para agilizar la molienda, a un fraile particularmente emprendedor se le ocurrió entubarla, obteniendo la autorización para hacerlo y también para colocar unas compuertas de hierro que regularan la presión del líquido.

Al tomar posesión de la propiedad, los González Núñez continuaron con el sistema de alquileres, instaurado en su momento por los muy listos dominicos, que limitaba el riesgo y aseguraba las entradas. Quedó en sus manos, o más bien en las de su administrador, tan sólo mi operación, la del molino más antiguo y más grande. Tan grande que me dividían en tres partes: arriba, enmedio y abajo, y contaba con dos trojes. Con miras de expansión, se asociaron con una empresa extranjera que me instaló un infernal y ruidoso artefacto al que mucho tardé en acostumbrarme: la turbina Pelton. A pesar de mis temores al respecto, debo admitir que esta nueva tecnología, aunada a la espuela de ferrocarril, me dio un gran impulso industrial que significó un considerable aumento en la producción. Fue en esa época cuando al Ayuntamiento se le ocurrió cobrar el agua. Para ese efecto envió un recibo que establecía un altísimo monto y el mismo conde, enfurecido, se presentó personalmente en el Cabildo. Alegó ante las autoridades que tenía el derecho, otorgado a sus antepasados, los meros fundadores de este país, a usar su agua, e incluso reclamó a la ciudad una indemnización por abastecerse de ese líquido a través de sus tierras. El síndico que estuvo a cargo de las averiguaciones del caso, un liberal cuyos antepasados habían luchado por la independencia y más recientemente en contra de los conservadores, comprobó que, en efecto, la propiedad tenía dadas treinta y seis pajas de agua pero en ningún sitio decía que fueran gratuitas. Su veredicto mandó el pago, con todo e intereses, de los adeudos pendientes desde mi construcción, una cantidad estratosférica. Durante años el conde ignoró esa orden de cobro, hasta que el Cabildo, a petición explícita de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, según lo que decía el último papel que le fue entregado, decidió ignorar las necesidades del conde y cortó el suministro del agua.

Por lo que de pronto me encontré en la misma situación a la que había visto enfrentarse a tantos seres humanos, en tantas ocasiones distintas: el extinguirse los propios recursos, hasta los que daban por descontados. Casualidad extremadamente penosa, pues aquella repentina falta de abastecimiento ocurrió al día siguiente de la muerte de Gioconda. Con mis tuberías sedientas y mi acueducto vacío, tuve que lidiar con la inesperada pérdida de mi ama, sin siquiera una lágrima para llorarla.

Inferno

Canto 1

En medio del camino de nuestra vida
me encontré en un obscuro bosque,
ya que la vía recta estaba perdida.
¡Ah que decir cuán difícil era y es
este bosque salvaje, áspero y fuerte,
que en el pensamiento renueva el miedo!
Tan amargo, que poco lo es más la muerte:
pero por tratar del bien que allí encontré,
diré de las otras cosas que allí he visto.
No sé bien repetir como allí entré;
tan somnoliento estaba en aquel punto,
que el verdadero camino abandoné.
Pero ya que llegué al pie de un monte,
allá donde aquel valle terminaba,
que de pavor me había acongojado el corazón,
miré en alto, y vi sus espaldas
vestidas ya de rayos del planeta,
que a todos lleva por toda senda recta.
Entonces se aquietó un poco el espanto,
que en el hueco de mi corazón había durado
la noche entera, que pasé con tanto afán.
Y como aquel que con angustiado resuello
salido fuera del piélago a la orilla
se vuelve al agua peligrosa y la mira;
así mi alma, que aún huía,
volvióse atrás a re mirar el cruce
que jamás dejó a nadie con vida.

*

Ella, que amaba la vida más que a nada en el mundo; ella que no tenía en el mundo más que su vida; ella que disfrutaba de cada beso, hasta de los que no había dado… de cada golpe, incluso de los recibidos, de cada fantasía, como si se hubiese convertido en realidad. Ella no podía haberse matado. El suicidio le parecía un acto cobarde, que implicaba la triste convicción de visualizar, aunque fuera un solo instante, una única solución a la vida: la muerte. No entendía en qué momento le había surgido el deseo de semejante escapatoria. ¿Cómo se había hecho merecedora de aquella suerte de castigo sin verdugo que ahora mismo sufría: la permanencia de su alma en el mismo sitio que había, supuestamente, pretendido abandonar?

Todo para descubrir que de nada servía matarse ni morirse. El alma no muere. Se retuerce, se ensucia, se viste, se azota, se pierde, se desnuda, se amarga y se cuelga de la vida para no desprenderse de ella jamás.

Y Dios sin aparecer. Y Gioconda sin poder pararse del suelo de la calzada que llevaba al pueblo de Tacubaya, a pesar de los intentos del capitán por reanimarla. Ahora entendía a ese pobre francés: Dios era el mejor modo para comprender lo que su mente por sí sola no podía aceptar. Abrumada por esa inevitable realidad divagaba, intentando aferrarse desesperadamente al recuerdo, su único paliativo disponible.

Recordar, tenía que recordar. Recordar para olvidar. Y recordaba: el agua. Su cuerpo hundido en el agua. Agua por todas partes. Agua en su piel porosa. Agua entrando en sus vísceras. Agua borrando sus ideas. Agua acariciando su pelo. Agua mojando una hoja de libro arrancada, con un verso recién leído. Un cansancio descomunal apoderándose de sus movimientos y su boca abierta inundada por el agua. Varias preguntas respiraron a través de sus células podridas: ¿qué objeto tenía escapar de ese líquido lascivo que le lamía tan encarecidamente la vida?

Por un breve momento —aunque siempre le había parecido poco natural querer morir— le pareció inoportuno desear vivir. Todo opuesto está dividido por una línea delgada. Una línea que ahora mismo se confundía, desapareciendo para regresarla de golpe a su vida… o mejor dicho, a su muerte.

Apenas recuperó la conciencia, aún incapaz de creer en su suicidio, aulló desesperada:

—Capitán, ¡lléveme al Tivoli, por lo que más quiera!

*

El Tivoli de Cartagena era un parque de diversiones ubicado en el corazón de Tacubaya. La entrada daba precisamente a la Plaza de Cartagena y tenía salón de baile, juegos infantiles, boliches, billares, anillo para patinar, tiro al blanco, un balneario que albergaba tupidos jardines con encinos, pinos, madroños y naranjos, así como un estanque de lirios, con todo y fuente, que los visitantes usaban para beber agua.

De todas, la atracción más concurrida era la casa de juegos de azar. Allí, nobles y villanos alternaban su vicio más repartido y menos repartidor: la apuesta. Había quienes se jugaban el sueldo, las prendas, sus pertenencias y hasta la propia mujer, que al fin y al cabo, y a pesar de las ideas feministas que en aquellos tiempos iban tomando fuerza, era considerada en muchos casos parte del patrimonio masculino.

Los muertos habían escogido este sitio como punto de reunión porque era un ambiente lo suficientemente ruidoso para que, a pesar de la cantidad de almas que a menudo allí se amontonaban, pasaran desapercibidos y al mismo tiempo no se sintieran tan solos, pues la soledad, si en vida era extremamente dolorosa, para algunas ánimas se volvía imposible de tolerar. Sin embargo, había quien opinaba que la verdadera razón de esa preferencia era el entretenimiento más

novedoso de aquel parque de diversiones: la sesión espiritista.

Gioconda, frente a la idea, que le parecía todavía imposible, de haber terminado con su propia vida, andaba resuelta a averiguar la verdad sobre su muerte. Le inquietaba descubrir la dimensión donde se encontraba, pero aún más conocer el importante pasaje del final de sus días. Estaba aturdida por sus escasos recuerdos, pues por más que se esforzaba en identificarlos ninguno le reportaba la voluntad de matarse, tan sólo la presencia de alguien y una discusión antes del agua.

Pronto se dio cuenta cuán difícil era responder las preguntas que la rondaban. El capitán la había conducido a lo que llamó "el foro", una explanada donde se encontraban diversos espíritus, la mayoría sentados desordenadamente sobre el pasto. Los había de distintos credos, razas y épocas. Algunos alegaban teorías, otros rezaban de acuerdo a los rituales de sus religiones, unos más mostraban empatía a sus vecinos de pena y algunos trataban de organizar a los demás. Había muchos inconformes, otros decepcionados y la mayoría ostentaba su fe ante la incredulidad ajena.

Estos últimos eran cristianos, y como los buenos cristianos suelen hacerlo, intentaban convencer a su prójimo de sus razones. Convencidos ellos mismos de encontrarse en el Purgatorio —y los que más sufrían hasta en el Infierno—, exhortaban a los demás a la expiación de sus propias culpas, para que fueran llamados, en un día no muy lejano y por una voz que pronto se pronunciaría, al Paraíso.

Gioconda se había imaginado el más allá de muchas maneras: desde el descrito en los tres cantos de la *Divina comedia,* hasta un meticuloso tribunal que hiciera estricto recuento de los actos de los enjuiciados, como lo prometía la cristiandad. Todo menos ese anárquico penar de almas, sin aparente lógica ni explicación. Después de observar largo rato a sus compañeros de infortunio, Gioconda se dio cuenta de que no había, ni en sus conclusiones ni en sus actitudes, ninguna idea clara, parecían tan sólo actuar una vez más los renovados enredos de la humanidad.

Las ánimas debatían sobre los más diversos temas, pero de todos, el suicidio no parecía interesar a nadie, hasta que Gioconda decidió inquirir sobre ello.

—No recuerdo las exactas circunstancias de mi muerte, pero tengo entendido que aquí todos renunciaron voluntariamente a vivir. En mi caso, me temo que hay un error… dudo mucho haber atentado contra mi vida… ¿acaso alguien podría aclararme este malentendido?

—Morirse requiere de cierta voluntad. La voluntad, aunque sea momentánea, de no luchar por vivir… En sentido estricto, muchos muertos son suicidas: pudieron haber evitado su fin, y sin embargo, en un determinado momento optaron por no hacerlo. —Fue la ambigua

respuesta que recibió de un espíritu que pretendía saber más que los otros.

Gioconda no tuvo tiempo de digerir ese concepto cuando ya alguien más externaba sus inquietudes sobre otro tema:

—¿Cómo podemos reencontrar a nuestros seres queridos?

El alma que le había contestado a Gioconda estaba por responder cuando ésta, con la misma impaciencia que la caracterizaba en vida, la interrumpió para continuar averiguando quién podría aclarar su presencia en un lugar donde a su criterio no le correspondía estar. A varios su intervención les pareció insolente y se lo hicieron saber con gritos y chiflidos. Otros que compartían su molestia, en la mayoría de los casos por no encontrar un responsable a quien achacarle su destino, se enojaron también, pues Gioconda se los había recordado.

—Así acaban estas reuniones: en palabrerías sin sentido —susurró Bernardino al oído de la recién llegada, que no sabía si pelear o disculparse con los demás por su falta de tacto—. La verdad, y no lo comentes por allí, pues es mejor que no cunda el pánico —continuó el monje—, es que nadie que haya yo conocido, ni los más preparados, ni los que llevan siglos de permanencia, ni los que han vuelto de otros cuerpos o de otros sitios, entienden la lógica del inframundo —le dijo el fraile, mientras intentaba apartarla de aquel tumulto—. Tal parece, y lo digo con conocimiento de causa, pues no me pierdo una sola de estas reuniones, que el mismo caos reinante en el universo de los vivos se repite en el de los muertos, con una única diferencia: que los vivos todavía guardan la esperanza de que no sea así. Tenía razón mi compañero dominico Giordano Bruno. Desde el siglo XVI afirmaba que el movimiento de los átomos, así como el espacio y el universo, eran infinitos —y después de una pausa, se lamentó—: Lástima que por ello acabara en la hoguera.

Gioconda se volvió hacia el fraile, lista para avasallar a ese espíritu que le parecía amigo con todos sus temores y en especial modo con la pregunta que tanto le angustiaba:

—¿Y la verdad?

—¿Qué con ella?

—¿No sería oportuno buscar la verdad?

—La verdad… la verdad es un fardo pesado que es recomendable abandonar tan pronto sea posible. No por nada hasta los que creen haberla encontrado se pasan la vida queriendo olvidarla.

Gioconda invitó con la mirada a fray Bernardino a continuar, con tal de obtener cualquier explicación, aunque fuera una que no le gustara:

—La única recomendación que le puedo dar es que deje de hacerse tantas preguntas. ¿Qué más da la verdad? ¿Qué diferencia hace ya saber si se ha matado o no? ¿O saber qué hacen los que os

sobreviven? Lo que debe importarle ahora es estar. Y, posiblemente, estar tranquila. En la muerte, como en la vida, la desesperación es una pésima compañera.

Mientras conversaban Gioconda y el fraile se apartaron de Gillet y de quienes continuaban enfrascados en las discusiones que habían subido notablemente de tono.

—Vea el lado positivo: ya no puede enfermar, ni morir, ni siquiera enamorarse. ¿No le da gusto estar a salvo de tantas ordinarieces? —Remató el fraile intuyendo los pensamientos de confusión de su interlocutora.

Gioconda sintió rabia al oírle, pero decidió mejor sonreir y así fue como comenzaron a caminar por una vereda soleada.

—¡Venga! La llevaré a un sitio más divertido.

Bernardino tomó a su nueva amiga del brazo y aunque ella no percibía ese roce, ni ningún otro, se dejó conducir hasta una carpa de pesados terciopelos azules, que estaba rodeada por dos largas filas paralelas: una de vivos y otra de muertos. Los primeros se mostraban tan impacientes como ignorantes de los segundos, mientras que estos últimos buscaban entre los vivos a sus conocidos.

El fraile, experto en esquivar contrariedades, rodeó la entrada sin que nadie se diera cuenta e introdujo a Gioconda al interior de la tienda de campaña levantando uno de los pliegues del cortinaje que arrastraba sobre una tarima de madera, apoyada a su vez sobre la grava. Adentro el ambiente era denso y oscuro, al grado de que se volvía difícil identificar los cuerpos de las almas. Un hombre vestido del mismo terciopelo azul de las cortinas, con nariz chata y llamativos zapatos rojos, caminaba con los ojos cerrados alrededor de la mesa donde los dedos extendidos de los participantes a la reunión espiritista se tocaban, formando un círculo mediático.

—¿Qué es esto? —exclamó Gioconda.

—Un juego que nos entera de las preocupaciones de los vivos… —contestó Bernardino—. Sería más interesante si pudiéramos comunicarnos con ellos. Intenté hacerlo cuando fray Servando murió, pero fue imposible.

Bernardino le contó a Gioconda del enano oculto en un compartimiento debajo de la mesa, que se aprestaba a dar las señales destinadas a contestar las preguntas de esos pobres engañados.

Mientras tanto, arriba de la mesa, le tocó el turno a una señora enjoyada:

—Madre mía, ¿estás aquí? —preguntó la dama.

Después de recibir un sonoro golpe que indicaba un “sí”, según las reglas donde a la afirmación correspondía un solo azote y a la negación dos, la huérfana se animó a preguntar lo que realmente la atormentaba.

—¿Por qué me maltratabas? Tanto que llegué a pensar que te divertía verme sufrir… Como aquella vez que ahogaste a mis gatitos recién nacidos porque según tú con un gato teníamos de sobra.

Al oír esa última frase, Gioconda, presa de un apremiante molestia, salió corriendo de allí y paró solamente al llegar al estanque, frente a cuyas aguas oscuras y sucias tuvo ganas de tirarse. Entonces recordó claramente unas manos sobre su cuerpo y la sensación de desvalimiento que la había invadido al morir.

*

La Compañía Industrial de Orizaba S. A. de C. V. (CIDOSA) fue fundada por un grupo de comerciantes franceses que se asociaron para producir las telas que vendían en sus almacenes. La empresa optó por establecer su planta textil en el valle veracruzano porque reunía las condiciones necesarias para su éxito: la presencia de los servicios del ferrocarril que conectaban la Ciudad de México, el principal centro de consumo del populoso altiplano con Veracruz, el puerto donde llegaba el algodón proveniente del sur de los Estados Unidos; la humedad del clima, que permitía la confección de telas de textura más fina que las elaboradas en el sur del país vecino; y la política económica del gobierno, que otorgaba la exención de impuestos y concesiones gratuitas de agua con tal de atraer a los capitales extranjeros. Sin olvidar la más necesaria: las abundantes aguas del río Blanco, cuyas espectaculares cascadas descendían voluminosas en su camino hacia el mar, y gracias a las cuales la fábrica que llevaría precisamente ese nombre y que el mismo don Porfirio inaugurara, se concibió desde su fundación como la más grande del país.

Con el objeto de generar la fuerza necesaria para mantener funcionando al grupo de empresas hermanas (que en ese entonces comprendía las fábricas de Cerritos, Nogales y Cocolapan, una de las más antiguas del país), el agua del río era utilizada doblemente: primero en el valle, gracias a costosas obras de canalización que la conducían hasta el interior de las fábricas. Después, el agua era devuelta a su cauce y kilómetros más abajo era reutilizada para generar la energía hidroeléctrica que abastecía los pueblos recién fundados en la zona.

Debido a los conocimientos prácticos de ingeniería que había adquirido en su primera juventud gracias a un tío plomero, Fortunato fue asignado a la supervisión de la turbina número seis, la que alimentaba los telares de uno de los tantos cobertizos de la enorme planta industrial. A Fortunato le gustaba su trabajo no sólo porque era también responsable de controlar el flujo del agua, si no porque su labor le permitía desplazarse periódicamente al exterior.

Faltaba un minuto para las nueve de la noche, hora en que acababa la jornada laboral, y el italiano estaba tan agotado como al

término de un día de trabajo en el campo. Se consoló pensando que por lo menos aquí tenía la seguridad de ser retribuido al final de la semana, lo que en la Manuel González estaba lejos de suceder, pues su compensación dependía siempre de los caprichos de la naturaleza y del corrupto funcionario que se encargaba de administrar la colonia. Los trabajadores de Río Blanco, que según el censo patronal eran casi tres mil, estaban esperando el sonido de la campana para salir en estampida del establecimiento y Fortunato, al percibir la cercanía de la muchedumbre, se sintió inmensa y paradójicamente solo. Toda esa gente y nadie con quien conversar, pensó. De poco le había servido aprender a hablar, desde hace tiempo y por pura ósmosis, el español. Pero de pronto, ya cuando caminaba hacia la salida, le dio alcance un hombre de piel morena e incipiente gordura que apenas lo tuvo al lado espetó de golpe:

—Luis Mereles, jefe del Gran Círculo de Obreros.

Sin disminuir el paso que llevaban el resto de los trabajadores le preguntó a Fortunato su nombre y su proveniencia. Cuando éste le contestó, le esbozó una sonrisa con una dentadura que parecía postiza de tan blanca:

—¿No estás cansado? —le preguntó.

A Fortunato le pareció innecesario responder a tal obviedad, sin embargo fueron las ganas de tener por lo menos un amigo entre esa masa de gente ajena las que lo hicieron devolverle una sonrisa que alcanzó a mostrarle sus dientes torcidos.

Satisfecho con ese gesto, el jefe obrero le deslizó adentro del bolsillo de la camisa, lo más discretamente que pudo, un papel doblado en varias partes. Sorprendido, el italiano intentó sacar la hoja llevando su mano al pecho, pero el líder sindical, que seguía avanzando a su lado, lo paró con un gesto firme antes de acelerar el paso y desaparecer en el gentío. Fortunato se quedó extrañado por el incidente y con ganas de saber más, pero el hambre lo apresuró a llegar pronto a la casita que le habían asignado, donde su hija lo esperaba con la cena. Cuando terminaron de comer, Ángela se dispuso a lavar los platos y él a dormir, pero al desanudarse los cordones de las botas, el papel guardado en su camisa fue empujado por su vientre hasta salir del bolsillo y caer al suelo.



EL PALADIN

AÑO V

ANTES EL ESPAÑOL PERIÓDICO DE COMBATE. CONSAGRADO A LA DEFENSA DE LA RAZA LATINA Y DE LOS INTERESES DEL COMERCIO DE LA INDUSTRIA Y DE LA AGRICULTURA

8 DE SEPTIEMBRE DE 1896

BASTA DE REELECCIONES ¡FUERA EL DICTADOR!



MEXICO PARA LOS MEXICANOS

Seminario de oposición feroz, é intransigente con todo lo malo.

PUNTOS DEL NUEVO REGLAMENTO OBRERO

1) LOS OPERARIOS A PARTIR DE AHORA SE LLAMARÁN OBREROS
2) LOS OBREROS NO PAGARÁN POR REFACCIONES GASTADAS, O DESCOMPUESTAS POR EL USO, O ROTAS POR ACCIDENTE
3) NO SERÁ DECOMISADO NINGÚN MATERIAL DE LECTURA, NI SIQUIERA EL DIARIO “EL PALADIN”. LEER SÓLO SERÁ PROHIBIDO CUANDO INTERFIERA CON EL TRABAJO
4) NO SE APLICARÁN DEDUCCIONES A LOS OBREROS EXCEPTO POR EL VALOR DE LA TELA EN CASO DE TERMINADO DEFECTUOSO POR POBRE DESEMPEÑO
5) SE ABOLIRÁN LAS TIENDAS DE RAYAS

6) LOS OBREROS NO SERÁN DESPEDIDOS POR ACTIVIDADES SINDICALES
7) LOS OBREROS INCAPACITADOS POR ALGÚN ACCIDENTE DE TRABAJO RECIBIRÁN MEDIO SALARIO
8) SE ESTABLECERÁN SALARIOS DIFERENCIALES SEGÚN LA HABILIDAD O LA DIFICULTAD DE LA TAREA
9) LA RESTRICCIÓN DE EDAD PARA TRABAJAR SERÁ DE MÍNIMO 10 AÑOS
10) HABRÁ UN 25% DE AUMENTO SALARIAL POR EL TRABAJO NOCTURNO
11) LOS OBREROS RECIBIRÁN UNA PROVISIÓN DE PAPEL SANITARIO (PARA QUE NO SE USEN LOS RETAZOS DE TELA QUE LUEGO LES SON COBRADOS)
12) EL HORARIO DE TRABAJO SERÁ DE 7 A. M. A 7 P. M.
13) SI UN OBRERO SE PRESENTA BORRACHO NO TENDRÁ DERECHO A TRABAJAR
14) SE PERMITIRÁN LAS VISITAS EXTERNAS EN LAS CASAS DE LA COMPAÑÍA

*

Intrigado por la imagen de la portada del periódico, cuando Fortunato llegó a la segunda página esperaba encontrar más viñetas, pero apenas giró la hoja, un mar de palabras incomprensibles lo avasalló hasta la náusea. Y como siempre que se encontraba frente a esa mole oscura y misteriosa, experimentó el mismo sentimiento de frustración que lo invadió al conocer a Gioconda.

Aquel encuentro, que ahora le parecía tan lejano, tuvo lugar en la estación de trenes de Orizaba, una de las tantas veces en las que Fortunato se aprestaba a comprar un boleto sin regreso. Como siempre que eso sucedía, no lograba decidir hacia dónde dirigirse: si a Veracruz, puerto en el que podría embarcarse a cualquier otro destino en el mundo, o a la capital, donde se adentraría aún más en su aventura mexicana. Una aventura que a pesar de todo lo seguía seduciendo. No por nada había preferido esta tierra en lugar de Canadá o Argentina, sitios a donde fue a parar la mayor parte de sus compatriotas friulanos que emigraron. Pero en su eterna disyuntiva lo único que tenía claro ese día era que la idea de dejar la colonia, y a su esposa, le era particularmente grata. Las marcas de los rasguños proferidos por su mujer aún le ardían en la piel de los antebrazos, al igual que los insultos en el orgullo. Sin embargo, como siempre que llegaba al final de la fila, justo cuando se encontraba frente a la caja, pensaba en su hija Ángela y luego en Margherita, su esposa, declarándose a sí mismo incapaz de abandonarlas. Una vez vencido por su sentido de la responsabilidad tenía por costumbre irse a

arrinconar, como perro callejero cansado de riñas, a la esquina más alejada de la estación. Y esa vez no fue la excepción. Se sentó en una de las bancas de sombra, a lado de un boleador de zapatos que esperaba clientes y se dispuso a esperar a su vez el arribo del tren. Muy pronto la locomotora descansó frente a sus narices con un chiflido que le pareció un enorme respiro. La gente que estaba en los andenes se confundió con la que bajaba del humeante aparato y un vaivén de maletas, niños y animales se apoderó del lugar hasta que la confusión, poco a poco, se fue disipando. Fue entonces cuando Fortunato escuchó una voz desconocida lamentarse en un idioma familiar, porque nadie la había venido a recibir:

—*Ma com'é possibile che nessuno ci sia venuto a prendere? Non capisco…*

Fortunato no resistió la curiosidad de voltear a ver quién pronunciaba esas palabras.

Encontró, justo detrás de él, a una mujer de baja estatura y senos protuberantes, que parecía perderse entre sus múltiples maletas y entre los tantos olanes que la ajuareaban. Olanes en el dobladillo de su vestido, en las mangas, en los puños y hasta en el cuello. Un sombrero provisto de tul rosa no encontraba acomodo sobre los abundantes cabellos que se movían gozosos al ritmo de la respiración de su dueña. Su oscura boca tampoco dejaba de moverse y el tono de sus palabras subía sin prudencia. Gioconda se había acostumbrado a que nadie, más que su nodriza María, la mujer que la había acompañado desde Nápoles, entendiera sus palabras. Por esa razón vociferaba con muy poco recato, en una mezcla de italiano con dialecto napolitano, salpicado de notas españolizantes. Sus ojos fueron a posarse por un breve momento sobre Fortunato, quien parecía no tener ojos más que para ella, aquel pedazo de Italia que por primera ocasión en años, le hacía sentirse lujoso, y hasta lujurioso. Pero justo cuando estaba anhelando saber más de la criatura que lo tenía embobado, una frase proveniente de la susodicha hirió su orgullo:

—*E 'sto fesso che stá a guardá?* —le preguntó Gioconda a María sin dirigirle al italiano más que un rápido vistazo.

Fortunato, que era tímido y frente a ella acomplejado, se sintió herido en su amor propio y no pudo contenerse; imitando incluso el acento de Gioconda, tan distinto al suyo propio, la piropeó desfachatadamente:

—*'A belleza sua!*

—*Ma come vi permettete?* —contestó de manera impulsiva, dándose cuenta inmediatamente después que aquel hombre le había contestado en su idioma natal. Cuando el reconocimiento tuvo lugar, Gioconda escudriñó a su paisano de pies a cabeza. Serio y esbelto, sus ojos estaban hundidos en la grisura de su mirada y su pelo grueso y

jaspeado recordaba la cabellera de un puercoespín. Más allá de su atractivo físico y lo distinguido de su forma de moverse, Fortunato, o más bien sus ropas, tenían una apariencia tan humilde, que si Gioconda lo hubiera encontrado en su país de origen probablemente no habría cruzado con él ni un saludo. Pero aquí, tan lejos de esas discriminaciones, se pusieron a conversar sobre el tema que los unía: sus respectivos lugares de nacimiento, que si bien en Italia hubieran considerado lejanos, desde México parecían ser casi los mismos.

—Il cielo l'ha mandato. Ci inidicherebbe dove si trova cotesto indirizzo? —preguntó al fin Gioconda, contenta de haber encontrado ayuda, mientras sacaba una dirección de su bolso para enseñársela y obtener así indicaciones de cómo llegar a su destino.

En aquel momento Fortunato hubiera preferido hundirse en las tinieblas de algún infierno con tal de no tener que enfrentarse a la humillación de que precisamente esa mujer, entre todas las mujeres, descubriera su analfabetismo. Sin embargo, fue rápido en reaccionar y después de un breve y empachado disimulo condujo a Gioconda, siempre acompañada por su fiel María, a una carroza de alquiler, entregándole al cochero el papel, mientras se excusaba diciendo que él también era un forastero por esos rumbos.

Con esa imagen instalada en el recuerdo, Fortunato volvió al presente. Miró de nuevo el arrugado e incomprensible panfleto que permanecía entre sus manos y de pronto pensó que si había logrado dejar la colonia para conseguir un mejor futuro, era hora de llevar a cabo otros cambios en su vida. Se acercó entonces a Ángela que seguía lavando platos, y con el tono arisco que caracterizaba su voz, le soltó de bote pronto:

—¡Enséñame a leer!

*

Después del velorio de su esposa, José Crescencio se enteró por María que Ignacia se había largado con Jorge, el hijo que habían engendrado juntos. Al conde no le sorprendió la desaparición de aquella sirvienta malcriada, la que llegó aún niña desde la costa veracruzana y que era tan bribona como supersticiosa. Desde la muerte de Gioconda, a Nacha se le había metido en la cabeza que el espíritu de su patrona andaba vagando en el molino y que, si no había sospechado de los devaneos de su marido en vida, se enteraría con toda seguridad de ellos ahora que estaba muerta. Por lo tanto el mismo día del funeral de su patrona, Nacha pidió perdón a la occisa por haberla traicionado y al párroco que la confesó por faltar al sexto mandamiento, aquel que ordena "no cometerás actos impuros", jurándoles a ambos que el adúltero que la había preñado nunca más habría de tocarla. El conde en cambio, quiso tocarla inmediatamente después del velorio y al escuchar su negativa a causa del miedo al fantasma de Gioconda, se

burló de ella tachándola de india ignorante.

A pesar de ser un conservador empedernido, José Crescencio no creía propiamente en Dios, ni en los santos, ni en los ángeles, ni mucho menos en los fantasmas, por lo menos no en su sentido místico. Veneraba, con convicción de abnegado, a la Iglesia Católica Apostólica y Romana que, a su criterio, durante siglos había contribuído diligentemente a controlar pueblos y voluntades. La fe que reconocía José Crescencio radicaba en las tradiciones que esa santa institución había sabido tan puntualmente conservar y que eran un baluarte indispensable para mantener un cierto orden en el mundo. Por eso, y aunque su familia se había visto despojada en una que otra ocasión en favor del clero, pasaba por alto estas nimiedades e iba a misa todos los domingos, comulgaba y hasta ofrendaba una parte de su renta, aunque mucho menor a la requerida por el diezmo, en favor de la caridad cristiana. Al margen de este comportamiento aparentemente ejemplar y aunque no lo admitiese ni frente a sí mismo, en lo que concernía a su espíritu no tenía en realidad más ídolos que su propio cuerpo y sus inherentes necesidades. Y es probable que si entre sus obligaciones dinásticas no hubiese estado la de honrar la institución religiosa, jamás lo hubiera hecho. Pero desde 1627 su antepasado, el primer criollo de la ya noble familia de Vivero, había recibido del rey Felipe IV el título de conde del Valle de Orizaba y junto con éste la condición de “defender la fe católica”. Desde ese momento se había establecido un pacto tácito entre esos dos establecimientos, mayorazgo e iglesia, trasmitido de generación en generación, al igual que se trasmitieron los derechos y haberes que durante los tres siglos que duró el virreinato, tanto uno como el otro, acumularon. Pero cuando este último periodo terminó, las cosas cambiaron radicalmente. La Independencia y la abolición gubernamental de mayorazgos y títulos marcaron el final de una era, que el padre de José Crescencio intentó prolongar yendo con un grupo de conservadores a ofrecerle el trono de México a Maximiliano de Habsburgo. La ocurrencia terminó con el asesinato del austriaco y el exilio a España del matrimonio González Núñez. Fue la ambición de José Crescencio la que lo hizo regresar al país del que se sentía juez, pero más que nada parte, con las intenciones de recuperar su posición perdida del único modo que consideraba posible: acumulando recursos, según una de la tradiciones más antiguas del mundo; la de quien más tiene, más puede.

Independientemente de estas vicisitudes familiares, el empeño de defender a la santa iglesia nunca fue traicionado, ni tampoco el desinterés del conde hacia la vida espiritual. Sin embargo, la partida de su esposa al más allá, y la de su amante a paradero desconocido, provocaron el comienzo de un cambio profundo en su interior. Un cambio anunciado por dos extraños sucesos.

El día que Ignacia desapareció del molino coincidió con un hecho que para José Crescencio fue traumático: el recinto de malla en donde vivía su preciadísima colección ornitológica, amaneció abierto de par en par y sin un solo pájaro adentro. Gioconda que desde la dimensión en la cual se encontraba presenció el descubrimiento, se reía a carcajadas al ver a su marido azotarse por los tantos seres que de pronto lo habían dejado. Y como si esos abandonos no hubiesen sido suficientes, justo cuando José Crescencio se encontraba en el ápice de su depresión, recibió de María, la siempre impasible ama de llaves una nueva noticia: el crucifijo que coronaba la cama de Gioconda había desaparecido.

Si por sus aves el conde lloró lágrimas amargas, en un principio la inexplicable ausencia del Cristo, el objeto que había sido capaz de recordarle sus culpas, llegó incluso a alegrarlo. Pero cuando en los días sucesivos un carpintero se presentó en su casa de Plateros con la reliquia, alegando que la había recibido de la criada de la señora González Núñez para que le tratara la polilla que comenzaba a agujerearla, José Crescencio se sintió repentinamente amenazado. Para colmo tuvo que erogar un elevado monto porque el artesano no quiso recibir aquel simbólico adorno a cambio del pago de sus servicios, como se lo había propuesto el conde. Con eso no daba de comer a sus hijos, le explicó el ebanista, sosteniendo su negativa a llevárselo, indiferente al gran valor de esa pieza. Para ahorrarse ulteriores discusiones, José Crescencio saldó la deuda y mandó al Redentor, cuya inquisidora mirada no soportaba, a la bodega más recóndita de la casa. A pesar de su precaución, desde ese momento comenzó a cuestionarse sobre la posible existencia de un ser que, desde lo alto de los cielos, o desde lo bajo de un sótano, fuera capaz de castigarlo.

Ignacia Alcántara, en cambio, desde niña creía fervientemente en el Dios Todopoderoso, aunque siempre le había parecido un ser alejado e inalcanzable que le inspiraba un profundo respeto y mucho, muchísimo miedo. Por lo tanto su devoción se concentraba, íntegra e incondicional, en la que consideraba su más digna representante: la virgen de Guadalupe. Morena como ella e inmaculada sin pecado concebido, —o sea que en ese punto bastante diferente a ella— Guadalupe era tan bondadosa que siempre estaba dispuesta a perdonarle las faltas. A la virgencita, que en su condición de madre de Jesús le parecía que la comprendía mejor que ningún otro ser, se había encomendado para que le ayudara a largarse. Sus motivos para irse de la capital provenían de un largo rumiar de distintos pensamientos: Nacha sufría a causa de la condición de bastardo de Jorge, su hijo, a quien el conde no se había dignado siquiera a reconocer privadamente, además sabía que éste no respetaría su

decisión de abstinencia, lo que le haría faltar a su último juramento a Gioconda. Pero de todas sus razones, la que apuró su decisión de largarse fue precisamente el encargo que le hiciera su patrona apenas un día antes de morir. El envío de una carta dirigida a Fortunato, que Ignacia seguía llevando en la bolsa, junto a la creciente sospecha de que esa entrega fuera más importante de lo que parecía, pronto la convirtió en una misión redentora, que decidió llevar a cabo de forma personal para avisarle a Fortunato del deceso de su ama. Su plan era el siguiente: de camino a Nautla, pueblo de donde era originaria y donde vivía su abuela, la única familia que le quedaba, haría una parada en Orizaba, donde buscaría a Fortunato. Para afrontar los gastos del viaje, Nacha se adueñó de varios reales de la caja de la tienda de raya, pues se figuró que fungirían de mínima recompensa por los derechos que José Crescencio le había negado a su hijo.

Una vez instalada en el vagón, acurrucó a su chamaco en el asiento a su lado y durmió con la conciencia casi tranquila. Soñó con ser parte de una bandada de aves hasta que despertó en la estación de Orizaba. Apenas descendió del tren, no quiso perder ni un minuto y se dirigió inmediatamente al sanatorio donde se había hospedado alguna vez con Gioconda. Estaba segura de que el mozo, que era tan amigo de Fortunato como adicto al chisme, le indicaría la dirección del italiano, que suponía vivía cerca de allí. Y efectivamente, por ese conducto logró enterarse del paradero del ex colono: el cercano poblado de Río Blanco. Nacha, presionada porque perdería el último tren hacia Veracruz, escribió los nuevos datos de Fortunato en el sobre con la intención de mandarla por correo a Río Blanco, pero se arrepintió de haber llegado hasta allí y no cumplir cabalmente con su cometido. Resolvió al fin ir ella misma y con ese propósito consiguió un servicio de carreta que la llevaría más rápidamente. Para entonces Nacha se había convencido de que llevar a cabo la voluntad de Gioconda era el único modo para que el alma de su patrona hallara la paz, y por consiguiente, ella también la encontrara.

*

Giminiano se mantuvo en silencio durante todo el trayecto que lo condujo hasta la Ribera de San Cosme. En una sola ocasión levantó la mirada y se encontró con la de su padre, quien la desvió hacia el horizonte a través de la ventanilla. Gioconda estaba lejos de descansar en paz e iba incómodamente sentada entre los dos. Cuando intentaba dirigirse hacia el centro de la ciudad en busca de su hijo había visto pasar la carroza de su marido y había alcanzado a subirse. Ahora miraba a los suyos alternativamente, tratando de adivinar la naturaleza de sus tormentos. Afuera diluviaba y en el interior del carruaje se respiraba un aire tan viciado que padre e hijo acabaron por marearse. Al descender Gioconda, que desde la sesión espiritista le

tenía aversión al agua, intentó resguardarse, corriendo hacia la entrada. Entretanto José Crescencio y Giminiano se encontraron bajo un paraguas —que sostenía el cochero—, frente a una imponente fachada barroca. Estípites labrados en cantera gris culminaban en el remate del único pero altísimo entrepiso y como parte de las columnas integradas al muro, unas figuras humanas cargaban sobre sus brazos los capiteles corintios. En ellos descansaban a su vez unas elaboradas gárgolas que escupían agua a través de la boca de sus melenudos leones. La antigua e inconclusa residencia de campo de los condes del Valle de Orizaba, conocida vulgarmente como la “Casa de los Mascarones”, aparecía majestuosa en medio del llano y bajo una lluvia que arreciaba. Construida por el sexto conde, José Diego Suárez de Peredo y Hurtado de Mendoza, quien en su momento no pudo terminarla, fue heredada por los padres de José Crescencio que estaban tan endeudados cuando la recibieron que decidieron venderla al Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, institución que había inaugurado Maximiliano durante su breve mandato. Apenas después de la muerte del emperador, el abad mitrado de esa colegiatura, asustado por el clima anticlerical del momento se la vendió a un francés que instauró ahí el Liceo Franco Mexicano. A los pocos años, la Compañía de Jesús, auspiciada por la tolerancia religiosa del gobierno de Porfirio Díaz, compró la propiedad y montó en ella una nueva escuela.

El conde hubiera preferido continuar con la tradición de internar a los miembros de su familia en el Colegio de San Ildefonso, pero ese sitio no había logrado escapar a la persecución religiosa de Juárez, quien lo había convertido en una preparatoria de Estado. Quedaban en la ciudad pocas instituciones de enseñanza católica, las únicas que José Crescencio consideraba propias para la educación de un joven, pero la verdadera razón de su preferencia por la que dirigían los jesuitas era que le gustaba estar en contacto con el antiguo poderío de su estirpe representado por ese edificio.

José Crescencio tocó con fuerza la manija del mastodóntico portón de madera, cuyos redondos y puntiagudos refuerzos de hierro se sucedían unos tras otros. Una rendija se abrió y un par de ojos se asomaron para reconocer, primero al conde y luego al niño, que era bastante diminuto para su edad y lo parecía aún más frente al desproporcionado tamaño de esa puerta de acceso. El sacerdote Rafael Arteaga, que ya los estaba esperando, los saludó ceremoniosamente mientras daba vueltas al cerrojo para dejarlos entrar. Cuando los tuvo a tiro no pudo contener su alegría:

—Hijos benditos ¿es éste entonces nuestro nuevo monje?

—Responde —ordenó José Crescencio a su hijo, quien permanecía en silencio con sus ojos trasparentes y mojados, no se entendía bien si

por las lágrimas o por la lluvia.

Giminiano prefería no contradecir a su padre y contestó un tímido sí que apenas se escuchó entre el ruido de las gotas que caían impetuosas a su alrededor.

—¡Bravo! —Aplaudió el maestro de novicios a quien le gustaba recibir a los nuevos llegados personalmente.

Apenas el portón se cerró tras ellos, a José Crescencio le molestó constatar los cambios al interior de la casa. Al haber quedado inconclusa, había sido terminada en estilo neoclásico, cuyas formas limpias y modernas estaban en abierto desafío con el recargamiento de la fachada. A Giminiano, en cambio, el interior le pareció mucho menos lúgubre de lo que había esperado y apenas adentro se precipitó hasta la reja que dividía el pasillo del claustro. Desde allí admiró por un rato el patio empapado, sus asientos de piedra maciza distribuidos entre los setos cercados y la fuente cuya agua salpicaba en el pavimento de recinto rojo y negro, uniéndose a la que caía del cielo. Giminiano fue llamado al interior por el padre Arteaga, quien, junto con el abad, les dio la bienvenida en el salón donde un criado servía chocolate humeante y bizcochos de piloncillo recién horneados.

El padre Arteaga sentó a Giminiano en una esquina y procedió a cortarle el pelo. El niño se limitó a bajar la cabeza en actitud resignada y a dejar que el fraile lo tusara. La curiosidad del primer momento se había evaporado y aunque tenía más bien ganas de llorar, no quería aparecer vencido frente a su padre, así que se limitaba a ver caer sus cabellos sin decir palabra. Apenas dejó de llover, José Crescencio dio por concluida la conversación con el abad y se despidió fríamente del niño, que a su vez se mantuvo inescrutable.

Cuando quedaron solos, el maestro de novicios, apiadado por la lágrima que al fin rayó la pecosa mejilla de Giminiano, puso una mano sobre su cabeza pelona.

—¡Vamos! Tu cuarto está listo… Llegó la hora de que te liberes de todas tus cargas: de los malos pensamientos, los pecados e incluso que dejes tu nombre. De ahora en adelante te llamaras Ángel, ¿te gusta? —y sin dejar que Giminiano contestara continuó sonriendo—: Vas a ver qué bien estarás aquí —dijo mientras caminaban desafiando la humedad que penetraba cuerpos y muros.

—Nunca seré monje… —replicó el niño repentinamente.

—¿Y quién dijo que vas a ser monje? Eres el hijo mayor de tu padre, tienes que darle descendencia —contestó el sacerdote, que estaba al tanto de que el único motivo por el cual el conde les había encargado a Giminiano era para hacerlo estudiar y calmarle las rebeldías—. Aquí pasarás unos cuantos años para que aprendas todo lo que puede servirte en un futuro: la aritmética, el español y el latín pero especialmente la moral y el amor a nuestro Señor Jesucristo por

sobre todas las cosas.

Resignado, Giminiano se dejó conducir hasta el confesionario, un armatoste de madera oscura colocado en uno de los pasillos del patio y que, desde su primera comunión, detestaba.

—¿Qué pecados te afligen Ángel querido? —preguntó el padre de manera conciliadora, una vez que ambos se colocaron en sus funciones cristianas.

El niño permanecía callado, así que el sacerdote, después de haberle repetido la pregunta en dos ocasiones, se atrevió a sugerirle:

—Me dijo tu padre que está muy triste porque liberaste a sus pájaros.

—¡Yo no fui! —contestó sin dudas.

—¡Dime la verdad! —tronó el sacerdote que sabía como hacer cantar a sus pupilos—. Te vas a sentir mucho mejor… —suavizó para convencerlo.

—Sólo maté uno —confesó al fin el recién llegado.

—¿Por qué, hijo? Era una criatura indefensa…

—Porque lo odio —susurró Giminiano.

—¿Un pobre pajarito? ¿Qué pudo haberte hecho?

—¡Odio a mi padre! —contestó el niño enojado.

—¡Pero hijo mío eso es una barbaridad! —exclamó el religioso sorprendido—. Los padres sólo buscan el bienestar de sus hijos. No puedes guardarle rencor a quien te dio el regalo de la vida sólo porque te alejó temporalmente de tu hogar. Si estás aquí es por tu bien…

—¡Ésa no es la razón!

—¿Qué otro motivo puede haber para que guardes semejante resentimiento a tu propia sangre?

—Lo odio porque… porque mató a mi madre… —dijo Giminiano liberándose del secreto que tanto le pesaba y que sabía el sacerdote estaba obligado a guardar.

El padre Arteaga agradeció que los separara una tupida celosía que impedía que el niño pudiese percatarse con sus propios ojos del desconcierto en el que lo había hundido. Después de un largo silencio, el religioso, todavía anonadado alcanzó a balbucear:

—¿Y por qué, por qué… no lo acusaste?

—No tengo pruebas… y sólo hubiera atizado su ira sobre mí.

El sacerdote cerró los ojos comprensivamente y se guardó bien de expresar cualquier juicio sobre José Crescencio o sobre el caso, en cambio le explicó que el perdón representaba la salvación de la propia alma. “A veces el Señor actúa de modos incomprensibles pero es nuestro deber acatar su voluntad sin cuestionarla y sobre todo sin juzgar a nadie. Él es el único que puede hacerlo.” Concluido el breve sermón, le ordenó el rezo diario de diez avemarías y quince padrenuestros, mientras Gioconda, que se encontraba al lado de su

hijo, tuvo que sentarse en el piso para no caerse de la impresión. Repentinamente enmudecido, el confesor corrió la cortina que lo separaba del pasillo y esperó a que Giminiano se reincorporara para conducirlo al siguiente patio donde se asomaban las habitaciones de los novicios. El sacerdote no se atrevió a hablar con el confeso más que sobre temas triviales, mientras que, conmovido por el drama de ese niño, le daba pequeños apretones en los hombros.

Ya en la celda asignada a Giminiano, el religioso le proporcionó el hábito y los huaraches de rigor, citándolo en el refectorio a las siete de la tarde, hora en que servían la merienda. Después de haberse cambiado de ropa, el único descendiente de Gioconda recibió la visita de su primo, Antonio de Cervantes. El hijo menor de la hermana de su padre había sido rebautizado a su vez como Modesto y su permanencia en el convento iba a ser definitiva, ya que por ser el hijo menor de su casa, así lo había dispuesto la familia.

Después de intercambiar algunas consideraciones sin trascendencia, su primo, quien ocupaba la habitación contigua a la suya, lo invitó a hacer un recorrido por el predio. Seguidos por Gioconda, que hubiera querido hacerle a su vástago toda clase de preguntas, especialmente sobre su muerte, caminaron a lo largo de los amplios patios hasta llegar al final de la construcción. Giminiano, que ya buscaba el modo de salir de esa cárcel, observó la reja del último patio, calculando el espacio que separaba el edificio del campo abierto.

—¿Qué hay allá? —le preguntó a su primo.

—Allá no se puede pasar.

—¿Y por qué no?

—Porque los espíritus de los frailes que allí están enterrados andan sueltos y si te ven te llevan con ellos…

—¿Los has visto?

—Yo no pero dicen que de noche espantan…

—A mí nadie me espanta. Además ésas son invenciones de niñas.

—Aquí no hay ninguna mujer y muchos los han visto —se defendió Modesto.

—Pues ya los veré entonces… o más bien ellos se las verán conmigo.

Giminiano, después de calibrar la distancia que lo separaba de la libertad, decidió esperar el momento oportuno para recuperarla. No sabía con exactitud qué haría con ella, lo único que tenía claro era que vengaría la muerte de su madre.

*

Su madre, en cambio, estaba muy cerca de él, hundida en el desconcierto. ¿Entonces su marido la había matado? ¿Era víctima de un lamentable mal entendido que la entretenía equivocadamente en el

mundo de los vivos o, lo que para ella era aún más díficil de soportar, en el de los suicidas? Pero por más que se esforzaba a volver al momento de su muerte, sólo alcanzaba a recordar una tarde tranquila en su querido molino, luego unos gritos que no tenían boca y unas manos violentas que tampoco tenían cara, pero que la golpeaban con inmenso coraje. El dolor. Después el agua.

La tarde del 26 de mayo de 1896, fecha en la que Gioconda había perecido, el conde, preocupado por el interés del gobierno en apoderarse de las tierras de Tacubaya había tratado de evitar ese despojo a toda costa, apareciéndose repentinamente en Santo Domingo. Más allá de su apreciación personal, según la cual como legítimo descendiente de quienes las habían conquistado, tenía derecho a disponer de ellas, estimaba que dada la cercanía con la capital dichas tierras podían adquirir en un futuro gran valor. Por eso pretendía realizar, por lo menos con las más cercanas a la Ciudad de México, lo mismo que Limantour había hecho años antes en varias colonias aledañas al centro de la metrópoli. Con ese propósito y también para evitar que el Estado encontrara el modo de quedarse con dichas propiedades, consiguió un socio, extranjero y capitalista, las características que el presidente de la República había demostrado respetar sobre todas las cosas. El motivo de su visita a Gioconda aquel fatídico día era obtener su consenso en el acuerdo que había negociado con una importante empresa constructora inglesa.

Por su parte a Gioconda le parecía que la capital era ya lo suficientemente extensa, y que no había necesidad de ulteriores ampliaciones. Además, hacía tiempo que se le había ocurrido que esos terrenos se destinaran al cultivo del trigo, cuyo inconsistente suministro siempre había representado un problema para el funcionamiento del molino. Cuando se atrevió a decírselo, el conde se rio, calificando el asunto como una más de las incoherencias de su mujer. Pero en el momento en que ella se negó a firmar el convenio que tantas negociaciones le habían costado a José Crescencio, éste enfureció.

Discutieron acaloradamente: “el dinero es mío y hago con él lo que me plazca”, “soy tu marido y hago contigo lo que yo quiera”, en una guerra de poderes teñidos de resentimientos por haber incumplido las mutuas expectativas, que cuando Gioconda se atrincheró en su cuarto, él forzó la puerta, y una vez que la tuvo delante la amenazó con volver a encerrarla, ahora directamente en un manicomio. Ella, agraviada por los insultos y envalentonada en su humillación, lo retó a que se atreviera. Ante la provocación, González Núñez, preso a su vez por la rabia que le provocaba la desobediencia de su esposa, le descargó encima toda su frustración a golpes de puño.

Era la primera vez que el conde, quien era muy dado a subir la

voz, se atrevía a levantar la mano sobre su consorte. Gioconda, terca y agresiva por naturaleza, reaccionó violentamente, absteniéndose de tocar a su marido más que con toda la maldad de su lengua. Le gritó que Giminiano no era hijo suyo y le juró sobre el crucifijo que colgaba sobre su cama que ni matándola iba a conseguir las tierras que tanto anhelaba, ni el nombre del verdadero padre. Es posible que José Crescencio hubiese considerado la opción de acabar con ella, como la única forma de lograr sus propósitos, pero en ese momento, salió furibundo de la habitación dando uno de los portazos con los que coronaba sus apariciones.

Entonces Gioconda, adolorida física y emocionalmente por los golpes, tanto por los recibidos como por los dados, comenzó a llorar profusamente mientras su mente clamaba venganza. Pero ni tiempo le dio de maquinar una eventual revancha, porque José Crescencio ya había puesto en marcha la suya: regresó a los pocos minutos con un fuete que le estrelló en la cara, mientras que le exigía la firma y el nombre del padre de quien había creído era su hijo. Gioconda, con la mejilla ensangrentada y el alma en pedazos, alcanzó a salir corriendo al jardín. Su marido fue tras ella.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO V

En su intento por trascender, y vencer así a la muerte, la humanidad ha construido su legado por medio de grandes edificios. En la búsqueda por eternizar su especie, se dedicó a sofisticar la técnica y refinar la plástica de sus construcciones. Yo mismo he sido una prueba más de esta evolución; sin embargo, no sólo represento los loables logros del ser humano, también me he convertido en testigo mudo de sus odios y enfrentamientos, que a veces resultan incomprensibles; otras, deplorables, vergonzosos y hasta mortales. Los conflictos son del tamaño de los seres que los padecen; así, mientras algunos seres engrandecen cuando hallan la solución a esos conflictos, otros empequeñecen a medida que los vuelven más grandes. Por ello, la mayor parte de los involucrados preferiría olvidar estos desagradables sucesos. Lamentablemente mi memoria no tiene extravío.

Recuerdo con tristeza la pelea entre el indio inmolado y el representante tributario por la negativa del primero a pagar los impuestos que el segundo le exigía; recuerdo el coraje de uno de mis cuidadores en contra de fray Bernardino a causa del amor que éste confesó tener por su hijo; recuerdo también un pleito, que llegó hasta los golpes, entre un capitán de la armada francesa y un alemán que criticó a su patria. De todos, el desencuentro que más me ha estremecido, comenzó con una discusión entre Gioconda y José Crescencio el 26 de mayo de 1896 en el comedor de mi casa grande. Lo tengo muy presente porque fue el día en que ella murió. Recuerdo bien los detalles de ese desgarrador acontecimiento, pero sobre todo la impotencia que sentí al tener que permanecer inmóvil frente a los terribles agravios en la pugna. Recuerdo la ira que me impregnaba, tanta que cada una de mis partes vibraba a su son, al parejo que los actores de ese desafortunado matrimonio, que pasaron por todas las etapas del dolor: experimentándolo e inflingiéndolo.

Cuántas veces he visto a un ser humano sufrir sin poder hacer nada al respecto, como si mi presencia no contara para nada, como si la sabiduría guardada en mis paredes no le sirviera a nadie, como si la experiencia en mí acumulada no pudiera modificar el rumbo de nadie. Cuántas veces he visto a un ser humano derrumbarse a causa de otro… como si confrontar lo que no es uno mismo pudiera desencadenar los sentimientos más oscuros, desde la incomprensión hasta el hastío. De todas esas aciagas manifestaciones, una de las que más me asustaba era la venganza, ese acto que tiene como objetivo curar el rencor acumulado y que causa placer en quien lo efectúa; su ejecución se convierte en una necesidad peligrosa, que vi manifestarse en Gioconda y José Crescencio, sin poder hacer nada para

evitarlo. Jamás hubiera imaginado que, después de que el animoso cuerpo de Gioconda se fuera para siempre, volviera a mí su espíritu. Pero, sobre todo, nunca hubiera creído que su presencia me cambiaría tan profundamente. Así aprendí que a consecuencia de un odio, se puede vivir un amor. A partir de una muerte se puede alcanzar la vida. El momento de más frustración e impotencia para mí, se transformó en el de mi mayor poder: el de ser.

N°. 264
En nombre de la República Mexicana y como
Oficial del Registro Civil de este lugar,
certifico ser cierto que en el libro --22--
del Registro Civil que es a mi cargo,
a la foja ---7---; se encuentra asentada una Acta del tenor
siguiente:

Al margen. Partida Núm. 6. Seis. **-IMANA ARIAS GIOIA.-** Huella digital.- Al centro.**- ACTA DE NACIMIENTO -** En Río Blanco provincia de Orizaba, Veracruz, México, a las ocho treinta minutos del **día cuatro de diciembre de 1906,** comparece el señor **FORTUNATO IMANA,** quien presenta viva a la niña **GIOIA IMANA ARIAS,** que nació a las cinco horas del día veinte de Marzo del año 1900, en el número 13 de la calle de los Girasoles de este Municipio.- **PADRES.- Nombres.- Fortunato Imana.- Ignacia Arias.-** Edad.- cuarenta y cinco años, treinta y cinco años.- Ocupación.- empleado.- ama de casa.- Nacionalidad Mexicana Naturalizado.-Mexicana.- ABUELOS PATERNOS.- Nombres.- Serafino Imana.- Matilde Perini. Domicilio.-Italia.- ABUELOS MATERNOS.- Nombres.- Ricardo Arias.- Facunda Baez.- TESTIGOS.- Nombres.- Luis Mereles.- Concepción Mereles.-Edad.- treinta y ocho años.- treinta y cinco años.- Ocupación.- empleado.- su hogar.- Los testigos declaran que los padres del niño presentado son de nacionalidad Mexicana y el compareciente que tiene su domicilio en el lugar citado. --- Leída la presente acta la ratifican y firman los que saben. ---Doy fe.--- Enrique Ledesma. Fortunato Imana. Ignacia Arias.---Luis Mereles.--- Concepción Mereles. Rubricas.

----------EL OFICIAL DEL REGISTRO CIVIL-----------
ENRIQUE LEDESMA

*

Fortunato escuchó desde su cama el llanto de su hija Gioia, cuyo nombre en italiano significaba alegría. Mientras despertaba, Fortunato se percató de que no sentía el brazo derecho. Unos segundos antes había tenido una pesadilla en la que el administrador de la colonia Manuel González lo acusaba con los colonos de haber robado los setenta mil pesos reunidos para la construcción de la línea ferroviaria que uniría Huatusco con el pueblo de Camarón y que iba a pasar justo en medio de la colonia. De nada le había servido a Fortunato explicarles a sus compatriotas italianos que quien los había traicionado era precisamente el que ahora lo acusaba a él. Por

consenso, en su espeluznante sueño le cortaban un brazo, y si no hubiera despertado le hubieran amputado el otro también, pues según ellos así se castigaba a los rateros.

Como todas las mañanas desde hace diez años, ese 9 de diciembre de 1906 Fortunato recibió el beso presuroso de Nacha, su mujer, quien se paró rápidamente a consolar a su segunda hija. A Gia, como le llamaban en familia, la habían registrado apenas, al cumplir los cinco años de edad, pues hasta entonces su padre tuvo tiempo de ir al Registro Civil. La pequeña se empeñaba desde su nacimiento en despertarlos cada domingo, único día de la semana que no tenían que madrugar. Fortunato se sentó en la cama y agitó su brazo derecho en el aire varias veces, mientras lo detenía con la mano izquierda para que la sangre volviera a llegar hasta sus entumidos dedos. Poco a poco la espantosa sensación que causa la falta de una parte del cuerpo fue desapareciendo. Los que no tardaron en aparecer, en cambio, fueron los recuerdos contenidos en aquella pesadilla, que si bien distorsionaba los sucesos reales, los describía en su esencia. Su mente evocó el discurso que había leído en Huatusco el representante de la Compañía Constructora de la Línea Ferroviaria, que iba a pasar a través de la colonia y que había provocado la nerviosa colecta de sus paisanos, deslumbrados por la ilusión de ver el tren llegar hasta sus tierras.

"…La distribución de los bienes, que tiene por resultado una minoría de ricos y un pueblo de mendigos, es uno de los problemas sociales más graves, que mientras no sea definitivamente resuelto, ha de constituir una enfermedad. El movimiento de los valores es de concentración continua; los pequeños capitales son atraídos y absorbidos por los grandes. El resultado es un monopolio de las riquezas contra el que no tenemos siquiera el derecho de protestar porque es el triunfo sagrado del capital. Pero los grandes capitales particulares no constituyen el mal y pueden ser contrarrestados, aunque no con la tea del incendiario, porque profanaríamos el derecho ajeno y deshonraríamos a la humanidad, sino en el campo de la lucha noble, en el movimiento de las transformaciones de mercado y las combinaciones financieras. La asociación es el secreto…".

Con la ilusión de convertirse en "socios" de la empresa portadora de tan anhelado servicio, hasta los más pobres habitantes de Huatusco compraron acciones de la Compañía Ferrocarrilera. Pagaderas en dos años y con el módico precio de cien pesos cada una, estas obligaciones estaban al alcance de todos. Tan sólo en la colonia Manuel González se habían juntado los setenta mil pesos que costaba hacer cruzar el ferrocarril por el río Jamapa. Un puente que nunca se construyó, y una línea ferroviaria que jamás llegó, también a causa del corrupto administrador que se aprovechó de la ignorancia de los colonos y

desapareció con el dinero. Como era funcionario del gobierno no fue perseguido, pues las autoridades cuestionaron la veracidad de sus culpas, y los italianos, por su parte, dejaron a su vez de perseguir las esperanzas de un progreso que veían ya fuera de su alcance.

Recuerdos amargos que Fortunato atesoraba como una gran lección. Desde que había aprendido a leer y a escribir creía en unir fuerzas y se había convencido de que en Río Blanco, la única asociación que le traería un poco de bienestar era la sindical. Así que la lucha pacífica por mejorar sus condiciones de trabajo fue su principal acometido en estos años de adherencia a la causa.

—¿Nos llevas de excursión? A Gia le haría mucho bien ir a la montaña —preguntó Nacha amorosamente, mientras volvía a la cama junto a su pareja, que aún no acababa de levantarse.

—¿Con este frío? Las cumbres deben de estar heladas —dijo Fortunato, cubriéndose con la colcha.

—No tenemos que subir hasta Maltrata, además, al mediodía todo se calienta —rebatió Ignacia mientras se disponía a acariciarlo, con la evidente intención de calentarle los sentidos.

—No puedo. Hay reunión del Gran Círculo.

—¡Otra vez ésos! Malditos "Obreros libres".

—No podemos aflojar ahora. Los patrones están promoviendo un nuevo reglamento que está peor que el de antes. En lugar de mejorar parece que empeoramos.

—¿Pus de qué te sorprendes tú?… eso no va a cambiar nunca… —dijo Nacha resignada a que en su país la injusticia fuera la única condición segura.

—Quién sabe… En Puebla treinta fábricas se acaban de ir a huelga y unas diez más en Tlaxcala. A mi compadre Mereles lo volvieron a nombrar representante, ahora oficial, del Gran Círculo de Obreros Libres aquí en Orizaba. Regresó ayer de Atlixco con las novedades y convocó a una reunión urgente para hoy. Necesitamos reunir fondos para apoyar a los huelguistas.

—Con que no se les ocurra ponerse aquí también a huevonear… Ya te lo dije, y que nos perdone la virgencita que tanto quiero pero si quieren hacer justicia, mejor agarren los machetes y córtenles el pescuezo a los patrones. Es el único modo pa' que nos dejen de maltratar.

—Eres una exagerada, pero no te preocupes, por el momento no iremos a huelga. Aunque ésa sería, en todo caso, la única arma que usaríamos… Verás que pronto acabarán los maltratos.

—Pus si el trabajo de esos señores es maltratarnos. Son señores gracias a que nosotros somos maltratados —contestó ella, mientras Fortunato, divertido por los razonamientos de su compañera, que le parecían algo infantiles, le sonreía—. Ya te lo dije: si no quieren la

guerra lo mejor es robarles a los patrones de a poquito y sin que se den cuenta —remató Ignacia con convicción.

Fortunato, que tenía obsesión por la honestidad pero también por su mujer, la miró cariñosamente:

—Nachita, ¡estás loca!

—¿Loca yo? —exclamó parándose encima de la cama, moviendo el pelo como una enajenada.

—Muuy… —dijo Fortunato mientras le hacía una zancadilla con la que cayó directamente en sus brazos.

—Pus no niegues que te gustan un poco zafadas… Primero Margarita, luego Gioconda y ahora yo… —soltó Ignacia, pero él no le dejó terminar la frase, tapando su boca con un beso, que saboreó como el primero, diez años antes. El primer beso, que se dieron el mismo día que Nacha llegó a buscarlo a Río Blanco. En ese entonces ella no dejaba de pestañear, ni de sonreír, ni de enrollarse su largo pelo en el dedo índice, de lo nerviosa que estaba. El afortunado receptor de sus coqueteos, en cambio, la admiraba en silencio. La personalidad extrovertida y franca de Nacha le recordaba a la de Gioconda. Ignacia le informó entonces de su muerte. A pesar de que él ya estaba al tanto y el romance con Gioconda hubiese terminado tiempo antes, se conmovió al grado de ponerse a llorar, más por la emoción de ese inesperado encuentro que por otro motivo. Nacha, en cambio, al ver a ese hombre tosco en una actitud tan frágil de inmediato entendió lo que había habido entre los dos italianos y deseó que Fortunato la quisiera tanto como evidentemente amaba Gioconda. Incluso sintió celos de tener que compartir una vez más amores con su ama. Tantos celos que ya no tuvo ganas de entregarle la carta que la había traído hasta allí y que, ahora lo entendía, debía ser de amor. Sin embargo, después de pasar el día juntos y decidir que Nacha y su hijo se quedarían en Río Blanco, ella se sobrepuso a sus instintos primarios y le entregó el envío. Lo que no esperaba era que Fortunato le hiciera a su nuevo amor la deferencia de abstenerse de leer al viejo, y guardara la carta sin abrirla.

*

José Yves Limantour acababa de regresar de uno de sus tantos viajes en los que mezclaba el cuidado de su salud —que, como siempre, se debatía entre una condición delicada y la hipocondría—, algo de placer, muchos negocios y una astuta agenda diplomática. Esta vez había permanecido desde el mes de abril en el extranjero, principalmente en Francia y España, en donde se había ocupado también de algunos asuntos personales. Entre ellos el encargo de la primera dama, Carmelita Díaz, que deseaba montar unas esmeraldas en una diadema y en un collar que tenían que ser “dignos de una reina”, como ella misma lo había especificado. Con ese objetivo, y con

el carácter puntilloso que lo distinguía, José Yves había convocado a tres prestigiosas joyerías para que concursaran con dibujos, proyectos y costos en lo que parecía más una licitación pública para una obra de infraestructura que el capricho de una dama. También se había dado por fin el tiempo de descansar un poco en su palacete parisino y de hacerse curas en el Balneario de Royat, con el propósito de olvidar la campaña que sus enemigos políticos habían gestado en su contra para sabotear su posible candidatura a la presidencia. Hace tiempo que en los periódicos de oposición se leían toda clase de acusaciones sobre su persona: que iban desde la de haber nacido en Francia y haberse nacionalizado mexicano solamente por conveniencia, hasta la de favorecer los negocios de lo que llamaban el grupo de los Científicos, nombre con el que se denominó a los funcionarios *tecnócratas,* que conformaban el gabinete de Porfirio Díaz y entre los que se encontraban sus más queridos colaboradores. Su molestia por las que consideraba infamias se atenuaba en el extranjero, al igual que la culpa por lo sucedido con Gioconda, quien se estaba convirtiendo en un recuerdo lejano. Esto último gracias también a que se mantenía ocupado moviendo todas sus influencias en el campo de las finanzas, para conseguir el dinero con que llevar a cabo su ambicioso plan de saneamiento de los ferrocarriles, cuyas deficiencias pensaba solucionar concentrando dicho servicio en manos del gobierno federal.

Se trataba de una labor titánica más, cuyo cumplimiento le parecía a veces imposible. Es que siempre le faltaba tiempo, como ese día. A pesar de que en su ausencia había mantenido una estrecha relación epistolar con su secretario, siempre que regresaba a la capital los pendientes se le juntaban. Ni siquiera había encontrado todavía un espacio en su agenda para inspeccionar su amadísimo Bosque de Chapultepec, lo que acostumbraba hacer cada vez que volvía a México. Y ahora, para colmo de males, había tenido que recibir en forma urgente a una comitiva de industriales del sector textil. Un empresario poblano de origen español que había sido diputado y se distinguía por tener una excelente oratoria, tomó la palabra:

—Señor Limantour, como nuestro ministro de finanzas desde hace casi tres lustros ya, usted mejor que nadie sabe que a partir de 1901 la industria textil ha tenido serios problemas. Las ventas en el periodo fiscal de 1905 a 1906 se redujeron al grado de obligarnos al almacenamiento de los inventarios. Sin contar que el valor de compra de nuestra materia prima, el algodón, aumentó un cincuenta por ciento.

—Estimado señor García, aunque no sea un consuelo, no son los únicos que han sufrido. Las largas sequías y las malas cosechas han lastimado considerablemente la producción agrícola. El cambio del factor oro por el de la plata comprometió a nuestros mineros que aún

no se recuperan, además de haber afectado indirectamente a todos los demás sectores. Y la falta de crédito, causado por la crisis financiera mundial, ha provocado incluso la quiebra de algunos bancos. Lo que quiero externarles es que desafortunadamente toda nuestra economía está en crisis.

—Tiene usted razón, don Pepe, pero nuestro sector tiene un problema más: las peticiones de nuestros obreros son insostenibles… y peligrosas. Se están organizando en nuestra contra y hemos tenido más huelgas este año que en todos los anteriores. Justo ahora que no podemos permitirnos darles ni aumentos de sueldos, ni desperdiciar un solo peso en concesiones —dijo otro de los empresarios poblanos.

—En mi caso, la situación es tan grave que pronto me veré en la necesidad de cerrar el negocio —rebatió un pequeño hilador de Tlaxcala.

—Tal vez ésa es precisamente la solución —sostuvo tranquilamente el representante del grupo francés que controlaba el conglomerado industrial orizabeño de CIDOSA, cuyas fábricas incluían ahora las de Nogales, San Lorenzo, Cerritos, Cocolapan y por supuesto Río Blanco, y que era conocido por su línea dura y su capacidad económica para afrontar la crisis.

Al ser interrogado sobre la intención real de sus palabras, respondió:

—Mi compañero sugiere que cerremos todas las fábricas. Temporalmente, por supuesto. Si nuestros trabajadores pueden irse a huelga, ¿qué nos impide a nosotros hacer lo mismo? —contestó el representante de CIVSA, la empresa conocida como Santa Rosa, ubicada cerca de Río Blanco y también bajo el control de un grupo francés—. Desde hace tiempo venimos considerando la opción de un paro patronal. Si tiene éxito, las huelgas morirán en México. Ahora es el momento oportuno para sofocar estos movimientos, ¡en su inicio! —reforzó el comisionado orizabeño que se había pronunciado primero.

—Pero para hacerlo necesitamos contar con el apoyo del gobierno y considerando que con todo y crisis el año fiscal pasado los industriales del ramo le pagamos más de dos millones de pesos en impuestos, creo que nos lo merecemos —prosiguió el otro delegado, observando a Limantour que escrutaba atento la discusión sin exteriorizar su sentir.

—No entiendo su posición tan radical. Sus fábricas ni siquiera están en huelga… —interrumpió un anciano de vestimenta algo anticuada, dirigiéndose a ambos delegados de los consorcios foráneos.

—Ahora no, pero lo han estado y pueden volver al paro. ¿De dónde cree que vienen los fondos para que los obreros poblanos puedan resistir sin trabajar? De sus contrapartes en Orizaba. Además, una de las exigencias de la contrapropuesta obrera nos preocupa

especialmente: pretenden que negociemos sólo con los representantes de su unión y éste sí es un cambio radical en las relaciones obrero-patronales. Si lo aceptamos estaríamos institucionalizando a nuestro peor enemigo, el “gran” Círculo de Obreros Libres —dijo a manera de mofa.

—Puede que tenga razón, pero una huelga patronal nos dejaría a muchos de los negocios más pequeños en la bancarrota —se quejó el viejo.

—Estamos dispuestos a ayudarlos. Así como lo hacen los obreros entre ellos, hemos de demostrar nuestra solidaridad con el Consorcio Industrial Mexicano. ¿Para qué lo creamos si no? Los industriales debemos estar unidos en nuestras políticas de contraataque. Estamos en guerra y venimos con el apreciable don Pepe para solicitar que el gobierno tome partido.

Limantour consideró que había oído bastante y tomó finalmente la palabra:

—Señores, ustedes saben que al señor presidente no le gusta intervenir en los asuntos de la iniciativa privada…

—El señor presidente, y todos lo sabemos, interviene en cada uno de los asuntos de la Nación. Dicen que en México ni siquiera tiembla si no es con su permiso —rebatió el poblano que había abierto la sesión.

Algunos festejaron la broma con sonrisas mientras Limantour movía la cabeza afablemente y se apresuraba a contestar:

—A lo que iba es que les aseguro que pese a su renuencia a intervenir en el conflicto, el general Díaz, en el caso de un enfrentamiento entre las partes, tendrá a bien favorecerlos. Ustedes, con sus inversiones, han hecho posible el avance del país y lo sostienen con el pago de sus impuestos, mientras que los trabajadores, con sus pretensiones, están perjudicando al aparato productivo, pero sobre todo la imagen de México. Y eso no le conviene a nadie.

*

—El problema, estimado compadre, es que usted piensa solamente en sus números —dijo Porfirio Díaz pausadamente—. Sus números, es decir, los números financieros son muy importantes y sin duda no habría podido encontrar mejor persona que a usted para encomendárselos… Pero para gobernar un país se necesita pensar en *todos* los números. En cuántas personas se afectan con una decisión, por ejemplo, o en que el número de beneficios para unos no exceda en demasía la cantidad de perjuicios para otros, o en el monto de soldados necesarios para mantener el orden en un Estado. ¡No basta contar los dineros en las arcas de la Nación!

Limantour tenía ganas de decirle, una vez más, lo que tantas veces le había externado: se consideraba un administrador, cuyas

cualidades eran muy distintas, por no decir por entero diferentes a las propias de un “político”, atributo poco compatible con su persona. Sin embargo prefirió callar y dejar al general concluir su punto.

Don Porfirio tomó entonces uno de los informes confidenciales que su amigo y compañero, el masón Rafael de Zayas, le había entregado en los meses pasados. Díaz había tenido la precaución de pedirle un diagnóstico sobre la situación laboral y los movimientos radicales de los agitados obreros veracruzanos. El propósito del Caudillo era emprender, con esos datos, una campaña entre los periodistas de oposición para hacerles ver el peligro al que exponían a la patria con sus propagandas revolucionarias y conseguir de este modo que moderaran los ataques al gobierno.

—Rafael de Zayas, ¿se acuerda Pepe? Mi amigo que le vendió dos guacamayas para el zoológico de Chapultepec. Él opina que los obreros de la zona tienen motivos para estar descontentos.

Díaz abrió el informe en donde estaba un marcalibros de piel y le pidió a Limantour que leyera el párrafo marcado:

> Noto que hay fermentación abajo y alarma arriba. Ésta sólo puede conjurarse por la acción enérgica y patriótica de quien se encuentra en el vértice de la pirámide social: por Usted, Señor Presidente. Para combatir y destruir la idea revolucionaria, hay que demostrarle su error en el origen. Pero cuando la idea ya está tan avanzada que raya en hecho, la única manera de dominar la revolución es encabezándola.

Limantour, consciente de que su jefe era propenso a concentrar todos los poderes en su persona, estaba listo, sin embargo, a reconocerle también un gran pulso y una extraordinaria capacidad de resolución.

—Si el presidente estima que el malestar obrero tiene las connotaciones para convertirse en un movimiento de la naturaleza que describe Zayas, entonces me parece que debemos intervenir cuanto antes.

En realidad, a don Porfirio lo que más le preocupaba era una conspiración en su contra. Y para él, cualquiera que aspirase a la presidencia o no comulgara con su orden de ideas conspiraba. Sin embargo, la suya no era una simple obsesión por conservar el poder, sino el miedo de dejar un vacío imposible de colmar. Después de haber sorteado el juego de la sucesión como si se tratara de un partido de ajedrez —en el que las piezas blancas podían llamarse “científicos”, cuyo rey indiscutible era Limantour, y las negras, “militares”, quienes tenían por alfiles de campo a los generales Bernardo Reyes y Joaquín Baranda—, se había dado cuenta de que el país necesitaba un gobernante que pudiera mediar entre esas dos vertientes. Y hasta entonces la única persona que lo había hecho satisfactoriamente era él, el único que también podía arbitrar entre dos partes tan antagónicas como el capital y el trabajo.

—Eso es Pepe, voy a tener que tomar cartas en el asunto. Hágame

el favor de traerme, de modo que parezca que ellos me buscaron a mí, a las cabecillas del movimiento obrero. Fungiré como fideicomisario de los trabajadores para negociarles un arreglo con sus patrones —dijo seguro de sí—. Obtendré un acuerdo suficientemente atractivo para los primeros y que al mismo tiempo no sea dañino para los intereses de los segundos. El secreto de gobernar es mediar estratégicamente.

—Sabía que su instinto político —pronunció este último término con un imperceptible e involuntario dejo de desprecio— lo llevaría por el mejor camino.

—¡Ah! y dígales a sus amigos del Consorcio Industrial que hagan el favor, por lo menos en un principio, de rechazar mi intervención… tengo que adquirir credibilidad frente a los quejosos.

*

Afuera del teatro Gorostiza de Orizaba alguien cantaba un corrido, cuyas notas otros más coreaban desentonadamente: “Y no somos anarquistas / Ni queremos rebelión / Menos horas de trabajo / Y mejor retribución”. Adentro, Fortunato estaba sentado en segunda fila, junto a Jorge, a quien consideraba su propio hijo y que trabajaba con él en la fábrica desde hacía algunos años.

Para el jueves 3 de enero, Díaz se había entrevistado con los representantes del Gran Círculo de Obreros Libres y el laudo, producto del arbitraje presidencial, había quedado por ellos autorizado. Para el domingo 6, los industriales lo habían aceptado y ese mismo día iba a ser leído, en medio de una gran expectativa, a todos los trabajadores a quienes dicha resolución afectaba.

Luis Mereles, padrino de Gia y representante del GCOL, leyó con voz triunfante una breve introducción que alababa las concesiones obtenidas frente a la multitud de interesados, prosiguiendo inmediatamente después con la lectura del bando:

> Artículo número 1: las fábricas abrirán a partir del día de mañana, lunes 7 de enero de 1907.

Se escucharon algunos aplausos aislados que lo invitaron a continuar y así lo hizo. Leyó todos los puntos comprendidos en el manifiesto frente a una audiencia que se mantenía atenta, enterándose de lo conseguido, así como de aquellas cuestiones en las cuales los industriales no habían querido ceder.

Al término de sus palabras hubo un silencio que parecía de aprobación. Pero poco a poco las murmuraciones fueron creciendo. Los trabajadores, a causa del paro patronal, habían encontrado las puertas de sus lugares de trabajo cerradas desde el 24 de diciembre, lo que para muchos de los que vivían al día —casi todos— significó haber transcurrido las generalmente alegres fiestas de fin de año sumidos en la miseria. Su único medio de abastecimiento en la zona eran las tiendas de raya, los almacenes que las mismas empresas

daban en concesión, y que se habían negado a darles crédito. Muchos de los allí presentes habían tenido que recurrir a las casas de empeño para poder sobrevivir —como era el caso de Fortunato, que había pignorado la máquina de coser de Nacha para alimentar a sus hijos— y estaban ansiosos de volver a su trabajo bajo cualquier condición. Otros, en cambio, se encontraban todavía hambrientos —tanto de comida como de justicia— y querían ver su sacrificio compensado con beneficios mayores que los que les ofrecían. Y otros más estaban simplemente hartos de la precariedad de sus vidas y andaban dispuestos a cualquier cosa. El ambiente era muy denso y, de pronto, se levantó un grito anónimo entre las más de dos mil personas que atestaban la sala.

—¡No aceptamos! ¡Primero mártires que esclavos!

—¡Abajo la dictadura! ¡Muera Díaz! —se atrevió a decir otro individuo.

Y de allí para adelante la reunión se convirtió en un caos. Fortunato, algo decepcionado con los parcos alcances del laudo, se limitó a decirle a Jorge que la lucha sindical no era cosa de un día y que por el momento podían darse por bien servidos. El joven, que tenía veinte años, era corpulento, callado y no mostraba interés alguno en la problemática obrera. Por su naturaleza tranquila, Jorge se inclinaba a la abnegación y se había resignado ya a que sus condiciones laborales no mejorarían más que de una forma muy limitada. En el camino de regreso a casa, tanto Fortunato como su hijastro convinieron que a la mañana siguiente se presentarían en la fábrica y así se lo comunicaron a Nacha cuando llegaron a su hogar. Ella, que tenía un carácter más bien reactivo, se molestó con las noticias que le traían los dos hombres de su vida acerca de los mínimos cambios al oprimente reglamento. Pero Gia, su hija menor que desde bebé era muy delicada de salud, llevaba todo el día sin probar bocado a causa de una indigestión que la noche anterior le había producido diarrea y vómito, y Nacha no tenía ni tiempo ni ganas de discutir estrategias obreras. Se limitó a declarar que lo único bueno de todo eso era que a la mañana siguiente iría a la tienda para obtener crédito en la compra de la semana, con la salvedad de pagar la deuda al siguiente sábado, día en que su marido e hijo cobrarían sus respectivos sueldos. Al acostarse refunfuñó una vez más sobre las injusticias que tenían que soportar pero poco después se quedó dormida profundamente, como siempre lo hacía, en los brazos de su amado.

A las seis de la madrugada del lunes 7 de enero de 1907, el complejo industrial fue despertado, como de costumbre, por las sirenas que llamaban a trabajar a sus habitantes. En silencio y todavía adormilados, Ignacia y Fortunato se alistaron para partir mientras que

Jorge, quien solía levantarse aún antes de la alarma, les tenía ya listo un desayuno a base de plátano, tortillas, frijoles y café. Ángela, la hija de Fortunato que ayudaba a Nacha a coser y era la encargada de entregar las prendas a domicilio, había acordado con su madrastra que se quedaría a cuidar a Gia hasta que ella regresara, por lo que se reacomodó en el catre con su media hermana que al fin dormía.

*

Eran poco más de las seis de la mañana y si Giminiano no se apuraba a regresar al convento llegaría tarde para el rezo matutino. La muchacha con la que había pasado la noche ni se percató de que su compañero de alcoba estaba por desaparecérsele, como siempre solía hacerlo después de saciar sus deseos. Faltaba poco para que Giminiano cumpliera veintiún años y en esa fecha, según lo prometido por su padre, saldría del colegio. El tiempo que permaneció internado en esa institución le había parecido que transcurría rápidamente. Al inicio de su estancia había acariciado la idea de escaparse de una buena vez, pero, poco a poco, convino que Mascarones era el sitio más cómodo donde podía estar, así que empezó a adaptarlo a su conveniencia. Con el propósito de establecer su hegemonía sobre sus compañeros, en el primer año se enfrentó con cada uno de ellos, incluido su primo Modesto. Para imponerse sobre los demás le había sido suficiente espiar a sus compañeros y luego chantajearlos, o humillarlos descubriendo sus secretos en público, o acusarlos con los frailes para congraciarse con ellos y finalmente, acordarles su protección tan sólo a quienes lo cortejaban, servían y admiraban. Y cuando no lograba doblegarlos con estrategias no tenía empacho en usar la fuerza, pues era ágil y dotado físicamente a pesar de su apariencia más bien débil. De ese modo se hizo de un séquito que procuraba, de una manera u otra, abastecer todas sus necesidades. A un rico hacendado veracruzano le pidió consiguiera hojas de tabaco para que las pusiera a secar en la esquina más recóndita del huerto. Un yucateco de cabeza redonda tenía la encomienda de preparar los puros para que Giminiano, y quienes éste tuviera a bien favorecer, pudieran fumar. Unos hermanos originarios de Querétaro eran los encargados de estudiar para los exámenes, de modo que pudieran proporcionarle oportunamente las respuestas. A otro más lo instó a robar las llaves de la entrada al patio posterior, pues no le gustaba mancharse los pantalones cuando brincaba la barda para salir a la calle. Lo curioso del talento de Giminiano para manipular a la gente era que los escogidos acababan por alegrarse de ser los súbditos del pequeño feudo que este adolescente había establecido. También los frailes terminaron sucumbiendo a sus lisonjas, convencidos de que, gracias a un ángel llamado Giminiano, en su colegio existía la misma armonía que esperaban encontrar en el reino de los cielos.

Una vez que se conformó la banda que tenía a su primo Modesto como segundo de a bordo y a Giminiano como líder, comenzaron las escapadas. Al principio se contentaban con dar vueltas encima de una carroza alquilada, propinar feroces latigazos a los caballos que corrían enloquecidos, fumar hasta la embriaguez y gritar obscenidades. Luego pasaron a insultar a los transeúntes, a romper a pedradas el recién colocado alumbrado público y en edad más adulta les dio por beber y por frecuentar los locales, a las prostitutas y los personajes más desprestigiados de la ciudad.

Nadie los acusaba porque así como hacían destrozos tenían por costumbre solventar los daños que ocasionaban. El dinero para hacerlo provenía en buena parte del bolsillo de sus padres, quienes acostumbraban dar a sus hijos una generosa paga. En el último periodo habían comenzado incluso a apostar en una timba clandestina en la que se jugaban grandes cantidades.

En todos estos años, el asunto de la muerte de Gioconda no había vuelto a ser mencionado por Giminiano ni por nadie más. La relación con el conde se había limitado a breves conversaciones durante la Nochebuena, única ocasión al año en la cual el joven visitaba a su familia, que ahora contaba con otro miembro: la nueva esposa de José Crescencio. Éste se había casado con María Elena Campero, una señorita de buen ver y excelente apellido, quien le llevaba pocos años a Giminiano y pertenecía a una familia sin orígenes nobles pero con una amplia fortuna, crecida al amparo del régimen porfirista. El mayor deseo de la joven señora González Núñez era embarazarse, objetivo que a pesar de coincidir con el de su marido, no lograba plasmar ni con todos sus esfuerzos, rezos y remedios. Con Giminiano era muy amable y procuraba, de forma discreta, servir de elemento estabilizador en la tensa relación entre padre e hijo, quienes apenas se toleraban. Una de las pocas ocasiones en las cuales el matrimonio González Núñez acudía al convento era cuando los frailes los invitaban a asistir a alguna de las ceremonias que tanto les gustaba organizar a los religiosos.

Había sido precisamente el día anterior a la desvelada de Giminiano que José Crescencio y María Elena fueron a Mascarones a escuchar una misa conmemorativa de la llegada de los Reyes Magos y del fin de las festividades decembrinas. En ese tipo de celebraciones el abad se esmeraba para que sus pupilos lucieran de forma inmejorable frente a sus familias, con el propósito de que éstas continuaran subvencionando sus estancias en el colegio. El religioso sabía que el amor entra por los ojos, y por la boca, así que se esmeraba para que el convento entero sucumbiera a los más variados adornos: desde nochebuenas en cientos de macetas, hasta velas escarchadas y cirios decorados en la iglesia que lucía magníficamente ajuareada, y para el

estómago ofrecía una suculenta rosca de reyes servida con chocolate caliente. El órgano de la capilla servía de acompañamiento a los coros y los estudiantes con mejores calificaciones tenían el honor de fungir como monaguillos o de leer los pasajes bíblicos. Y justamente esta última era la actividad favorita de Giminiano. Sus extraordinarias dotes oratorias, auxiliadas de su voz grave, eran conocidas tanto por sus maestros como por sus compañeros. Pero esa tarde sorprendió a todos, en especial modo a su padre al leer el salmo “Dichosos los pobres de espíritu” con tal entonación y prestancia que parecía la arenga de un congreso político. Acabado el oficio José Crescencio se acercó algo reluctante a su hijo.

—Regresarás a casa para el día de tu cumpleaños —le dijo sin emoción.

Giminiano se limitó a sonreírle.

*

El cuerpo de Gioconda llevaba tiempo aprisionado en un cajón, ignorante de sus movimientos, insensible a sus deseos y sin que tuviera que preocuparse por su acomodo. Su alma en cambio estaba indignada: no comprendía por qué se encontraba entre los suicidas. Por más reclamaciones que pronunció, el misterio seguía sin ser develado, sin dejarle otra opción más que la de concluir que si la vida no era justa, la muerte tampoco tenía por qué serlo. Y después de haber visitado durante algún tiempo el Tivoli de Cartagena, sin encontrar más respuestas que las que tuvo en vida, lo que quedaba de ella, un resto de recuerdos y manías, se había resignado a vivir en el inframundo.

En esa dimensión, ajena pero presente, su principal logro había sido desplazarse sin necesidad de contar con un medio de transporte. Después de muchos intentos fallidos había aprendido a flotar en el aire y ahora se movía con rapidez. La mayor parte del tiempo, unidad que ya no le servía de nada contabilizar, lo pasaba vigilando a Giminiano y sus bravatas. Cuando estaba en peligro, trataba de protegerlo; cuando exageraba en sus canalladas, de hacerlo entrar en razón; y cuando el odio lo consumía, ella también, sin quererlo, participaba de ese sentimiento. Él no la percibía, ni la escuchaba, ni encontraba en ella consuelo alguno, pero tampoco la olvidaba y la mantenía cerca con el poder de su añoranza. Gioconda, al ver que su único descendiente tenía un comportamiento reprobable, desesperaba, y sólo descansaba de esa pena cuando era requerida en otros parajes.

José Crescencio solía evocarla bastante seguido, principalmente en sus sueños en los que ella, muy a pesar suyo, se colaba. Durmió entre los recién casados en la noche de bodas y varias de las que le siguieron; todos los días aparecía en las siestas de su viudo. La situación había degradado al punto que, desde que María Elena había

recuperado del olvido, es decir de la bodega donde fue relegado, el crucifijo de Gioconda, y lo había colgado en la capilla de la casa, José Crescencio comenzó a sufrir alucinaciones. El conde se había convencido de que Dios, a través de ese Cristo tallado, lo perseguía, y cada vez que se asomaba a la capilla le parecía que los ojos de la reliquia lo fulminaban. Para contrarrestar tales ideas se había volcado en el estudio de todos aquellos libros que cuestionaban la existencia del creador. Semejante actitud le ocasionó los primeros pleitos con su mujer, quien no comprendía un cambio tan drástico de forma de pensar en alguien que hasta hace poco podía haber sido considerado un ferviente cristiano. Pero el conde no quería oír razones y mientras más era confrontado por ella, más se empecinaba él en combatir sus remordimientos del único modo que le parecía efectivo: desacreditando a la religión católica y con ella a su máxima figura, Jesucristo. Al principio fue una postura que José Crescencio trató de minimizar pero conforme pasaba el tiempo y su culpa más lo afligía, acabó por tomar medidas extremas. Con la excusa de eliminar las humedades y el salitre que llevaban siglos afectándola, acabó por desmontar la capilla de su casa, bajo la mirada atónita de María Elena. Más tarde y una vez que los muros fueron agujereados y drenados, escogió precisamente ese sitio para montar su nueva biblioteca. Su señora tuvo que resignarse entonces a hallarle un nuevo paradero al Cristo incómodo, así como a los reclinatorios, al retablo y a los otros adornos, pues González Núñez declaró que nunca más habría una iglesia en esa casa. Por algún tiempo parecía que el conde había encontrado sosiego con tal acomodo, pero el día que se enteró que la reliquia de la discordia había ido a dar nuevamente al sótano y no con los demás artefactos que fueron regalados al vecino convento de San Francisco —María Elena la consideraba demasiado valiosa para deshacerse de ella— perdió la razón. Comenzó a ver Giocondas en todos lados y no volvió a sus cabales hasta que sus propios ojos presenciaron la salida del Cristo maldito de su casa.

Para Limantour, en cambio, Gioconda no era más que una reminiscencia lejana que algunas veces se le presentaba. Y ella, fiel a los recuerdos, propios y ajenos, volvía a él. Lo que normalmente sucedía por breves momentos y durante las frecuentes inspecciones que el ministro realizaba en la vasta área de Chapultepec. Dividido en varias secciones, que comprendían los terrenos otrora parte de Santo Domingo, el bosque acababa de ser enrejado. El objetivo de tal decisión había sido la de proteger a los cientos de especies que José Yves había comprado en Francia y en Estados Unidos, con la intención de emular el Bois de Boulogne y Central Park. Magnolias, olmos, cipreses, azaleas, andrómedas, laureles, crisantemos, sauces llorones y rosas habían llegado del extranjero para ser plantados en esas tierras

mexicanas, mientras que jardineros y horticultores cuidaban las especies nacionales, entre las cuales había árboles centenarios como ahuehuetes, pirules y otras plantas provenientes de toda la República.

En sus recorridos José Yves, presidente de la Junta del Bosque, caminaba a paso lento, sin soltar el bastón que llevaba colgado del brazo, ni quitarse el sombrero de copa alta, ni separarse del coro de colaboradores quienes iban reportándole, preguntándole, proponiéndole. Cuando se cansaba de su papel de hombre en control de todo lo que lo rodeaba, desde las cuestiones técnicas hasta las estéticas y financieras, y sobre todo de sí mismo, dejaba que algo lo distrajera, ya fuera el canto de un pájaro o la carrera de un coche, entonces se apartaba. Y allí, en esos raros momentos en los que no ocupaba su mente con compromisos, añoraba a Gioconda. En esos lapsos pensaba en los atributos de esa mujer, que en algún momento lo turbó: su simpatía, su inteligencia y sus ojos coquetos. Pero casi inmediatamente volvía a sus modos y averiguaba el nombre científico del volátil que había silbado o apuntaba la placa del vehículo que había pasado a alta velocidad. Gioconda se ofendía por esas distracciones que disminuían la atención de José Yves hacia ella, tal y como en vida se había ofendido de la parsimonia emocional con que él siempre había actuado. Era paradójico: cuanto más se desvivía Gioconda por comunicarse de alguna manera con él, incluso ahora que estaba consciente de que sus intentos por establecer contacto con los vivos habían sido, y continuaban siendo, de todos modos y a todas luces inútiles, más luchaba él por borrar cualquier lazo que los hubiese unido.

Por su parte Gioconda tenía claro que, de sus amantes, el que más la había querido era Fortunato, por eso le había sorprendido mucho constatar que fuera precisamente él quien más rápido la olvidara. Tan sólo una vez Gioconda fue a Orizaba a atender su llamado. La invocación tuvo lugar mucho tiempo después de su muerte, cuando Fortunato estimó que ya sabía leer y fue a buscar la carta que había guardado en un compartimiento oculto de su armario. Después de haber pasado un rato frente al sobre leyendo su nombre y elucubrando sobre su posible contenido, justo cuando estaba a punto de atreverse a abrirla, Nacha apareció en la recámara.

—¿Todavía piensas en ella? —le preguntó al darse cuenta de lo que estaba pasando.

—Es simple curiosidad —contestó preocupado por el malestar de su mujer.

—Pus adelante entonces, curiosea… —con estas palabras Fortunato, que para entonces conocía bien a su mujer, supo que si abría esa carta nunca lo iba a perdonar.

—Si tanto te molesta soy capaz de romperla en pedazos. Te

quiero a ti y sólo a ti —dijo mientras comenzaba a cumplir su amenaza de destruirla, pero Nacha lo paró a tiempo.

—No es necesario amorcito… —Y se besaron hasta llegar a la cama, olvidando por completo lo que acabó por convertirse tan sólo en un arrugado sobre.

Al ver a ese par de enamorados Gioconda, que había observado toda la escena, entendió cuál había sido el motivo del silencio del italiano: al no sentir culpa ni pesares a su respecto, pudo trasladar el amor que tenía dentro y que alguna vez le perteneció a ella, a Nacha, una compañera que le colmaba sus vacíos sin necesidad de colgarse de ningún fantasma.

Cuando por fin volvió al molino, a pesar del pequeño alivio que representaba saber que por lo menos uno de los hombres que acompañaron su vida estuviese en paz con su recuerdo, pronto se sintió nuevamente desalentada por no encontrar un sentido a su vagar. No lograba practicar la pasividad recomendada por fray Bernardino, ni entendía la búsqueda de Dios del capitán Gillet, del ser supremo que había prometido el juicio posmórtem sin cumplirlo. Gioconda no comprendía qué era lo que debía buscar… y por ello desesperaba.

CAPÍTULO VI

Así como no hay edificio que no esconda un secreto, no hay ser humano que no tenga una parte de sí que ignore o que desee desesperadamente ignorar. El mío era un lugar en el que nada bueno había ocurrido, ni ocurriría jamás; un sitio tan tenebroso que me horrorizaba. Sin embargo, era una parte intrínseca de mí y no me quedaba más que aceptar su existencia. Con el tiempo llegué a entender que no hay más remedio que hacer las paces con las propias sombras: conciliar con el pasado para poder llegar al futuro.

También Gioconda estaba enterada del túnel que me recorría, cuya desembocadura estaba oculta por los setos que rodeaban la tienda de raya, pero en toda su vida nunca había osado siquiera acercarse. El mencionado subterráneo había sido concebido por un vecino que tuve algunos siglos antes y que desempeñaba un cargo al parecer tan abominable como él: inquisidor apostólico del Santo Oficio, un juez del comportamiento humano que entre más despiadado era con los demás, más incapaz era de juzgarse a sí mismo. Él personalmente dirigió los trabajos de excavación que se intentaron mantener en el más absoluto sigilo, aunque mucho se cuchicheaba a su respecto entre los trabajadores que estuvieron a cargo de la empresa. Lo que no sospechaban los desdichados es que iban a perecer allí dentro, en un incendio provocado, y se llevarían su secreto a la tumba. Todo comenzó en el siglo XVII *cuando el susodicho inquisidor construyó su residencia de campo que con el paso de los años apodaron "La Casa de la Bola", a causa de una bola de gente que allí organizó una revuelta. Esta finca contaba con un molino de aceite, a pesar de la prohibición de la corona española para la producción de este insumo en la Nueva España, y estaba rodeada de tierra fértil en la que su dueño plantó setecientos olivos, además de miles de magueyes y otros tantos árboles frutales. Pero lo curioso, según el empleado del inquisidor que venía a comprarnos harina, no era lo que estaba arriba de la propiedad sino lo que se escondía abajo. Tal y como sucede la mayoría de las veces, tanto en el caso de los edificios como en el de las personas, las cosas resultan más complejas de lo que parecen en la superficie. Los espaciosos sótanos de dicha residencia, que la doblaban en tamaño, eran destinados por el inquisidor a guardar los bienes que confiscaba a sus víctimas, es decir, todas aquellas personas que podían ser consideradas una amenaza para la fe de su iglesia. Con el tiempo, este previdente hombre consideró oportuno que de esos sótanos saliera un túnel que lo conectara con la casa de descanso del arzobispado, ubicada justo frente a mi acceso, y cuyo arzobispo era su fiel aliado. Pero una vez que la*

excavación llegó a ese destino, el inquisidor decidió continuarla hasta mi edificio principal, lo que le aseguraría un medio, secreto y seguro, para abastecerse de pan y de agua en caso de emergencias. Y las generaciones posteriores se lo agradecieron, ya que a partir de ese momento fue usado en forma intermitente para los más diversos propósitos: desde ser escondite de revoltosos durante los cuartelazos de Tacubaya, hasta fungir como depósito de fetos no deseados. Uno muy peculiar fue el caso de una habitante de La Casa de la Bola, que lo utilizó como lugar de penitencias. Se trataba de una dama de sociedad que, al quedar viuda, hizo voto de pobreza y, confinada a una de las habitaciones de servicio de su casa, vivía sola y en la más absoluta austeridad, sin salir de su encierro más que para autoflagelarse. Su castigo favorito consistía en recorrer mi túnel de rodillas mientras rezaba y le ofrecía a Dios revivir en carne propia los padecimientos de los primeros mártires cristianos en las catacumbas.

Sirva todo lo antes mencionado para comprobar que el pasadizo que me atravesaba era tan oscuro y oculto como tortuosa y enigmática puede ser la condición humana. Afortunadamente con el tiempo cayó en desuso y ya nadie se acordaba de su existencia. Por lo que me extrañó ver a Gioconda entrar en él. Ella estaba cansada de su estática situación, y de ver un comportamiento tan aberrante en su hijo, que desde que salió del colegio usaba los aposentos que fueron el hogar de su madre para sus juergas. Y fue justo cuando Giminiano iba a penetrar a la enésima muchacha, una ingenua criatura deslumbrada por su labia, que su madre se retiró de la que fuera su alcoba y en vez de irse hacia el jardín donde yacía su cuerpo inerme permaneció por un momento en el patio principal, que a pesar de la hora estaba atestado de trabajadores que descansaban del turno de noche. Luego, se dirigió al túnel. Entró, indiferente a las paredes húmedas y malolientes, y recorrió por un rato la oscuridad del subterráneo, sin una motivación precisa, ni más rumbo del que marcaba el angosto y maltrecho pasadizo. Sumida en una inmortalidad que no tenía fin, se adentraba cada vez más lejos y cada vez más dentro de sí —tanto en mí como en los meandros de su espíritu— sin siquiera ver una luz al final de ese túnel, real y figurativo a la vez. De pronto una manada de ratas, ruidosas y descaradas, la alcanzó, devolviéndola al ahora. Gioconda se ovilló en el suelo, tal vez con la esperanza de que su alma tuviera el mismo fin que su cuerpo, enterrado muy cerca de allí. Las ratas en estampida no le guardaron consideración y aunque ella no sintiera ni sus patas ni el asco que solían provocarle en vida, las sensaciones que la invadieron fueron espantosas. Descubrirse puede ser estremecedor y algunas veces incluso espeluznante. Sin embargo, en esa situación sin nombre, sucedió lo que nunca hubiera imaginado. Durante un larguísimo momento se sintió tan desesperada que por fin alcanzó lo más hondo de su consciencia, donde tuvo un atisbo de fe y se aferró a ésta como si se tratara de una cuerda dentro de un pozo. La jaló dentro de sí hasta que

una sensación sublime, de amor omnipotente y omnipresente, la inundó. Como por arte de una magia desconocida, halló las ganas necesarias para superar sus dolores, su pasado e incluso su futuro, y yo, por mi parte, comprobé una vez más que las tinieblas son el mejor sitio para ver la luz. Así fue como Gioconda pudo comenzar a salir del túnel.

EL DIARIO

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

NÚMERO 92 MÉXICO, MIÉRCOLES 9 DE ENERO DE 1907 8 PÁGINAS, 3 CTS

MIEMBRO
DE LA
PRENSA ASOCIADA

EL ENVIADO DE “EL DIARIO” A RIO BLANCO HACE LA NARRACIÓN DE SU VIAJE LAS FUERZAS MILITARES HAN REESTABLECIDO EL ORDEN TRAS ENÉRGICA INTERVENCIÓN LA CAUSA INMEDIATA DE LOS DESÓRDENES FUE LA IMPRUDENCIA DE VÍCTOR GARCIN, CUYAS TIENDAS DE RAYA FUERON QUEMADAS POR LOS AMOTINADOS

INQUIETUD DE LOS PASAJEROS A BORDO DEL TREN.=== EL EMBARQUE DE PARQUE DE APIZACO.=== PELIGROS EN LA VÍA FERREA.===RETRASO DEL TREN QUE CONDUCÍA LA FUERZA FEDERAL.=== LOS INCENDIOS DE RÍO BLANCO, SANTA ROSA Y NOGALES.=== OTRA HUELGA EN LA FÁBRICA DE YUTE.=== INTRANQUILIDAD EN ORIZABA.=== CÓMO SE INICIO EL MOTÍN.=== UNA MUJER ENARDECE A LA MULTITUD.=== DESGRACIAS PERSONALES.=== ÉXODO DE FAMILIAS.=== SE RESTABLECE LA TRANQUILIDAD.

En nuestra edición anterior dimos sucinta cuenta de los alarmantes rumores que circularon en la Ciudad poco después del medio día, acerca de los alzamientos de los obreros huelguistas de Río Blanco y otros lugares inmediatos; y ahora, cumpliendo con el deber que nos hemos impuesto de dar una información detallada y verídica sobre los lamentables sucesos ocurridos, vamos a comunicar a nuestros lectores todos los datos que hemos podido obtener. ===LAS NOTICIAS DEL DIARIO ===El público lector lo sabe muy bien: nuestro periódico fue en la Ciudad, el que mejor y más extensa información pudo dar, aún cuando no tuvimos gran número de noticias directas del teatro mismo de los hechos. Sin embargo, la natural festinación con que fueron recogidas las que publicamos, y debido a la premura de tiempo de que pudimos disponer para reunirlas, hizo que muy a pesar nuestro se deslizaran algunos errores, cosa que, por lo demás, es muy disculpable dado lo inesperado de la actitud asumida por los trabajadores de las fábricas de hilados y tejidos. Salvo pues, algunos ligeros detalles la información ha sido la más verídica y completa. Algunas personas al leer “El Diario”, supusieron que las noticias estarían un poco exageradas y que lo que decíamos en ellas sobrepasaba en mucho a la verdadera magnitud de la situación; pero desgraciadamente no ha sido así, y todos los puntos principales son por los nuevos datos que poseemos pálidas semblanzas muy alejadas de la realidad. Entremos en materia […]

*

Carlo de Fornaro, enviado especial de *El Diario,* revisó su largo artículo que había sido publicado esa mañana a cinco columnas y que le acababa de llegar por tren a Orizaba, gracias a la ayuda de un empleado ferroviario al que tuvo que sobornar, pues el ferrocarril estaba ahora al servicio de los militares. Ese rotativo era una novedad editorial que estaba circulando apenas hace unos meses, desde octubre de 1906. Lo había fundado Rafael de Zayas, el ensayista que había fungido de asesor presidencial, gracias a las concesiones hechas por Díaz a la prensa de oposición, a cambio de que dejara de propagar ideas revolucionarias.

Carlo había pedido también *El Imparcial,* cuyo director, Rafael Reyes Spíndola, recibía un generoso subsidio del régimen y por eso era considerado el medio de comunicación oficial. En éste las noticias sobre Río Blanco se limitaban a un pequeño artículo a dos columnas con encabezados escuetos: "Se restablece el orden. Los delincuentes huyen a las montañas. Dos obreros víctimas de sus propios hechos". A Carlo no le sorprendió el uso de la palabra "delincuentes" para señalar a quienes habían tenido que huir, perseguidos por el ejército, a los montes que rodeaban Orizaba. De ese periódico, pensó, no se podía esperar más que una verdad relativa y el inverosímil número de víctimas reportadas lo corroboraba. En su reporte, De Fornaro había denunciado treinta muertos y ochenta heridos, cifras que había podido corroborar personalmente, pero según sus cálculos cuando acabara la carnicería en los montes, así como las pesquisas en las casas y las ejecuciones en las calles, que seguían en curso, habría varios cientos. De acuerdo con sus informantes, una de las dos compañías del XXIV batallón —llegada para reforzar los cuerpos militares que se encontraban en la zona— se ocuparía de desaparecer a los muertos en un tren que saldría rumbo a Veracruz, donde serían tirados en pasto a los tiburones.

Carlo supo entonces que si Porfirio Díaz era el "zar de México", como él mismo lo había bautizado, era un zar con mucho miedo. Sólo un miedo muy grande podía llevar al dirigente de un país a reaccionar de manera tan autoritaria ante los ciudadanos. El reportero se aprestaba a entrevistar de incógnito al líder unionista Luis Mereles, quien se escondía de la furia de los trabajadores que lo acusaban de haberlos vendido, en una casa abandonada de Orizaba. De Fornaro deseaba obtener su versión de los hechos para publicarla en el próximo número de *El Diario,* y no tenía intención de escatimar palabras para reivindicar a las víctimas de ese episodio.

*

Las víctimas por su parte ya no esperaban justicia alguna.

Jorge, el hijo de Nacha, ayudó a Ángela, la hija de Fortunato y Margherita, cuyo rostro estaba pintado de hollín residuo del fuego que había tenido que apagar, a alistar sus pertenencias. Gia, la hermana de ambos, seguía débil por los estragos de la indigestión que había sufrido un día antes y, con su blanca carita pintada de gris, se limitaba a observarlos.

—Lleva sólo lo que puedas cargar. El camino para subir hasta Maltrata es largo —le advirtió Jorge. Había oído que algunas de las muchas familias prefirieron el éxodo ante la amenaza del ejército. Habían logrado subirse al tren para nunca volver. A pesar de que era casi de noche, Jorge quería salir cuanto antes e ir siguiendo los rieles cuesta arriba hasta llegar a la estación del ferrocarril que se encontraba en lo alto de la boca del monte.

Una vez en Maltrata tomarían el primer convoy hacia Veracruz para ir a refugiarse a la casa de su abuela, la madre de su madre, que vivía en la Barra de Nautla. En el pueblo de donde se había largado Nacha no veía muchas posibilidades, pero en ese momento le parecía la salida más fácil del infierno que había vivido durante los últimos días. Jorge agradeció encontrarse sano y salvo en su casa, que por suerte seguía en pie. Buscó en el armario el compartimento secreto donde Fortunato guardaba el dinero destinado a las eventualidades. Su mano tanteó la gaveta pero en lugar de encontrar monedas, que seguro se habían usado para solventar la contingencia de las semanas anteriores, sacó del escondite una carta. La reconoció de inmediato. Era la misma carta, ahora arrugada, percutida y hasta algo rota, que trajo su madre a Río Blanco para entregársela a Fortunato muchos años antes. Jorge se sorprendió de encontrar el sobre, a tantos años de distancia, aún con el sello de lacre de los condes de Orizaba. Le parecía imposible que la carta, que con tanta diligencia Nacha había llevado hasta su destinatario, no hubiese sido leída jamás.

Jorge se sentó en la cama donde su madre solía dormir y los dramáticos sucesos de los días anteriores desfilaron entonces por su memoria.

Respirando el olor familiar que desprendían las sábanas revueltas, recordó cómo él y Fortunato, junto a los demás obreros, hacían cola para entrar a la fábrica mientras un grupo contrario al reinicio de las labores los empezó a acusar de haber roto la “solidaridad proletaria”. Entre los gritones distinguió a su madre, que a pesar de los esfuerzos pacificadores de Fortunato en cuestiones de justicia social era la más aguerrida. Nacha y un grupo de mujeres le gritaban a los hombres que estaban formados para entrar: “¡traidores!”, “¡miserables!”, “¡sinvergüenzas!”. Apenas Fortunato se percató de la presencia de su mujer entre los inconformes trató inmediatamente de calmarla pero ella estaba furiosa y le alegó que el tal Garcin, el dueño de la tienda

de raya, no contento con haberle negado la anticipación de una carga de frijoles y de maíz, la había insultado, al igual que a sus compañeras.

—Ese maldito francés nos mandó decir que éramos unas muertas de hambre y que no nos iba a dar ni agua… ¡Ya basta de humillaciones! ¡No podemos permitirlo! —Nacha trinaba del coraje, al igual que muchos de los presentes, cuyos ánimos iban caldeándose cada vez más.

El escándalo aumentaba y los porteros de la fábrica recibieron la orden de cerrar las puertas. Fortunato, al ver que ya nadie entraría, se dirigió con su mujer y otras varias ofendidas hacia Las Costumbres Mexicanas, la tienda que se ubicaba a unos cincuenta metros. Los empleados del almacén estaban atrancando puertas y ventanas pero Nacha alcanzó a mostrarle a Fortunato, con la intención de que lo confrontara, al individuo que le había faltado al respeto. Ni ella ni su querido italiano se habían dado cuenta de que ese mismo hombre, asomado del balcón del segundo piso del expendio, estaba tan atemorizado de ver a la multitud acercarse que había desenfundado su revólver y los instaba a retroceder. De pronto la muchedumbre, al grito de "¡no somos cobardes!", comenzó a lanzar piedras y otros objetos improvisados a las ventanas del almacén. Sin que nadie lo esperara, se escuchó un tiro. Alguien cayó al lado de Nacha. Ella se abalanzó sobre lo que se había convertido en un bulto y en el suelo de esa repleta explanada se enfrentó a la muerte. La alargada cabeza de Fortunato y su pelo de puercoespín permanecían en el centro de un charco de sangre, que manaba de su boca, formando un siniestro riel. Por un brevísimo instante se hizo el silencio. El autor del disparo se arrepintió y Nacha lanzó un aullido de dolor que permaneció en sus entrañas. Una línea invisible fue cruzada y ya no había marcha atrás. Nacha comenzó entonces a gritar como desaforada: "¡Lo mataron!, "¡Asesinos!", mientras abrazaba a su desafortunado amor que yacía en el piso.

Apenas los presentes se recuperaron del desconcierto, encontraron la fuerza de su enojo e, indignados por ese crimen, reaccionaron. En vez de salir huyendo, se aferraron a la desesperación a la que se sentían condenados y en su hambre de venganza y comida, comenzaron a saquear la tienda. Ignacia quedó afuera, rodeada de un pequeño grupo que la consolaba, mientras Jorge, precavido aún en los momentos de arrebato, trataba de apartarla de allí. Ella, confundida por su dolor acariciaba el cuerpo que hacía apenas unas horas abrazaba, y repetía sin cesar que no lo abandonaría. Un hombre trajo del interior del almacén una bandera mexicana y en ella envolvieron el cadáver del italiano mientras un grupo de exaltados lo levantaba en brazos gritando: "¡Viva México! ¡Viva Juárez! ¡Abajo los extranjeros!",

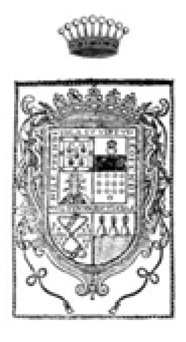
sin saber que a quien cargaban era mexicano solamente en su corazón.

En esos momentos de caos a Nacha ni se le ocurrió precisar nada, tanto más que Fortunato le había dicho alguna vez que la bandera de Italia era casi igual a la de México. Una faja tricolor, verde roja y blanca, sin el escudo que en la mexicana descollaba en su centro. Además, desde hace mucho se había percatado de que las más distintas nacionalidades se hermanaban en la pobreza. Para entonces un puñado de soldados rurales, demasiado escasos para hacerle frente a la turba cada vez más enfurecida, intentaba evitar el incendio del almacén y el linchamiento del asesino. Un propósito que resultó imposible, pues la milicia tuvo que retirarse bajo una lluvia de pedradas e insultos a pesar de que prometió a los rebeldes que la muerte de su compañero sería juzgada de propia ley. Entre la gente, que no le hacía el menor caso a las palabras de los representantes del orden, alguien gritó: “¡A las otras fábricas!” y el cortejo que se había formado comenzó a moverse en dirección a Nogales, mientras Nacha seguía el improvisado féretro de su hombre, negándose a separarse de él. Jorge, por su parte, sostenía a su madre del brazo, continuando la inútil tarea de calmarla. Ella se encontraba demasiado afectada y ahogar su pena en la euforia general era su único consuelo. El grupo, que se conformaba ya con cientos de obreros descontrolados, algunos hasta borrachos, pues se habían bebido el aguardiente que extrajeron de la tienda, prosiguió por la carretera de terracería que coincidía con los rieles del ferrocarril, mientras coreaba frases de protesta. En pocos minutos había surgido una pequeña revolución que amenazaba con escalar, pues al recorrer la ruta que conducía a las otras fábricas, iban sumándose más obreros, que en su marcha forzaron la casa de empeño, liberaron a los presos de la cárcel municipal e incendiaron lo que pudiera arder. Un grupo de extremistas se separó del resto de la marabunta para darle fuego a la casa del representante del GCOL, Luis Mereles, el ex jornalero de las fincas tabaqueras de Ocotepec, amigo de Fortunato y padrino de Gia, señalado como traidor por las facciones más rebeldes, al haber aceptado el laudo presidencial.

Jorge seguía incrédulo y estaba muy preocupado, pues además de haber perdido a su padre postizo, su natural prudencia consideraba que ese furor tan descomunal podía costarle caro a los involucrados. Sin embargo, seguía a Nacha con la intención de protegerla y en todo caso socorrerla cuando se percatara plenamente del drama acaecido. En diversas ocasiones había intentado convencer a su madre de retirarse, pero ella seguía reacia a dejar el cuerpo de Fortunato, llevado como un héroe por la masa enardecida. Al llegar a la curva de Nogales, los insurgentes fueron víctimas de una emboscada por parte de los refuerzos militares, quienes tenían la orden de disparar sobre la muchedumbre sin hacer averiguaciones. La indiferencia por la vida

que en ese momento experimentaba, orilló a Nacha a exponerse en primera línea. Apenas vio a los soldados cargar contra los indefensos, se soltó del brazo de su hijo y fue hacia ellos gritándoles: “¡No pueden matarnos, somos hermanos!”. Los militares titubearon, sabían que tenía razón, pero sus juramentos pudieron más que sus sentimientos. Ignacia Arias cayó herida al recibir dos impactos de bala, uno en el vientre y otro en una pierna. Y allí, en la bulla de los obreros que se dispersaban y volvían a juntarse, que para entonces eran más de mil, algunos armados, fue que Jorge, emocionalmente destrozado, se separó del grupo con su madre en brazos. Logró esconderse en una zanja en donde, con toda la delicadeza de la que fue capaz, revisó el maltrecho cuerpo de su progenitora. Nacha se puso a rezar un entrecortado avemaría, y se encomendó a la virgen morena, que según su confuso decir, no la iba a desamparar, mientras expiraba. Para entonces el corazón de Jorge latía desbocado. Cuando estuvo seguro de que su madre ya no respiraba ni volvería a respirar jamás, le cerró los ojos y la besó; en ese mismo instante pensó en las únicas dos personas que le quedaban con vida. Jorge le rogó a Dios que las preservara incólumes hasta que llegara a ellas y que se llevara con Él a su madre y a Fortunato. Sin poder derramar su dolor, más que en la aridez de su mente, se dirigió lo más rápido que pudo de regreso a su casa para buscar a Ángela y a Gia. Ellas, asustadas por el borlote que escuchaban afuera, se habían refugiado en la azotea, desde donde presenciaron la quemazón de la casa de Mereles, y vieron cómo el fuego comenzaba a extenderse a las casas aledañas. Una vez que los incendiarios se fueron a perseguir su revancha a otro lado, las medias hermanas salieron de su refugio para ayudar a sus vecinas a extinguir las flamas antes de que se propagaran. Cuando Jorge las encontró, estaban regresando a casa, el lugar que en medio de aquel desastre parecía más seguro.

Después de esta dramática agitación que había cobrado las vidas de sus seres queridos, el joven volvió a la carta que traía entre las manos, y tal vez a causa de su estado de alteración emocional, dejó su usual prudencia a un lado y rompió el sobre de un tajo, aprestándose a leer las palabras que lo llevarían de regreso a Tacubaya.



Tacubaya Mayo 24 de 1896

Querido Fortunato,

resibí tus dos gratas. La primera me dejó triste y preocupada, por q imaginé como tu y tus compañeros se han de haver sentido con el desfalco de ese granuja del administrador; es una verguensa lo que me cuentas y entiendo muy bien que si el ferrocaril no llega hasta "Manuel Gonzalez" será muy dificil que logren bender bien su cosecha que tanto travajo les ha costado producir. Es una pena este contratiempo, espesialmente ahora que al fin han logrado que esa tierra tan mendiga diera frutos; estuve pensando mucho en el destino de los compatriotas italianos de la colonia y en ti y llegué a la conclusión que yo los puedo ayudar. Como tu lo sabes poseo un molino en Tacubaya, muy cerca de la Ciudad de Mexico, y que se encuentra a un lado de una linea ferroviaria, y que a veces se queda parado por falta de grano que tiene que traerse desde lejos, tenemos tierras en los alrededores pero nadie que las cultive.

Siempre me ha impresionado que en México haya tanto campo sin explotar y de allí que se me ocurrió tratar de compensar un poco a ti, que siempre fuiste tan bueno conmigo y a tus compañeros que la han pasado tan mal y pedirte que me ayudes a formar en mis terrenos una colonia, como las que ha hecho el Gobierno, allá en Huatusco; con la diferencia de que la nuestra tendrá terrenos fértiles y bien comunicadas y que tu vas a ser el administrador, pues gosas de mi total confianza. Tanto que cuando yo falte he dispuesto que quedes como dueño, así que en ese entonces ya savras tu qué hacer. Mi unica condicion para llevar a cavo este trato es que te comprometas a plantar trigo y surtir a mi molino (y si lo consideras oportuno tambien a los otros molinos de la zona que ya son bastantes), tambien he dispuesto que mi hijo Giminiano y su descendencia reciban un diez por ciento de las ganancias que se tengan sobre la cocecha.

Espero con ansía que nos visites a la brevedad aquí en Tacubaya para q hablemos en persona de todo esto que te he escrito. Contestando a tu segunda carta, te ruego que tomes este ofrecimiento como el de una amiga que te quiere mucho, pues a pesar de los sentimientos que siempre guardaré en mi corazón, así como el recuerdo de los momentos vividos juntos, ya me es imposible ser otra cosa para ti. No te escribo más por q el otro día que escribí demasiado me puse tan sumamente mala de los ojos que creí perdía uno.

Adios te digo con la esperansa de verte muy pronto me despido afectuosisima

Gioconda Cattaneo

*

Cuando José Crescencio González Núñez terminó de leer la carta que tenía enfrente detuvo la mirada en la decidida firma de Gioconda. No pudo sostenerla demasiado y entonces giró los ojos para mirar al joven que la había traído, mientras le devolvía el escrito, como para que a su interlocutor le quedara claro que no tenía valor alguno. Jorge Arias hacía rotar el polvoriento sombrero que traía entre las manos sin poder disimular su nerviosismo, un nerviosismo que parecía no afectar a la muchacha que estaba sentada a su lado.

Tan sólo dos días antes, después de haber leído por enésima vez la carta de Gioconda, tratando de descifrar las posibilidades que aquel papel les concedía, Jorge le había explicado a Ángela la situación y los dos convinieron que ese documento representaba una esperanza en medio de la desolación en la que se encontraban. La esperanza de una vida nueva, lo que en esos trágicos momentos los podía salvar de mayores penurias. Además Jorge soñaba con poseer el molino desde que era niño. Al subirse a la parte más alta de la loma sobre la que se desplantaba esa construcción, imaginaba que era un rey, cuyo reino abarcaba el territorio que tenía debajo. Ésta era la oportunidad de ver su sueño realizado. Así que, una vez que llegaron a la estación de trenes de Maltrata, después de haber sorteado a los varios escuadrones de soldados que patrullaban la zona, decidieron lanzarse a la capital. Así fue como se presentaron, primero con el administrador del molino, que viendo el papel con el escudo de los condes de Orizaba optó por enviarlos directamente con su patrón a su casa de la capital. A pesar del cansancio y de la tristeza, durante el trayecto que separaba Santo Domingo del Distrito Federal, Ángela no daba crédito a sus ojos por la cantidad y variedad de personas, negocios y elegancias que le evidenciaron lo insignificante que era Orizaba comparada con la metrópoli. Jorge, en cambio, además de cansado y triste estaba escéptico y muy temeroso de enfrentar a quien desconocía era su padre, pues Nacha se había guardado bien de decírselo. Lo único que atinaba a hacer, sin poder controlar la ansiedad que lo invadía, era mirar a Gia, que se había quedado dormida, acostada en el incómodo asiento del carruaje. Cuando los huérfanos llegaron, el conde se encontraba reunido en la biblioteca con su primo Fausto Ortega —un encarnizado ateo que se había convertido en el principal promotor de la laicidad de José Crescencio—, con quien conversaba a menudo sobre las maravillas de la ciencia y de la naturaleza, a su renovado criterio las únicas soberanas del destino de los hombres. Fausto detestaba al clero más que el mismísimo Benito Juárez y se había casado solamente por lo civil con una prima de José Crescencio. Al momento de la boda al conde le había parecido un comportamiento

altamente incivil, y le había negado por años el saludo a esa pareja de pecadores, tal y como lo hacía el resto de la familia. Pero ahora que a su consciencia le acomodaba comulgar con los principios de Ortega, frecuentaba a menudo a su pariente político con quien criticaba lo obsoleto de las enseñanzas atávicas, especialmente las religiosas.

El personal de servicio sabía que al conde le molestaba ser interrumpido durante esas reuniones, por lo que decidió entretener a los forasteros alimentándolos. Después de que los jóvenes comieron hasta saciarse, y aprovecharon la espera para descansar, fueron finalmente introducidos al despacho del conde.

Apenas el padre vio a su hijo quedó impactado del parecido que había entre ellos y le vino a la mente la imagen del cuadro colgado en el salón de música, realizado cuando José Crescencio tenía la edad que Jorge tenía ahora. A Jorge sólo le faltaba el lunar del conde para que sus frentes fueran idénticas. Ambos tenían la misma salida del cabello en forma de pico, las mismas orejas de soplillo, con los mismos párpados caídos y las mismas cejas pobladas formando una sola línea por encima de los ojos prietos. Un resultado escasamente agraciado. Ángela en cambio se había convertido en una joven hermosa, de ojos verdes, piel clara y cabello castaño y apenas ondulado. Su nariz era ligeramente tosca, pero le otorgaba personalidad y realzaba su belleza. La pareja de jóvenes exiliados —Gia se había quedado en la cocina—, esperaba en silencio el veredicto del conde sobre la carta, y de paso sobre sus vidas.

Por su parte, José Crescencio en esos años de ser atormentado por la culpa, y por perturbadoras visiones que se habían acentuado a pesar de su negación de Dios, había limado bastante su altanero carácter. Si no hubiera sido por eso, o por aquel extraordinario parecido físico, muy probablemente hubiera corrido a los visitantes incómodos sin más reparos. En cambio se dirigió a ellos en tono casi paternal:

—No entiendo porqué este reclamo ahora… después de tanto tiempo —y como para hacer hincapié en sus palabras, dejó pasar un largo momento para ver si Jorge tenía una respuesta. Pero Jorge no supo qué decir, pues desde que descubrió la carta se había preguntado lo mismo: ¿por qué estaba cerrada? No había encontrado una respuesta lógica, ni tampoco la razón por la cual Gioconda había escrito la carta en español, en vez de su lengua materna, el italiano. La única explicación, pensó Jorge, era que tal vez pensaba que Fortunato tenía que seguir haciendo uso de los escribanos para comunicarse por escrito, o tal vez había supuesto que sus palabras serían algún día leídas por su esposo y estimó más conveniente que estuviesen en un idioma que le quedara bien claro.

—Las tierras aquí mencionadas fueron vendidas por orden de mi señora, poco antes de que se muriera. —Mintió en tono cordial y

sereno—. Lo siento… Y siento mucho que sus padres hayan muerto. Ignacia, como tú Jorge debes recordar, fue empleada de mi mujer y ella le tenía, como yo, un gran aprecio —continuó el conde para hacer una nueva pausa, mientras intentaba calibrar la reacción de su hijo natural, pues temía que Nacha le hubiese confesado que él era su padre y pretendiera aprovecharse de esa situación. Pero Jorge sólo abrió los ojos del mismo modo que lo hacía el conde cuando estaba nervioso. Reasegurado por ese silencio, decidió proponerles un trato —: En consideración a la muerte de sus padres y al servicio que su madre prestó a esta casa, les ofrezco trabajo en el molino.

—Muchas gracias señor —dijo Ángela precipitadamente, deseosa de quedarse en esa fantástica ciudad y dejar atrás tantas tragedias. Su acompañante en cambio, seguía sin inmutarse.

—Jorge conoce bien el sitio. Allí nació y se crió —dijo dirigiéndose a Ángela—. Pueden vivir en las dependencias de los cuidadores, trabajar en lo que haga falta según lo que les mande el administrador —concluyó mientras escribía de su puño una nota dándole indicaciones a su empleado.

A pesar de su carácter sumiso, tal vez todavía contagiado por el espíritu combativo que había respirado en Río Blanco, Jorge quiso decirle a José Crescencio que se guardara sus consideraciones. Si Gioconda había vendido las tierras que eran de Fortunato y por lo tanto de sus hermanas, el conde debía compensarlos y no precisamente con un trabajo. Por un momento Jorge estuvo tentado de pelear por las descendientes de Fortunato, pero recordó que su madre se quejaba de la codicia y el mal carácter de González Núñez y supo que sería difícil conseguir algo de esa manera. Mientras tanto Ángela, que veía en esa oportunidad las posibilidades de vida que nunca antes había tenido, le dio un puntapié por debajo del escritorio. Jorge, demasiado sensible a la voluntad de la mujer que lo había tocado, se quedó con la palabra en la boca, aceptando con su silencio la oferta de José Crescencio que aprovechó para a su vez decirle:

—Qué gusto volverte a ver Jorge, estoy seguro de que nos entenderemos bien.

Jorge, Ángela y Gia se encontraron esa misma tarde montados en una carroza rumbo al molino, mientras José Crescencio le pedía perdón a Gioconda por haber traicionado nuevamente su voluntad.

*

Desde que había vuelto a la casa familiar, ubicada en la calle de Plateros, en el centro de la Ciudad de México, Giminiano había seguido llevando la misma vida licenciosa que tenía en el convento, cosa que enojaba a su padre sobremanera. Continuaron las parrandas nocturnas en las que bebía a ríos su licor favorito: el pacharán, lo mismo que su afición por el juego de azar, que lo había orillado a

contraer más deudas de las que podía pagar, y también la persecución de cuanta joven le provocara gula.

Si al conde le molestaban las andanzas de su hijo, a Giminiano le molestaba todo lo que tuviera que ver con su padre, hasta los más insignificantes detalles. La residencia familiar, por ejemplo, no había sido renovada en años y a José Crescencio le parecía que su vejez era como un ulterior título nobiliario. Giminiano, en cambio, opinaba que esa casa no estaba a la altura, en pompa y ostentación, de las residencias de los industriales y hacendados que frecuentaba. Pero, como siempre, se guardaba bien de decirlo abiertamente. Más allá de las diferencias con José Crescencio, Giminiano evitaba en la medida de lo posible los enfrentamientos directos. Gracias a su personalidad manipuladora intentaba mantener una relación si no cordial por lo menos respetuosa con su padre, con la esposa de éste, y con todos aquellos de quienes podía beneficiarse. Por lo que el conde, si bien no le soltaba el dinero de Gioconda, que por su propia disposición heredaría hasta los veinticinco años, le toleraba a su hijo incluso varios caprichos. Uno de ellos, y sólo para citar alguno, consistió en dejar que Giminiano hiciera cambios e incluyera espacios en sus habitaciones, hasta que se adueñó de casi la mitad del piso noble de la casa.

Pero todo tenía un límite, pensaba el conde, y fue a los pocos días de la llegada de los huérfanos a la capital que José Crescencio perdió los estribos, tal vez a causa de los incipientes sentimientos que había probado por quien sí llevaba su propia sangre. Uno de los acreedores del joven, al no encontrar respuesta a sus demandas de pago, le había presentado a José Crescencio una letra de cambio del deudor. González Núñez se había enfurecido al grado de introducirse a los remodelados aposentos de Giminiano sin llamar a la puerta, mientras agitaba con la mano el pagaré, como si quisiera abofetearlo con él.

—¿Qué significa esta letra? —vociferó mientras su hijo permanecía impasible—. ¡Contesta, te estoy preguntando! —prosiguió aún más alterado por el silencio del joven.

—No hace falta levantar la voz… ¿Qué es lo que le escribieron? —preguntó tranquilamente Giminiano.

—¿No sabes leer? Es un pagaré por diez mil pesos.

—¿Qué quiere que le diga padre? Necesitaba dinero.

—Pero, ¿cómo te atreviste?

—Usted se empeña en no darme lo suficiente. Y no me quedó más remedio que conseguirlo por mi cuenta.

—¡Pues yo no voy a pagar! Dejaré que te arresten para que aprendas.

—Está bien, entonces no fastidie.

—¡Ah!, ¿te fastidio? ¡Desgraciado!, ¡desconsiderado!,

¡malagradecido! ¿Cómo te atreves a hablarme así?

María Elena, alarmada por los gritos que se escuchaban hasta el comedor donde esperaba a su marido, resolvió tocar a la puerta de la habitación de donde provenía el altercado.

—La cena está lista —dijo con toda la diplomacia de la que era capaz.

Giminiano se dirigió a su padre para informarle que tenía otro compromiso y que no podía comer con ellos porque iba a salir. José Crescencio consideró su negativa una ofensa más, ahora contra su mujer.

—Tu madre te ha pedido que la acompañes a cenar.

Entonces Giminiano clavó sus ojos en los del conde mientras hablaba lentamente, como para que su contrincante asimilara bien cada una de sus palabras:

—¿Mi madre? Mi madre está muerta y usted mejor que nadie lo sabe.

El conde se hubiera abalanzado sobre su hijo, de no haber sido porque su esposa lo detuvo, pero ni ella pudo evitar que, sin soportar más esa farsa y con el rostro cárdeno del coraje, le gritara:

—¡¡¡Lo único que sé es que no eres mi hijo!!!

Giminiano se quedó por un momento pasmado, después de todo y a pesar de detestar a su padre, hasta ese momento había sido su referencia, una parte importante de su identidad. Apenas alcanzó a entender que aquella no había sido una frase producto del enojo sino que era precisamente el motivo del coraje que le tenía, se atrevió a preguntarle:

—¿Y mi padre? ¿Quién es mi padre entonces?

—¡Ni la puta de tu madre lo supo! —le gritó el conde desencajado, justo antes de salir de la habitación dando un portazo.

—Me voy a ir de esta casa —fue lo único que alcanzó a murmurar Giminiano que se había sumido en un estado catatónico.

María Elena estaba al tanto de esa bastardía y hubiera preferido que su hijastro nunca se enterara, pero lo que más le importaba era que la gente no lo supiera. Para ella el buen apellido con que se había casado bien valía el cuidado de guardar las apariencias. Por eso, más tarde, ya durante la merienda, María Elena, quien procuraba ser muy indulgente con Giminiano, dejó que su esposo, aún lívido del coraje, se desahogara atrancando una pechuga de pollo al mole de pipián. Los malestares estomacales del conde, que desde joven sufría dispepsias, cada vez más severas, comenzaron a hacerle mella. Una vez en el dormitorio y después de haber puesto varios almohadones debajo de la cabeza de su marido, que a causa del reflujo que lo atormentaba solía dormir en posición casi vertical, abordó el tema de la obligación moral de honrar las deudas de quien para los ojos de todos seguiría

siendo su hijo primogénito.

—¡Eso jamás! No pagaré —contestó José Crescencio.

—Pues entonces lo haré yo con mi propio dinero. No voy a permitir que a un miembro de la casa de los condes del Valle de Orizaba se le conteste un pagaré.

A José Crescencio le daba igual lo que opinaran esa bola de catrines nuevos ricos que tanto preocupaban a su mujer, pero le gustaba que María Elena cuidara su apellido e incluso que defendiera a ese ingrato que no sabía apreciarla. Su esposa era una sabia y su mayor deseo era preñarla en ese mismo instante para librarse de la desdicha de no tener un verdadero hijo legítimo. A pesar de sus dolores intestinales procedió a hacer lo propio para llevar a cabo su anhelo, hasta que no le quedaron más fuerzas, ni a ella más ganas.

Al día siguiente saldó la deuda de Giminiano, mientras que este último, en plena crisis por desconocer la paternidad que lo había procreado, decidió ir a visitar a sus abuelos maternos a Europa.

*

Jorge, Ángela y Gia se instalaron en el callejón de Benjamín, la callejuela cerrada posterior al edificio del molino, llamada así en honor al primer velador de la finca de Santo Domingo. Allí se asomaba una serie de casitas dispuestas en batería, donde habitaba una pareja de ancianos, con un solo hijo discapacitado —los descendientes de Benjamín—, que destinó a los jóvenes recién llegados dos habitaciones, usadas hasta entonces como bodegas. En una dormían Ángela y Gia y en la otra Jorge. El administrador les había encontrado a los dos mayores una ocupación según sus aptitudes. Jorge se había convertido en uno de los encargados de despachar los pedidos, mientras que Ángela, que tenía muy buena letra y excelente presencia, atendía a los clientes y redactaba las notas de compra de las harinas y de los granos. La pequeña Gia acompañaba a su media hermana a la oficina todos los días, pues se negaba a asistir a la escuela. La niña acostumbraba esconderse debajo del escritorio de Ángela desde donde observaba en silencio cuanto sucedía, aunque siempre daba la impresión de estar poco interesada en el mundo que la rodeaba. Gia, quien para entonces tenía seis años, era una niña frágil y enfermiza. Sus padres la habían llevado a varios doctores en Orizaba, pero nadie había logrado discernir el origen exacto de sus males, entre los cuales estaban diversos tipo de alergias y una águda intolerancia al sol, que por su cutis casi transparente, le molestaba sobremanera. Por ello evitaba, en la medida de lo posible, estar al aire libre. Su blancura además de darle un aspecto malsano, era extraña, puesto que tanto Fortunato como Nacha tenían la piel, uno curtida por el sol y la otra decididamente morena. Pero todo en Gia era un poco raro. Ni siquiera había resentido la falta de sus padres, o al menos eso

aparentaba. Parecía como si no necesitara de su presencia física, ni, en todo caso, de la de nadie más. Ángela la había sorprendido en una que otra ocasión hablando sola, pero pensaba que era cosa de niños, más porque Gia no tenía con quien jugar.

El día que se produjo el encuentro, Gia estaba, como siempre, escondida debajo de la escribanía de Ángela, quien estaba terminando de redactar un pedido para un panadero tan quisquilloso con la calidad de la molienda, que venía a revisar personalmente sus entregas.

Molino de Santo Domingo

Remito a *la Compaña Panificadora por oficio de los Señores Lazcurain*

32	Bultos Harina flor con	*2.944* kilos peso neto á $	*183R*	*468*	*48*
38	” Revoltura ”	*3.059* ” ” ” ”	*1.48c*	*393*	*68*
	” Grano No. ”	___ ” ” ” ”	___		
	” Grano No. ”	___ ” ” ” ”	___		
	” Salvado ”	___ ” ” ” ”	___		
		Total	___	*862*	*116*

Tacubaya, *Abril 1* de 190 *7*

Al terminar de poner la fecha fue cuando Ángela, quien más que escribir dibujaba, lo vio por primera vez. Giminiano venía a recoger algunas de las pertenencias que había dejado en la antigua morada de su madre y, en contra de su costumbre de pasar de largo, ese día entró a la oficina de la administración del molino. Su coche, uno de los primeros que se veían por Santo Domingo, había quedado estacionado delante de la carreta del panadero y para poder salir necesitaba que le despejaran el paso. Con ademanes amables, Giminiano, que desde que sabía que el conde no era su padre era menos arrogante, pidió que quien le estorbaba moviera su vehículo, pero cuando vio a Ángela, su belleza lo distrajo. Le sonrió, mientras ella, demasiado emocionada para devolverle la cortesía, bajó la vista sin poder expresar ninguna otra condición que no fuera la de su empacho. Gia, al ver a su hermana tan nerviosa se asomó de su escondite y, no obstante lo tímida que era, se atrevió a preguntar:

—¿Quién es usted?

El joven, asombrado por aquella vocecita infantil, pensó que era la de Ángela, aunque no correspondiera ni a su aspecto ni a su edad, y

contestó extrañado:

—Giminiano González Núñez. ¿Y usted?

En ese mismo momento, Gioconda, quien venía siguiendo a su hijo de acuerdo con su sempiterno cometido de protegerlo, se percató de que la pregunta de Gia, quien la miraba asombrada, estaba dirigida a ella y no a Giminiano. Una gran alegría la invadió y tuvo ganas de abrazar a aquella niña tan blanca que parecía haberse revolcado en la harina. Era el primer ser vivo que veía a Gioconda.

CAPÍTULO VII

En el curso de los años he podido comprobar que todos los seres humanos creen en algo. José Crescencio creía que no creía y por eso se debatía entre culpas y quimeras. Gia creía en los espíritus y éstos la arropaban. Giminiano creía en sí mismo y en su egoísmo se sostuvo siempre. Y Gioconda creía, incondicional, apasionada y algunas veces equivocadamente, en lo que amaba, con tal convicción que acabó por contagiarme: por amor terminé creyendo en mi fantasma y en su poder de convertirse en una extensión de mí. Y es que tarde o temprano los seres humanos —y tal parece que los edificios también— necesitan saber que algo extraordinario puede cambiar su existencia, necesitan perder, aunque sea una sola vez, la racionalidad con la que se protegen, necesitan rendirse frente a la fuerza de la vida, que es grandiosa e invencible, aunque lleve implícito el trance de la muerte.

En muchas ocasiones observé la fe, ese atributo divino que se funde con la esperanza, manifestarse en los demás, revelándose a menudo de manera inversamente proporcional al fin que se acerca. El tiempo es el enemigo que derrota a los seres humanos, pero la certidumbre matemática de la mortalidad es también lo que le da sentido a su vida. Una mortalidad y un sentido que la materia desconoce.

Y tal vez por ello, y como materia que soy, siempre fui escéptico sobre mi propio final: estaba convencido de que el momento de desaparecer no me iba a llegar nunca. El motivo de esta petulancia debía ser que, a diferencia de los humanos, que se la pasan en constante movimiento y con una perenne fragilidad pegada al cuerpo, un inmueble está firmemente anclado a la tierra, ocupando un espacio que de acuerdo con el significado de su nombre, no puede moverse de su sitio.

Sin embargo, un suceso me recordó que yo también estaba expuesto a perecer. Fue cuando estuve a punto de ser devastado por una arrolladora fuerza de la naturaleza: el terremoto del 14 de abril de 1907. No es que no hubiese experimentado antes otros sismos, tan comunes en el altiplano en el que me encuentro, donde la tierra suele bailar al compás de un constante reacomodo. Hubo incluso otros dos en el curso de mi historia, de gran magnitud y peligro: el de san Juan en 1806 y el de san Francisco en 1845, aunque no recuerdo con exactitud las fechas, porque la gente de entonces solía recordar los días de acuerdo con el santoral.

Ya antes otros sucesos me habían puesto en riesgo, pero ninguno me dañó tanto como éste. Estaba el caso, por ejemplo, de la pólvora guardada en mis bodegas durante una revuelta, esa vez no hubo explosión gracias a

que un general la confiscó a tiempo. O cuando varios infectados por la epidemia de viruela se habían escondido en una de mis trojes y los frailes, temerosos de un posible contagio, querían prenderle fuego para exterminar así el mal. Fueron sin duda muchas las ocasiones en las que hubiera podido desaparecer, pero esta vez fue diferente: el terremoto de 1907 fue para mí y mi particular emplazamiento, catastrófico. Al ser sacudidos mis cimientos, por primera vez se removieron todas las consciencias que tenía impregnadas y al tener daños materiales considerables probé lo que sienten los hombres la mayor parte del tiempo: una desgarradora vulnerabilidad.

Desde el encuentro con Gia, el único ser vivo con quien podía comunicarse, Gioconda no se separaba nunca de ella. A pesar de la partida de Giminiano, se había quedado en mis parajes, donde se sentía más segura, y podía gozar de la cercanía de su nueva amiga. Gia, un ser luminoso y etéreo que había nacido enfermo y como tal estaba tan cercano a la muerte que no sólo lograba dialogar con ella, sino que tenía la capacidad de entenderla y aceptarla, lo que inspiraba a Gioconda enormemente.

El día de la desgracia el aire estaba calmo, sin viento que lo alegrara, poblado solamente por el nerviosismo de los perros, que desde la madrugada se ladraban unos a otros, en medio de un concierto de aullidos. A las once treinta de la mañana la tierra comenzó a sacudirse, primero suavemente, como meciéndonos a todos en un columpio invisible, pero poco a poco fue descubriendo bríos ocultos. Durante casi dos minutos, sobresaltos cada vez más intensos no dejaron de azotarnos y tuve que aferrarme muy fuerte para que tanto zangoloteo no me tumbara. Cuando terminó el movimiento se oyó un rechinido y luego la crueldad del silencio: la gente dejó de gritar y hasta de sufrir. Después vino un dolor más fuerte, y más tarde el recuento de los daños. Por fortuna no hubo muertos ni heridos, pero mis muros se habían cuarteado, dejando una orografía de grietas, algunos techos en el suelo, otros tambaleantes y casi todas mis ventanas rotas. Para entonces mi túnel secreto había prácticamente desaparecido, pues sus deterioradas paredes no resistieron a los caprichos de la naturaleza. Lo más dramático fue que Gia —que solía entrar con Gioconda para protegerse de la luz y de las miradas indiscretas— yacía inmóvil entre los escombros. Gioconda por su parte, estaba tan desconcertada que se ovilló junto a la niña, percibiendo inmediatamente la poca fuerza que le quedaba a la criatura para continuar viviendo. Y fue en esos momentos de trastorno cuando ocurrió lo que sólo fue posible gracias a la fe, a esa confianza absoluta que trasciende a quien la experimenta.

Al ver a Gia enterrada viva, Gioconda supo que tenía que sacarla de ese túnel maldito que ya había cobrado suficientes víctimas y que la única manera de hacerlo era a través de mí. Por eso, con la determinación que la caracterizaba y sin que yo supiera cómo, logró lo imposible: que me sacudiera nuevamente ocasionando que se abriera entre las piedras una

rendija a través de la cual Jorge escuchó la débil voz de su hermana contestarle el llamado y, después de mucho excavar, encontró el modo de abrirse paso para rescatarla. Más allá de salvar a la niña, a partir del momento en que unimos nuestras fuerzas, Gioconda y yo nos fundimos en un mismo ser, hasta convertirnos en una comunión de piedra y esencia; materia, sólida y omnipresente, y espíritu, etéreo e inalcanzable.

Orizava, Febrero 26 del 1885

Queridissimo Pepe mio,

Muy sentida estoy contigo, pues ya veo q' de cuantas maneras puedes me manifiestas el despresio con q' siempre me ves, si fuera yo una mujer indiferente para contigo, tendrías disculpa para no haserme caso, pero cuando sabes q' el mayor anelo para mi has sido tu, no comprendo, si cariño me tubieras, como me tienes tan lejos,

Yo he seguido mala todos los días, desde que estoy en el sanatorio ya no tengo ni ganas de comer ni sueño para dormir, ayer estaba tan cansada que me senté en la vasinica y se me rompió, me di una porsion de cortaditas, pero todas leves, no se como, porque caí en la porselana echa hastillas, esto te lo digo a pesar de q bien se q muy poco te importa, pues yo no soy la que ocupa tu corazon, cada dia lo comprendo más y esto es bien triste para mi por q esta certidumbre no me acarrea más q' la muerte, q' siquiera me entrara un poco de indiferencia porque así no será posible nunca mi alibio.

Ya no voy a seguir quejandome porque de nada sirve contigo. Te suplico cuando bayas a Tacuvalla, veas a mi perro y a mis gatos, si ya se perdieron o si no les ha sucedido nada. Tambien dales muchas expresiones a todos los que preguntan por mi y tu resibe el corazón de tu esposa q a pesar de lo que la hases sufrir, mucho te ama.

Gioconda Cattaneo de González Núñez

p.s. Ya te digo q' si no me escribes pronto no respondo de lo q' haga, empeñaré mis anillos, pues encima me tienes acá sin siquiera dinero para los gastos y me boy para ayá cuando menos lo esperes o tal vez decida cambiarte por otro y entonces a lo mejor seras tu el que sufra por mi…

Al releer esa vieja carta de delgadísimas hojas rayadas, una de las que Gioconda le había escrito durante su primera estancia en Orizaba, a José Crescencio lo recorrió un escalofrío de los que solían crisparlo cuando pensaba en quien fuera su mujer. Y precisamente para no recordarla había guardado toda la correspondencia de la difunta donde nunca, ni él, ni su actual esposa, pudieran encontrarla. A su muerte, había vaciado todas esas cartas en una caja de madera en donde solía almacenar los papeles inútiles, que su meticulosidad no le permitía desechar. La había acomodado en el rincón más escondido de su amplia oficina en el molino, a la que de todos modos nunca iba, por lo que el asunto había quedado aparentemente archivado. No contaba con que la impúdica fuerza del temblor tiraría aquel cofre y, así, las cartas de Gioconda, junto con las acciones de una compañía minera que había quebrado, un citatorio desatendido y algunos recibos de mercancías varias, que habían sido olvidados hacía casi una década, quedarían desparramados en el piso. En la confusión posterior al sismo nadie, ni el administrador, ni sus empleados de confianza, se habían atrevido a entrar a esa oficina, ni siquiera para ordenarla un poco, pues el personal sabía que José Crescencio era muy celoso de su privacidad. Hasta ese día en que el conde había acudido al fin a Tacubaya para revisar los daños del molino, así como el presupuesto para arreglarlos, nadie se había siquiera acercado a su despacho. Después de haber recorrido la propiedad y visto las lamentables condiciones en las que se encontraba, entró a su oficina para hacer un balance de la situación. Abrió la puerta y tuvo que esquivar objetos caídos, detritos y papeles tirados para luego ir a sentarse a su polvoriento escritorio que estaba milagrosamente intacto. Pero justo cuando más desolado se sentía por el panorama de destrucción que presenciaba, el viento de la temporada de lluvia se coló a través de los cristales rotos e hizo aterrizar justamente esa carta, de entre todos los papeles que estaban regados, sobre su zapato derecho. Al leerla, José Crescencio tuvo un bochorno. Percibía la queja de Gioconda aún fresca en esas líneas, que el soplar del niño Eolo cada vez más intenso multiplicaba en una larga serie de reproches que parecía no caber en esas cuatro paredes. Tantos eran que sintió de pronto cómo una presencia se movía junto con el aire y tuvo que recurrir a la lógica científica a la que se había apegado durante sus años de ateísmo para ahuyentar el temor que el espíritu de Gioconda le provocaba. "¡Qué almas ni qué nada! El alma es el cuerpo que funciona, muerto el cuerpo, muerto el espíritu", se repetía el conde recordando las afirmaciones del primo Fausto. "¿Cuándo alguien ha visto un espíritu? ¡Sólo los dementes y los ignorantes creen en los fantasmas!" La razón se fue imponiendo lentamente sobre el miedo que continuaba

turbando su pensamiento, pero sólo hasta que recogió esos viejos papeles y los devolvió a su caja pudo tranquilizarse. Se sentó de nuevo frente a su escritorio y se dispuso a revisar los varios puntos en los que se dividían las peticiones monetarias de la empresa constructora, enumerados en un presupuesto que el administrador recién le había entregado y que tenía por objetivo devolverle al molino su antiguo semblante. La suma era elevada pero sin duda los daños eran cuantiosos también. Una nueva ráfaga de viento alcanzó a transformarse en un pequeño torbellino y la repentina idea de que Gioconda le haría pagar caro si no restauraba ese lugar de inmediato, lo orilló a firmar de aprobado el costo de las reparaciones sin regatear, deshonrando así su fama de avaro. Después de todo —pensó José Crescencio para justificar su actitud— era un hombre rico y podía permitírselo.

A partir del arreglo con Limantour, José Crescencio tuvo el suficiente tino para volver a invertir según el consejo del ministro de finanzas, quien al sentirse indirectamente chantajeado, a menudo le recomendaba los negocios más redituables. La última inversión que le había sugerido fueron los bonos del ferrocarril de Tehuantepec que estaba por ser inaugurado. Al oír las motivaciones de Limantour para promover la ejecución de dicha infraestructura, José Crescencio se había entusiasmado con el proyecto. Sólo hacía falta observar la geografía de México para entender la importancia de ese tren: del océano Atlántico, a donde llegarían los barcos de Europa con cargamentos para Asia, al Pacífico, donde otros barcos serían usados para continuar la travesía por el mundo entero, el istmo de Tehuantepec era la ruta más cercana en el territorio nacional y una de las más viables para atravesar el continente americano. Sin duda sería una inversión lucrativa, aún a pesar de la próxima construcción del Canal de Panamá, que de todos modos tardaría mucho tiempo y cuyo éxito aún no quedaba claro.

El viento, cual pájaro liberado de un largo cautiverio, seguía volando sin control de un lado a otro de la habitación hasta que en su desenfrenada carrera tumbó al piso uno de los pocos tibores que seguía entero. El estrépito puso el corazón de José Crescencio a latir rápidamente. Para evadir el recuerdo de Gioconda, intentó pensar en los desórdenes que habían comenzado a afectar el istmo y su ferrocarril. Tal parecía que los indios rejegos, flojos y malagradecidos de la zona, como solía referirse a los zapotecos y juchitecos, no estaban conformes con el uso de sus bosques ni con el tantas veces mencionado progreso. Así que recientemente a esos indígenas, cansados de levantarse en armas y ser reprimidos, les había dado por organizar sabotajes en contra de la línea ferroviaria, que iban desde el robo de los durmientes hasta el descarrilamiento de los trenes.

El miedo y el ansia de José Crescencio se mezclaban con el aire cada vez más enloquecido que se arremolinaba en su oficina. Pensar que ese aire fuera algo más que una manifestación de la naturaleza se convirtió en angustia al imaginar lo que el descontento de esos indígenas, o el de muchos otros a lo largo del país, podría acarrearle tanto a él como a quienes habían creído e invertido en ese proyecto, ferrocarrilero y de nación. De pronto y sin saber por qué recordó el relato de lo sucedido en Río Blanco, tal y como se lo había contado Jorge, quien había hecho hincapié en la desesperación de los obreros, hambrientos a causa de la huelga patronal. Sensibilizado por ese episodio, tal vez por haberlo oído de la boca de uno de su sangre, José Crescencio en su momento se preocupó tanto por el ambiente de protesta y disidencia que se respiraba en el país que incluso interpeló a José Yves al respecto. Limantour lo reafirmó entonces: el gobierno estaba tomando todas las precauciones necesarias en contra de los enemigos del orden.

Al recordar sus palabras, José Crescencio sacudió la cabeza, como si con ese movimiento sacara de ella también los temores que la invadían y una vez más intentó razonar. "Díaz ha manejado el país eficientemente y seguirá haciéndolo", se dijo a sí mismo tratando de convencerse. Pero una nueva ráfaga, acompañada por un sonoro chiflido, dejó, ahora sobre su escritorio, otro pedazo de papel rayado. Parecía una más de las cartas de Gioconda y el corazón del conde se aceleró, mientras sus ojos miraban a su alrededor como si estuviera seguro de tener compañía. Tragó saliva, sin atreverse a voltear la hoja que tenía enfrente por el temor de hallar en ella algún otro mensaje cifrado. Entonces oyó una voz que, desde lejos, lo llamaba por su nombre. Por un momento quedó paralizado del susto, pero al escuchar el llamado repetirse se dio cuenta de que provenía de la puerta de acceso. Reconoció al administrador y su valentía recobró el valor para gritarle: "No me molesten", mientras que su dedo, como para comprobar que nada sucedía tocándola, rozó la impertinente hoja que lo acosaba. La giró con extremo cuidado, casi como si estuviese infectada y apenas se percató de que era una vieja receta médica suspiró, al tiempo que repetía para sí dos aseveraciones cuya falsedad quedaría demostrada con el paso del tiempo: "Los fantasmas no existen y en México nunca habrá una revolución".

*

Gia había salido ilesa de su prolongado y prematuro entierro. Cuando la extrajeron del túnel, un día y medio después del terremoto, no presentaba herida alguna ni parecía haber sufrido alteraciones emocionales por el susto o la falta de aire y de luz. Sin embargo, tal vez por su prolongado ayuno de casi treinta y seis horas, se notaba aún más decaída que antes. Tal parecía que al haber estado cerca de la

muerte, tanto de la suya como de Gioconda, se había contagiado de ella de tal modo que su aspecto era más semejante al de una anciana moribunda que al de una niña de seis años. Sus medios hermanos decidieron llevarla, por sugerencia del administrador que les había tomado cariño, al recién inaugurado Hospital General. En esa institución fue donde le diagnosticaron la mortal enfermedad que sufría: leucemia, y según el doctor que la revisó, sus días estaban contados. En los pasillos del nosocomio, al enterarse de esa nueva tragedia, Ángela y Jorge se abrazaron por un largo rato. Les parecía imposible que después de haber perdido, él a su madre y ella a su padre, ahora, en poco tiempo, se quedarían sin la hermana que los unía en familia, y se convertirían el uno para el otro en lo único que tenían en el mundo. Era probable que la madre de Ángela siguiera viva, pero cuando fue a buscarla a la colonia, poco después de haberse instalado en Río Blanco, se enteró que había sido repatriada a Italia y nadie tenía noticias de ella. A pesar de que Ángela le escribió a la dirección de sus abuelos jamás obtuvo respuesta. Nacha, por su parte, le había hecho creer a Jorge que su padre estaba muerto e incluso cuando era niño lo llevaba al panteón a dejar flores a una tumba que había escogido como la de su difunto esposo. Así que, a partir de ese abrazo, su condición de huérfanos los unió a tal grado que para Jorge esa especie de hermana postiza con la que había crecido ya no era solamente la niña que espiaba cuando se desvestía, sino que se había convertido, ahora que él tenía veintiún años y veintidós ella, en la mujer que amaba y con quien quería pasar el resto de sus días.

Después de ese primer contacto físico a Jorge se le dificultó ocultar sus sentimientos, y decidió hablar con Ángela. Se atrevió a hacerlo una de las tantas noches en las que velaban el sueño de su hermana, cuya condición habían empeorado tanto que pasaba la mayor parte del tiempo postrada en su cama. Frente a Gia, que dormía plácidamente, Jorge se arrodilló y le pidió matrimonio a su amada. Ángela no se sorprendió de ese gesto, pues el cariño de Jorge era evidente, aunque no le correspondía y si bien hubiera preferido no tener que herirlo, decidió ser sincera:

—Mi corazón le pertenece a otro —fueron las lacerantes palabras que acabó pronunciando.

Al escucharlas, Jorge sintió un vacío que se abría en su pecho y no se atrevió a preguntar más, aunque sospechaba que la razón de ese rechazo era que Ángela, tan bella y ambiciosa, aspiraba a casarse con alguien mucho más importante que un simple empleado molinero, encima de padre desconocido. Una sospecha que atizó sus ya latentes complejos y resentimientos ocasionados por las injusticias del mundo y por quienes tenían más. Sin embargo, lejos estaba de odiar a estos últimos; a quienes realmente despreciaba era a los que compartían su

condición de tener menos, condición de la que quería salir cuanto antes. Fiel a su cordura y haciendo honor a su paciencia, decidió esperar y mientras tanto prosperar, que le parecía era la solución a todos los problemas. Envuelto en la tristeza de quedarse corto en sus aspiraciones, tanto en la de poseer al molino como la de poseer a su amada, se prometió a sí mismo hacer todo lo que estuviera a su alcance para dejar de ser un calzonudo más y conseguir así la consideración, el respeto y tal vez el cariño de Ángela.

Gioconda, que no se separaba un instante de Gia, había presenciado la escena y cuando vio los ojos de Ángela, supo que el enamoramiento que la embriagaba lo había suscitado Giminiano… y se compadeció de ella.

*

Gioconda no se molestó en acudir a la oficina donde, a causa de la vieja carta que había releído, José Crescencio sin querer la pensaba. Prefirió en cambio quedarse al lado de su protegida. Esperaba con ansia la llegada de Gia a la dimensión en donde vivía confinada hacía mucho tiempo ya, y en donde el único consuelo era verse unos a otros en un cruel alternar de nadas. Gioconda no era el único ser del inframundo que se interesaba en esa muerte. Alrededor de la cama de la desahuciada permanecían también fray Bernardino y el capitán Gillet, que no habían dejado en todos esos años de merodear el molino. El primero se empecinaba cada vez más en mantener su verdad oculta y no tenía ninguna intención de irse de ahí; mientras el segundo se esforzaba por encontrar el modo de escaparse de un purgatorio que, de manera lenta e inexorable, se le estaba convirtiendo en un infierno.

Y así, en esa pacífica convivencia entre vivos, muertos y moribundos, pasaron varios días en los que Jorge y Ángela se alternaban el cuidado de la niña. Ángela no sentía por Jorge más que un cariño fraternal y no quería darle falsas esperanzas, pero lo veía tan triste y abatido y se sentía tan mal ella misma, que no se atrevía a rechazar las atenciones que él le prodigaba. Además, se había enterado por el administrador que Giminiano se había ido a Europa, por tiempo indefinido y sin siquiera despedirse de ella, lo que la había entristecido sobremanera. Más allá de esa pena, el nuevo dolor de ver a Gia consumiéndose, les recordaba, tanto a Ángela como a Jorge, sus pesares anteriores. La muerte de Fortunato y de Ignacia, que por el contexto en el que ocurrió y por la necesidad de resolver la propia supervivencia no habían podido sufrir en toda la extensión de su dolor, se manifestaba ahora con fuerza redoblada.

Por su parte, la pequeña, quien al final de su calvario se encontraba en condiciones tan delicadas que no se levantaba ni para orinar, conservaba intacta su voz dulce con la que siguió repartiendo

palabras amables entre quienes la visitaban, tanto los de este mundo, como los del otro. El pequeño cuarto donde dormía rebosaba de tal energía que, aunada a las conversaciones de los presentes, a ratos volvía el aire difícil de respirar.

—¿Por qué nos haces esperar tanto? —le preguntó Gioconda a la niña, con quien había desarrollado una relación de compañerismo casi militar, especialmente por la lealtad que se profesaban.

—¡Déjela! —explotó Bernardino—. Vendrá cuando tenga que venir. Como decía Baltasar Gracián, mi colega dominico: "La detención sazona aciertos y madura los secretos; que la aceleración siempre pare hijos abortivos sin vida ni inmortalidad".

—No entiendo de qué habla —se entrometió el francés.

—Para que vosotros los ignorantes comprendáis: todo tiene su tiempo y de nada sirve apurarlo. Además, qué más da: Gia nos puede ver. Es como si estuviera ya entre nosotros —replicó el fraile.

—Estoy segura de que su muerte nos va a descubrir algún secreto para irnos. El hecho de que ella nos pueda ver es indicativo y será revelador. —Así justificó Gioconda su impaciencia, sin atreverse a confesar que la verdadera razón de su nerviosismo se debía al miedo de perder a la niña y, con ella, la esperanza de que hubiera algún significado en el hecho de que los viera, y ellos tuvieran que averiguarlo.

Por su parte y gracias a la sola existencia de Gia, el capitán comenzaba a entender que su apego por esa criatura, tan débil de cuerpo y tan fuerte de alma, se debía justamente a que estas dos características eran inversamente proporcionales a las que él había ostentado en vida, lo que lo había llevado a reflexionar sobre sus propias fallas. Durante su existencia le dio siempre mucha más importancia a los asuntos relativos al cuerpo que a los del alma, tanta que cuando fue mutilado no logró sobrevivir. Fue a través del contacto con esa niña y a la poca importancia que ella daba a su físico, que había al fin entendido que la verdadera valentía no se demuestra con la carne.

Gia miró al capitán con la ternura de quien no sólo comprende, sino acepta las limitaciones de los demás. Le guiñó uno de sus cansados ojos y en un gesto jocoso poco común en ella, llamó a Gioconda con la mano para que se acercara a ella. Cuando estuvo a su lado, Gioconda se apuró a formular, por enésima vez, la pregunta con la que comenzaba y terminaba cada una de sus frases:

—¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó la niña como siempre lo hacía.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Me gustaría ir a la luna…

—Esta noche… —le contestó Gioconda conmovida.

—Quiero que tú también vengas —continuó.

—Prometo intentarlo —dijo sin saber exactamente a qué se refería.

—Iremos a caballo…

—Está bien. Voy a pedir que ensillen mi yegua —dijo tratando de seguir lo que parecía un juego.

—¿La blanca?

—Sí, ésa que es tan blanca como tú.

—Tú también serás blanca. El amor todo lo confunde, pero también todo lo aclara —le dijo enigmáticamente, como si esas palabras escondieran un secreto que Gia había venido a comunicarle, como si la bondad y la claridad de las que estaba hecha fueran una luz destinada a alumbrar a los que había acompañado.

Gioconda la abrazó tratando de entender el significado de esa conversación.

Ángela y Jorge en cambio estaban convencidos de que la niña en verdad deliraba, así que ya ni se molestaban en preguntarle acerca de lo que consideraban un monólogo incomprensible.

Y fue justo al pronunciar esa última frase que Gia se dispuso a dejar al fin, en absoluta paz espiritual, su afligido cuerpo. La muerte había circulado por sus venas desde que nació y por más que se opuso a ella, su expiración fue sólo una consecuencia natural de ese corto ciclo que prolongó tanto. Su proceso de partida comenzó con la pérdida de sus sentidos, después se secaron sus líquidos vitales, luego se sintió consumir por una llama y sucesivamente se desvaneció la última sensación de contacto con su entorno físico. Después, y de una forma bastante rápida, se extinguieron también los estados del pensamiento, las emociones, la percepción y finalmente la conciencia. Cuando ésta desapareció, un rayo de luz fluorescente parecía salir de su coronilla, deslumbrando a todos los asistentes, tanto vivos como muertos, quienes por un instante imperceptible lograron verse, disipando la frontera entre la vida y la muerte. Conforme se fue apagando la ceguera que los envolvía, Gioconda, el capitán y el fraile se percataron de que el cuerpecito de la niña permanecía inmóvil, tan cándido como las sábanas que lo envolvían, pero sin el alma que hasta ahora lo había animado. Los muertos estaban tan conmocionados de no encontrar más a Gia entre ellos, que ni cuenta se dieron de lo que sucedía entre los vivos.

Con los ojos mojados, Jorge ciñó en un tierno abrazo a Ángela, quien normalmente se quedaba tiesa durante los pocos contactos físicos que tenían, pero esta vez se abandonó al dolor y lloró cuantas lágrimas encontró en ella. Jorge aprovechó ese momento de debilidad para besarle suavemente, primero el cuello empapado, luego la boca, cada vez más rosada, mientras ella cerraba los ojos e imaginaba que

ese beso era de Giminiano. Un beso que Jorge consideró un pacto, no sólo con Ángela sino con el mismísimo diablo, que le conseguiría todo lo que anhelaba.

*

Desde que Giminiano llegó a Nápoles —acompañado por María, la vieja nodriza que había venido a México con Gioconda y se había encargado de enseñarle el italiano— sus costumbres cambiaron radicalmente. El único rasgo que conservó de su quebrada identidad era el que desde niño lo había caracterizado: unas impulsivas ganas de imponerse sobre los demás.

Durante los doce años que Gioconda residió en México, a ninguno de sus familiares se le había ocurrido visitarla y ella, por su parte, tampoco había vuelto a su país. Por lo que, si bien conservó una escueta relación epistolar con su madre, su hijo era un desconocido para la familia. A pesar de ello, el clan italiano, gracias a su natural propensión y hasta narcisista infatuación por los de su linaje, lo había recibido tan calurosa y efusivamente como solían hacerlo con cualquiera de sus miembros. Giminiano, que se había guardado bien de decir que no era hijo de su padre, pues era un tema que por el momento prefería ignorar, fue hospedado en casa de su abuelo, Ferdinando Cattaneo, príncipe de Sant'Elia, quien hacía algunos años se había quedado viudo, y algo turulato a causa de un infarto cerebral. A partir de 1860, fecha del desembarco de los garibaldinos en Sicilia, que tuvo como última consecuencia la rendición del reinado de sus queridos Borbones y la unificación de Italia, Ferdinando nunca se recuperó de la pena sufrida por la claudicación de sus monarcas. Desde entonces se trasladó de su palacio de Serra di Cassano, ubicado en la calle de Monte di Dio en el centro de la ciudad de Nápoles, a una apartada villa vesubiana que había sido su residencia de verano. La casa de campo de los Cattaneo, en perfecto diálogo con la naturaleza y el artificio, así como con el rococó y el neoclasicismo, era una de las más fastuosas de la zona y brotaba como una llamativa flor en medio de un extenso parque verde. Por lo general, en el sitio imperaba una paz absoluta, a la que Giminiano tardó bastante en acostumbrarse. Pero los fines de semana esa quietud se rompía con un ir y venir de parientes y amigos, muchos de los cuales, por su ascendencia española, hablaban el castellano y por supuesto el francés, idiomas comunes entre los aristocráticos napolitanos. El primero que acostumbraba llegar era el primogénito, hermano mayor de Gioconda y heredero del mayorazgo, que se hacía acompañar por su esposa y un séquito de hijos. Más tarde aparecían tíos, tías, primos, vecinos, toda clase de eclesiásticos y algunas amistades. Al principio a Giminiano, que no estaba acostumbrado a la vida familiar, y menos a una tan intensa, estas reuniones lo consolaban, al saber de dónde venía por lo

menos una mitad de él. Pero al poco tiempo tanto jaleo, especialmente con seres que le eran lejanos, lo acabó mareando, incapacitándolo incluso para distinguir a sus parientes, cuyos nombres a menudo confundía.

A la única que identificaba, en medio de esa nube de señoras enguirnaldadas, era a la esposa del príncipe heredero, su tía Teresa, que al saberlo poseedor de variopintos títulos de la corona española, así como de propiedades en ultramar, se dedicó a tratar de arreglarle un matrimonio con casi todas las jóvenes nobles y casaderas de la zona. Pero al parecer el interés de Giminiano por el sexo femenino, tan activo en México, se le había agotado en ese país, pues desde que se encontraba en Italia y a causa de la connotación que su tía le daba al tema, las mujeres le parecían, muy a pesar de sus encantos, un estorbo a su libertad.

Al saberse ajeno a su padre intentaba integrarse a su recién adquirida familia, pero con el único personaje con quien había logrado entablar una relación de amistad era con Michele, duque de Oragua y hermano menor de su madre, cuya personalidad e intereses se asemejaban a los suyos. Este indómito pariente, durante la espinosa unión de Italia —ocasión en la que se habían enfrentado los Borbones con los Saboya— había tomado partido por el rey sabaudo, “el piamontés”, como le decían despectivamente en los círculos napolitanos a Vittorio Emanuele, el primer rey de la Italia unida. Este suceso le valió una especie de excomunión por parte de su padre, que no le dirigió la palabra por meses. Ferdinando acabó por perdonar a Michele, pero solamente cuando fue elegido diputado, nombramiento que le ayudaba a la familia a conservar en el nuevo régimen sus antiguos privilegios.

Acostumbrado a la ley tribal de casa Cattaneo, el duque se había internado fácilmente en los recodos de la Roma parlamentaria, donde regía la ley que a él le gustaba nombrar a la antigua manera, *bellum omnium contra omnes,* y cuyo significado tuvo que traducirle a Giminiano que no entendía latín: la guerra de todos contra todos. Una forma de supervivencia que Giminiano manejaba perfectamente, pues era la misma de la que se había valido hasta entonces. Pero aun conociéndola bien quedó igualmente impresionado cuando la vio en acción en la recién estrenada capital italiana. En Montecitorio, el palacio sede de la Cámara y el ruidoso sitio donde los diputados sesionaban, Giminiano pudo darse viva cuenta de que la política —que era para él el arte en donde el más poderoso domina, por las vías del convencimiento o de la fuerza, al más débil con la excusa del bien común— le fascinaba, pero sabía muy poco a su respecto.

—La República de Porfirio Díaz ha sido más monárquica de la que tenemos actualmente en Italia. Nuestro rey no puede hacer nada sin el

consentimiento de los ministros y del parlamento, mientras dicen que tu presidente ordena como si fuera un emperador —le alegó en una ocasión su tío Michele. Giminiano nunca se había interesado en el gobierno mexicano, por lo que no supo qué decir y decidió hacer algo para remediar su descubierta ignorancia. Con ese propósito, y de un día para otro, se encerró en la habitación contigua a la surtida e inutilizada biblioteca de su abuelo, que como todo noble borbónico acumulaba libros por motivos estrictamente decorativos, ya que a duras penas sabía leer y escribir, actividades que consideraba innecesarias para un hombre de su alcurnia. Giminiano, que siempre había sido obsesivo en sus inclinaciones, desde ese momento pasó horas leyendo todo lo que no había leído antes, sin suspender su labor ni cuando los ojos lo traicionaban.

De los Cattaneo solamente el tío diputado se había instruido en la Universidad de Nápoles, la más antigua universidad estatal del mundo y precisamente era él quien abastecía a su sobrino de material didáctico más actual y controvertido del que podía encontrar en la selección de su abuelo. Giminiano, cada vez más instalado en su papel de estudioso, devoraba todo escrito que llegaba a sus manos, y se rehusaba a llevar a cabo cualquier otra actividad que no fuera la lectura. El resto de la familia Cattaneo —que no podía imaginar que dicho interés escondiera su afán por olvidar la pregunta que lo atosigaba: ¿quién era su padre?— no se inquietó con la nueva afición del recién llegado. Los Cattaneo estaban acostumbrados a las extravagancias de sus miembros y eran conscientes de que Giminiano era hijo de Gioconda, quien ostentaba, aún después de muerta, el apodo de “Venus”. Los parientes más chismosos recordaban y cuchicheaban acerca de sus desnudeces, a causa de las mínimas noticias que habían recibido de ella, le habían inventado las más diversas barbaridades que según ellos habría llevado a cabo en el Nuevo Mundo.

Fiel a las peculiaridades de esa casta a la que intentaba acostumbrarse, entre libro y libro, el joven se concedía, aunque fuera de forma muy eventual, practicar la que se había convertido en su segunda diversión favorita: visitar el puerto. Le gustaba mucho ver esa maraña de barcos provenientes de lugares exóticos, oler su mezcla de aromas que iban desde especias perfumadas hasta frutas desconocidas, y escuchar el mar acariciando el muelle, así como oír la armónica en labios de algún marinero. Italia vivía entonces su época expansionista, y extendía sus tentáculos desde las colonias en Eritrea y Somalia, hasta la ciudad de Tientsin, su concesión en China. En el puerto de Nápoles era donde convergía ese intercambio de hombres y mercancías, además de ser el sitio donde se embarcaban millones de emigrantes para dirigirse principalmente a América. Ante ese vaivén

de gente, Giminiano se imaginaba diferentes vidas y destinos, y trataba de convencerse que era más importante saber a dónde va uno que de dónde viene.

Sin embargo, y muy a pesar de sus visitas a los muelles, a Giminiano no le llamaba la atención conocer los lugares lejanos que visitarían los barcos. Los pocos viajes que había hecho lo decepcionaron: ni en España, ni en París, ni siquiera en Roma, ciudad que sin duda le gustaba más que las otras, se sentía tan a gusto como en Nápoles. ¡Nápoles le encantaba! Pero sobre todo le recordaba lo que de algún modo extrañaba: el Vesubio se parecía al Popo, el desorden de la ciudad al de la capital mexicana, sin contar que Nápoles tenía mar, una bahía tranquila que le recordaba el lago de Texcoco. Pero la razón más grande de su amor por esta ciudad era que le había acercado a su única herencia genética conocida y en ella había descubierto la vocación que ahora lo encendía: la política.

Tanto le gustó vivir en la ciudad donde nació su madre, que en vez de quedarse los cinco meses que había planeado inicialmente se instaló allí durante casi cinco años. Y si no hubiera sido por un fortuito encuentro probablemente no hubiera vuelto a México nunca.

En 1901, cuando visitaba una de las tascas del puerto conoció a Peppino Garibaldi, el nieto del mítico Giuseppe Garibaldi, quien después de arrancar los estados meridionales italianos de las manos borbónicas, con menos de mil hombres, consiguió la unificación de Italia. Peppino era un soldado de fortuna que seguía la tradición familiar de defender la libertad poniéndose al servicio de quien estimaba la representaba mejor. A sus treinta años, apenas siete más que Giminiano, tenía más conocimientos que un veterano: había peleado en la guerra greco-turca a lado de su padre Ricciotti Garibaldi, en la primera guerra de los Balcanes, en las contiendas de los Bóer en Sudáfrica y en la Revolución libertadora de Venezuela. Acababa de fugarse de ese país y más precisamente de la fortaleza de Puerto Cabello, donde había caído prisionero durante el asedio a Ciudad Bolívar. Al escuchar a Garibaldi, quien en la oscuridad del tugurio de mala muerte donde se encontraron parecía estar iluminado por la certeza que tienen los que están convencidos de los propios ideales, Giminiano se imaginó que estaba frente a uno de los protagonistas de las novelas de aventuras que con renovada sed de conocimiento engullía. Por una parte, este paladín de la libertad lo impresionaba con sus modos elegantes, su apostura y su galante sonrisa, y por la otra con esa aparente indiferencia hacia el poder y el peligro, que lo hacía irresistible. Giminiano no acababa de entender por qué un hombre educado que hubiera podido triunfar en lo que se hubiese propuesto, arriesgaba la vida sin obtener nada a cambio y encima practicando un oficio apto para los bárbaros.

—De todos los males, la guerra es el más necesario —le contestó Peppino cuando se lo preguntó. Y hablaron mucho de ese tema, así como de todas esas cuestiones políticas que el mexicano había aprendido de forma autodidacta y cuya única referencia al momento era la que le daba su tío. Pero ahora sabía que el duque se limitaba a enseñarle un solo lado del poder: el de los acartonados salones romanos, donde éste se obtenía parloteando, negociando, manipulando. En cambio Giminiano, al conversar con Peppino, se encontraba de pronto y por casualidad frente a otro aspecto indispensable de ese mismo poder: el de la fuerza bélica, el de la política por otros medios.

Y cuando Garibaldi le platicó una de sus hazañas, en la que había acabado él solo con más de veinte bóeres, a Giminiano le volvió a brotar su violenta euforia, que en los últimos años había reprimido y que era parte intrínseca de su esencia. Además, pensaba, ¿no decía Maquiavelo, que no pueden existir las buenas leyes sin las buenas tropas? Al verlo tan entusiasmado, Peppino le habló del movimiento que estaba gestándose en México para derrocar al hombre que había gobernado ese país desde hacía más de treinta años. Sin reflexionar demasiado sobre las razones de justicia por las que abogaba su nuevo amigo, Giminiano consideró en ese momento la oportunidad de pelear en un ejército, el mejor modo de obtener el poder al que sin duda aspiraba. Además, hacerlo en su país natal le pareció lo más adecuado, pues por más que le gustara Italia, al frecuentar a los políticos romanos se había dado cuenta que lo trataban como a un extranjero y, por lo tanto, tenía muy pocas oportunidades de incursionar en la arena política. Peppino le contó que estaba por irse a trabajar como inspector de las condiciones laborales en la construcción del Canal de Panamá. La razón por la que había escogido este sitio era porque quería estar cerca de México para cuando la revolución estallara. Una revolución que, según Peppino, no era más que una nueva manifestación del movimiento mundial en busca de la verdadera libertad. Al despedirse, le prometió informarlo de las noticias mexicanas, para lo cual intercambiaron direcciones postales y abrazos.

En los meses sucesivos, Giminiano se carteó con Garibaldi hasta recibir un telegrama desde Chihuahua, en donde éste lo invitaba a ser parte del ejército insurgente de Francisco Ignacio Madero, quien para el año de 1910 había proclamado el Plan de San Luis, un manifiesto en donde le pedía a la población civil que se levantara en armas en contra del dictador Porfirio Díaz.

Al recibir ese llamado, Giminiano escuchó también otro, un llamado interior que lo instaba a volver a México a pelear, y eventualmente a averiguar quién era su padre. Una pregunta que durante todos esos años había figurado entre sus pendientes y que sólo



podría responder en su país de origen.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO VIII

En los días posteriores al temblor de 1907, yo parecía algo así como un herido auxiliado por un ejército de enfermeros y médicos. Las reparaciones empezaron poco después del desastre, cuando trabajadores de diversos ramos iniciaron mi restauración. Primero me limpiaron de todos esos materiales y partes que se habían desprendido de mí; después, me cubrieron de andamios para llegar hasta mis sitios más recónditos. Me fueron reforzando las estructuras con acero, consolidando los muros, las trabes y los cimientos con piedras volcánicas, calizas y hasta de río, mientras me recubrían con mezclas de arena, grava y morteros. Cambiaron maderas y tejas de mis techos, así como los acabados en mis interiores y las pinturas de los exteriores, procesos todos que me hacían rejuvenecer a cada instante. A pesar de lo bien que me sentaban esas mejoras, un malestar de otra naturaleza me recorría: Gioconda, acompañada por fray Bernardino y el capitán Gillet, seguía buscando delirantemente y en cada uno de mis rincones a la fallecida Gia o algún rastro que les indicara cómo y a dónde se había ido. Pero ni yo sabía dónde se encontraba la niña. De lo único que estoy seguro es que no estaba entre mis piedras. En cambio, conforme pasaba el tiempo, a Gioconda la sentía cada vez más adentro de mí, como si fuera parte integral de mi construcción. En esos difíciles momentos me identificaba con ella aún más porque, al igual que yo, estaba quebrada, afligida por el tormento que le provocaba la frustración por no lograr discernir su camino, no entendía que había ya iniciado el proceso de redención que libera a los muertos de sus cargas y los alista para emprender una nueva vida. Giminiano, así como el malestar que éste le provocaba a su madre, estaban muy lejos. Tampoco José Crescencio la invocaba ya, más que en las raras ocasiones que venía a supervisar los trabajos de mi manutención, y cuando eso sucedía, el conde había aprendido a controlar sus pensamientos. Lo que me demostraba lo que ya sabía de sobra: con el paso del tiempo, el peso de los muertos sobre los vivos se aligera y el olvido, un vaho inodoro y pálido, termina por impregnarlo todo. Para mí en cambio la cuestión funcionaba a ese respecto y en este único caso, de modo opuesto: entre más se alejaba Gioconda de quienes le sobrevivían, más se acercaba a mí.

Cuando terminaron las obras de mi compostura, la que se había vuelto mi indiscutible ama acabó por instalarse en las mismas habitaciones que ocupó en vida. Totalmente remozados, esos cuartos constituían unas de las pocas áreas que, por consideración a su memoria, habían quedado inutilizadas. Lo raro era que en ese entonces Gioconda, a pesar de haber

encontrado la forma de influir sobre los vivos —es decir, por mi conducto — evitaba el contacto directo con ellos. Su relación más cercana era ahora conmigo: se había posesionado de mi materia a tal grado y forma que a menudo me parecía que su voluntad era la mía, moviéndose en mis adentros con tanta rapidez y seguridad que ya no la sentía, ni la veía. Por mi parte yo me dejaba hacer, contento de ser suyo y de estar, gracias a ella, vivo.

Ahora que los mortales le eran indiferentes, cada día se interesaba más en los difuntos. En compañía de sus inseparables Bernardino y Gillet, conjeturaban sobre el tema de la muerte hasta fraguar las más variadas suposiciones, sin darse cuenta que entre muertos y vivos no hay mucha diferencia.

Tanto era su desapego de los que vivían, que Gioconda no se molestó siquiera en escuchar las palabras que durante mucho tiempo había anhelado oír y que fueron pronunciadas frente a su tumba, el 31 de mayo de 1911.

Ciudadano Secretario Ministro de Relaciones Exteriores:

La misión de paz que me hizo decidir a permanecer al frente de la Secretaría de Hacienda, cuando regresé al país, a fines de marzo, ha tocado a su término. Por otra parte, la resolución del señor Presidente de la República de separarse del poder, rompe los últimos vínculos que podían detenerme en la Administración Pública. Ha llegado, pues, el momento de volver a la vida privada, y a este efecto, me permito enviar a usted mi formal renuncia del cargo de Secretario de Hacienda y Crédito Público que he tenido la honra de desempeñar en un largo transcurso del tiempo.

Séame permitido hacer constar, no por vanagloria, pues tengo conciencia de que mi obra personal es muy modesta, sino para cuando se definan ante la historia las responsabilidades de la situación política actual, que las cajas de la Tesorería, las cuales recibí exhaustas, quedan hoy, después de seis meses de revolución, con más de sesenta millones de pesos en dinero disponible, y sin deuda flotante apreciable; que el crédito de la República ha llegado a tal altura recientemente que nuestros títulos del 4% se cotizaron casi a la par; y que durante mi gestión hacendaria los servicios públicos recibieron amplias dotaciones, no obstante que en conjunto el peso de los impuestos federales disminuyó en notable proporción.

Ruego a usted, señor Ministro, que al dar cuenta con mi renuncia al señor Presidente de la República, se sirva reiterarle las protestas de mi más sincera adhesión y profundo agradecimiento por las numerosísimas muestras de confianza que me ha dispensado; y reservarse usted para sí, señor Ministro, las seguridades de mi gran aprecio y distinguida consideración.

México, 24 de mayo de 1911.

J. Y. Limantour

*

Al redactar sus dimisiones, las cuales había intentado presentar en contadas ocasiones a lo largo de los últimos meses, José Yves supo que con ellas lograría lo que llevaba tiempo deseando: apartarse de la vida pública y separarse del régimen que lo había encumbrado. Nunca imaginó que hacerlo iba a dolerle tanto, ni tampoco pensó tener que renunciar ante otro jefe que no fuera su compadre, don Porfirio Díaz Mori, el Señor Presidente, quien acababa de dejar su cargo. No pensó que el general pudiera ser vencido por Francisco Ignacio Madero, un hombre a quien su mismo abuelo, don Evaristo Madero —con quien José Yves llevaba una amistad de larga data— consideraba un loco visionario "guiado por las dizque revelaciones de los espíritus de Juárez o de no sé quien", según se lo había confesado en una de sus cartas a Limantour. Sólo un desequilibrado como Madero, a decir de sus propios consanguíneos, podía pensar que una revolución —que iba a soltar el tigre que sólo Díaz había sabido domar— le traería algo bueno al pueblo mexicano, concluyó. Pero más allá de estas consideraciones, cuando José Yves apoyó la pluma en el escritorio de caoba oscura de su oficina, y después de experimentar brevemente esa sensación de alivio que tanto había esperado, lo asaltó la duda. La duda de que sus actos hubieran podido cambiar el destino del país. Y como toda duda que se respete, se multiplicó en muchas pequeñas fracciones, que procedían, cada una y de forma cada vez más violenta, a acrecentar su tormento.

¿Y si hubiera buscado más activa y sagazmente su postulación a la presidencia de la República cuando don Porfirio parecía favorecerlo? ¿Y si no hubiera permanecido desde julio del año pasado hasta marzo de éste en Europa, abandonando el país en sus momentos más cruciales? ¿Y si hubiera convencido a Díaz que México necesitaba crear un partido institucional fuerte y con lineamientos establecidos que permitiera la transmisión del poder, libre de influencias y ambiciones personales? ¿Y si no hubiera afectado los intereses económicos de los Estados Unidos prefiriendo a socios europeos, al grado de provocar que la prensa de ese país se volviera adversa a Díaz y a su régimen? ¿Y si le hubiera aconsejado a su compadre que tomara una ofensiva contundente en contra de los alzados en vez de sugerirle que renunciara?

Era inútil repetirse que había hecho lo correcto, que se subiría al tren que lo llevaría hasta Laredo y luego al exilio con la firme convicción de haber cumplido hasta lo último con su deber.

Era inútil, pensaba.

Inútil repetirse que Porfirio Díaz nunca tuvo, respecto a su posible candidatura presidencial, más que insinuaciones.

Inútil argumentar que su larga permanencia en el extranjero se debió a la salud de su esposa, a la suya propia, y a las gestiones relativas a la reconversión de la deuda externa, que se prolongaron por los disturbios en México.

Era inútil repetirse que don Porfirio, aun cuando declaró estar dispuesto a hacer lo contrario, había boicoteado la creación de una fuerza partidista de cualquier índole. Ni siquiera una conformada por los científicos, quienes hubieran representado una continuidad en su política.

E inútil era repetirse que el cambio de actitud hacia el presidente Díaz por parte de la opinión pública era el producto de los caprichos de periodistas tendenciosos y radicales, como Carlo de Fornaro, al servicio del gobierno norteamericano, para el que la Revolución mexicana representaba la posibilidad de elegirle a su vecino del sur un líder capaz de velar por sus intereses en cuanto a ferrocarriles y petróleo se refería.

Inútil repetirse las razones que lo habían inducido a recomendar la renuncia de su jefe: la deficiente condición del ejército federal y de la salud del comandante en jefe que, además de su senilidad, sufría una infección en la muela que lo dejó varios días en cama. Un cuadro que indicaba claramente que sería más digno para todos renunciar al poder de forma pacífica, de modo que él, el responsable del dinero del Estado, pudiera entregar las reservas del tesoro a un gobierno lo más legítimo posible y no dejarlas a merced de las huestes saqueadoras de la revolución.

Pero era inútil. Por más justificaciones que buscara, la duda sobre si se había equivocado se instaló en él y poco a poco se convirtió en culpa. Todo era inútil. Lo único que le quedaba por hacer era entregar el dinero que tanto había cuidado al ministro asignado por la nueva administración.

Hacía tres días que se había firmado el Tratado de Juárez. El primer punto dictado por Madero —quien continuaba desplegando su fuerza militar en la frontera— era la renuncia de Díaz y la designación de un presidente interino mientras se convocaba a elecciones. A éste era a quien José Yves le había dirigido su carta, después de rechazar la propuesta de la nueva administración, que le ofrecía permanecer al frente de la cartera que había dirigido durante los últimos dieciocho años. Pero él no sería un traidor.

Dieciocho largos años y ahora, en tan sólo una semana desde el cese oficial de su labor, tenía que dejar lista su partida. Siete días de intensa y dolorosa actividad, un vía crucis que lo puso al borde de una crisis nerviosa. Crisis que estalló la penúltima noche de esa entrega. Estaba revisando los reportes de gastos cuando dio con el legajo titulado “Festividades del centenario”. José Yves recordó las bromas

entre sus compañeros de gabinete sobre las costosas conmemoraciones del aniversario de la Independencia, que había tenido lugar en 1910, apenas un año antes. Siempre parsimonioso, Limantour se había quejado con los demás ministros de los cuantiosos gastos, que acabaron ascendiendo a un millón trescientos mil pesos, advirtiéndoles que les era consentido "tirar la casa por la ventana" —en virtud de la buena salud que gozaban las finanzas del país y al encargo de Díaz de proyectar estabilidad—, pero no de "echarla por el portón". Frente al fascículo de recuerdos, lamentó no haber asistido a uno sólo de esos festejos y comenzó a tener la trágica sensación de que nunca más iba a ver al México que con tanto esmero había construido. Con la melancolía a flor de piel, le pidió licencia a su interlocutor para terminar el trabajo al día siguiente y se dirigió a la salida. Necesitaba estar solo. Despidió al chofer que lo esperaba, como siempre, en la puerta de su oficina, y subió a su moderno vehículo motorizado.

Ya al volante condujo por la calle Cinco de Mayo, avenida que había ampliado en 1905 para que el tráfico de la zona central desembocara más fácilmente hacia lo que iba a ser el Palacio de las Bellas Artes, que se encontraba en plena construcción. Miró orgullosamente la sede de la Oficina Central de Correos en contra esquina, cuyos aires góticos y proporciones áureas, él mismo había escogido. Prosiguió por la parte posterior de la Alameda central, cuyas flores y plantas había seleccionado personalmente, hasta llegar a la que iba a ser su residencia, situada en la esquina de la calle Juárez y Patoni. El imponente palacete de arcos de mármol y balaustrada francesa, que estaba listo para que él y su familia se mudasen, recibió su mirada más triste. En ese punto del recorrido, al ingresar a su avenida predilecta, el Paseo de la Reforma, aceleró mientras entreveía el cascarón de la cúpula del que algún día hubiera sido el Palacio Legislativo y, de frente, admiraba el recién estrenado monumento conmemorativo de la Independencia, sus últimos proyectos arquitectónicos. A toda velocidad, unos treinta kilómetros horarios, dejó tras de sí el restaurante de Chapultepec y el Zoológico —obras ideadas, financiadas, ejecutadas y supervisadas por él— para tomar la calzada a su izquierda, que lo llevaría hasta su casa de Mixcoac.

Pero al pasar por la Casa de la Bola, un transeúnte harapiento que surgió de manera repentina, lo obligó a frenar en seco para no atropellarlo. Las miradas de los dos hombres se encontraron y durante un breve instante, a José Yves lo asaltó una nueva y repentina culpa: la de haber olvidado al pueblo, ese concepto que suena lejano hasta que se mira frente a frente a un solo individuo. Fue un pensamiento fugaz pero lo hundió en una tristeza sin nombre ni solución y, tal como había hecho veinticinco años antes en una noche tan distinta, pero con una sensación de abatimiento tan parecida a la

experimentada en aquella ocasión, dio vuelta por la antigua calzada Oidor Carbajal. Cruzó las vías del ferrocarril que conducía a Cuernavaca y cuya espuela llegaba hasta el interior de Santo Domingo y entró allí. Una vez en la plaza del molino, redujo su paso hasta apagar motores, sólo así consiguió tranquilizar el bombardeo de sus sentidos. Se sorprendió al ver el sitio desierto, sin siquiera un cuidador a sus puertas. Sabía por su esposa que los González Núñez se habían ido a su hacienda, pero desconocía que la producción de grano estuviese suspendida. Frente al abandono en el que se encontraba ese lugar, de pronto el sentimiento de nostalgia por un mundo que desaparecía se convirtió en la añoranza por una mujer desaparecida. Se bajó del automóvil y teniendo como único testigo la tenue oscuridad, se encaminó lentamente hacia el jardín donde estaba al tanto que yacía enterrada Gioconda. Una vez allí, se sentó en la banca donde alguna vez conversaron y, con la voz entrecortada y las lágrimas contenidas, se quejó de todas esas amarguras que había tenido que soportar en los días anteriores. En ese estado de consternación, tan ajeno a sí mismo como a todo juicio, recordó las frustraciones de los últimos treinta años de una vida que contaba cincuenta y seis, hasta llegar al trago más amargo: acabó confesándole a la lápida de Gioconda cuánta impotencia le provocaba el recuerdo de la única noche de intimidad que tuvieron juntos y que no tuvo el valor de repetir por estar, tanto él como ella, comprometidos. En aquella ocasión, ocurrida en 1885, Limantour se había dejado llevar por sus sentimientos más profundos, que habían aflorado a raíz de la reciente muerte de su padre.

José Yves había conocido a Gioconda una semana después de esa pérdida, una mañana en la que, recomendada por un conocido mutuo, lo visitó en su despacho de abogado para consultarle acerca de sus derechos sobre el molino, el sitio al que acababa de mudarse. Cuando Gioconda y José Yves se apretaron las manos, éstas se quedaron unidas un rato más largo de lo necesario, como reconociéndose a través del lenguaje corporal donde una piel llama a otra. Esa misma tarde, de regreso a casa, con la excusa de conocer la propiedad que le quedaba de camino y en un acto igual de arrebatado que el de hoy, Limantour decidió pasar a la finca. Pero cuando su carroza se acercó a Santo Domingo se cruzó con Gioconda, que caminaba por la vereda de acceso llorando desconsoladamente. José Yves, que no estaba acostumbrado a manifestaciones sentimentales tan indiscretas, se bajó a calmarla y ella lo abrazó con tal ímpetu que lo hizo estremecer. Lo tomó de la mano y sin decir más nada lo condujo río arriba. Allí, en un rincón escondido, donde Gioconda solía poner una cobija y recostarse a ver las estrellas, se les hizo de noche intercambiando miedos que se convirtieron milagrosamente en alegrías, lapso en el

que él olvidó su hipocondria y ella su paranoia. Auspiciados por la oscuridad y por la intimidad de su plática, sus cuerpos se abrazaron, hasta que, invadidos por el deseo, reclamaron amor. Un amor que tenía una lógica aparentemente ilógica, de tal modo que por primera vez en años, él se sintió fuerte y sano y ella serena y amada. Eran jóvenes entonces y José Yves, en los días que siguieron a ese volátil encuentro, se guardó bien de comprometer más la delicada situación. Gioconda lo buscaba constantemente pero él se resistía a verla, y con el objetivo de truncar la relación, emprendió uno de sus largos viajes. Cuando volvió a México sus mutuas pasiones habían disminuido, y con el tiempo, sus esfuerzos por evitarlas acabaron por convertirlas en recuerdos. No fue hasta que a Limantour se le ocurrió concretar el proyecto del Bosque de Chapultepec que volvió a buscar a Gioconda: necesitaba sus tierras, ciertamente, pero hubiera podido resolver la cuestión de otra forma. En cambio se encaprichó con esos terrenos como no lo hizo en su momento con ella. Y Gioconda se entercó en negárselos, forzándolo así a sentir lo que ella había padecido por él, en un juego de egos y amores donde unos destruían a los otros.

Gioconda había aprendido a medir a José Yves y a retarlo con astucia. Pero ahora que estaba muerta y se mantenía al margen de las vicisitudes humanas, en cuanto lo descubrió internándose en el jardín donde estaba su sepulcro, se asustó tanto que él parecía el fantasma en vez de ella. Sin embargo, fiel a su desapego se mantuvo apartada sin escuchar la declaración de quien había amado en silencio y que de todos modos le llegaba demasiado tarde.

*

Jorge, al escuchar un ruido extraño, salió de su alcoba para investigar. Al levantarse de la cama miró a Ángela que seguía profundamente dormida. Después de la muerte de Gia, Jorge había realizado el anhelo de convertirla en su mujer y, luego del primer beso, le siguió un encuentro amoroso a partir del cual se mudaron a la misma cama, en la que iniciaron una relación, pausada y desapasionada, que dio como fruto un hijo, Serafín, llamado así en honor al padre de Fortunato. Fue hasta ese momento, cuando Ángela se percató de que, pese a no haberlo realmente deseado, se había convertido en madre y en la involuntaria compañera de vida del papá de su crío. Jorge también le echó un vistazo a su niño, que con cinco años de edad continuaba dormido en una cuna al lado de la cama de sus padres. Tras haberse cerciorado del bien de su familia, Jorge buscó la escopeta que su patrón le había entregado al confiarle el molino.

—Son tiempos difíciles —le había dicho José Crescencio en una breve visita hace unos meses—. Voy a suspender la molienda. Cambiaron las reglas de producción y tarde o temprano eso iba a suceder… lo que espero es que esta Revolución no cambie todo lo

demás. Te encargo el cuidado de la propiedad… —había concluido con el cariz afectado.

Y Jorge, que estaba agradecido del trato que le reservaba José Crescencio, siempre amable y considerado con él, le había prometido llevar a cabo su encargo a conciencia. Si tomó la decisión de dejar la reja de acceso abierta, fue porque estaba seguro que al ver el paso franco la gente asumiría que en la propiedad no había nada que robar. Sin embargo esa actitud, aparentemente descuidada, no significaba que no defendería el molino con su propia vida si fuera necesario: lo que se disponía a hacer ahora que lo veía amenazado. Todavía en pijama se trepó al único ropero que poseían para sacar el arma que tenía escondida y se dispuso a recorrer Santo Domingo. Al subir por la plaza, cuando estuvo cerca del edificio del molino, le pareció ver una sombra caminar hacia el jardín. Los trabajadores siempre murmuraban "que los muertos andaban sueltos", y aunque Jorge generalmente ignoraba este tipo de comentarios, esta vez dudó. Se acercó conteniendo la respiración y guardándose de no hacer ruido, pero en cuanto divisó un automóvil estacionado frente a la entrada de la casa de Gioconda, concluyó que los fantasmas motorizados no existían por lo que sólo podía tratarse de malhechores. Caminó sigilosamente sobre el empedrado y luego sobre la hierba mullida con la intención de sorprender *in fraganti* al intruso. El jardín, la última morada del cuerpo de Gioconda, era de por sí sombrío, especialmente porque desde hace años nadie traspasaba sus puertas. Al cruzarlas, Jorge procedió despacio en el que sabía era terreno de descanso eterno.

—¿Quién va allí? —se aventuró a preguntar cuando escuchó la respiración forzada de un hombre.

Limantour volvió enseguida de sus pensamientos, aspiró por su nariz los líquidos que la mermaban y habló tan normalmente como pudo:

—Disculpe usted… Buscaba al señor González Núñez… —aclaró apresurado.

—No está —dijo Jorge, manteniendo el fusil apuntado hacia el desconocido, cuyos rasgos o posición no lograba ubicar, pero que por la cercanía de su voz debía encontrarse a unos cuantos pasos de él.

—Me iré entonces… —dijo Limantour, mientras Jorge cortaba cartucho y colocaba firmemente sus manos sobre la escopeta.

—Se le está haciendo tarde…

Apenas Jorge terminó la frase, José Yves se puso de pie lentamente, asustado de saberse en la mira del arma, dándose cuenta repentinamente de que estaba en un lugar que no le correspondía y que tenía que justificar su presencia allí.

—Lamento la intrusión, pero también era amigo de la señora González Núñez, que en paz descanse. Vine a ofrecerle mis últimas

consideraciones, estoy por salir del país y no volveré en mucho tiempo —explicó en un tono de concordia que no conmovió a Jorge.

—¿A esta hora? ¿Quién es usted? —preguntó mientras su aguda mirada trataba de reconocer la fisonomía que tenía enfrente y que al acercarse había quedado alumbrada por un rayo de luna.

—Tiene razón. Es una desconsideración venir de visita a estas horas y sin avisar. Le ruego que acepte mis disculpas. —José Yves estaba consternado: era la primera vez que alguien le apuntaba con un fusil, además se sentía avergonzado de encontrarse, por su imprudencia, en esa comprometedora situación. En circunstancias normales le hubiera dicho quién era y asunto arreglado, pero en esos momentos se sentía vulnerable en extremo y particularmente desprestigiado, tanto que no tenía ni ganas de pronunciar su nombre.

—Conteste a mi pregunta: ¿quién es usted?

—José Yves Limantour —dijo temeroso, después de un rato de incómodo silencio.

“¡No podía ser!”, pensó Jorge. “¿El ministro de finanzas había traspasado su jardín?”, se preguntó al distinguir cada vez mejor al mismo Limantour que a menudo salía caricaturizado en los periódicos de oposición, tan populares en esos tiempos.

Fue entonces que recordó a su madre, a Fortunato y a tantas otras víctimas asesinadas en Río Blanco por los soldados del régimen, un régimen que el ministro representaba; además, se decía por allí que había sido él quien solicitó a los empresarios ordenar el paro laboral en Orizaba. Según la versión que propagaron los ejecutivos de la fábrica, la razón era que de ese modo —fomentando la violencia por parte de los obreros— le habían dado la oportunidad al gobierno de acabar con los revoltosos. A pesar de su carácter más bien pasivo, a Jorge le entraron unas repentinas ganas de jalar el gatillo. Desde su huida de Orizaba, había guardado un gran resentimiento hacia el mundo que le había tocado vivir, primero por haberlo hecho bastardo, y luego huérfano. Pero su odio no se había materializado en personas que le eran cercanas como José Crescencio, por ejemplo, al que consideraba de algún modo su benefactor, sino que lo había trasladado a personajes simbólicos como los miembros del gobierno, que la prensa se dedicaba ahora a fustigar, atizando contra ellos los sentimientos de sus lectores. Jorge no había tenido la oportunidad de externar su coraje ni de tomar revancha por su dolor… hasta ahora.

Por su parte a José Yves lo asaltaban pensamientos encontrados. Incapaz de justificar sus traiciones —la de su esposa, a quien había hecho cornuda, y la de la nación, a la que sabía no haberle cumplido en toda la extensión de los ciudadanos que la conformaban— se dirigía a la salida sin dejar de pensar en Gioconda, mientras que Jorge lo seguía con el fusil en la mano y con la tentación de matarlo en

mente.

Como si los pensamientos de culpa de Limantour lo estuviesen provocando, Jorge se sentía cada vez más perturbado por la presencia del ministro y por todo lo que éste simbolizaba, pero la idea de aniquilarlo de un tiro comenzó a parecerle insuficiente para hacerse justicia. ¿Qué habían conseguido con la fuerza bruta su madre, Fortunato y las demás víctimas de Río Blanco? Tan sólo la muerte, y de nada servían los baños de sangre, pensó, lo que había que hacer era jugar con las mismas reglas que imponía ese sistema cruel, en donde los de arriba se aprovechaban invariablemente de los de abajo. La única forma de nivelar las cosas era encontrar el modo de cambiarse de bando, concluyó en un momento que le pareció de claridad.

Así fue como sus ganas de compensar las injusticias vividas, se convirtieron en las ganas de ser un hombre tan rico e importante como el que tenía enfrente. Y entonces tuvo una ocurrencia. Ésa era una oportunidad que no podía desaprovechar, se armó de valor pues nunca había estado en presencia de un notable de la envergadura de un ministro y mucho menos en posición de pedirle un favor.

—Disculpe que lo haya importunado, señor Limantour, y que abuse ahora mismo de su confianza, pero me estaba preguntado si usted, por la amistad que tiene con mis patrones, pudiera recomendarme con algún conocido suyo. Busco un puesto en la administración pública, no tengo estudios mayores pero me gusta la política y siempre leo los periódicos.

Cuando José Yves lo escuchó no podía creer a sus oídos:

—Si lee la prensa debería estar enterado que acabo de dimitir.

—Lo sé, pero imagino que le quedan muchas conexiones al interior del gobierno, tal vez pueda…

Limantour, con el solo propósito de que lo dejara ir en paz, sacó una tarjeta de su cartera y garabateó en la penumbra y sin saber bien ni que escribía, el nombre del nuevo ministro de finanzas.

—Hable con él de mi parte.

—¡Muchas gracias! —se apresuró a decir Jorge—. Informaré a mi patrón que usted estuvo aquí —dijo cuando habían llegado a la plaza, mientras pensaba que si conseguía colocarse en la administración pública, saldría por fin de pobre.

El ex ministro se limitó a subir al auto y a arrancarlo. Mientras se iba miró casualmente la ventana del cuarto de Gioconda y le pareció verla despedirse.

*

José Crescencio se balanceaba apaciblemente en una de las mecedoras del porticado de su hacienda Las Ánimas, ubicada en el pueblo de Coscomatepec, a pocos kilómetros de Orizaba, mientras que María Elena paseaba algo nerviosa a su alrededor. El padre Humberto,

párroco de la localidad, observaba a la pareja despatarrado en la hamaca donde gozaba la digestión del suculento manchamanteles que le habían servido de cena. Digerir es tan agradable como comer, aunque no tanto como cagar, pensó mientras se sobaba discretamente la panza por debajo de la sotana, y comenzaba a tener ganas de visitar el retrete.

—No sé por qué no nos fuimos a Europa, padre. Yo le dije a José Crescencio que aquí no estamos seguros —se quejó María Elena mientras marchaba en el porche arriba-abajo con paso militar.

—Ya sabes que detesto viajar —intervino el conde, y soltó sin disimulo un eructo, provocado por sus cada vez más graves trastornos estomacales.

—Sí, pero para como están las cosas podías haber hecho un esfuerzo. Los alzados tomaron Ciudad Juárez y don Porfirio renunció —continuó María Elena tan alarmada por la situación del país como por las descortesías de su marido.

—¿Y abandonar mis bienes? Nunca. Además no va a pasar nada, mujer. Yo no sé de qué te preocupas… En este país nunca pasa nada, ni cuando pasa…

—¡¿No pasa nada?! Pelagatos y bandoleros andan por ahí sin control y yo soy la única de mi familia que sigue en México en semejantes circunstancias.

—Tu familia soy yo, y la que deberías de darme y no me has dado —le reclamó enojado su marido.

María Elena lo miró indignada. En los últimos tiempos, a José Crescencio le había dado por hacer pública la presunta esterilidad de su mujer, lo que la humillaba sobremanera, especialmente porque sabía que Giminiano no era hijo de su marido y que cabía la posibilidad de que fuera él quien no podía concebir. El conde sabía cuánto su esposa detestaba ese tipo de alusiones y, arrepentido por su falta de tacto, intentó minimizar su impulsivo comentario volviendo al tema de su consideración.

—Ya tranquilízate, no va a pasar nada. Madero es terrateniente, igual que nosotros, y no va a permitir que nadie se reparta ni sus tierras ni las nuestras. Lo único que quiere es que don Porfirio se quite de en medio, lo que después de treinta años en el poder no es mucho pedir ¿no crees Humberto? —dijo dirigiéndose ahora al sacerdote, a quien desde su conversión al ateismo tuteaba.

María Elena, que de la indignación había pasado a experimentar una rabia que iba en aumento, fue en cambio la que contestó. En ese tema sí tenía material de sobra con que rebatir:

—Gracias al general Díaz ha habido paz y tú, y muchos otros, pudieron prosperar. ¿Cómo puedes olvidar eso?

—Sin duda a don Porfirio se le debe el que hayamos sido

considerados por el resto del mundo como iguales, en vez de un pedazo de tierra a conquistar —intervino el sacerdote que estaba harto de oír a los condes pelear, cosa que hacían todo el tiempo—. Sin duda alguna… —repitió con la intención de distraerlos—, pero quisiera interrumpir por un momento esta conversación para aprovechar la dicha de tenerlos por aquí juntos y agradecerles a ambos su generoso regalo.

—¿Qué regalo? —lo interrumpió José Crescencio.

—El crucifijo —contestó María Elena distraídamente, todavía molesta por la agresividad de su esposo.

—¡¿El crucifijo?! —exclamó entonces José Crescencio entre atemorizado y sorprendido.

—Sí, el maravilloso Cristo de madera tallada que tuvieron la amabilidad de obsequiarle a nuestra parroquia. Se verá hermoso en… —intentó explicar el sacerdote pero fue interrumpido abruptamente.

—¡Pero si te dije que lo sacaras de mi casa hace años! —reprimió alterado José Crescencio a su esposa, quien apenada con el parroco intentaba mantener una aparente calma.

—Eso hice, se lo regalé al padre Humberto.

—Y yo le pedí a doña María Elenita que me lo guardara mientras terminamos la restauración de la iglesia. Además, como se lo expliqué a su señora, me gustaría organizar una procesión para que el crucifijo salga de la hacienda en gran pompa y recorra así el trayecto hasta la iglesia. No quiero que quede duda en el pueblo de que José Crescencio González Núñez es un hombre bondadoso, siempre listo a compartir su fortuna con los que menos tienen. En estos tiempos me parece conveniente hacer hincapié en ello —se apuró a puntualizar el padre para que la ira de José Crescencio, que parecía salirse de su boca en forma de eructos cada vez más seguidos, no fuera a parar en su mujer.

—¡¿Dónde está ese maldito crucifijo?! —alcanzó a preguntar fuera de sí el conde.

El sacerdote se sorprendió del adjetivo usado por su anfitrión, quien a pesar de los pensamientos sacrílegos que últimamente alardeaba, nunca antes se había atrevido a maldecir una sagrada reliquia.

—En lo que don Humberto puede recibirlo en su parroquia, lo acomodamos aquí, en la capilla de la hacienda, de todos modos nunca entras allí —contestó María Elena, consternada.

—¡Maldición! ¡Maldita seas! —vociferó José Crescencio. Tanto el religioso como la señora González Núñez quedaron sin palabras frente a la actitud del conde, mientras éste se levantó de su asiento para dirigirse con rapidez hacia la iglesia de la casa, una pequeña construcción que se erguía al fondo del jardín y que en la oscuridad de la noche aparecía como una inquietante mancha blanca. José

Crescencio, que del coraje y del miedo se había crispado al grado de tener los vellos de los brazos y del pecho erguidos, abrió la puerta algo defectuosa de una patada y se introdujo en ella como si estuviera forzando a una mujer renuente. No había luz pero el claror del cielo estrellado alumbraba lo suficiente para distinguir lo que no hubiera querido ver. El Cristo, que con tanto empeño había pretendido sepultar en el olvido, estaba apoyado en uno de los muros del recinto, a un lado del pequeño altar neoclásico. El lienzo de tela que lo cubría se había deslizado de tal modo que había quedado prendido de sus crucificados brazos, permitiendo que la cara de Jesús quedara descubierta. José Crescencio sintió aquel ojo inquisidor mirarlo de tal manera que le pareció que unas centellas luminosas salían de sus pupilas. "¿Acaso creías posible haberte librado de mí?", parecía decirle ese Dios que lo perseguía tan encarnizadamente.

Por años el gran arsenal de libros iluminados —así le gustaba nombrarlos— que guardaba en su nueva biblioteca, así como las largas conversaciones filosóficas con su primo Fausto, habían conseguido, la mayoría de las veces, apartarlo tanto de alucinaciones como de culpas. Pero después de que en su lecho de muerte ese mismo primo, que era masón, ateo y blasfemo, había pedido —rodeado de veladoras y más asustado que una mujercita— no sólo confesarse, renegando así de sus tan defendidos ideales laicos, sino la bendición de su matrimonio civil, José Crescencio había comenzado a dudar de sus creencias. Desde entonces, por más que había querido razonar sobre el tema con argumentos lógicos, no lograba quitarse de la cabeza que si Dios existía de seguro estaba furioso con él. Y con la culpa al acecho, la macabra reaparición del crucifijo le pareció un designio divino que venía a confirmarle la existencia del santísimo y su infinito poder.

—Qué cómodo hubiera sido no tener que rendirle cuentas —se dijo a sí mismo en voz alta—. ¿Te hubiera gustado que Dios no existiese verdad? —Hablaba en la penumbra con los ojos trabados en el pedazo de madera que parecía estar tranquilo en la seguridad de su fuerza—. Desterraste al Cristo que te importunaba con el reproche de su presencia y mira dónde lo vienes a encontrar. Te siguió hasta acá y no te dará tregua hasta desenmascararte —continuó acusándose a sí mismo.

Entre más se sugestionaba, más aumentaba su alteración, llegando a tal grado que no resistió más el acoso y aulló un grito liberador:

—¡Yo la maté! —vociferó exaltado en un último arrebato—. Aquí me tienes: ¡Fui yo!

Inmediatamente después susurró:

—¿Estás contento? No puedo en tu contra. Me rindo —al decir

esto se puso de rodillas, mientras la acidez de su estómago se aliviaba un poco con un enésimo eructo.

Y tras esa revelación miró al redentor, cuya boca le pareció se alargaba al fin en una oscura sonrisa, al mismo tiempo que los leñosos ojos le extendían el perdón. Fue entonces que se percató de la presencia de María Elena y el padre Humberto, que sorprendidos de ver a José Crescencio actuar de un modo tan raro, lo habían seguido hasta la iglesia y habían escuchado su confesión desde el umbral. Al saberse casada con un asesino, María Elena sólo alcanzó a cubrirse la boca con las manos, mientras volteaba el rostro para no ver a quien se avergonzaba de tener por marido.

*

Cuando Giminiano volvió a México lo hizo a través de Estados Unidos. Primero tomó un barco a Nueva York, luego prosiguió en tren hasta El Paso. Allí compró el caballo más bonito que encontró y se dispuso a cruzar el Río Bravo. Al pisar suelo mexicano apenas reconoció la tierra que lo vio nacer. El paisaje grandioso, desolador y caluroso de aquel pedazo de tierra empolvado y embravecido le pareció particularmente extraño. Cerros despellejados y apenas cubiertos por el verdor de los cactus, una víbora de agua plácida y algunas casas de adobe con techos planos que cuadriculaban esporádicamente el horizonte, fue lo que apareció, digno y altivo en su sencillez, ante sus ojos. El desierto y su gente eran diametralmente distintos a lo que se había acostumbrado a ver en Italia, pero eran también muy diferentes al México que había conocido hasta entonces. Mirar el asentamiento maderista en las afueras de Ciudad Juárez fue enfrentarse por primera vez a un México que dolía, un México olvidado, fascinante e indescifrable a la vez, que lo puso en contacto, de manera directa e ineludible, con quienes sufrían y quienes habían puesto en ese movimiento armado todas sus ilusiones. Al llegar al campamento de la legión extranjera, apenas bajó del caballo, Giminiano fue recibido por la reconfortante sonrisa de Peppino, que estaba al tanto de su arribo y de todo lo que sucedía a su alrededor.

—¡Bienvenido a tu país! —le dijo Garibaldi en perfecto español, idioma que hablaron desde ese momento en adelante.

Al calor de la fogata y de los tequilas, esa noche Peppino le contó los proyectos que Madero tenía para mejorar las condiciones de los mexicanos y de cuán importante era para triunfar que un soldado creyera en la causa por la cual luchaba.

—Estás peleando por la libertad de tu gente, de tu familia… por tu libertad —le explicó.

Cuando Giminiano le confesó que no era hijo de su padre, Peppino le expuso algo que lo alejaría de su obsesión por el tema:

—Todos los hombres somos iguales, considera a cada compañero

de esta aventura como si fuera tu padre.

Fue entonces que se manifestó en el espíritu de Giminiano un nuevo cambio. Generalmente interesado en el prójimo sólo para obtener de éste algún favor, por primera vez pensó en los demás, pero ya no como si fueran un concepto abstracto, sino como si se trataran de una parte de sí mismo: de sus raíces, pero también de su propia y universal condición humana que iba más allá de las cuestiones genéticas. Giminiano tuvo en el desierto su primer acercamiento con el pueblo y tomó conciencia de que, si pretendía algún día representarlo, necesitaba no sólo entenderlo, sino quererlo. Quererlo era una forma de decirse a sí mismo que a pesar de no saber quién era su padre, se aceptaba y se amaba. Y fue esa noche que, rodeado de tantas personas distintas, pues en las tropas había revoltosos desenfrenados, pensadores idealistas, y hasta terratenientes con aspiraciones políticas, todos con la remota esperanza de que un poco de justicia era posible, empezó a querer esas caras curtidas, a los cuerpos mal nutridos y hasta las expresiones de pobreza, pero también de dignidad que le pareció justificaban la lucha a la que se había adherido. Una de las razones de este súbito enamoramiento por el pueblo era que con ello fraguaba una especie de revancha espiritual contra los maltratos del conde, quien tanto despreciaba a los que no eran de su clase y en especial modo a los indígenas. Para Giminiano en cambio ya no había distinciones de raza, porque ahora imaginaba que por sus propias venas corría la sangre de un hombre muy diferente a él, tal vez su padre era en verdad uno de sus compañeros de hazaña.

En sus primeros días en el campamento de Ciudad Juárez, Giminiano se convirtió en la sombra de Garibaldi, que era considerado por todos un héroe internacional; para Giminiano era su mentor, amigo y ahora también su jefe. Aventurero por naturaleza, pero refinado por nacimiento, no tenía prejuicios de clase, no temía las privaciones, ni tampoco a la guerra. Giminiano, además, admiraba en Garibaldi esa profunda convicción ideológica que lo llevaba a luchar más allá de su país, trascendiendo intereses específicos y arriesgando su vida por pueblos y por causas que le eran lejanos.

Por esta cercanía con Peppino, Giminiano tuvo oportunidad de observar, en los varios encuentros y discusiones, a las principales figuras revolucionarias —que incluían a los generales Pascual Orozco y José de la Luz Blanco, soldados de carrera con experiencia y rigor militar, así como al ya famoso coronel Francisco Villa, que le pareció a primera vista un iracundo bandolero, pero que lo intrigaba de modo especial porque a pesar de sus malos humores era amado por sus tropas.

Y en este alternar de acontecimientos, a los pocos días de su

llegada presenció uno de los momentos que le quedarían más firmemente tatuados en la memoria. Fue cuando Madero, que al principio se le figuraba un hombrecito insignificante y soso, pronunció un elocuente y emotivo discurso. Era un día sofocante, sin embargo, con sus palabras llenas de ideales democráticos y de justicia, el minúsculo líder se ganó el aplauso tanto de mexicanos como de norteamericanos, que lo esperaban bajo el sol abrasador sólo para estrecharle la mano. Unas quince mil personas le trajeron incluso una serenata que duró casi tres horas y después de haber sido vitoreado por todos, el político subió al podio y su baja estatura creció hasta proyectarse al cielo. “Sufragio efectivo, no reelección”, fue la frase que repitió una y otra vez antes de iniciar su discurso. Para muchos, esta sucesión de palabras resultaba incomprensible, pero mientras avanzaba la disertación, Madero la convirtió, gracias a su oratoria y empuje, en el lema de lucha para quienes lo escuchaban. Si el significado de esta frase era “no al fraude electoral y que Díaz se vaya de una buena vez”, para aquellos que la asimilaron ese día se volvió una especie de oración, que de tanto predicar santificó a Madero hasta erigirlo en Dios. Un amado Dios en el que Giminiano se quería convertir, pues su más grande deseo, al haberse sentido de algún modo abandonado por su madre y despreciado por quien creía su padre, era ser querido tanto como Madero parecía serlo.

Así que, cuando sólo una semana después, Giminiano oyó a Garibaldi hacer otro pronunciamiento, no podía dar crédito a las palabras que escuchó de Peppino:

—Vengo de una reunión con los mandos militares supremos y hemos acordado que a esta Revolución le conviene desacatar las órdenes de Madero: atacaremos Ciudad Juárez al amanecer.

Giminiano tenía ganas de inconformarse, no porque tuviera empacho en traicionar a alguien, sino porque en ese momento admiraba realmente el esfuerzo de Madero por unir voluntades tan distintas como las de los mexicanos y no deseaba perjudicar su esfuerzo. Trató, sin embargo, de entender la explicación de su jefe, así como las exigencias de las tropas y de quienes las comandaban: no se podía constituir un ejército y luego negarse a usarlo, como lo estaba haciendo Madero, quien se mostraba, a criterio de todos, demasiado temeroso a usar la fuerza. Giminiano se convenció de que a la postre ese movimiento táctico beneficiaría a todos, así que esa madrugada siguió a Garibaldi en la línea de fuego, encargándose del posicionamiento de los dos cañones que aquél había construido: uno de 75 y otro de 50 mm. A pesar de que muchos se burlaban de esos artefactos porque alegaban que sólo servirían para espantar, Giminiano, junto con otros soldados de su batallón, procuró hacerlos funcionar hasta conseguir algunos caídos. El mismo día que comenzó

el intercambio de hostilidades, Giminiano se enfrentó por primera vez a la muerte, y con esas rudimentarias armas abatió a varios enemigos, experimentando la adictiva adrenalina de la batalla. Ésta duró tres días y terminó con la aprehensión del general Navarro, el responsable institucional de la plaza, por parte de Peppino, que honrando su ética militar espero a los mandos superiores para entregarlo. La victoria en Juárez, ciudad clave por su cercanía con los Estados Unidos y destinada a causar el derrumbamiento del gobierno central, provocó la euforia de Giminiano, que en su primer enfrentamiento conoció el éxito rotundo. Pero a pesar de haber ganado la guerra, al ver cómo los militares habían desobedecido a Madero, Giminiano se dio cuenta de lo efímero que era el poder personal y de cómo pesaba la falta de cohesión de los dos principales poderes: el de las ideas y el de la fuerza que las sostiene.

Aunque esa victoria era aún frágil, tras haber conseguido el derrocamiento de su tirano, Garibaldi consideraba terminado su compromiso con México. Giminiano, en cambio, sentía que su labor apenas había comenzado. No tenía intención de andar de un sitio a otro arriesgando el pellejo en nombre de la libertad como lo hacía su jefe, aquel intrépido italiano —nacido casualmente en Australia— para quien el mundo era su patria. Giminiano se había convencido de que México era su país y que en él quería estar, y eventualmente gobernar. Nada más le faltaba averiguar cómo.

CAPÍTULO IX

Si hubo una revolución que alteró mi suerte fue la industrial, cuyos cambios radicales en materia tecnológica me afectaron tan profundamente que estuve a punto de perecer. Pero cuando quedé expuesto a semejante destino, supe que para sobrevivir no tenía más remedio que cambiar. Eso mismo sucedió con los mexicanos a principios del siglo XX, cuando el rezago de las mayorías aumentó al grado de que las posibilidades de colmarlo se volvieron nulas. Entonces decidieron modificar drásticamente su rumbo con una revolución armada, que comenzó muy lejos, allá por los confines del país, pero de la que todos hablaban, en especial modo cuando logró deponer al gobierno en turno.

Pronto entendí que el principal propósito de cualquier revolución es acelerar los cambios, aunque muchas veces signifique dar un giro de 360 grados, porque se suele acabar en el mismo lugar del que se partió. Un proceso que, en todos los casos, se manifiesta primero como un desajuste, luego como reacomodo de las cosas y, por último, de los ánimos. La reacción es concatenada y estremece a cada una de las partes. El concepto es simple: así como para hacer un pastel hay que estrellar los huevos, para conseguir algo nuevo hay que romper forzosamente con lo viejo.

Mi suerte corrió paralela a la del país que contribuí a crear, por lo que los cambios que sufrió me afectaron irremediablemente. La suerte es una moneda que rueda, con las mismas posibilidades de caer de un lado o del otro. Sin razón aparente y sin dejarse sobornar por nadie ni apantallar por nada, de repente decide favorecer a uno en vez de otro. Y mi particular suerte mandó la mecanización de los procesos industriales, cuya consecuencia fue que el uso para el que fui construido se volviera obsoleto. A causa de ello de pronto me quedé allí, varado y sin un sentido preciso: había caducado.

Alguna vez le oí decir a un arquitecto que realizaba su oficio con excelencia, que lo único perdurable en el tiempo es la calidad. Si los edificios son de buena fábrica, decía, y cuentan con el debido mantenimiento, logran sobreponerse a sus funciones, adaptándose a los nuevos usos. Pero el avaro de José Crescencio estimaba que las teorías de este técnico eran demasiado costosas para un humilde molino como yo, cuya manufactura no era tan magna como para gastar en ella. Por mi parte no era fácil borrar casi cuatro siglos de practicar el mismo oficio, pero no parecía haber otra opción de

supervivencia más que la de reinventarse, ya que para el año 1914 la molienda del grano en mis paredes había sido definitivamente abandonada. Hubo varios factores que influyeron en la suspensión de mis actividades. El río que me atravesaba, y del cual dependía el movimiento de mis ruedas, se había secado casi por completo; el corredor que separaba Tacubaya de la capital se había reducido hasta volverse prácticamente inexistente, y las tierras que me quedaban fueron desmembradas por José Crescencio, que en ese entonces disponía libremente de mí, surgiendo en ellas construcciones y vialidades, que me obligaron a resignarme a mi destino urbano. Y yo languidecía, contando las horas que me separaban del fin, sin más propósito de ser que hospedar a Gioconda.

Gioconda llevaba años desapegada de lo terrenal, y en su aislamiento voluntario, aunado a la soledad en la que yo había caído, se había acostumbrado a no tener que soportar ninguna presencia humana, más que la de los discretos cuidadores que en nada la importunaban. Por lo que cuando en 1914 llegaron a mí los insurgentes, con el ruidoso ajetreo de bestias, hombres y artefactos que traía la tropa, Gioconda se sintió invadida. Tales intrusiones la enojaban.

Recuerdo bien ese día. Gioconda estaba en su habitación pensando en cómo iba a librarse de los intrusos, cuando escuchó un tiro y de inmediato advirtió la presencia de un espíritu en el patio de maniobras, y se precipitó hacia allá. Era un deceso muy reciente porque el ser se movía con dificultad, descubriendo apenas la vida más allá de la muerte. Gioconda se desplazó hasta ahí y cuando lo identificó, casi vuelve a morirse de la impresión. Fue entonces que empezó para mí un nuevo calvario, silencioso y devastador.

LA CALAVERA REVOLUCIONARIA
de
Guadalupe Posadas



Aquí está la calavera
más valiente y temeraria
esta sí es la mera mera
brava revolucionaria.
Por el Norte y por el Sur,
por el Este y por el Oeste,
ya la paz es un albur
que se juega a lo que cueste.
La calavera incendiaria
pelea porque tiene gana
y atórele que es mangana
con la revolucionaria.
Esté Madero, esté Huerta,
o esté... Dios Padre que fuera,
siempre busca la reguera
Esta brava calavera.
ninguno le ha de gustar
que salga de Presidente...



¡A todos por vacilar
les ha de pelar el diente!

*

Giminiano había considerado seriamente seguir a Madero en la transición de su aventura armada a la institucional, donde hubiera podido comenzar la carrera política que tanto anhelaba, esperando tal vez una candidatura o ser llamado por el nuevo gobierno para ocupar un puesto administrativo. Pero a pesar de que admiraba algunos de los logros de quien se convertiría en el presidente de México, también le preocupaban las limitaciones que desde entonces veía en el líder, principalmente la ingenuidad, uno de los defectos más contraproducentes del oficio político, y el titubeo, uno de los más peligrosos. Un titubeo que había molestado a todos los revolucionarios durante la campaña militar, y que había creado tal vacío de poder que las peleas por verse favorecidos eran constantes entre las tropas y sus jefes. Los altos mandos del ejército insurgente habían quedado inconformes al ver que Madero se contentó en derrotar la dictadura sin triunfos militares considerables, optando por una paz demasiado sumisa y aún tambaleante. Sin embargo, el motivo por el que Giminiano se abstuvo de participar en la campaña electoral maderista tuvo poco que ver con su apreciación sobre el panorama político-militar del momento.

La culpa fue de una joven viuda norteamericana que, cansada de ver la Revolución desde la azotea de la torre del edificio postal de El Paso —sitio que por su altura era usado por los texanos para espiar al país vecino—, había cruzado el Río Bravo para visitar el campamento maderista, tal y como lo hacían otros curiosos. Desde que Giminiano la vio, ella captó su atención y de inmediato empezó a cortejarla. Para entonces, frente a las brutalidades de la guerra, su añeja tendencia hacia la crueldad, que durante la estancia en Italia logró apaciguar, había retomado fuerza y con ésta sus otros apetitos, incluyendo los carnales. Los había satisfecho parcialmente con los favores de una soldadera que se introducía de vez en cuando en su tienda de campaña, pero al terminar el conflicto armado decidió colmar también sus necesidades sentimentales, que en el desierto habían aflorado, y se fue a buscar los ojos azules de la mujer que lo había prendado. Ya en los Estados Unidos y durante el tiempo que duró el romance, Giminiano no dejó de observar los acontecimientos mexicanos.

Como muchos revolucionarios, no comprendía por qué Madero había permitido que el gobierno interino conservara al aparato porfirista prácticamente intacto, en especial a sus peligrosos mandos militares,

que eran reforzados, alabados y condecorados por el presidente provisional. Desde El Paso, Giminiano se impacientaba al enterarse por los periódicos de cómo el interinato aprovechaba la debilidad de Madero para acelerar el proceso de desarme de los levantados, acto que muchos de éstos se negaban a llevar a cabo, pues les parecía el mejor modo de entregar la Revolución precisamente al ejército que habían vencido. Así comenzó el descontento entre los sublevados. El primero en inconformarse fue Zapata, el líder morelense que se negó a deponer las armas hasta que no se cumplieran los acuerdos del Plan de San Luis Potosí, en especial modo los que concernían a la repartición del campo. Madero negoció con él y consiguió tiempo en lo que ganaba las elecciones, lo que sucedió el 6 de noviembre de 1911. Pero al tomar posesión, el nuevo mandatario volvió a incomodar a sus aliados al formar un gabinete demasiado incluyente de sus enemigos que acabaron conspirando e intrigando en su contra, a lo que se le sumaron sendas rebeliones, tanto de tendencias revolucionarias —de quienes habían peleado por el nuevo gobierno y no veían cumplidas sus promesas— como contrarrevolucionarias, de quienes eran fieles a don Porfirio y querían establecer un régimen lo más parecido al anterior. Madero acabó combatiendo tanto a sus antiguos aliados como a sus enemigos jurados y quien ganó la trifulca fue un tercero: el general porfirista Victoriano Huerta, nombrado jefe militar del ejército federal a cargo del gobierno electo, quien traicionó a Madero y terminó por asesinarlo, instalándose él mismo en el poder.

Con la noticias de esa muerte, a Giminiano le quedó claro que México y la democracia nada más no se llevaban, y se convenció de que quien tuviera algún tipo de aspiración política debía primero conseguir la lealtad de un ejército que lo apoyara. Apenas unos días antes, y como si la suerte le sonriera, una nota publicada en El Paso Herald había llamado su atención: Pancho Villa, tras haber sido apresado por Huerta, había huido de la cárcel y acababa de ser visto precisamente ahí, en El Paso, Texas. Esta extraña coincidencia comenzó a fincar en sus sentidos, aburridos ya de la gringa que los había temporalmente ofuscado, la idea de buscar a Villa. A pesar de que el exbandido había tenido una serie de diferencias con Garibaldi, Giminiano conocía sus habilidades de campo y también su lealtad, demostrada al haber sido el único de los líderes revolucionarios que no se levantó contra Madero. Recordaba bien cómo había defendido al ahora occiso presidente cuando alguien se atrevió a criticarle los tamaños al chaparro: “Será pequeño de estatura pero es muy grande de corazón. Si todos los ricos de México fueran como él, no haría falta pelear”, había dicho convencido. Giminiano sabía que si lograba su confianza tendría un defensor valioso para cuando se lanzara a la política. Sin

embargo también sabía lo descontrolado y desconfiado que era, y si se atrevía a pensar en buscarlo era porque imaginaba que lo encontraría triste y vulnerable a causa de la muerte del mandatario acribillado, a quien sin duda respetaba y quería sinceramente.

Otro suceso volvía aún más caóticos y peligrosos los planes de regresar a México de Giminiano: Pascual Orozco, el general que había comandado el ejército de Madero en Juárez, acababa de reconocer el gobierno usurpador de Huerta, lo que significaba que cualquiera que pretendiera internarse en México con intenciones bélicas tendría que enfrentarse con los dos bandos: rebeldes arrepentidos y ejército oficial. Por lo tanto era imprescindible que Giminiano hiciese alarde de toda su sensibilidad política y de sus dotes de oratoria, para que Villa se convenciera de que necesitaba de más gente para combatir ese redoblado enemigo.

Cuando Giminiano se enteró de que el forajido se alojaba en un hotel de mala muerte en el barrio conocido como “la pequeña Chihuahua” lo fue a buscar. Atravesó los marginados callejones donde vivían mexicanos, centroamericanos, chinos y griegos. Unas cuadras antes de llegar al sitio donde se hospedaba, lo vio tomando una malteada en la fuente de sodas Elite Confectionary. Villa estaba en compañía de cuatro de sus hombres, los más fieles, con quienes maldecía a los traidores que “se escabecharon a su tocayo Francisco”. En cuanto cruzó su mirada con la de Giminiano, éste lanzó el grito, ensayado y voluntariamente excitado, de “¡mi coronel!”, saludándolo con el rango que sabía usaban sus amigos a pesar de que Madero lo había ascendido a general. Y al mismo tiempo unió sus pies, colocando su mano derecha en la frente, como se homenajean en la milicia a los mandos superiores. El reconocimiento debió causarle gracia a Villa porque le sonrió mostrando sus dientes amarillos como granos de maíz y le hizo una seña para que se acercara. Giminiano no se hizo esperar.

—Mi coronel, es un placer verlo, aunque sea en momentos tan tristes como éste.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Villa.

—Jimeno González, caporal de la legión extranjera —respondió con el nombre de pila que había utilizado en Juárez para que a sus compañeros no se les dificultara pronunciarlo.

—¿Y se puede saber por qué peleabas con Garibaldi si eres tan mexicano como yo? —lo cuestionó al escucharlo hablar en perfecto castellano, con todo y acento mexicano.

—Porque usted no me llamó a sus tropas —el intercambio de soldados había sido uno de los motivos de discordias entre Garibaldi y Villa. Un cabo del primero se había pasado a las filas del segundo, después de lo cual había amanecido ahogado en el río, mientras los dos coroneles se echaban mutuamente la culpa. A consecuencia de ese incidente, la tensión se incrementó a tal grado que Garibaldi desarmó a un villista que había sorprendido orinando en su campamento, a lo que Villa le mandó pedir al italiano que le devolviera el arma a su subordinado. Pero Peppino, harto de los desplantes del excuatrero, se negó mandándole una nota que decía: "No entrego nada de rifle. Si usted es hombre yo también lo soy. Pase usted por él". No había calculado la susceptibilidad de Pancho Villa en este tipo de retos. El caudillo se presentó en el campamento de la legión extranjera y le echó su caballo encima a Peppino, después de haberlo desarmado, lo golpeó con la cacha de su pistola y le dijo que agradeciera que no lo fusilaba. Garibaldi, que tenía un temperamento templado por su inteligencia, evitó reaccionar impulsivamente y mejor recurrió a Madero. Gracias a la intervención de este último, quien obligó a su tocayo Francisco a disculparse públicamente con el italiano, los dos coroneles se contentaron.

—¡Siéntate! —le ordenó Villa.

Giminiano tomó la silla de una mesa vecina mientras seguía hablando:

—Pero ahora que la patria nos necesita me gustaría mucho pelear con usted.

—La patria está rejodida y lo que necesita es que alguien se chingue a la madre que la parió tan traicionera —dijo Pancho después de saborear un trago de su espumoso licuado de fresa.

—Escuché que piensa volver a México y hacer justicia.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó con suspicacia, preocupado de que se propagara una información que podía serle perjudicial.

—Sólo quiero que sepa que cuenta conmigo.

—¿Y yo para qué te quiero?

—Puedo ayudarle a conseguir hombres y dinero para formar su nuevo ejército.

Cuando Pancho Villa escuchó mencionar los dos elementos, tan útiles como escasos en esos tiempos, volvió a sonreír y le ofreció a

Giminiano una palanqueta de cacahuate de las que tanto le gustaban.

Villa le explicó entonces su plan: exigir, robar, si fuera necesario, y reclutar en su nombre, pues sabía que la gente del otro lado del río lo respetaba y apoyaba. Quedaron de volverse a ver un mes después en el Rancho de las Flores, una finca donde el ahora general tenía varios secuaces. Para cuando se reencontraron, Giminiano había juntado casi cincuenta elementos, armas y más de diez mil dólares en efectivo. Villa y sus hombres habían hecho lo suyo también, consolidando juntos una pequeña columna de adeptos. Y de allí para adelante. Poco a poco se fue conformando una nueva fuerza armada que empezó con pequeños atracos, incursiones en las haciendas, en los poblados donde hubiera armas, comida o caballos. La gente contribuía, voluntariamente o no, y el enemigo, es decir los federales y todos quienes se interponían en su camino, reculaba. En julio de 1914 el ejército de Villa contaba con dieciséis mil hombres y tenía el control del norte del país.

Para entonces la nación ardía, y quienes se habían afirmado como sus tres principales caudillos: Venustiano Carranza, Emiliano Zapata y Francisco Villa, se la repartían. Entre los tres lograron acorralar a Huerta de tal forma que no le quedó más remedio que fugarse a los Estados Unidos. Cuando esto sucedió y el país quedó acéfalo, el problema fue cómo ponerse de acuerdo para elegir un nuevo presidente, pues las visiones y personalidades de los tres hombres que habían consumado la Revolución eran tan distintas que parecía imposible conciliarlas. Ni Zapata ni Villa querían gobernar, pero tampoco querían que Carranza —el metódico gobernador del estado de Coahuila, general de su ejército y promotor de una nueva constitución— lo hiciera. Para evitarlo, los dos primeros organizaron una enésima convención que tenía por objetivo discutir el destino del país, aunque el verdadero motivo de la misma era proclamar a Eulalio Gutiérrez como presidente interino , y fue para instalarlo en Palacio Nacional, en contra de la voluntad de Carranza, que Villa y Zapata llegaron a la Ciudad de México en diciembre de 1914.

Giminiano seguía siendo parte de la fuerza armada de Villa conocida ahora como la “División del Norte”, pero a pesar de los múltiples y sutiles esfuerzos para congraciarse con su comandante, raramente había conseguido tener alguna influencia en sus decisiones, o controlar sus posiciones, que eran cada vez más radicales y sangrientas. Al contrario de lo que había esperado, los modos llanos y pasionales de quien la gente llamaba el Centauro del Norte se habían convertido en dictatoriales y hasta desequilibrados, como sucedió cuando el general Álvaro Obregón, jefe militar de las fuerzas

carrancistas, se había internado en los territorios controlados por la División del Norte. Al arriesgarse de esa manera, el principal objetivo del general había sido negociar la paz en Sonora —donde los encontronazos entre los dos bandos revolucionarios estaban a la orden del día—, y de paso aprovechó el viaje para medir en persona a quien consideraba el peor enemigo de su jefe Carranza. Obregón se había congraciado inicialmente con Villa, pero los cambios de humor de éste eran tales que en dos ocasiones ordenó fusilar a su "huésped". Giminiano, consciente de que tenía una buena oportunidad para ganarse la simpatía de Obregón, había abogado, junto con otros asesores moderados, por la vida del general. Le alegaba a Villa que muerto Obregón se convertiría en un mártir, lo que favorecería a Carranza —quien parecía haber enviado al comandante de su ejército a tierra enemiga para deshacerse de él. Con sus argumentos logró disuadir al Centauro de ejecutar al general y consiguió, además, que Obregón —una pieza cada vez más importante en el reacomodo de los poderes— le debiera un favor, lo que en política valía más que un botín entero.

Poco después de ese incidente, Giminiano fue víctima de una emboscada en la que resultó herido de bala en una pierna y de la que le tomó tiempo recuperarse. A causa de este suceso, que lo había dejado cojeando, prefirió incorporarse a la oficina de la División del Norte, mientras esperaba una oportunidad para avanzar hacia el poder, o encontraba otra vía para conseguirlo. Era tanta su hambre por esa afirmación de sí que da la autoridad, especialmente ahora que había perdido el dominio de una parte de su cuerpo, que poco le importaba traicionar a Villa si era necesario.

Cuando llegó a la capital uno de los superiores de la División le había pedido a Giminiano buscar alojamiento para algunas tropas, pues en la ciudad había casi sesenta mil soldados y los sitios de hospedaje no se daban abasto. Era una petición algo extraña porque los villistas estaban acostumbrados a disponer de cuanta propiedad se les antojara y no entendían por qué los secuaces de Zapata no hacían lo mismo. Tanto la casa de Plateros que había sido propiedad de los condes del Valle de Orizaba —y que José Crescencio había vendido unos años antes—, como las residencias de Limantour habían sido ocupadas por los allegados de Villa. Para evitar saqueos, a Giminiano se le ocurrió usar el molino, que desde que había cumplido los veinticinco era legalmente suyo, aunque no tuviera planeado reclamarlo, pues ¿para qué lo quería él? Sus ambiciones no eran económicas, sin contar que dicha propiedad ya no reportaba ganancia alguna. Que por lo menos sirviera de algo, pensó.

Esa misma tarde llegó a caballo a Tacubaya, proveniente del hotel Francis, lugar donde se alojaba junto a otros villistas. Apenas cruzó las rejas que resguardaban el molino, quedó impresionado de ver ese sitio envuelto en un aire tétrico. Él lo recordaba en su esplendor, lleno de bríos, gente, árboles y grano, mientras que ahora no quedaban más que los edificios, muy poca de la vegetación de antaño y ninguno de sus habitantes. Giminiano estaba acompañado por cuatro de sus subordinados a quienes les pareció un excelente paradero para guardar caballos y pertrechos de guerra, gracias sobre todo a las vías del tren, que entraban hasta la mera plaza. Estaba dando por concluida la inspección para proceder a organizar la mudanza cuando vio acercarse a una delegación de zapatistas, que debió de haber tenido la misma idea que él. Giminiano por poco los recibe a balazos pero recordó que ahora eran aliados y acabó acordando con ellos que compartirían el sitio: una troje para cada uno de los bandos. Los zapatistas hubieran querido inconformarse pero nadie quería problemas y acabaron por aceptar. Estaban por retirarse todos, cuando Jorge, que había estado observándolos desde la azotea de su casa, salió, como ya era su costumbre, con fusil en mano.

*

Jorge Arias había nacido en el molino de Santo Domingo y después de muchos años de cuidarlo se sentía no sólo su responsable, sino una especie de dueño putativo. Desde que volvió allí con la esperanza que le concedía la carta de Gioconda a Fortunato, en su inocente fantasía pensó que conseguiría al menos un pedazo de tierra para las descendientes del legítimo heredero. Más tarde, cuando José Crescencio comenzó a fraccionar los predios en lotes pequeños, se conformó con la idea de que si trabajaba duro, podría algún día comprarse un pedazo. Con la edad, el conde se había tornado cada vez más sensible con su hijo biológico, y le dio carta blanca tanto en la administración como en las modalidades para proteger la propiedad. Incluso antes de irse a Orizaba le había regalado una yegua fina, lo cual, considerando la reserva que el conde tenía con el dinero, era todo un acontecimiento. Jorge no sospechaba los motivos de sus amabilidades y justificaba ese comportamiento con el hecho de que al estar distanciado de Giminiano y no haber podido tener más descendencia, su patrón había encontrado en él a una especie de hijo postizo en quien depositar sus afectos, los cuales eran correspondidos por Jorge.

Después del fiasco de la recomendación de Limantour, cuyo contacto

ni siquiera se dignó a recibirlo, Jorge seguía anhelando trabajar en la administración pública y últimamente había intentado que un amigo harinero lo contactara con quien había sido administrador de otro molino en Fronteras, en el estado de Sonora, un tal Elías Calles, que desde que había sido nombrado comisario por el gobernador de su estado se estaba forjando una brillante carrera.

Jorge, que seguía siendo el cuidador de Santo Domingo, había estado observando el desarrollo de la visita de aquellos peculiares visitantes apostado en la azotea de su casa, sin atreverse a salir de su escondite para evitar poner en peligro a su familia. Pero cuando escuchó la inconfundible voz de Giminiano, el nuevo dueño de la propiedad, pues así se lo había comunicado José Crescencio, decidió salir a recibirlo.

Al verlo, Giminiano no lo reconoció, pues ambos tenían ventiocho años ya y les había crecido el bigote y las patillas, pero lo saludó amablemente y le informó que ocuparían el sitio por el bien de la “causa”. Jorge opinaba que la “causa” era la causa de la mayoría de sus males pero sabía que no podía negarse, así que se puso a sus órdenes, presentándose como el cuidador de la propiedad. Para cuando terminó de hablar, Giminiano había al fin identificado a quien fuera su antiguo rival de juegos; se hizo inmediatamente después un silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper, y se limitaron a mirarse empachados. Giminiano fue el primero en pronunciarse. Sin darle mucha importancia al reencuentro, se despidió de Jorge por su nombre de pila, quien, consciente de sus mutuos roles, devolvió la cortesía anteponiendo la palabra “señor”.

Mientras tanto Ángela, que había estado a su vez observando la escena desde la misma azotea en la que se había apostado su marido, al reconocer a Giminiano no resistió sus impulsos y, temblando de miedo pero también de emoción, apareció caminando por el empedrado. Apenas Jorge la divisó, la miró contrariado. Al ver cómo ella reparaba en Giminiano, la molestia se tornó en enojo y cuando descubrió cómo éste le sonreía a su mujer, el enojo se convirtió en ira. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y para que su única reacción fuera la de acercarse a ella. Giminiano alcanzó a saludarla quitándose el sombrero, mientras que Jorge con su brazo rodeó la espalda a su mujer y la encaminó de vuelta por donde había venido. Giminiano le dio un espuelazo a su caballo y echó a andar hacia la capital.

Durante toda la noche Jorge le dio vueltas al asunto de la llegada de la tropa con Giminiano al frente. A su lado percibía el cuerpo de su esposa moverse con una sensualidad que lo excitaba pero también lo enfurecía, y se arrepintió cada minuto de no haberse ido de la ciudad

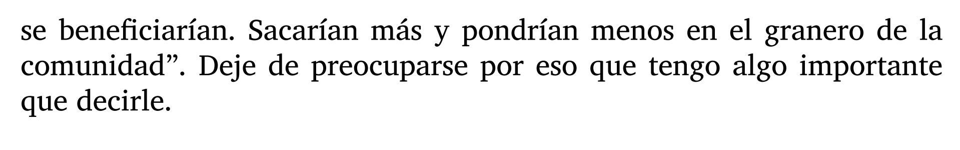
cuando aún era posible. Ahora era demasiado tarde, incluso para eso. Los trenes funcionaban según el arbitrio de los insurgentes, que suspendían los servicios destinados al público cada vez que necesitaban las vías para desplazar sus vagones. El sistema ferrocarrilero se había convertido en el principal medio de transporte para los soldados y el armamento, que llegaban así a todo el país. Además, pensó, viajar con una mujer en esos momentos de incertidumbre, encima tan bonita como la suya y cargando con un crío, era demasiado arriesgado. Pero quedarse en el molino podía tornarse fatal. No confiaba en Giminiano, nunca lo había hecho. Y ahora que militaba en las filas revolucionarias, menos. Después de Río Blanco, es decir, de su primer contacto con las protestas sociales, las multitudes inconformes lo atemorizaban. Hasta en eso él y Giminiano eran distintos. Jorge no entendía por qué a su ex compañero de juegos no le interesaba la vida lujosa que su posición le otorgaba por derecho y que él tanto envidiaba. Por su parte, el joven conde desde niño despreciaba la prudencia, la mediocridad y el conformismo de Jorge y no había tenido empacho en hacérselo notar.

Al día siguiente, Jorge encerró con llave a Ángela y a su hijo en su casa con la excusa de protegerlos de “esa manada de bestias” que no tardaría en llegar, y fue a toda prisa a avisar a José Crescencio, a quien reconocía como su único patrón y de quien era incondicional. Sobornando al empleado del telégrafo, que había sido confiscado por los revolucionarios, logró enviar un cable a Orizaba. Apenas terminó con esa diligencia se encargó de conseguir, tanto en la huerta como en el corral, el mayor número de provisiones posibles. Regresó a casa con la intención de no volver a salir hasta que los extraños se hubiesen ido. Al entrar a Santo Domingo sintió alivio de no ver a nadie, pero sobre todo de encontrar a Ángela y a su hijo Serafín en el mismo lugar donde los había dejado. Pero apenas se relajó un poco, escuchó el galope de unos caballos, invadir su calma.

*

—¡Qué bueno que aparece! ¿Ya vio la delegación de revolucionarios que nos visita? Hasta mi hijo está con ellos. Dicen que pelean para que la riqueza sea de todos —afirmó preocupada Gioconda, en su habitación en el molino.

—Eso nunca va a resultar. Bien lo dijo Francisco de Vitoria, otro benedictino digno de mención: “Si los bienes se poseyeran en común serían los hombres malvados e incluso avaros y ladrones quienes más


se beneficiarían. Sacarían más y pondrían menos en el granero de la comunidad". Deje de preocuparse por eso que tengo algo importante que decirle.

—¿Qué pasa, Bernardino?

—Me voy.

—¿A dónde?

—Voy a seguir vagando en otro lado, ya me harté de este lugar.

Gioconda, que de muerta era igual de terca que de viva, frente a la determinación del fraile y al ver que estaba a punto de perder al único amigo que le quedaba, pues el capitán Gillet se había trasladado al Tivoli de Cartagena, de inmediato empezó a tratar de convencerlo de que no se fuera.

—¡No se vaya! Este lugar todavía tiene que decirnos muchas cosas… —le suplicó.

—Será a usted…

—Es cierto… yo no me puedo resignar. Después de tanto tiempo sigo sin saber a ciencia cierta cómo morí. ¡Quiero la verdad! Es necesaria.

—Yo conozco la mía y, se lo digo de corazón, preferiría no saberla.

—Usted no se da cuenta de lo afortunado que es… y, además, no se puede ir sin contármela, después de años de conocernos es debido…

—"La verdad es casi tan opresiva como la mentira" decía…

—Déjese de frases. Quiero saber qué pasó con el joven del que se había enamorado —exclamó Gioconda con toda espontaneidad. Nunca antes se había atrevido a preguntárselo de manera tan explícita por el respeto que le guardaba, pero ahora que se iba… Bernardino por su parte, cansado de luchar con la mentira en la que se escondía, tras un breve silencio al fin habló.

—Se parecía mucho a Servando, mi pupilo a quien tanto quise… la misma personalidad combativa y una inteligencia privilegiada —dijo el fraile, admitiendo por primera vez el episodio de su vida que había procurado siempre ocultar.

Gioconda, que no entendía de amores si el cuerpo no participaba de ellos, fue rápida en preguntarle:

—Entonces tuvo usted una relación… amorosa… ¿con fray Servando?

—¡Nooo! Fray Servando fue mi alumno… Mi amor era para Mateo, el hijo del cuidador del molino y fue totalmente platónico.

—¿Platónico?

—Se lo juro… es más, voy a contarle una de esas verdades que tanto le gusta escuchar: si me maté no fue por encubrir a la Independencia, aunque en ese entonces, ignorante de los estragos y de las víctimas que cobraría en los años que le siguieron, hubiera dado mi vida por esa causa.

—¿Por qué se mató entonces?

—Para evitar manchar la honra de Mateo, quien me inspiraba los más elevados sentimientos, pero también la pasión carnal y con quien no me atreví a nada más que a palabras. Yo no fui un héroe de la patria como lo era Servando… fui solamente un hombre.

Gioconda, aunque tenía muchas preguntas que formularle, se quedó pensativa sin saber qué responder a semejante aseveración. Después de todo y a pesar de todo, también ella había sido, sólo y simplemente, una mujer. Una mujer que ya no encontraba interés ni en ese hijo suyo que había vuelto, sin quererlo ni saberlo, a ella.

*

TELEGRAMA 6 diciembre 1914

Sr. José Crescencio González Núñez

Hacienda de las Ánimas
Coscomatepec, Orizaba

SU HIJO GIMINIANO LLEGÓ A TACUBAYA - INSTALÓ TROPAS EN SANTO DOMINGO - QUISE INFORMARLE - RECIBA SALUDOS CORDIALES - STOP

Jorge Arias

Cuando José Crescencio leyó el telegrama sintió un enorme coraje. Sus

ojos pujaban para salirse de las órbitas de lo alterado que estaba. ¿Giminiano en el molino? ¡¿Y con los revoltosos!? ¿Pero no se suponía que estaba viviendo en Italia? ¿Qué clase de hijo había parido Gioconda? A pesar de que el conde era un hombre distinto al de hace apenas unos años, su carácter reactivo no había cambiado nada. En los últimos tiempos no se resignaba a que después de haber tenido que adecuarse a los porfiristas, situación ya de por sí bastante molesta, ahora no le había quedado de otra que pactar con los revolucionarios. Desde que se había refugiado en Orizaba pagaba generosas contribuciones a los levantados locales, pues ése era el único modo de evitar que invadieran su hacienda, único bien que le quedaba de su antiguo emporio.

La inversión en el ferrocarril de Tehuantepec había resultado en la pérdida de su capital, pues con la reciente apertura del Canal de Panamá y los desórdenes que tenían lugar en el país, la ruta transoceánica mexicana había sido abandonada por sus usuarios y consecuentemente los valores de sus acciones se habían desplomado. Por otro lado, en aquellos años difíciles, poco a poco se había tenido que deshacer de los terrenos que le quedaban en Santo Domingo y de sus otras propiedades, aunque fuera a precios ínfimos, pues además de sufragar sus propias necesidades, tenía que cubrir las exigencias económicas de su esposa, que después de enterarse de su crimen, se había largado a Europa con su familia y sólo le escribía para pedirle dinero. Si no había vendido el molino mientras pudo hacerlo, cuando todavía fungía como albacea de Giminiano, fue porque no hubo quien lo comprara. Pero la progresiva falta de recursos materiales no era su principal desgracia, sino la maldición que sentía caer sobre sí mismo todos los días.

El padre Humberto iba seguido a confesarlo, pues después de la escena de la capilla, José Crescencio había vuelto a la fe católica con más ahínco que nunca. Sin embargo, esta reconciliación lejos de haberle traído algún tipo de consuelo, sólo había contribuido a su actual pobreza. Las penitencias que le imponía el padre consistían en donativos para la parroquia que administraba y a la que había ido a dar el famoso crucifijo de la discordia, así como muchas otras obras de arte de la hacienda. José Crescencio pagaba para que el sacerdote no lo delatara. En la soledad y desamparo en los que se encontraba, había considerado la posibilidad de reconocer a Jorge como hijo suyo, pues tampoco se resignaba a que la dinastía de los condes del Valle de Orizaba se acabara en su persona, pero no se atrevía a reconocer el producto de otro pecado. Con el tiempo y los desamores se había consolidado en su mente la idea de que su revés de suerte era parte de una punición divina que había comenzado a pagar desde ya. Con el

estómago consumido por el reflujo, pasaba largas temporadas haciéndose curas, purgas y tratamientos colónicos en el sanatorio donde alguna vez quiso encerrar a Gioconda. A ella era a quien achacaba la mayoría de sus males: el peor que a su criterio le había infligido era haberle despachado por propio a un hijo que no era suyo.

El telegrama que acababa de recibir le ofrecía la oportunidad de hablar con Giminiano, explicarle lo que había hecho su madre, confesarle el motivo de su rencor hacia ella y decirle quién creía era su verdadero padre. José Crescencio estaba seguro que de esa manera, parte de su culpa quedaría expiada y podría terminar de reconciliarse con el altísimo. Sin pensarlo un minuto más, el atribulado conde tomó su bastón, se colgó del brazo de su más fiel servidor —más bien el único que le quedaba— y fue hacia la estación de trenes de Orizaba, con la firme intención de partir hacia la capital.

*

Mientras tanto Jorge no tenía más remedio que lidiar con sus celos y con las artimañas de Giminiano, que se había dado un tiempo para visitarlo, en el intervalo entre dos eventos de su apretada agenda: el desfile militar y el teatro, donde se estrenaría la obra El norte y el sur unidos, representación en la que zapatistas y villistas se daban la mano en el escenario. Difícilmente alcanzaría a verla, pues cuando llegó al molino ya estaba algo bebido, al igual que los soldados que lo acompañaban. Uno de ellos fue a llamar a Jorge que se había atrancado preventivamente en su casa con Ángela y Serafín, y no le quedó de otra que acudir a la hasta entonces intocable oficina de José Crescencio, que se había convertido en el centro de operaciones de los nuevos huéspedes del molino.

—Échate un partidito de póquer conmigo… —le dijo Giminiano apenas apareció—. Ándale —continuó conciliador ante el silencio de Jorge. Al hijo de Gioconda le encantaba jugar a las cartas, lo hacía desde siempre: en el convento, con sus compañeros o con algún fraile apostador; más tarde con los tahúres en los barrios bajos de la Ciudad de México; en el Círculo de Nobles y hasta en las timbas del puerto de Nápoles durante el tiempo que vivió en Italia; y en sus andanzas revolucionarias con sus compañeros de aventura, en las tantas noches que pasó comiendo carne salada (y robada) allá con el ejercito villista, en la sierra de Chihuahua.

—¿Qué quieres de mí? —respondió Jorge con suspicacia.

—Jugar contigo —contestó sin especificar a qué se refería.

—Ya no juego.

—Todos jugamos… algunos a las cartas… otros a la ruleta… y otros más a hacerse pendejos… —dijo empinándose una copa de pacharán, cuya botella y vasos le habían facilitado uno de sus acompañantes.

—Por lo que más quieras… —suplicó Jorge previniendo un desenlace nefasto a esa escena.

—Te tengo malas noticias: no quiero a nadie, ni a nada… —arremetió Giminiano mientras servía otra copa para él y una para Jorge, quien al no tener costumbre de tomar alcohol, la rechazó con la mano.

—¡Por favor! —recalcó con más énfasis Jorge.

—Por favor, sién-ta-te. No vas a despreciar la invitación de tu amigo de infancia, ¿verdad? Ni el trago que te ofrecí.

Jorge dudaba sobre qué hacer pero los hombres de Giminiano lucían amenazantes. Dos de ellos estaban afuera del edificio y otros dos lo atendían en el interior de la oficina, sin contar todos los zapatistas que pululaban por Santo Domingo. Calculó que no tenía muchas opciones y se sentó del otro lado del escritorio que había sido de su jefe, frente a su nuevo jefe.

—Bueno, ya sé, haremos el juego más interesante… vamos a apostar algo que valga la pena —le propuso Giminiano, divertido con la visible incomodidad de Jorge.

—No tengo qué apostarte —trató de defenderse el hijo de Nacha.

—Apuesto el molino, bueno, lo que queda de él —lo interrumpió Giminiano consciente de que su padre había vendido los terrenos de los inmediatos alrededores, en donde surgieron pequeños talleres y fábricas de la más diversa índole.

Desde que tenía memoria, Jorge quería poseer una parte aunque fuera mínima de ese bien, y de pronto vio en ese inesperado reto la posibilidad de realizar su sueño.

—Pónmelo por escrito —dijo mientras se decidía finalmente a alzar la copa de licor que le había alcanzado Giminiano.

—¿No me crees?

—No —contestó Jorge, que a causa del miedo que le dio su repentina gallardía, se tomó de un trago la copa de pacharán, bebida que detestaba más que las otras por su sabor empalagoso.

—Por menos de eso hemos fusilado gente —afirmó muy serio Giminiano. Luego, como para suavizar un poco sus palabras, soltó una carcajada—. ¡Tráiganme papel! —dijo disimulando con sus subordinados la molestia que le causaba la actitud renuente de Jorge —. Mi amigo es desconfiado, pero tiene razón. De estos tiempos yo no confiaría ni en mi madre —apenas se dio cuenta en el lugar donde se encontraba, el joven conde se arrepintió de su comentario y se apuró a rectificar—: Perdón madre, no quise ofenderte… —dijo mirando hacia el cielo, pero Gioconda, que estaba efectivamente en el piso superior, no atendió… vaya, ni escuchó su llamado.

Los secuaces de Giminiano no encontraron papel en blanco, por lo que le llevaron a su jefe una de esas libretas de ventas que Ángela solía compilar cuando trabajaba como secretaria en la oficina de despachos. Y allí, en el reverso de una hoja usada, Giminiano garabateó en tres líneas una promesa de cesión del molino en la que dos de sus hombres, que se habían sentado alrededor del escritorio, firmaron como testigos.

—Una sola mano. Todo o nada —propuso Jorge deseando que la tensión que afligía su cuerpo cesara lo antes posible.

—Calma, amigo, aún no acordamos lo más importante. ¿Qué me vas a dar tú si pierdes?

Jorge se sintió improvisamente atrapado por su propia avidez y sin saber cómo zafarse, le espetó confundido:

—No tengo nada de valor.

—¿Cómo puedes decir algo así? Tienes a tu esposa —Giminiano hizo una pausa para dejar que el miedo se colara en su contrincante y luego continuó—: Tu hijo… una familia… Eres muy afortunado… y debemos brindar por ello… —manifestó llenando nuevamente la copa de su adversario mientras les ofrecía un trago también a sus acompañantes.

—Mi familia no está en juego —balbuceó Jorge experimentando de pronto la sensación de estar condenado a algo peor que la muerte.

—Tienes razón. No tiene caso pagar por lo que uno puede obtener gratuitamente.

Jorge se levantó de golpe, comprendiendo de inmediato el doble significado de esas palabras y el peligro ante el que se estaba midiendo, pero los soldados se levantaron también y Giminiano, con una calma glacial, les hizo señas a todos para que volvieran a sentarse.

—Está bien, seré magnánimo… si pierdes sólo te pido que te vayas del molino… y no vuelvas nunca… pero si ganas… si ganas será tuyo. Ésta es la apuesta y aquí están los testigos —dijo garabateando otras dos líneas mientras pasaba el cuaderno para que todos lo firmaran—. Ahora sellemos este pacto: ¡Bebamos!

Jorge sabía que en esos momentos abandonar la mesa no era factible, ni inteligente de su parte, y menos cuando la apuesta resultaba ventajosa para él que, de todos modos, en cuanto consiguiera otro trabajo, pensaba irse de allí. Además Giminiano era ahora, como se lo había indicado José Crescencio, el dueño legítimo de Santo Domingo y podía correrlo sin necesitar de un partido de naipes. Pero si Giminiano cumplía con su palabra cabía la posibilidad de ganar el molino, oportunidad que no podía desperdiciar. Volvió a sentarse y apuró el segundo pacharán, que descendió reacio a sus abstemias entrañas para juntarse con el que allí ya comenzaba a fermentarse.

Acordaron jugar una única mano, sin revire ni aumento de apuesta. Giminiano mandó a uno de sus hombres por el paño verde que tenía guardado en la funda de su montura. Estaba claro que jugaba cartas seguido y que acostumbraba arreglar asuntos de ese modo, disfrutando la adrenalina que el azar le provocaba. El mantel fue extendido, la baraja fue mezclada y cortada. El corazón de Jorge latía rápidamente mientras que Giminiano estaba seguro de que, sin importar el resultado de ese embate, acabaría ganándole. Acordaron que quien escogiera la carta más alta repartiría la baraja. Le tocó a Giminiano, quien gozaba dilatando la espera, lo que iba alterando los nervios de su contendiente. Con modos de jugador consumado y gran lentitud mezcló y distribuyó las cartas. Primero cuatro a Jorge, luego cuatro a él y por último una y una. Cuando finalmente las barajas aterrizaron sobre la superficie aterciopelada, Jorge las tomó todas juntas y con el pulso tembloroso las levantó mirándolas de golpe. Giminiano en cambio las juntó y ordenó en la mesa antes de cogerlas en un solo fajo y mirar tan sólo la primera, mientras iba ligando lentamente las otras. Cinco cartas que llegan acaso, cuyo orden puede alterar la vida de quien las recibe. No cabe duda que la suerte es una dama consentida y caprichosa, que comete muchos estragos entre sus pretendientes, pensó Giminiano al ver su juego. Jorge recibió un full de tercia de reinas y par de sietes de primera mano, y en el cambio de cartas se dio por servido sin poder creer que la fortuna, que nunca se

había dignado a favorecerlo, al fin lo bendijera. Sorprendido y encantando con esta novedosa ventaja, cuidó que la satisfacción que estaba por brotarle no inundara su rostro. Solamente le rogó a Dios que no permitiera que ninguna de las tres cartas que su contrincante cambió fuera ni del mismo palo ni de la misma cara. Giminiano, por su parte, esperó un largo rato para abrirlas, y otro más para enseñarlas, pero cuando lo hizo su juego quedó vencido: par de jotos, un dos, un seis y un cinco. Jorge había ganado el partido y Giminiano, lejos de molestarse lo felicitó:

—Eres muy afortunado. Aunque ya sabes lo que dicen: afortunado en el juego… —no terminó la frase, en cambio se dirigió a sus acompañantes—: Se hizo tarde, vámonos al teatro —ordenó mientras le entregaba el cuaderno firmado a Jorge, reiterándole que podía protocolizarlo con el notario cuando quisiera.

Jorge se fue a su casa excitado y bastante bebido, pues como no tomaba nunca, el alcohol se le había subido a la cabeza. Le contó a Ángela lo que había pasado, confiándole desordenadamente, a causa de la borrachera y de la emoción, sus planes para el molino. No le paraba la boca a fuerza de imaginar todo lo que podrían hacer una vez que la revolución terminara. “Ya verás…”, le decía a su esposa que lo miraba incrédula. Jorge quería mudarse a la casa grande apenas se fueran los revoltosos. Aún no sabía qué haría con la propiedad ahora que el negocio del grano, por lo menos como él lo conocía, había terminado, pero algo inventaría; lo importante era tener el molino en su poder. La sensación de ser por primera vez en su vida dueño de algo, aunado a los rezagos del alcohol, lo trastornaba. Cuando al fin se cansó de hablar, cayó súpito con el cuaderno firmado por Giminiano a un lado de la almohada. Se despertó a la mañana siguiente con resaca, para encontrarse con que Ángela ya no estaba, ni en la cama, ni en su casa, y tampoco halló su yegua en el establo. Lo que en cambio sí encontró, medio quemado en la estufa de la cocina, fue un sobre en el que el nombre de su mujer estaba escrito con la letra de Giminiano. Jorge se agarró la cabeza en un gesto desesperado y tuvo que sentarse y respirar hondo mientras Serafín su hijo comenzaba a llorar. Sintió que toda la felicidad con la que se había levantado se perdía en ese suspiro, y abrazó al niño, que por sus berreos parecía tan desesperado como él. Sabía demasiado bien dónde estaba Ángela en esos momentos, y eso lo hacía morir lenta y dolorosamente. Decidió no ir a buscarla, pues también sabía que contra la voluntad de una mujer no hay mucho que un hombre pueda hacer. Lo único que esperaba era que volviese. No se planteaba aún si podría perdonarla o peor aún, si ella querría ser perdonada, pero de todos modos y a pesar de todo deseaba que volviese cuanto antes. La deseaba más que nunca. Y

Giminiano lo sabía.

*

José Crescencio llegó al molino dos días después de haber recibido el telegrama, pues no le fue nada fácil conseguir un tren que lo trajera a la capital. Tuvo que sobornar a un militar de quién sabe cuál ejército para que le permitiera subirse a un vagón que transportaba soldados hasta Puebla. Allí, esperó una noche entera en la estación para que saliera otro convoy a la Ciudad de México. Para cuando llegó al Distrito Federal, Giminiano estaba en el banquete ofrecido por el nuevo presidente, Eulalio Gutiérrez, a quien los jefes revolucionarios habían conseguido colocar en la máxima silla.

El conde y su criado llegaron en un coche de alquiler a Santo Domingo y para que los dejaran entrar al que se había convertido en un depósito de armas y animales, tuvieron que decirle al guardia que estaba protegiendo la entrada —un morelense de mirada turbia y aliento apestoso— que eran el padre y el tío del cuidador que allí vivía. Cuando finalmente lograron pasar la barrera de acceso —ofreciéndole al zapatista una de las botellas de mezcal con las que venían sobornando a los que se interponían en su camino—, el conde tocó a la puerta de la casa de Jorge y Serafín le abrió. Jorge estaba acostado en su cama con la mirada perdida en el techo. Al ver a su patrón se paró, a pesar de que estaba en una suerte de estado vegetal, y lo saludó apenas, sin sorprenderse de su llegada.

—¿Cómo estás? ¿Qué pasó? —preguntó consternado José Crescencio, que al ver a su hijo tan fuera de sí se atrevió a abrazarlo.

Jorge, a pesar de ese apapacho, no pudo contestar más que monosílabos, tan afectado estaba por la desaparición de su esposa. Ni siquiera le alcanzó a contar a su ex jefe que le había ganado el molino a Giminiano. Para él todo se había tornado irreal y lo que ayer le había parecido una de las mayores dichas de su vida, hoy se había convertido en una especie de maldición que se abatía sobre su persona y sobre los suyos.

—¿Dónde está Giminiano? —preguntó el conde, apretando los hombros de Jorge para que le prestara atención.

La mente de Jorge no tenía paz, ¿de qué le servía el molino si ahora le faltaba lo que más quería en el mundo? José Crescencio en cambio, visiblemente preocupado, por un breve momento se sintió tan cercano

a ese hijo ilegítimo que lo había llegado a reconciliar con el oficio de ser padre, que sólo atinaba a tratar de demostrarle cariño a su vástago.

—¿Dónde está Giminiano? —repitió José Crescencio mientras lo zarandeaba, intuyendo que el desgraciado ese podía ser la razón del malestar de Jorge.

—En el hotel Geneve —alcanzó a decir al fin Jorge. José Crescencio miró a su alrededor y pronunció el nombre que el otro se repetía en sus adentros desde horas atrás: —¿Y Ángela?

Jorge se quedó callado, tal vez pensando que mientras no expresara sus sospechas, no se harían realidad, pero la mirada filosa de José Crescencio le dejó claro que semejante precaución era inútil.

—¡¿Está con él?! —exclamó su padre sin esperar más respuestas—. Ese bastardo es, es, es… un bastardo —repetía mientras se paseaba de un lado al otro del pequeño cuarto en donde se encontraban, que parecía aún más reducido a causa del enojo tan grande que lo invadía —. ¡Ahora sí le voy a poner un alto! Ganas de tenerlo enfrente me sobran —amenazó sin darle tiempo a Jorge de reaccionar.

El conde salió al patio de maniobras impulsivamente, con el odio acumulado durante años transpirando por todos sus poros: el hijo que representaba su deshonra no tenía límites y era digno merecedor de los terribles sentimientos que le provocaba. Sin esperar a su sirviente, salió al atrio con tal ímpetu y descuido que el chofer de una carreta cargada de armamento, que entraba al patio de maniobras en ese instante, no alcanzó a detener el vehículo y lo atropelló. Una pieza de artillería, tras el impacto, se zafó de sus amarres y cayó encima de las ya maltrechas piernas de José Crescencio, que lanzó un alarido.

El dolor recorría su cuerpo, que prácticamente había sido partido en dos por esa mole, pues sus piernas pendían de unas cuantas fibras que chorreaban sangre, entre nervios y tejidos. El conde supo que, si sobrevivía, sería tan sólo la mitad de él. Al ver los rostros horrorizados de Jorge y del criado que intentaban socorrerlo supo que hace tiempo no soportaba ni ser visto ni mirarse. Hace demasiado tiempo que no le quedaban ganas de seguir lidiando, ni con sus culpas, ni con la Revolución, ni con su hijo, ni con el que no lo era, ni mucho menos con el sufrimiento físico y la invalidez que, en el mejor de los casos, iba a ser su último destino. Entonces, en un gesto reactivo y sanguinario, alcanzó la pistola de la chaparrera de uno de los revolucionarios que habían corrido a su alrededor a ver qué sucedía, y

sin que nadie alcanzara a hacer nada la colocó adentro de su boca y disparó. Lo que nunca imaginó es que su verdadero sufrimiento iba a empezar a partir de ese momento.

*

Después de reconocer a José Crescencio, Gioconda sintió un golpe de vida. Apenas él dejó de respirar, en cambio, su espíritu comenzó a deambular aturdido por el patio. Sin darle ni tiempo de que se familiarizase con su recién adquirida condición, Gioconda se le abalanzó con todo el rencor que le tenía. El conde todavía no tenía claro lo que había sucedido, vaya, ni siquiera que había muerto, pero aun así se cubrió la cara con las manos, quizá con la esperanza de que toda esa escena se esfumara de una vez. Ella en cambio comenzó a bombardearlo con preguntas.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué viniste? ¿Por qué tenías que morir justamente aquí? ¡Vete ya! —y gritaba de tal modo y con tal tono que varias almas, incluyendo la de Bernardino y las de otros muertos más recientes, llegaron a ver qué estaba pasando.

José Crescencio miraba desorientado a la multitud de vivos en torno a su cadáver: su hijo Jorge que lo veía con tristeza, su sirviente que trataba de revivirlo y unos militares que todavía asombrados por el accidente hacían pelotera a su alrededor sin saber qué hacer. También veía con horror a los otros, fantasmas y quimeras que antes lo acosaban sólo en sus pesadillas. Y sobre todo veía, nítida y cada vez más colorada a Gioconda, la mujer que no hubiera querido volver a ver jamás.

Gioconda había dejado de hablar y sólo lo miraba amenazante, hostigándolo con toda la potencia que había adquirido en sus años de espectro. José Crescencio no se movía, ni se atrevía a defenderse, ni siquiera sabía cómo hacerlo. Le tomó bastante tiempo reaccionar, pero cuando lo hizo, las simbólicas embestidas entre los dos seres que alguna vez consagraron su amor eran tales, que el molino parecía temblar sin necesidad de terremoto. Tanta fue la nefasta vibra que se derramó a su alrededor, que hasta los revolucionarios se alejaron rápida e intuitivamente del lugar del siniestro, dejando a Jorge sin saber qué hacer con el cuerpo inerte.

Cuando Gioconda se cansó de destilar veneno cual serpiente encolerizada, confirmó que la vida después de la muerte no tenía ningún sentido. Entonces decidió que no se quedaría al lado del

hombre que acababa de darle alcance. Dejó a José Crescencio, congelado bajo su mirada de hielo, en el edificio principal del molino y se exilió en la troje de Santa Rosa, el amplio bodegón algo escondido que en ese momento se encontraba lleno de objetos. Allí se instaló, haciendo voto de silencio, si no para siempre, por un largo periodo que alcanzó a durar setenta y nueve años.

LOS REMOLINOS
(1993-2010)

CUARTA PARTE

CAPÍTULO X

Desde que en 1914 Jorge y Giminiano habían jugado la partida de cartas que decidió mi destino, y el de ellos, muchos cambios se sucedieron. Al sentir que había perdido al último reducto de su patrimonio, es decir a mí, Giminiano se percató al fin de que para conseguir el poder al que aspiraba, los recursos económicos le eran muy cómodos. Mientras que Jorge, al poseerme, adquirió la seguridad que lo llevaría a superar sus carencias juveniles y a lanzarse a otros ruedos. Lo que se mantuvo constante a lo largo de sus existencias fue la rivalidad, que no se limitó a la mujer que compartieron, sino que se extendió a todos los ámbitos, y es posible que no haya terminado ni con sus muertes, ocurridas en 1965 con tan sólo unos meses de diferencia y en la placidez de sus respectivas camas.

En 1915, tras un breve romance que le permitió consumir su lujuria y dejar de idealizar a su amante, Ángela optó por volver con Jorge, el padre de su hijo, quien le perdonó su traición gracias al amor que le tenía y la convirtió en su legítima esposa. Pero apenas éste reclamó formalmente la propiedad del molino, Giminiano, todavía molesto por el desenlace del triángulo amoroso del que había sido parte, se encargó, por medio de tretas legales y amenazas, de que lo único que resultara de su apuesta perdida fuera el edificio que albergaba la residencia de Gioconda y la maquinaria que otrora sirviera para la molienda. A Jorge no le quedó más que resignarse a que esa fuera su ganancia, que ya debió parecerle bastante por haber provenido del azar, y se instaló con su recuperada familia en la casa de mi ama. Giminiano se quedó con todo lo demás: el área de la propiedad donde no había construcciones, mis dos trojes e incluso las calles que le daban acceso a Jorge. En 1932, año en que murió Ángela, al que renunció a ser el último conde del Valle de Orizaba, se le ocurrió construir su casa frente a la de Jorge, quien para entonces era también su rival político. Con el tiempo, los ahora vecinos llegaron a ocupar los más altos niveles jerárquicos del complejo aparato que los humanos inventaron para administrarse, pero su antagonismo nunca terminó, al igual que su interés por el seductor recurso del dinero que se fue imponiendo en sus vidas y en la de sus contemporáneos sobre cualquier otro valor. Tanta importancia adquirió el peculio en esta nueva era que el consumo, masivo y compulsivo, parecía colocar al lado de cada concepto el monto necesario para conseguirlo.

Poco antes de su muerte, y con el propósito de incrementar sus entradas, Jorge había dividido ya la gran construcción que le tocó en

la azarosa repartición de haberes de tantos años antes, acondicionándola en diez departamentos y tres despachos. Además de conservar intacta la casa de Gioconda, que le sirvió de hogar hasta su muerte, momento en que se la heredó a su segundo hijo, Rafael, ya que su primogénito Serafín había muerto en la adolescencia. Para esa misma fecha Giminiano, quien tuvo muchas mujeres pero ninguna prole reconocida, se asoció con un compadre suyo de apellido Villarreal, y a éste le heredó en vida la casa que había construido frente a la de Jorge y la troje de Santa Rosa. Después acabaron de fraccionarme y de venderme, de tal modo que fueron surgiendo en mi tierra una gran cantidad de construcciones nuevas. A la fecha, 11 de diciembre de 1993, lo único que queda libre es mi plaza, en la que se asoman una serie de residencias adosadas a los edificios antiguos, con toda la intención de asemejarse a éstos pero que tardé bastante en considerar mías. En ellas habitan los más diversos personajes, tantos que a menudo pierdo la cuenta de quién es toda esa gente que fue multiplicándose hasta confundirme.

En mi edificio principal vive, en la soledad de su viudez, Rafael Arias, así como algunos miembros de su descendencia y varios inquilinos, que me han demostrado en muros propios, que ni con toda la fantasía alcanza uno a imaginar lo que el tiempo, con sus inevitables cambios nos depara. Y es que si me hubiesen dicho que mi capilla habría de convertirse en una especie de lupanar en el que se celebraban fiestas, bailes y otras actividades, tan eufóricas y transgresivas que prefiero abstenerme de relatar, o que mis engranajes servirían de adornos en la oficina de un abogado experto en divorcios (un novedoso y cada vez más popular mecanismo de separación marital), o que mi establo sería ocupado por la sala de juegos de unos niños traviesos que me martirizaban con sus manitas destructoras, no lo hubiera creído.

Pero en este nuevo final de siglo mis cambios físicos son notorios incluyendo los de mi exterior, que cada vez me constriñe más. Desde el oasis citadino que me conforma —delimitado por rejas y cuidado en mis dos accesos por guardias— alcanzo a percibir la enorme metrópoli que ha crecido desmesuradamente a mi alrededor, en gran parte a causa del fenómeno que los hombres llaman especulación inmobiliaria. Ruidosas vías de intenso tráfico en las que circulan los cada vez más rápidos artefactos motorizados marcan mis confines, que están llenos de ruidos y emisiones gaseosas. Los límites de la zona residencial en la que me he convertido son, por mi costado norte y bajando desde la Loma de la Santa Fe, la antigua calzada Oidor Carbajal. Esta avenida ha cambiado su nombre por “Observatorio”, en honor del Observatorio Meteorológico y Astronómico que ocupa la ex casa del arzobispado. Una vía que entronca a su vez con una moderna

arteria que me envuelve en mi vertiente suroriental, llamada Anillo Periférico. Nombre que según sus usuarios está lejos de ser apropiado: ni es anillo, ya que su forma dista de ser circular, ni es periférico, porque pasa en medio de una ciudad cuyos confines van más allá de ese circuito vial. Mucho ha cambiado mi entorno y para calibrar el congestionamiento y la polución que me rodea, baste con saber que ya no alcanzo a ver los volcanes, escondidos tras un velo de neblina tóxica. Mi vista se pierde ahora en la inmediata maleza de, anuncios espectaculares y tinacos que se extiende grisácea a mis pies.

Y mientras que así había cambiado el mundo de los vivos, el de los muertos no presenta mayor mutación, salvo tal vez por el caso de Gioconda. Después de haber hecho voto de ausencia voluntaria, sigue aislada en la troje, y con el paso del tiempo está cada vez más molesta con el destino que la mantiene aquí: tan resentida que se ha convertido en una energía estancada que ocupa y subyuga una parte de mí. Si fuera humano, describiría este fenómeno diciendo que mi cuerpo está invadido, una condición comparable a tener un virus en la garganta, una amiba en el estómago o una infección supurante en una herida abierta. Y no tengo afán de ofender a mi ama con estas comparaciones que podrían parecer poco halagadoras, pero a fuerzas de acumular odio y frustración Gioconda se ha convertido para mí en una especie de enfermedad crónica. Aunque, como los hipocrondriacos que se enamoran de sus padecimientos, no hay nada que pueda ni quiera hacer en contra de esa fuerza magna que logró mantener abandonada mi troje intimidando a sus visitantes, hasta el 11 de diciembre de 1993. Día en que será usada, por primera vez desde la ocupación zapatista, para celebrar una fastuosa boda.

Nuestros Padres

JOSEFINA GARZA DE VILLARREAL
JAVIER VILLARREAL CARRERA

CARMEN MENDIZÁBAL DE ARIAS
ANTONIO ARIAS CORRES



Participan del enlace matrimonial de sus hijos

Celeste Arias Mendizábal
y
Carlos Villarreal Garza

que tendrá lugar en la residencia de la familia Villarreal Garza ubicada en la Plaza del Molino de Santo Domingo N. 14 a las 19:00 horas del día 11 de diciembre de 1993.

>Se dignará impartir la bendición nupcial
Monseñor Patricio Hernández Alamán.

Después de la ceremonia religiosa lo esperamos en la Troje del Molino de Santo Domingo, en la calle del Molino de Santo Domingo S/N en esta Ciudad de México.

R.S.V.P. al teléfono 277-0131

Etiqueta rigurosa

- Un par de zapatos de raso color perla, con hebilla de metal, incrustaciones de cristales y tacón de siete centímetros de alto. Precio $ dólares + impuestos.
- Un vestido de raso de seda strapless con cola de tul, entallado al estilizado cuerpo de la novia, Celeste Arias. Incluye guantes largos, cortesía del diseñador que lo realizó. Precio $ dólares + impuestos.
- Un ramo de rosas blancas colocadas en forma de esfera, con cordón de pasamanería para que sea colgado del puño de la futura esposa. Regalo de la florista a cargo de la decoración de la boda.
- Un anillo de compromiso con un solitario en corte baguette de 2.8 quilates, montado en platino, entregado a Celeste, novia en promesa de matrimonio. Precio desconocido. Los padres del novio, Javier y Josefina Villarreal, lo recibieron como regalo de su padrino de bodas, Giminiano González Núñez.
- Un par de aretes chandelier de brillantes, prestados a la novia por su madre. El suegro de ésta, Rafael Arias, hijo de Jorge y Ángela y abuelo de Celeste, se los regaló cuando nació su nieta. Precio $ dólares, impuestos incluidos.
- Un tocado de flores de tela del cual salen dos velos que cubren la escasa y castaña cabellera de Celeste. Hecho a la medida por una artesana. Precio $ Nuevos Pesos, sin I.V.A.

Debajo del tocado, detrás de la trasparente cortina de tul, se esconde una cabecita de rasgos regulares, repleta de grandes expectativas que, como lo recitaba un conocido anuncio publicitario, no tenían precio, ni tampoco conseguirían pago. Así ataviada e ilusionada, Celeste Arias logró zafarse de la larga serie de felicitaciones y abrazos que recibió de los invitados a su boda y salió de la casa de los Villarreal, su familia política, donde acababa de intercambiar firmas, arras y salivas. Del brazo de Carlos Villarreal, su ahora esposo por todas las leyes, Celeste caminó por el empedrado de la Plaza de Santo Domingo, seguida de un nutrido grupo de asistentes que se divertía arrojando granos de arroz, con dirección a la única troje, que hasta entonces había permanecido abandonada y donde se llevaría a cabo el banquete y que también se había vestido de fiesta.

- Quince reflectores para alumbrar la fachada, las áreas de servicio y los baños de la troje, que se encuentra bastante maltrecha, aunque de noche no se le note. Precio $ Nuevos Pesos, sin I.V.A. El electricista suspendió sus pagos hacendarios, en protesta por el mal uso del dinero público.
- Una carpa color negro, para que proteja el techo de vigas de madera, algo podridas a causa de la falta de teja. Precio de renta $ Nuevos Pesos + I.V.A.
- Treinta antorchas de hierro fundido montadas en las columnas, que fueron reconstruidas con las piedras antiguas para que sostengan la carpa. El fuego es, a petición de la novia, la única iluminación del salón. Precio $ Nuevos Pesos + I.V.A.
- Setenta y ocho mesas de diez comensales cada una, acomodadas a lo largo del galerón, con su vajilla, cristalería, cubiertos, mantel de color anaranjado, cubre mantel blanco y centros de mesas a base de naranjas y tejocotes. A la novia le parecen cursis las flores. Precio de renta $ Nuevos Pesos + I.V.A.
- Una orquesta de trece elementos: siete músicos, dos cantantes, dos bailarines y dos animadores. Honorarios por seis horas ininterrumpidas de música, incluye el suministro y la distribución de juguetes para amenizar la fiesta, $ Nuevos Pesos + I.V.A.

Después de que los invitados degustaran un menú conformado de crema de alcachofa y uvas, filete de res a la pimienta y pastel de bodas —mientras que sus choferes y nanas comían el magro contenido de una “cajita feliz”— y escucharan un tenor cantarle a capella a los novios las canciones favoritas de sus respectivas madres, la orquesta comenzó a tocar. En el mismo sitio donde setenta y nueve años antes los zapatistas habían guardado los pertrechos de una guerra que aspiraba a repartir la tierra y la riqueza entre las mayorías, una selecta

y lujosa minoría escuchó un silbido que lastimó sus oídos, luego una pegajosa melodía a base de tamboras y trompetazos destinada a llamar al baile a los casi ochocientos invitados. Al son de ese estruendo Gioconda, que hasta entonces había intentado seguir apartada del festejo, bien encerrada en la casita entre el jardín posterior y la troje que había fungido de oficina de la misma y desde 1914 era su segunda tumba, salió finalmente de allí. De pronto y sin entender cómo esto había sucedido se encontró en medio de una multitud engalanada que se apuraba a lanzarse a la pista de baile. Por encima de sus cabezas, sentados en las tambaleantes vigas de madera del techo, una considerable cantidad de muertos observaba muy atenta a los vivos, como si éstos últimos fueran los protagonistas de una función de teatro, organizada sólo para divertirlos. Tal y como sucedía con los vivos, la mayoría de los que no lo estaban no eran ni particularmente buenos, ni exageradamente malos, aunque siempre guardaban la prerrogativa de irse a cualesquiera de los extremos de la balanza en la que se columpia el comportamiento humano. Sin embargo, desde que Gioconda había optado por exiliarse, sin encontrar, a pesar de sus esfuerzos, ninguna respuesta a su existir ni a su morir, se había vuelto una oscura presencia que infundía miedo tanto a los vivos como a los muertos. Por ello casi todas las ánimas allí reunidas estaban curiosas de ver la reacción de Gioconda ante la violación del espacio que por tanto tiempo había evitado que se profanara. Pero a ella no parecía inquietarle esa intrusión masiva a su última morada y observaba atenta al anular izquierdo de Celeste, que traía el anillo con que José Crescencio le había declarado sus intenciones matrimoniales muchos años antes. Había sido particularmente celosa de esa joya, al grado de haberle dado instrucciones en su testamento a Giminiano, su heredero, para que la mantuviera en la familia. Pero éste, como no se casó nunca, ya en su vejez decidió regalársela al hijo de su compadre y amigo Villarreal, en ocasión de su boda. Gioconda, después de tanto tiempo de no hablar con nadie, seguía sus instintos y estaba tratando de imaginar cómo esa alhaja había ido a parar a la mano de esa muchacha, demasiado delgada, demasiado alta y demasiado maquillada, cuando escuchó la voz de su mismísimo marido:

—Buenas noches —la saludó José Crescencio desde el techo, agitando nerviosamente sus piernas colgadas en el aire.

Gioconda lo miró circunspecta:

—Habíamos quedado que a la troje no vendrías —dijo sin percibir siquiera cuánto tiempo había transcurrido desde que lo habían acordado.

—En esta ocasión no podía faltar… —le rebatió, mientras Gioconda reconocía a fray Bernardino y al capitán Gillet entre la ánimas arremolinadas en el techo y que habían sido convocadas por el conde en previsión de un embate con la que fuera su esposa. Pero al verla lo suficientemente tranquila continuó con seguridad—: No puedes correrme en un momento tan especial para mí: es la boda de Celeste, la nieta de Rafael Arias, uno de los hijos de Jorge, el único descendiente que tuve… —dijo el conde mientras señalaba a su tataranieta, que estaba luciéndose con un sofisticada vuelta aprendida en las clases de baile que había tomado para la ocasión.

—¡Un hijo que tuviste con Nacha!, pero ¿cómo te atreves a mencionármelo?

—Pero si ya lo sabías… Por favor, no hagas esto más difícil, y sobre todo no me obligues a recordarte el hijo que pariste sin mi participación y que despachaste por mío hasta tu muerte: me parece que en el rubro de la descendencia estamos a mano —dijo el conde mientras brincaba del techo al suelo.

Para entonces los novios y los demás invitados estaban bailando un alegre pasodoble y José Crescencio, que se encontraba en la orilla de la pista, le tendió la mano a su otrora esposa.

—Vengo en son de paz: ¿me permites?

—¡Claro que no! —exclamó indignada, pero a pesar de su negativa Gioconda, en su condición efímera y ligera y en su afán por esquivar a los danzantes parecía bailar con José Crescencio, que la seguía por toda la pista con tal de continuar dialogando con ella.

—Necesito hablar contigo y después prometo irme para siempre…

—¿Hablar conmigo?, ¿para qué?

—Para que me perdones —dijo José Crescencio, contento de haber finalmente pronunciado una frase que guardaba desde hacía demasiado tiempo.

—¿Y por cuál de todos tus agravios habría de perdonarte?

—Por haberte matado…

Gioconda se tomó unos minutos para contestar mientras continuaban moviéndose uno junto al otro a la merced de los pasos de los danzantes.

—Te perdono.

—Tienes que ser sincera.

—Soy sincera: quiero que te vayas… —aseveró, susurrando la última afirmación—. ¡Quiero que todos se vayan! Voy a correr a estos atrevidos y a ti también: ¡retírate! —arremetió Gioconda mientras se diluía en el aire al ritmo de una conocida canción y volvía a aparecer caminando en el techo, entre los espectadores invisibles.

*

A causa de sus glamorosos guantes, Celeste había tenido dificultades para acomodar en su anular la alianza matrimonial que le había puesto Carlos en la ceremonia religiosa. Por esa razón, al terminar el oficio se colocó de nuevo y lo más discretamente posible los anillos —el de compromiso y el de casada— en el dedo meñique, en el que el espesor de los guantes hacía que le quedaran apenas un poco grandes. Hasta el momento del baile había estado pendiente de que no se le salieran, pero con la emoción de la danza, ni cuenta se dio que ambas sortijas fueron a dar al suelo. Gioconda, que seguía trepada en lo alto de las vigas, miró en ese momento a José Crescencio y después a su alhaja, que a fuerzas de ser pateada por los bailarines cayó al fondo de una coladera, seguida por la argolla matrimonial de Celeste.

En eso la música paró para dar paso al ritual del ramo. Las amigas de la novia, que aún no se percataba de la pérdida de sus anillos, fueron convocadas a apostarse detrás de ella y a-la-una-a-las-dos-y-a-las-tres, vino la clásica finta y luego una más, y a la tercera, al fin el lanzamiento. Celeste realizó el tiro con tal ímpetu que el pesado bouquet de rosas blancas, con todo y sistema de irrigación integrado, fue a dar a una de las vigas del techo, y se quedó colgado por su pasamanería de un clavo. Todas las solteras que habían aspirado a recibir la esperanza de boda que esas flores representaban, y hasta las que iban a esquivarla, se quedaron atónitas, pensando que semejante puntería sólo podía significar mucha, pero mucha mala suerte. Lo que se confirmó cuando el pesado ramo se soltó y fue a caer sobre la cabeza de una señora sentada en mesa de pista bajo las miradas compungidas de los vivos que no sospechaban que un ser del inframundo los estuviera acosando. Nadie excepto Rafael Arias, que desde su silla, no muy lejos de allí, observaba en silencio el desenlace de la boda de su nieta. Este viejo de pocas palabras, pocos amigos y aún menos expresiones, detestaba moverse de casa y menos para venir

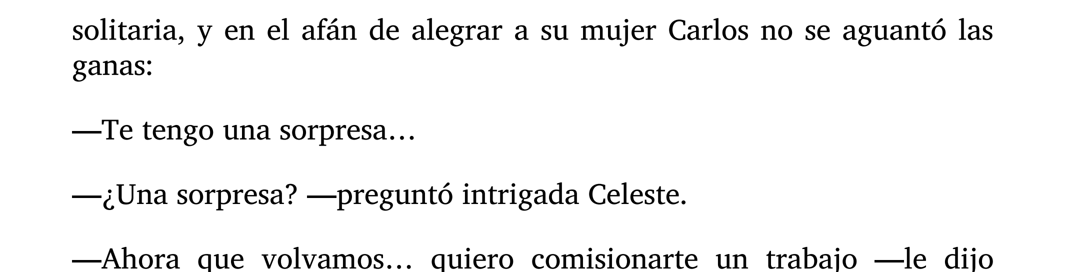
a ese lugar.

Cuando era niño sus padres, Jorge y Ángela, le tenían prohibido visitar esa vieja troje abandonada y la única vez que desobedeció sus órdenes se cayó de la barda que había tenido que saltar para introducirse allí a escondidas y se rompió las dos piernas. Por eso, y por el sinnúmero de accidentes que desde que tenía memoria habían sucedido en ese sitio, los residentes de su generación, la mayoría ya fallecidos, acabaron por evitar esa propiedad, que de todos modos a nadie le interesaba más. Sin afán de asustarla con lo que era tan sólo una percepción generalizada y supersticiosa, Rafael le había sugerido a su nieta que no se casara allí, alegando el mal estado del lugar. Pero ella, una arquitecta que acababa de terminar su maestría en restauración, se había enamorado de esa sugestiva troje que la familia de su esposo había heredado de Giminiano, el mejor amigo del bisabuelo de Carlos y había hecho caso omiso de la recomendación de su abuelo.

Frente a los incrédulos ojos de Rafael la fiesta se fue convirtiendo poco a poco en una especie de guerra entre facciones sin que nadie supiera quién la había iniciado ni por qué. Los amigos y parientes de la novia disputaron a los del novio, y ambos bandos despojaron los adornos para agarrarse mutuamente a tejocotazos. El toque final fue cuando, bajo la lluvia de dardos frutales que incluyeron también las naranjas, cayeron víctimas algunas veladoras que eran parte de los centros de mesa, incendiando lo que encontraron a su paso. Los meseros fueron rápidos en apagar el fuego, aunque en el proceso hubo varios mojados que, ya en la borrachera, parecían gatos en celo con un baño de agua fría encima. Para entonces Celeste estaba desconsolada buscando sus anillos, cuyo extravío por fin había descubierto, apenadísima de que su fantástica boda acabara en semejante desastre. En cambio Gioconda se regocijaba en el poder que había adquirido en sus tantos años de amargura, y ya en la soledad de su guarida se congratuló a sí misma por haber logrado molestar a quien se había atrevido a importunarla: utilizando su anillo, su casa y trayéndole de regreso a José Crescencio.

*

De camino al aeropuerto desde donde saldrían al viaje de bodas, la pareja de recién casados pasó a la troje para buscar por enésima vez las desaparecidas alhajas, pues Celeste aún no se resignaba a aceptar lo que le parecía un pésimo auspicio para iniciar una vida en común. Cuando estaban subiendo la rampa de acceso que lucía nuevamente



solitaria, y en el afán de alegrar a su mujer Carlos no se aguantó las ganas:

—Te tengo una sorpresa…

—¿Una sorpresa? —preguntó intrigada Celeste.

—Ahora que volvamos… quiero comisionarte un trabajo —le dijo Carlos emocionado, mientras abría el portón de acceso.

—¿Cuál?

—Quiero que restaures esta troje… y que hagas el proyecto para construir una residencia aquí —anunció al tiempo que empezaban a recorrer el interior del cascarón, conformado por los muros sin techo de la antigua bodega, con la esperanza de encontrar los anillos.

—¡Vaya! Qué maravilla, pero ¿una sola casa en un predio tan grande?

—No pensaba revelártelo hasta que terminaras con mi encargo, pero no aguanto la tentación: quiero que proyectes la casa de tus sueños.

—¿De mis sueños?

—Sí… porque te los voy a cumplir. La casa será nuestra… Mis padres me escrituraron la propiedad como regalo de bodas —declaró orgulloso.

—¡¡No lo puedo creer!!… —más allá de la alegría que le provocaba esta buena nueva, la generosidad de sus suegros le pareció algo exagerada—. Pero, ¿no es demasiado grande para nosotros solos? —preguntó Celeste, mirando a su alrdedor.

—Tendremos que llenarla de niños.

—¿Hablas en serio? —exclamó feliz ante esa perspectiva, olvidando ya el mal trago del extravío los anillos.

—Tan en serio que en las siguientes semanas haremos uno… Ven acá —la jaló Carlos, agarrándola de la cintura y plantándole un apasionado beso.

—El que está loco eres tú… —dijo Celeste apenas tuvo la oportunidad de usar la boca.

—Pero por ti… y ahora vámonos que no queremos perder el avión —concluyó Carlos, mientras se encaminaban abrazados hacia la salida.

Si los dos enamorados hubieran escuchado la infrahumana imprecación de Gioconda, que los estaba espiando y que hubiera querido gritarles un sonoro “sobre mi almaaaaa”, muy probablemente hubieran renunciado a sus pretensiones sobre ese lugar. Si hubieran visto el odio helado que se posesionó de ella hasta hacerla retorcer a altísimas velocidades, hubieran salido de allí corriendo, pero lo único que presenciaron fue el levantarse de un molinillo de viento que se movió en trompo hasta azotarse en el muro perimetral de la troje. El remolino los persiguió hasta que, arropados en sus abrigos, salieron por el portón que azotó tras ellos. Afuera las hojas de los ahuehuetes de la Segunda Cerrada del Observatorio, se levantaron en cúmulos para ser transportadas en pequeños tornados. Uno a uno se estrellaban contra el exterior del muro de adobe desnudo que conformaba la crujía del edificio y que, atacado por todos los frentes, se desmoronaba lentamente.

*

- Un sillón-cama ajustable en color gris rata, importado de Nuevo Laredo, junto con algunos enseres domésticos. Precio $ dólares + impuestos. Lástima que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte entrara en vigor hasta 1994, había pensado la novia al comprarlo.
- Un televisor con pantalla de 45 pulgadas, que llegó a México en el mismo contenedor que el sillón y que el aduanero pretendía obtener a cambio de la liberación del resto del envío. Precio $ dólares + impuestos + mordida.
- Una pintura del oaxaqueño Sergio Hernández, en técnica de óleo sobre papel de algodón grueso, escogido por los novios para compensar el malinchismo con que seleccionaron todo lo demás. Precio $ Nuevos Pesos, sin I.V.A.
- Un candil de fierro forjado del siglo XIX a base de velas. La novia, a pesar de las malas experiencias con el fuego, lo sigue prefiriendo como forma de iluminación. Regalo de la abuela del novio.
- Una mesa de apoyo con cubierta de travertino, donde Celeste colocó el álbum de fotos de su boda. Precio $ Nuevos Pesos + I.V.A.

El 5 de enero de 1994, Celeste, la arquitecta Arias, como solían llamarla en su despacho, estaba sentada en una esquina del sofisticadísimo sillón-cama ajustable que tenía la particularidad de tomar la forma del cuerpo que lo ocupara, mientras que Carlos se

había acostado entre los cojines, bajo el edredón de plumas de ganso. Esa tarde soleada y fría los recién casados disfrutaban por primera vez de su apartamento de vigas de madera, pisos de barro y duela originales ubicado en el edificio del molino, después de haber regresado de una relajante luna de miel. Celeste estaba feliz tanto en su matrimonio como en su nueva casa. A pesar de que había sido algo renuente a residir en lo que ahora se conocía como el Residencial de Santo Domingo, que en su juventud visitaba muy de vez en cuando a pesar de que su abuelo vivía allí, estaba contenta de haberle rentado esa dependencia a Rafael, mientras ella y su esposo construían su casa.

Carlos veía distraídamente la televisión, con el control remoto para sortear canales en la mano, y los otros cinco aparatos controladores a un lado, incluido el de la enorme antena parabólica pirata que repetía sin causar cobro la transmisión internacional. Celeste, que no sabía estarse quieta, intentaba organizar sus pendientes antes de reincorporarse al trabajo en los próximos días. Después de haber desempacado y acomodado el contenido de las maletas, estaba terminando de ordenar las cuentas de la boda, en la que le parecía haber gastado menos, gracias al Nuevo Peso, que a partir del año anterior carecía de sus tres ceros.

Todo parecía transcurrir con armonía esa tranquila tarde cuando, de pronto, una noticia recorrió los cables de los aparatos que componían el surrounding system del televisor para llegar a los oídos de los recién casados:

—”…un grupo armado, autodenominado Ejército Zapatista de Liberación Nacional, le declaró la guerra al gobierno de la república. Después de algunos combates, las tropas insurgentes tomaron las cabeceras municipales de San Cristobal, Altamirano, Las Margaritas y Ocosingo…”, recitó el locutor televisivo.

—¿Dónde es eso? —preguntó Celeste creyendo que hablaban de algún país latinoamericano.

—Shshsh… En Chapas —dijo Carlos comiéndose la i.

—¿En México? —se sorprendió ella.

—De seguro es una movida política… —contestó preocupado su esposo mientras asentía con la cabeza.

“El EZLN hizo llegar al presidente la Primera Declaración de la Selva Lacandona —continuó la voz del periodista, que evitaba decir que el grupo armado planteaba el derrocamiento del gobierno en funciones y

del ejército que lo defendía, e invitaba a los otros poderes de la nación a restaurar la legalidad y la estabilidad, deponiendo al que consideraba un dictador.

—… de alguien que le quiere meter un gol al preciso.

La transmisión continuaba reportando los detalles del levantamiento, mientras Celeste abandonó su tarea y se tiró transversalmente en el sofá-cama, apoyando la cabeza en las piernas de su esposo. De pronto, desde esa nueva posición que no había probado nunca antes, lanzó un grito de horror.

—¿Qué te pasa? —gritó a su vez Carlos exaltado, más por las noticias televisivas que por la repentina histeria de su mujer.

—Hay una cara en la pared —aseveró Celeste asustada, mientras Carlos despegaba los ojos de la pantalla de mala gana y ella apuntaba con su dedo a la figura que aparecía dibujada en el aplanado.

—Es una mancha —convino él al mirar de reojo el punto del muro que le señalaba su esposa.

—¿Con ojos, boca y hasta nariz?

—Debe ser humedad. Es una casa antigua, a pesar de que hiciste un excelente trabajo de remodelación es normal que estas cosas pasen. Mañana llamas a los pintores y listo —explicó conciliador Carlos, mientras regresaba la mirada al televisor.

—No puede ser. Acaban de pintar y no hay ninguna tubería que pase por allí —dijo Celeste poniéndose de pie encima del sillón para ver la pared de cerca.

—Será alguna filtración.

—¡Pero si hasta parece que se está riendo! Y no, no puede ser una filtración: hay cuatro niveles arriba de nosotros y uno abajo. Ése es un muro interior y el agua va necesariamente de un lugar a otro, no aparece así nada más —rebatió haciendo alarde de sus conocimientos técnicos en la materia.

—A lo mejor es salitre —observó Carlos, tratando de darle una explicación plausible al asunto.

—El salitre sube desde el suelo… Es una cara.

—¡Está bien, no quería decírtelo pero en esta casa hay fantasmas! —exclamó Carlos sonriendo, intentando así aligerar la preocupación de su esposa.

—No te burles que ya me dio miedo… esto está muy raro… —remató Celeste bajándose al piso.

—Yo más bien tengo miedo de que mañana haya una devaluación. Los expertos dicen que nuestra moneda está sobrevaluada y los mercados son muy sensibles a este tipo de noticias —dijo refiriéndose a lo que acababan de escuchar por televisión.

Desde el umbral de la puerta José Crescencio, que había estado vigilando a la pareja, advirtió la presencia de Gioconda.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin poder ubicarla.

—¡Riéndome! —soltó Gioconda, que permeaba la pared encalada como si fuera agua, tal y como lo hacía en los percutidos muros de la troje. Gracias a la fatídica mezcla de resentimiento, hartazgo, incomprensión y aburrimiento de los que estaba compuesta, había adquirido, entre otras muchas mañas, la capacidad de impregnarse en el espacio como si fuera parte del mismo—. Ésta también es mi casa —reviró Gioconda, que lejos de encontrar un modo de elevarse, se estancaba más en sus corajes.

—Déjalos en paz —dijo José Crescencio casi suplicante.

—¡Si tú o ellos vuelven a la troje se las verán conmigo! —advirtió ella sin darle al que fuera su esposo el tiempo de entender cómo lograba ocultarse, ni de revirar la amenaza proferida que ya había desaparecido.

*

Desde que Carlos pronunció la palabra fantasma, Celeste intentó no sugestionarse. Ella no creía en los fantasmas; bueno, tampoco creía que en México hubiera un movimiento armado, y ahí estaban los encapuchados de Chiapas que alegaban pelear por la justicia social. Así que, después de algún tiempo, a los primeros los diluyó en la lógica de la razón —y en los litros de pintura con que todas las semanas los albañiles cubrían la pared, donde seguían brotando humedades— y a los segundos… esos se diluían solos. Los reclamos de los neozapatistas se perdían en el tiempo, en las más variadas

negociaciones y, más tarde, en la institucionalidad así como en los recursos que el gobierno federal permeó hasta su región.

Celeste pasaba mucho tiempo sola, a causa de los viajes de trabajo de Carlos, y en su cama vacía comenzó a tener sueños cada vez más extraños. Una noche soñó que nevaba adentro de su cuarto. Eran unas partículas blancas que propagaban una sensación de paz, en contraste con el pavor que le provocó la aparición de una mujer vestida de manera anticuada que se le acercó y le susurró al oído un trémulo y escalofriante: "¡Lárgate!". Con esa visión la joven se despertó y lanzó un alarido tal que la inquilina del piso de abajo la llamó por teléfono alarmada para ver qué le ocurría. Celeste la tranquilizó: "fue una pesadilla", le dijo, pero al día siguiente se citaron para platicar. Y al oír el relato de Celeste, que le contó su sueño, la vecina, una ama de casa con mucha imaginación y pocas ocupaciones, le confesó que ella también tenía visiones: un fraile gordo y pelón que se paseaba por su casa. La mujer estaba convencida de que si descubrían quiénes eran esos espectros acechantes sería más fácil lograr que se fueran de allí. A Celeste la idea le pareció descabellada pero a pesar de su escepticismo, le dio curiosidad saber más acerca de los habitantes que la habían precedido y fue a buscar el cofre que había encontrado durante los trabajos de restauración de su casa. Era una caja de madera que había aparecido escondida debajo de la duela del zaguán y Celeste pasó toda la tarde descifrando las cartas y los papeles que José Crescencio había guardado allí mucho tiempo antes.

—¿Tú sabes quién era Gioconda González Núñez? —fue lo primero que le preguntó a Carlos cuando volvió a casa al día siguiente y la encontró en la cama del cuarto de tele revisando documentos.

—Ni idea… ¿qué haces? —inquirió a su vez su marido mirando lo que parecía un campo de batalla de hojas y palabras.

—Encontré este cofre cuando cambiamos el piso, ¿recuerdas? Te lo había comentado —dijo enseñándole el pequeño baúl que había apoyado sobre el sillón, sin atreverse a contarle el susto de su pesadilla de la noche anterior, por miedo a ser considerada paranoica.

—No, no recuerdo. ¡Pero es el tesoro! ¿Dónde estaba? —reaccionó el recién llegado.

—Sólo contiene papeles.

—¿Y no dicen dónde está la lana? —continuó Carlos haciéndose el intrigado, pues ante temas esotéricos era aún más incrédulo que ella.

—¿Qué lana? —preguntó a su vez Celeste sorprendida.

—Cuentan que al excavar para hacer una nueva cisterna, tu abuelo Rafael encontró una caja con monedas de oro. Y yo creo que puede haber más. Cuando llegaron los revolucionarios a la capital, mucha gente enterró su dinero por miedo a que se lo robaran.

—Siento defraudarte pero aquí hay puras cartas de amor.

—Pues leelas bien a ver si no mencionan los centenarios.

—Lo único que dicen es que la tal Gioconda estaba enojada con su marido porque la tenía refundida en un sanatorio en Orizaba. La pobre se cansaba de mandarle cartas de reclamo que al parecer él ni le contestaba —dijo enseñando varios fajos repletos de la escritura puntiaguda y cursiva de Gioconda.

—¿Ves? Qué buen esposo tienes —parodió Carlos acariciándole la cabeza a Celeste que estaba demasiado ocupada para hacer caso de sus cariños.

—Mira esta otra: se la envió Gioconda a un tal Fortunato. Parece que le iba a heredar el molino a ese hombre. Lo que no entiendo es qué hace esta carta aquí, el sobre está abierto y encima tiene escrita una dirección en Río Blanco.

—¿Río Blanco?

—Sí, el pueblo ése cerca de Orizaba que fue la cuna de los sindicatos. ¿No lo estudiaste en la escuela? Era un centro textil muy importante, aunque después de tanta huelga ya no se hila allí ni un solo metro de tela —contestó Celeste.

—Demasiados misterios —dijo él condescendiente—, deberías preguntarle a tu abuelo —concluyó mientras ayudaba a Celeste a recoger el tiradero, sin entender muy bien cuál era el interés de su esposa por esos viejos papeles.

—Ya sabes que a él no le gusta hablar, en mi familia nadie habla jamás.

—Pues aprovecha antes de que se te vaya.

*

Al entrar a la casa de Rafael Arias, que estaba exactamente encima de la suya, Celeste miró de reojo los cuadros que había traído Gioconda desde que ocupara ese lugar tantos años antes. Cuando la propiedad fue trasladada a Jorge, Giminiano sólo había sacado de allí la caja fuerte donde su mamá guardaba los efectos personales (joyas, dinero y documentos), y dejó en la casa sus demás pertenencias, incluidos los cuadros familiares. Las miradas de esos desconocidos la habían acechado desde pequeña con preguntas que nunca le había interesado contestar, hasta ahora que volvían a ella: ¿Quiénes eran todos esos personajes que por alguna razón habían tenido que ver con el sitio? ¿Qué huella habían dejado en el lugar? ¿Y qué huella dejarían en su vida?

Celeste hizo gala de todo su encanto en la visita que le hizo a su abuelo, un hombre introvertido de casi ochenta años, de pelo entrecano y piel morena, Rafael vestía blazer azul marino hasta para andar en su recámara y cuando no quería oír a su interlocutor apagaba sus aparatos auditivos. Era ingeniero y había cursado una maestría en los Estados Unidos; pertenecía a esa generación que creía en el progreso y en la iniciativa privada, aunque nunca tuvo demasiada ambición a ese respecto. No la había necesitado. Más bien se dedicó a vivir a la sombra de su padre y a la muerte de éste a administrar, con muy poca eficiencia a pesar de su avaricia, la fortuna que heredó de él. La carrera política de Jorge había empezado gracias a un conocido en común con el general Elías Calles, quien también había sido molinero y que lo había recomendado epistolarmente para secretario particular de un general que no sabía escribir. Calles, que de molinero pasó a profesor y de allí a la máxima silla, palomeó el nombre de Jorge en las listas de senadores en su mandato que empezó en 1924 y, así, este joven ambicioso fue escalando los peldaños de la cúspide administrativa hasta llegar a ser ministro.

En cambio Giminiano, su eterno rival, primero representó a Villa en la asamblea constituyente de 1917, donde volvió a encontrar al que se convertiría en el omnipotente general Obregón, que le compensó con creces el haberle salvado la vida. Formaría parte de los gabinetes obregonistas hasta el asesinato de aquél, ocurrido en 1928, momento en que optó por refugiarse en el grupo del general Cárdenas, con la suerte de que éste resultara electo como presidente en 1934. Con el paso de los años, tanto Giminiano como Jorge se habían alternado en las cofradías de poder nacidas de la Revolución y para cuando el primer presidente civil fue electo, se dedicaban a enriquecerse a través de los más variados y lucrativos negocios, siempre al amparo de los privilegios otorgados por el gobierno.

De todo esto, nada le contó Rafael a Celeste. Cuando, después de avisarle que ella y su marido renovarían el contrato de alquiler del departamento que iban a ocupar por otro año, ella le preguntó distraída como si fuera un tema sin importancia, quién era Gioconda. Rafael le contó lo que estaba grabado en la memoria familiar:

—Era la esposa del hombre que despojó a mi abuelo Fortunato de sus tierras. También era la madre de Giminiano, quien despojó a mi padre de sus tierras y cuando se quedó sin descendencia se las heredó a su compinche, el abuelo de tu marido.

Celeste se sintió agredida. No tenía ganas de escuchar una vez más reproches sobre su decisión de casarse con Carlos. Estaba al tanto de las rivalidades de las dos familias pero le parecían tan lejanas a su persona que prefirió dejar a un lado a los muertos. Le agradeció a su abuelo el ácido café que le había compartido y se despidió, mientras pensaba en los tantos odios que guardaban esas paredes, en sus fallecidos antepasados y también en los vivos.

*

- Dos mesas de plástico, una encima de la otra, conformando un altar de muertos. La más alta simboliza el Cielo, la inferior a la Tierra. Precio $ Nuevos Pesos, I.V.A. incluido.
- Trece fotografías de difuntos, escogidas entre los parientes de los participantes al convite. A alguien se le ocurrió llevar una foto del candidato presidencial del partido en el poder, asesinado sorpresivamente ese año, pero las representantes de la pujante oposición, mejor optaron por no ponerle partido a su altar. Costo de la democracia: altísimo.
- Cincuenta tiras de papel picado color naranja para que transmita la alegría festiva del día en que, según las costumbres precolombinas, los muertos vuelven a quienes los sobreviven para convivir con ellos y hacerles más llevadera su separación. Precio $ Nuevos Pesos, I.V.A. incluido.
- Una cruz, para que a nadie se le olvide que, aunque las formas del ritual que celebran son paganas, se festeja el mismo día que la fiesta católica del 2 de noviembre: Todos los Santos. La fe no tiene precio.
- Cuatro docenas de flores de cempasúchil para que, con su aroma, guíen a los muertos y no se pierdan en el paso entre el otro mundo y éste. Precio $ Nuevos Pesos sin I.V.A.
- Cincuenta y dos niños disfrazados, con sus respectivos

> recipientes para pedir calaverita. En años futuros, algunos de ellos se valorarán en moneda de “secuestro express, o de Larga Duración y Amplio Rescate”, a razón de varios miles promedio cada uno.

El día de muertos era un gran acontecimiento en Santo Domingo, especialmente desde que se había convertido en un muy seguro residencial de lujo y, como muchas de las actividades de sus habitantes, el festejo se llevaba a cabo en la mera plaza. Todos los que quisieran cooperar, y hasta los que no, eran bienvenidos. Celeste, instalada en su nuevo papel de ama de casa, había preparado varias canastas de dulces importados, los favoritos de los niños, y se había tomado la tarde libre para ofrecer las golosinas personalmente a los pedigüeños que, a intervalos irregulares y a pesar del frente frío que azotaba la ciudad, se alternaron a su puerta pidiendo Halloween. Recién había anochecido cuando Celeste recibió una llamada de su esposo que se excusaba por no llegar a cenar. Un compromiso de última hora lo había atrasado, lo que significaba que no se aparecería hasta muy tarde. Un extraño temporal sin lluvia, pero con muchos relámpagos, arreció en el cielo. Todo el residencial del molino se quedó sin luz. Celeste estaba por ponerse su pijama en la oscuridad cuando de pronto escuchó que llamaban con el puño a la puerta de su casa. Fue a abrir pensando que sería algún niño despistado y tardío, pero se sorprendió al constatar que no había nadie detrás de la puerta. Tuvo un extraño presentimiento y permaneció unos instantes en el umbral, desde donde vio una luz proveniente del jardín. Lo que algunos llamaban Jardín Encantado parecía más bien desencantado: su dueño, Rafael Arias, lo rentaba para cualquiera de los residentes que lo deseara usar, pero nadie parecía querer hacerlo. Provista de linterna y paraguas, aunque no lloviera todavía, Celeste abrió la puerta de la reja que mantenía a los perros fuera del jardín, y se introdujo al camino de columnas de cantera que no conducía a ninguna parte. Prosiguió entre la maleza que crecía frondosa hasta llegar al lugar de donde provenía la luz. Allí descubrió a don Chucho, el jardinero del molino, acomodando las flores de cempasúchil, que había sustraído del altar de muertos, sobre una lápida cubierta por ramas secas. El viejo, que vivía en el callejón de Benjamín y se ocupaba del cuidado de las áreas públicas de Santo Domingo desde que era niño, se justificó apenado:

—Mi padre me enseñó que hay que rendirle tributo a los muertos, y de todos modos estas flores se hubieran desperdiciado.

—¿Quién está enterrado aquí? —preguntó Celeste, sin ánimos de reclamo y más bien impresionada por la buena voluntad del anciano.

—Gioconda —dijo sencillamente don Chucho.

—¡¿Gioconda?! —repitió Celeste como para convencerse de que el cuerpo de la mujer cuyas cartas reclamaban la atención de su marido y cuyo deseo era que el molino hubiera sido para Fortunato estaba sepultado a unos pocos pasos de su casa.

—¿Y qué sabe usted de ella? —preguntó Celeste excitada.

—Sólo que doña Ángela, que en paz descanse también, la quería mucho. No la había conocido, me contaba, más que por lo que su hijo Giminiano le había dicho de ella. Doña Ángela venía bastante a rezar aquí y siempre le encargó mucho esta tumba a mi papá, que en paz descanse, y él me la encargó a mí… La aseábamos juntos.

Un escalofrío pasajero recorrió la espalda de Celeste y sin saber por qué le preguntó repentinamente:

—¿Cree usted en los espíritus?

El anciano no se molestó en contestarle, tan sólo se persignó y empezó a rezar una oración para las almas del purgatorio.

Celeste percibió hostilidad a su alrededor. Fue una sensación fugaz porque seguía insensible respecto a sus intuiciones. Pero, a pesar de ello, pensó que sin saberlo ni quererlo comenzaba a sentir cariño por esas viejas piedras y renovados fantasmas.

*

Con la idea de mudarse allí y desde que la troje era propiedad de su marido, hace casi un año ya, Celeste había ejecutado un sencillo proyecto para acondicionar las que habían sido las oficinas de la misma, es decir, la parte que más ocupaba Gioconda. Como los trámites para llevar a cabo la restauración del que había sido catalogado por las autoridades correspondientes como monumento nacional habían resultado algo tardados y con la perspectiva de que el momento de su mudanza iba a dilatar todavía bastante, Celeste había decidido finalizar la decoración del departamento donde vivía. Para ello, y apenas unas semanas antes del 23 de diciembre de 1994, se le había ocurrido instalar en el cuarto de televisión una biblioteca, utilizando tres de las pesadísimas vigas que habían sido parte del techo de la troje y que había oportunamente recuperado. Les había puesto un tratamiento antipolilla, picoteándolas para unificar su

textura y, sucesivamente, las había barnizado para que le sirvieran de estantes, colgándolos del techo con unas gruesas cadenas de acero. El resultado era adorable: un librero de cuatro niveles que ganaba mucho espacio al estar colocado exactamente encima de la sofisticada cama ajustable que servía de echadero. Cuando comía en casa, a Carlos le encantaba hacer su siesta vespertina en esa habitación, que se había vuelto la más usada y acogedora del departamento. Y aquel día, en víspera de Navidad, la estaba disfrutando en compañía de su esposa. Celeste acababa de conseguir el ansiado permiso para construir su casa en la troje, que le había significado erogar una generosa compensación al funcionario a cargo de autorizarlo, y Carlos había incrementado repentinamente a más del doble el valor de sus ahorros. Gracias a la devaluación que acababa de ser anunciada y al oportuno aviso que un funcionario público amigo suyo le había hecho de que ésto sucedería, Carlos habia comprado dólares baratos apenas unas semanas antes. Tanto él como su esposa estaban extasiados porque con esas dos novedades podían empezar las obras de su nueva casa cuando regresaran de las vacaciones de diciembre. El vino con el que festejaron comenzaba a hacerle efecto a Carlos, que se quedó dormido en el sillón de la sala de tele, como ya era su costumbre. Tan profundamente dormido que ni cuenta se dio de lo que se le vino encima.

Celeste, que unos minutos antes estaba acostada al lado de Carlos, había acudido al baño contiguo a prepararse para salir corriendo al último shopping navideño. Al escuchar el estrépito, salió disparada a ver qué había sucedido. Encontró la cabeza de su esposo bajo una pila de libros y vigas que habían caído justo en el lugar en donde Carlos reposaba. Su cráneo se había abierto como una sandía aplastada y había tanta sangre en el sillón gris que parecía haberse convertido en una versión moderna de la piedra de sacrificios azteca. Celeste no resisitó la espeluznante visión y, sin siquiera intentar sacar a Carlos de la avalancha que lo había arrollado, dobló sus rodillas justo encima de la licencia para construir que había volado al suelo y berreó desesperadamente.

CAPÍTULO XI

Si las vigas que mataron a Carlos se desprendieron de mí no fue por accidente, sino por cumplir el deseo de Gioconda, el espíritu que me daba vida y que en su desesperación se libraba de cualquier posibilidad de perder su último refugio. A raíz de ese fatídico hecho traté de convencerme de que la muerte de Carlos había sido motivada por una noble razón, pero sé muy bien que es precisamente en las buenas causas donde se esconden las malas intenciones, así como sus peores consecuencias. En ellas se amparan los soldados que aniquilan por deber y hasta los que lo hacen por convencimiento propio, justificando sus despiadadas maneras con sus ideales. Tal parecería que lo bueno y lo malo, la verdad y la mentira, la vida y la muerte son opuestos que conforman un mismo e inseparable todo, dos vertientes que se alternan y se mezclan mientras bailan una sinuosa danza en la que uno se convierte en el otro, la tesis y la antítesis que conforman la síntesis.

Y para alcanzar el equilibrio de mis partes me he justificado —el único modo para soportar la propia responsabilidad— pensando que el verdadero motivo por el que esas vigas terminaron con una vida es porque yo no podría vivir sin Gioconda. ¿Qué sería de mí sin su presencia? ¿Volvería a ser un montón de piedras convenientemente acomodadas, sin otra voluntad que observar la de los demás? ¡No! Ya me había acostumbrado a disfrutar del libre albedrío que ella me concedía. Además, ¿a dónde iría mi ama si tuviera que abandonar el que fue su refugio durante más de setenta años? Una desilusión tan grande y tan vieja como la suya no podía caber en limitaciones, ni compartir espacio con nadie. Y yo no tenía otro sitio para ella, que necesitaba toda la extensión y la soledad de un lugar como mi troje, en donde hasta entonces había explayado sus malestares e incubado sus maldades sin que nadie resultase perjudicado.

Al ver a Celeste en la penosa situación en la que se encontraba después de la pérdida de su esposo, incapacitada para vivir, para creer y hasta para ser, mi ama se arrepintió tanto de haber deseado esa muerte, que si hubiera podido revivirle al marido estoy seguro de que lo hubiera hecho. Yo también me arrepentí y con ellas sufrí, porque no había modo ya de reparar el daño infligido, sólo quedaba fustigarse con la propia culpa.

Cuando durante tres días velaron el cuerpo de Carlos, en el mismo sitio donde la truncada pareja había celebrado su matrimonio, hubo más personas que en su boda. Ni muertos ni vivos ni vecinos ni lejanos se perdieron ese acontecimiento, confirmándome lo que yo ya sabía de sobra:

la tristeza tiene más adeptos que la felicidad. Para Gioconda era el primer velorio al que asistía desde el suyo, y muchos eran sus recuerdos. En medio de esa pena general, que invadía en especial modo a José Crescencio, ella comenzó a recordar lo que siempre había querido olvidar. Y hundida en la decepción que produce enfrentarse a los resultados de los propios actos, decidió recogerse nuevamente en el aislamiento del ruinoso edificio que la había hospedado hasta entonces, volviendo así a la anónima existencia que había elegido. Durante ese periodo de calma, que duró diez años, se mantuvo en el silencio de su condición, honrando esa especie de tregua que le había concedido a la viuda. Pero en el invierno del 2004, finalmente repuesta de la tragedia de su marido, Celeste comenzó a visitarme, con la intención de llevar a cabo el proyecto confiado tiempo atrás por su otrora amor: la restauración de mi troje abandonada. Parecía que a partir de que acariciara la idea de devolverle al lugar que heredó de Carlos su antiguo brillo, había logrado inyectarse a su vez una poción de vida. Fue entonces que, al verla libre de su desamparo y al sentirse nuevamente amenazada, Gioconda reactivó la defensa de su feudo. Para ello optó por utilizar métodos de intromisión sutiles, ideados para entorpecer, dilatar y acabar, lenta y eventualmente, con los esfuerzos de su renovada rival por tomar posesión de la troje. Una rival que comenzó a perfilarse como una extensión de sí, una extensión que se empeñaba en destruir.

Y con el paso del tiempo, las contradicciones acabaron por apoderarse también de mí. Poco a poco el peso de Gioconda sobre mis muros fue pareciéndome cada vez más difícil de llevar, y por primera vez comencé a sentir ganas de librarme de ella. Fue un sentir pasajero, porque no abrigaba demasiadas esperanzas de curarme de la enfermedad que ella representaba para mí y que seguía avanzando inexorablemente por mi estático cuerpo.

*

Desde 1994 hasta 2004, Gioconda había permanecido ajena a Celeste y ésta, ajena a la troje. En ese lapso de tiempo, Celeste no había podido aceptar la muerte de su esposo. Entendía la muerte de quienes se van de este mundo poco a poco, de quienes han alcanzado una edad tal para la que vivir en un cuerpo viejo se vuelve molesto. Entendía que, como lo hicieron sus abuelos y lo hacían sus padres, uno se prepara para, en un determinado momento, dejar la propia existencia. Con ese propósito se toman incluso las medidas necesarias: uno paga con anticipación el funeral para no incomodar a los parientes que le sobreviven; uno contrata un seguro de vida y decide quién será el afortunado beneficiario; uno redacta un testamento en el que se reparten los haberes a los más aptos, buenos o consentidos; uno deja mensajes póstumos para que éstos sean leídos por sus amados. Uno entiende la eventualidad de la muerte, siempre y cuando siga perteneciendo a la esfera de la teoría, a la de las cosas que involucran

tan sólo una parte de nuestras emociones, las que conocemos y que por consecuencia sabemos manejar. Pero entender la muerte de alguien que desaparece de manera absurda, a los veintiocho años, en el pleno gozo de sus facultades y en la comodidad de su hogar, mientras su esposa, que hace apenas un año le juró amor eterno, se está preparando para ir a recoger su regalo navideño, le había resultado imposible a Celeste. Comprender una muerte que en un instante lo cambió todo, alterando su concepción de la vida y que a pesar de sus esfuerzos no lograba distanciar, guardar en un compartimento, desahogar en una lágrima, fue para ella inicialmente imposible, más tarde muy pero muy difícil. Cuando uno muere así, en la plenitud de la vida, sin aviso ni causa última, no importa lo que haya hecho antes ni lo que habría de hacer después: lo único que cuenta es que al congelarse sus posibilidades, quien lo amó es quien se encargará de vivirlas.

A causa de la enorme pena que la ataba irremediablemente al sufrimiento, Celeste tardó meses en regalar las pertenencias de Carlos, años en irse a vivir fuera del molino, casi una década en volver nuevamente al lugar en donde se había casado, y hasta la fecha volver a enamorarse no le parecía realista. Su corazón se había convertido en un órgano limitado a sus funciones orgánicas, que se mantenía impasible a todo sentimiento amoroso que no fuera una omnipotente tristeza. Sus más grandes logros, en los diez años posteriores a la pérdida, habían sido sobrevivir las olas de pesar cuando arreciaban y haber volcado todas sus energías en su trabajo de arquitecta, que afortunadamente le gustaba bastante.

Al acercarse a lo que hubiera sido su décimo aniversario de bodas y, a pesar de que Celeste tenía emociones encontradas hacia Santo Domingo —lo amaba porque le recordaba a quien había amado y lo odiaba por las mismas razones—, se le ocurrió que la restauración de la que ahora era su propiedad, la troje de Santa Rosa, podía ser un modo para conciliar sus sentimientos.

A Celeste le había quedado claro hacía mucho que jamás construiría en un lugar de casi tres mil metros cuadrados de superficie, una mansión para la prole que no había tenido, pues era un sitio demasiado grande cuyo mantenimiento no podría costear ella sola. Frente a la perspectiva de encontrarle un destino adecuado a esa antigua bodega, que a veces le parecía una especie de elefante blanco tratando de sobrevivir en una urbe gris y que, además, el paso del tiempo estaba destruyendo poco a poco, se inclinó por la elaboración de un proyecto que permitiera el justo equilibrio entre las partes: su historia, su entorno, su vocación, sin olvidar la factibilidad y sus intereses personales. Para lograrlo, primero consultó el programa regulador de esa inmensa masa de gente, edificios y crimen en que se

había convertido el Distrito Federal. Las posibilidades que dictaban las leyes, promulgadas para aumentar la densidad en las zonas centrales y mejor equipadas de la ciudad, eran amplias, pero Celeste decidió respetar la vocación habitacional del residencial del molino e integrar su proyecto al área de conservación histórica a la que la troje pertenecía sin que hubiese una ruptura visual.

Una vez establecidos los lineamientos a seguir, la arquitecta Arias se preocupó por elaborar un proyecto viable que fuera acorde a la normatividad de los organismos gubernamentales involucrados. Éste consistía, además de restaurar las partes antiguas que quedaban —es decir el muro perimetral, la casa en la que se escondía Gioconda y los contrafuertes del jardín—, en la construcción de un nuevo edificio interior a la envolvente original, que no rebasara sus alturas, y de otro edificio en el terreno baldío posterior, dejando una franja verde entre los dos cuerpos. La casa en la que vivía Gioconda y que contaba con la extensa biblioteca que había pertenecido a Giminiano, se convertiría en un lugar de convivencia y lectura para sus residentes. El estacionamiento lo resolvió en forma subterránea, y fue generosa en el número de cajones, para no tener que lidiar con la falta de parqueo que últimamente era un problema en el área. El resultado serían veinte departamentos de distintos tamaños, acordes con las necesidades modernas de los eventuales residentes y que por sus reducidas dimensiones no se apreciarían desde la calle.

Celeste jamás hubiera imaginado que desde que tuvo listo el proyecto y solicitó el permiso de las dependencias responsables de autorizarlo, ahora concentrado en un nuevo procedimiento conocido como “Manifestación de Obra”, en vez de los tres meses prometidos por la campaña de simplificación administrativa iban a pasar tres años. Una odisea de tardanzas y complicaciones agravada por los difíciles tiempos de pugna política entre los poderes rivales, el local y el federal, y que ella disculpaba, incluso cuando tuvo que enfrentarse a problemas ajenos al conflicto político. Como, por ejemplo, al renovar el documento que establecía la personalidad jurídica y el alineamiento de la troje, la autoridad detectó que en las escrituras del predio había una cota equivocada. Era un evidente error de dedo que, sin embargo, tuvo que ser ratificado por un notario. O como cuando en la delegación se les ocurrió pedir la licencia del edificio existente, siendo inútil explicarles que la troje, al igual que el molino, no podían tener licencia alguna, ya que en los tiempos en que fueron edificados no existían más menesteres legales que los deseos de los conquistadores.

Celeste no alcanzaba a concebir que además de lidiar con las inconveniencias del caso, un fantasma ocurrente se había erguido en la terquedad que lo caracterizaba y no había dejado un solo instante

de contribuir a que la suerte burocrática de la atribulada arquitecta se tornara lo más adversa posible. A pesar de ello la viuda no se desanimaba y con su perseverancia logró sacar todos los permisos, sin la erogación en gratificaciones de un solo peso (ni dólar) y sin deberle excesivos favores a nadie. Con el “simplificado” documento, con fecha del 9 de julio de 2007, en su poder, esos tres años de espera parecían haber concluido satisfactoriamente y por ello estaba contenta. Dicho papel representaba el primer paso hacia el rescate del pedazo de historia heredada pero significaba sobre todo reivindicar la voluntad de su amor perdido. Carlos había deseado que ellos dos vivieran allí y Celeste decidió entonces que, por lo menos para ella, así sería: cuando estuvieran listos los departamentos, se mudaría a uno de ellos. Se sentía tan contenta con esa idea que jamás hubiera imaginado que sus problemas para hacerla realidad habían apenas comenzado.

GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL

Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda

Delegación Álvaro Obregón

No. De Folio
AOB-4661-07

MANIFESTACION DE CONSTRUCCION TIPO B o C

APLICA SOLAMENTE PARA USOS DE SUELO PERMITIDOS EN SUELO URBANO

México D.F., a 9 de Julio de 20 07

PROPIETARIO O POSEEDOR

MENDIZABAL	ARIAS	CELESTE AURORA
Apellido Paterno	Apellido Materno	Nombre (s)

Con Domicilio en la Calle MOLINO DE SANTO DOMINGO No. 18

Colonia COVE TACUBAYA Delegación ÁLVARO OBREGÓN C.P. 01120

Teléfono 5255-3216 Señalando como domicilio para oír y recibir notificaciones en:

CALLE DEL MOLINO DE SANTO DOMINGO N. 16 COL. COVE TACUBAYA, MÉXICO D.F.

DIRECTOR RESPONSABLE DE OBRA NÚMERO DE REGISTRO DRO 1240

REGISTRADA

CORRESPONSABLES

(Nombre)	NO. REGISTRO
Genaro Botas Espinosa	c/se-0131
Luis Reyes Paz	c/1-0072
Jorge Lara Cortés	c/duya-0479

DATOS DEL PREDIO

Calle MOLINO DE SANTO DOMINGO No. 14

Colonia COVE TACUBAYA Delegación ÁLVARO OBREGÓN

CARACTERÍSTICAS GENERALES

Zonificación conforme al Programa Delegacional HM/6/30

Uso o destino HABITACIONAL Dictamen de Impacto Urbano, Urbano-Ambiental o Licencia de uso del suelo No. 1654707 Fecha 2 DE MAYO DEL 2007

Autorización de impacto ambiental (en su caso) No. 013818/2006 Fecha 21/11/2006

CARACTERÍSTICAS ESPECÍFICAS

Superficie del predio 288.23 m2 Superficie de desplante 1382.12 m2
Número de niveles 6 Número de viviendas en su caso 20
Superficie total por construir 2,637.13 m2 Número de cajones de estacionamiento 43
Estacionamiento descubierto ________ m2 Estacionamiento cubierto 957.89 m2
Semisótano Sí ~~No~~ Número de sótanos UNO
Área libre 1506.11 m2 52.14 %
En caso de ampliación de construcción existente 1,365.09 m2

INVERSIÓN

Valor del terreno	$ 15,000,000.00
Valor de construcción	$ 40,000,000.00
Valor total	$ 55,000,000.00

REGISTRO DE MANIFESTACIÓN DE CONSTRUCCIÓN TIPO B o C

Esta manifestación de Construcción tipo B se recibe, conforme al Título IV del reglamento de Construcción para Distrito Federal y previo pago por los conceptos señalados en los artículos 202, 203, 206, 318 y 319 del Código Financiero del Distrito Federal.

REGISTRADA

Autorización para el uso de la red de agua y drenaje, (Art. 203)	$ 398,730.00
Instalación toma de agua y drenaje (Art. 202)	$ 16,486.00
Registro de manifestación de Construcción (Art. 206)	$ 126,030.00
Aprovechamiento para mitigar los efectos del impacto ambiental (Art. 318)	$ 113,743.00
Aprovechamiento para mitigar los efectos del impacto vial (Art. 319)	$ 254,821.00
Otros	$ 468,419.00
Importe total	$ 1,378,229.00

REGISTRO DE MANIFESTACIÓN DE CONSTRUCCIÓN TIPO B N° 4661

Fecha De Recepción *10 de Julio de 2007* Fecha de vencimiento *10 de Julio 2010*

RECIBIÓ: Nombre *Gabriel Martines Figueroa* Cargo *Lid Com prox c*

Sello de recepción del Gobierno del Distrito Federal

*

Con el permiso en la mano, Celeste y su equipo de arquitectos, dibujantes e ingenieros, afinaron la logística para la realización de la obra, definieron las especificaciones de la misma: los planos ejecutivos, los detalles generales, el catálogo de conceptos, el presupuesto, así como toda aquella información necesaria para evitar sorpresas, de campo o financieras. Una vez que estuvieron listos,

montaron en la casa en la que vivía Gioconda y bajo su mirada estupefacta, un salón de exhibiciones, con sala de juntas, área de café, maqueta y planos de presentación. La idea de Celeste y sus colaboradores era convocar a los posibles interesados, principalmente amigos, vecinos y personas que pudiesen apreciar la restauración de un inmueble de ese tipo, a una preventa en sitio, gracias a la cual pensaban financiar por lo menos una parte del monto necesario para llevar a cabo la obra. Pero a partir de que la caseta quedó instalada, empezaron a suceder cosas muy raras y para colmo cuando apenas se solucionaba una, se presentaba inmediatamente otra, en una serie continua de contrariedades. Por ejemplo, el día en que los muebles de color claro, adquiridos recientemente en una elegante mueblería, amanecieron cubiertos de un extraño polvo, grueso y pegajoso, cuya proveniencia nadie discernía. Pronto constataron que se trataba de la labor de la polilla que, desde hace años, se estaba comiendo lentamente las trabes del techo, pero que en esa ocasión parecía haber trabajado a ritmos incansables con tal de estropear el mobiliario en una sola noche. O como cuando explotó la cafetera eléctrica, que a su vez afectó la pastilla, el tablero y el transformador de la Compañía de Luz y Fuerza, dejando a oscuras por días lo que fungía como el centro de operaciones del futuro conjunto de la troje. O como cuando la lluvia llenó una de las calas abiertas para registrar el subsuelo, cuyo plástico protector el viento logró de manera inexplicable remover, y el edificio de bajos recursos de al lado se inundó. El muro intermedio entre las dos propiedades sudó agua por más de un mes, y tuvo que ser reparado varias veces; asimismo sus habitantes tuvieron que ser indemnizados. O como cuando el acceso vehicular de la troje fue físicamente bloqueado por uno de los residentes de Santo Domingo, que alegaba que la calle de entrada era de su propiedad y que nadie más que él y quien él decidiera volverían a pasar por allí. Preocupada por estas últimas aseveraciones, Celeste averiguó de inmediato la veracidad de las mismas. Resultó que Giminiano, quien en la vejez necesitaba dinero para seguir financiando sus correrías y su vicio por el juego, había despojado a la troje de un pedazo de su tierra, el cual se convirtió en vía pública. Es decir, lo había donado, pero no al vecino, como erróneamente creía, sino a la ciudad. La arquitecta Arias decidió aclarar las cosas con los residentes de Santo Domingo. La reunión serviría también para darles a conocer su proyecto y acordar con ellos las mejores soluciones en materia vial y de seguridad para que la zona funcionara satisfactoriamente para todos. Con este propósito en mente, convocó al ecléctico grupo que habitaba el residencial y que comprendía unos pocos miembros de su familia, natural y política, y muchos personajes que le eran prácticamente desconocidos. Segura de que la restauración de la única área en

desuso de Santo Domingo contaría con el apoyo de todos, Celeste no podía prevenir que el encuentro, al que llevo café, galletas y una conciliadora sonrisa, se convertiría en un pleito a grito pelado que por poco termina en golpes. Los vecinos no estaban de acuerdo con el proyecto. Alegaban que “su privada” era una zona de vivienda unifamiliar y que no permitirían que se convirtiera en un multifamiliar. Uno de ellos, quien había obstruido el acceso de la troje en los días anteriores a la reunión, amenazó con que tendrían que “pasar sobre su cadáver” antes de que un albañil pudiera entrar allí. Celeste le contestó al combativo señor que él no era quién para pretender colocarse por encima de la ley, ni de las autoridades que habían otorgado el permiso, pero de ese momento en adelante sólo se oyeron reclamos e insultos. Trepada encima de la maqueta que representaba a escala el proyecto y después de haberse dedicado a hostigar en sus sueños a todos los habitantes de Santo Domingo con una sola y única idea: no permitir que nadie invadiera la troje, Gioconda se regocijaba.

A los pocos días de la reunión, vistosas pancartas de protesta que describían las más distintas acusaciones —pero todas firmadas por la misma asociación civil— fueron colgadas en la mayoría de las casas de la privada. A consecuencia de las luchas políticas de aquellos años, algunos ciudadanos se habían dedicado a aprovecharse del conflicto de poderes para alcanzar sus propósitos personales o partidistas. Así fue como en las siguientes semanas el vecino más inconforme se encargó, apoyado por el resto de los habitantes que había logrado incitar y por el aparato político que lo sostenía, de publicar varias notas en los principales diarios, acusando a Celeste de haber obtenido los permisos indebidamente y al gobierno local de haber cambiado la ley sin el consentimiento de los vecinos. Para reforzar su acometido, al politizado licenciado se le ocurrió solicitar el recurso de amparo, última instancia legal para oponerse a una ley, en contra de todas las autoridades que habían otorgado los permisos. Celeste era la tercera perjudicada y, aunque según sus asesores tal demanda no tenía ninguna posibilidad de proceder, ésta resultaba extremamente útil para lograr el objetivo real de la asociación: obstaculizarle las ventas, pues ni quién quisiera comprar un problema aún antes de empezar la obra. Celeste se cansó de enseñarle a periodistas y clientes sus kilos de papeles autorizados, que avalaban el simplificado permiso. Tal parecía que en México a nadie le importaba la legalidad si había intereses en su contra. Y Celeste desesperaba al ver las pancartas de protesta ondear en todas las casas de Santo Domingo. En todas menos en la de su abuelo.

*

Celeste tuvo que utilizar una vez más todo su encanto para convencer

a Rafael Arias de que fuera con ella a la troje. El anciano sólo aceptó a manera de desafío personal, tan largamente postergado con ese lugar y sólo porque sentía que iba a ser la última vez que lo visitaría. El ingeniero necesitó de su bastón y también de su enfermera para subir la pequeña cuesta que conducía hasta la entrada de la troje. Una vez en lo alto, miró con desaprobación el cada vez más deficiente estado en el que se encontraba el inmueble. Después se sentó en el mismo murete donde Gioconda había encontrado a Gillet, y escuchó todas las explicaciones que su nieta tuvo a bien darle acerca de la intervención arquitectónica que pensaba realizar. Cuando ésta terminó la larga ponencia que había practicado frente al espejo se hizo el silencio, que sólo Rafael se atrevió a romper:

—No estoy de acuerdo —dijo simplemente el señor Arias.

—¿No? —preguntó ella desconcertada.

—¡No! —reiteró el anciano.

—Pero… No entiendo tu oposición: es un proyecto respetuoso, que resuelve escrupulosamente todas las problemáticas, incluyendo la sustentabilidad ecológica. —La joven calló un momento, pero vio que su abuelo no tenía intención ni de modificar ni de justificar su postura y entonces continuó—: ¿Tú también piensas que no debería hacer tantas viviendas? Por ley hubiera podido hacer más. Tú mismo dividiste el molino en varios departamentos porque sabes que las necesidades actuales se han reducido y demandan espacios más pequeños. —Rafael seguía callado y Celeste prosiguió con su desahogo que se dispuso a llevar al campo sentimental—. Me entristece que estos muros se vengan abajo, que las malas hierbas crezcan entre sus piedras… y además… necesito demasiados recursos para su mantenimiento. —Al ver que seguía impasible en su silencio, Celeste le preguntó con un hilo de voz y casi como si se lo estuviera diciendo a sí misma—: Tú dime… ¿qué se supone que debo hacer con este sitio?

—¿Terminaste? —preguntó él.

—Sí… —balbuceó ella.

—Me opongo a tu proyecto por motivos diferentes a los que tú supones… — Hizo una larga pausa.

—¡¿Y no me los vas a decir?!

—Lo único que te diré es lo mismo que te dije cuando te casaste: deja en paz este lugar…

—Me dijiste que no me casara aquí es cierto, pero…

—Y no me hiciste caso… Y continúas sin hacérmelo…

—Olvidas que esta troje es ahora mía: ¿qué se supone que debo hacer con este maldito lugar? —preguntó Celeste al borde de la desesperación.

—Tienes razón, este lugar está… maldito —El abuelo titubeó un

momento, en el que parecía estar buscando las palabras adecuadas para expresarse— … o más bien poseído. —Y como si no hubiese querido usar esos términos, tan ajenos al hombre racional que siempre había sido, intentó continuar su discurso pero parecía como si algo ajeno a sí mismo se lo impidiera.

—¿Maldito? ¿Poseído? No me digas que en verdad crees que está embrujado… ¡Es lo único que me faltaba oír! —Lo interrumpió Celeste con tono de sorpresa, pero contrariamente a lo que hubiera esperado —una categórica negación— el abuelo siguió torturando una piedra con su bastón, tardándose en responderle.

—Lo único que sé, y porque lo contaba mi padre, es que nadie más que Giminiano González Núñez entraba aquí sin consecuencias.

—Él es quien le vendió esta troje al abuelo de Carlos…

—Regaló, niña, regaló. Cómo habrá estado la cosa que Giminiano, desesperado porque nadie quería comprarla, acabó regalándosela a Mariano Villarreal, que era otro pillo como él…

—Pero bueno la familia de Carlos ha estado aquí. Vaya, yo misma me casé aquí. Son otros tiempos…

—Puede ser, pero que yo sepa eres viuda, y la familia de tu marido lleva una vida intentando sacarle algún provecho a este sitio, y nada más no ha podido. ¿Por qué crees que se lo regalaron a tu marido? Una cosa es venir y otra muy distinta es disponer de este lugar.

—En eso tienes razón… —observó cada vez más preocupada Celeste.

—Tengo el presentimiento de que… —dijo el anciano, mientras Celeste notaba por primera vez que su abuelo había perdido su acostumbrada imperturbabilidad, y hablaba ya no con enojo sino con aceptación— tal vez las cosas cambien cuando te revele algo que mi madre me confió al morir. Prometí guardar su secreto y lo haré hasta mi muerte pero ya no falta mucho para que me vaya de este mundo… —Dijo mirando a su alrededor, mientras Gioconda se sentía descubierta.

No hubo manera de que Rafael Arias le revelara a su nieta algo más de lo que le dijo, ni que se dignara a apoyar el proyecto de Celeste. Se fue colgado del brazo de su enfermera, que había permanecido apartada durante toda la conversación, dejando a su nieta sola, exhausta y con las defensas muy bajas por tanto luchar, convencida de tener una única opción disponible: la de enfermarse. Celeste se sentó a su vez en la barda de la troje que había acogido a su abuelo, y allí probó un dolor tan agudo en su estómago que sintió que la doblaba en dos. Gioconda la miraba retorcerse satisfecha, cuando recibió la visita de fray Bernardino.

—¿Quiere matarla también? —Preguntó el fraile que era quien

menos miedo le tenía a su otrora amiga.

—Todos hemos de morir…

—Sí, pero no está en usted decidir cuándo… —dijo Bernardino suavemente.

—No me venga ahora con moralidades… —espetó Gioconda comenzando a mostrar su molestia.

—Tiene razón, no soy quién para aleccionarle… —Se apuró a corregir el muerto que, en un intento por ser precavido con esa impredecible mujer, prefirió llevar la conversación por otro rumbo. —Pero me preocupo por usted y… por ello quiero contarle un secreto.

Gioconda no parecía muy interesada en escucharlo, sin embargo el fraile estaba determinado a hablar:

—No acabé con mi vida para encubrir el movimiento independentista, como le hice creer, ni tampoco para salvar la honra de mi amado. La razón de mi último acto fue porque cedí a la tentación… Amé a Mateo, al joven de quien le platiqué, de todos los modos que un hombre puede amar a otro hombre.

—¿Era entonces esa la razón de su tormento? —preguntó Gioconda, sorprendida por la confesión.

—La culpa es el verdadero infierno, y contrariamente a lo que siempre le rebatí al capitán Gillet, el infierno, el purgatorio y hasta el paraíso no son una experiencia reservada a los muertos. Lo que importa es que podamos enmendar nuestras equivocaciones… —dijo Fray Bernardino dejando a Gioconda pensativa—. Sólo quería decirle esto… y algo que afirmó mi colega, Girolamo Savonarola: “Todos los males de este mundo se deben a la falta de fe”… Espero que mis palabras le ayuden… —concluyó despidiéndose.

*

A raíz de su fulminante malestar físico, Celeste no tuvo mucho tiempo de interpretar las palabras de su abuelo Rafael, ni de percibir a los dos seres invisibles que hablaban cerca de ella. Tan adolorida estaba que se retiró a su casa, en donde su cuadro clínico empeoró rápidamente, de un momento a otro se encontró aletargada y con muchas molestias estomacales: diarrea, retortijones intestinales e hinchazón abdominal. Celeste nunca se enfermaba y le tenía una particular aversión a los médicos, por lo que optó por ir con un doctor alternativo. Éste le mandó a hacer unos estudios que incluían la extracción de varios litros de sangre para ser envasados, centrifugados y enviados a un sofisticado laboratorio norteamericano en el que serían analizados, al igual que su pelo, orina y heces con los métodos más vanguardistas. El objetivo era realizar los exámenes más completos sobre sus posibles males que el novedoso galeno sospechaba se debían a algún tipo de alergia. Cuando recibió el reporte de su condición, resultó que había desarrollado una inexplicable, y al parecer cada vez más común,

intolerancia al gluten, la gluco-proteína que se encuentra en las semillas de muchos cereales. El doctor le prohibió comer harina de trigo, uno de sus alimentos favoritos, dándole a cambio una lista alternativa de granos, entre los que se encontraba el maíz. Celeste obedeció las indicaciones pensando que era una especie de revancha histórica, o tal vez un llamado a volver a los orígenes, y que era el colmo que justamente ella, la dueña de parte de uno de los primeros molinos del continente americano, sitio donde se procesó el grano destinado a suplir la tortilla de los primeros mexicanos, no pudiese comer trigo. Lo peor fue que aun cuando se sometió a la férrea dieta no consiguió sentirse mejor. Preocupada, visitó a un renombrado gastroenterólogo que le mandó a hacerse una radiografía contrastada de su aparato digestivo y una endoscopía con todo y colonoscopía, procedimientos que incluían la introducción, por buena parte de sus orificios, de molestos aparatos. Así fue como descubrió que su revestimiento estomacal presentaba daños irreparables y que tenía varios padecimientos: hernia de hiato, gastritis, colitis y un extraño bicho que se alimentaba desde sus entrañas, además de la ya confirmada intolerancia al gluten. Pero justo el día que el doctor por fin la medicó severamente, después de recordarle que tenía que evitar corajes que perturbasen su delicadísimo estómago, ocurrió la catástrofe. Meses antes de enfermarse, Celeste había conseguido un crédito en dólares norteamericanos, los únicos que no cobraban intereses usureros, lo que le permitió dejar de depender de las ventas y tener fecha inicial y final para llevar a cabo la regeneración de la troje, para cuyo proyecto empezó con la compra de materiales e insumos. Pero no contaba con el cataclismo financiero que vendría. En el giro de unos pocos días, Wall Street cayó, así como el sistema capitalista occidental, ocasionando la segunda gran depresión de la historia moderna, mientras arrastraba a todos los demás mercados financieros del mundo. Hubo incluso personas que se tiraron por la ventana por haber perdido su patrimonio en la Bolsa, cuyos valores ya eran muy pocos. A Celeste no le faltaron ganas de hacerlo también, pues de un día para otro los intereses de su crédito habían aumentado exponencialmente hasta volverse imposibles de pagar y las ventas estaban, y estarían, estancadas por mucho tiempo. Dadas las complicadas circunstancias prefirió suspender la construcción, saldar sus deudas y asumir sus pérdidas. Sobre todo porque, como si lo anterior no fuese suficiente, en el lapso de pocas semanas el tipo de cambio del peso con el dólar, que se había mantenido estable, se devaluó en un ulterior treinta por ciento.

Sólo entonces a Celeste se le ocurrió pensar, tal vez recordando las premonitoras palabras de su abuelo, que ya eran demasiadas coincidencias en su contra para que se tratara de un mero producto de

la casualidad. Con el estómago destrozado —a pesar de las medicinas que tomaba rigurosamente— y su dinero diezmado, se convenció finalmente de que algo perverso habitaba los muros de la troje, entonces decidió al fin deshacerse de esa propiedad maldita.

Y Gioconda triunfaba a pesar de que las palabras de fray Bernardino rezumbaban ahora en sus adentros, a tal grado que desde que había salvado su última morada, comenzó a sentirse incómoda ahí.

CAPÍTULO XII

Hay enfermedades que sólo se curan con la muerte, hay amores que sólo se colman con el odio y hay finales que sólo terminan comenzando.

Las conclusiones suelen ser dolorosas, especialmente las necesarias. Sin embargo, de algún modo y por alguna razón que desconozco, el fin de algo es siempre el inicio de algo más. Así como la vida es una sucesión infinita de puntos cuya dirección puede variar a cada instante, lo mismo pasa con la muerte. En ambas, cada decisión es un futuro.

El fin que no termina.

Más allá de la continuidad y hasta de la perpetuidad a la cual me aferro, pensar que el pasado no vuelve, que algo no va a suceder de nuevo, que el tiempo es único e irrepetible, no hace más que sumergirme en la nostalgia. Es el poder de ese pasado al que todos nos doblegamos lo que limita el futuro, sin que nos demos cuenta que uno es parte del otro, y que por mirar demasiado al primero, acabamos renunciando al segundo.

La historia, al igual que mi historia, cuando se presenta en su forma más simple se repite en una espiral, a la que cada quien, vivo o muerto, materia o espíritu, aporta su pequeñísima nada.

Y en mi lento avanzar había llegado el momento en el que era necesario desaparecer. De pronto sentí la necesidad de emprender el camino hacia la nada.

Después de todo es en la nada donde todo se gesta.

Una parte de mí había llegado a tal grado de putrefacción que estaba amenazando al resto, y la muerte, como en el caso de los humanos, era mi oportunidad de transformarme. Pero hasta la muerte implica una cierta voluntad. Y por su propia voluntad, y sin más aviso que la irremediable materialización de sus deseos, Gioconda logró al fin irse de aquí. Y con ella una parte de mí pereció.

El edificio de mi troje, un pedazo tangible de mi ser, se encuentra ahora, el 5 de agosto de 2010, en el suelo, siendo el preludio de lo que puede suceder con el resto de mis construcciones. Temo que en un futuro más o menos cercano, este viejo Molino en que me he convertido, desaparezca por completo, y cuando tal cosa suceda tal vez lo único que quede plantado en la tierra donde me encuentro sea un letrero que indique que algún día estuve allí. O ni eso. O tal vez, y este pensamiento me provoca una esperanza, surja en cambio —en el mismo sitio que algún día ocupé y por la necesidad de transformación de los mismos seres que me crearon— un nuevo edificio, más magno y hermoso que el anterior. Una regia construcción que tal vez guarde en sus cimientos el recuerdo de los

míos, tal y como yo guardé en ellos los residuos del centro ceremonial sobre el cual fui construido, honrando así la antigua tradición de mi pueblo. Un pueblo que tiene por costumbre instalarse sobre su pasado, primero destruyéndolo y luego mitificándolo, usando para edificar sus catedrales las mismas piedras con las que siglos antes irguió los templos en los que adoraba a otros dioses. Y todo para que una vez más se fijen en este país dos memorias: una enterrada en su laberinto oculto y la otra, la que nos contamos.

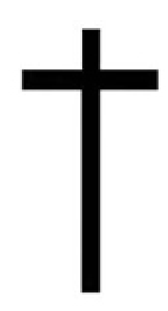
Pero de todas las lecciones que aprendí de la mujer que me poseyó y de los hombres que me tocó observar, guardo hoy la más valiosa: para vivir, pero sobre todo para vivir de nuevo, hace falta morir…

From: "Marcos Arias"
Date: Martes, 4 de agosto del 2010 10:08 a.m.
To: "Celeste Arias"
Cc: Undisclosed recipient
Subject: La muerte de Rafael Arias
Attach: memorí.jpg (143 KB)
Estimados todos,
Seguramente este mail les sorprenderá, pero sólo cumplo con las órdenes de mi abuelo que me encargó circular la noticia de su muerte, ocurrida esta mañana en Tacubaya, así como su última voluntad según verán en el alegato que me dictó hace unos días. Saludos cordiales.
Marcos Arias

*

Celeste titubeó durante varios segundos antes de hacer *clic* sobre el archivo adjunto. La noticia del deceso de su abuelo no le sorprendía. Esa muerte, que ninguna enfermedad había logrado adelantar, era producto del avance obligado e inexorable de la vejez. Rafael Arias, a sus noventa años de edad y en perfecto dominio de sus capacidades mentales, había anunciado su desaparición unos días antes, con la misma naturalidad de quien informa el resultado de un partido de tenis y con la misma seguridad de quien lo ha jugado. Conmovida, la familia completa se había reunido con él en varias ocasiones después de su aviso. Durante esas visitas, Rafael aparecía como siempre había sido: frío y distante, y nada había comentado sobre sus últimas voluntades. Por eso a Celeste le intrigó el correo electrónico que acababa de recibir de Marcos, su hermano, pero sobre todo le provocó curiosidad el extraño alegato que incluía. Su Blackberry, el aparato del cual no se separaba ni para dormir, tardó algunos minutos para abrir el mensaje, momentos en los que Celeste trataba de adivinar qué diablura se le había ocurrido a ese hermano suyo, un joven cuya vida era tan cibernética que prefería mantener sus relaciones en la pulcritud de la esfera virtual, antes que trasladarlas a la vulgaridad de la vida real. O por lo menos así parecía, pensó Celeste mientras

finalmente apareció en la pequeña pantalla el siguiente escrito:



Me permito informarles que el día de hoy, 4 de agosto del 2010 me morí.
De acuerdo a las instrucciones que dejé para este momento, en que ya debí haberme puesto al parejo con Dios, y con el certificado de defunción en la mano, estaré siendo velado en mi domicilio particular.
De ser posible ese mismo día, o a lo mucho al siguiente, deseo que me incineren y que entierren mis cenizas en el jardín de mi casa, para que el cura bendiga allí mi memoria.
Después de la ceremonia les pido a los invitados así como a todos los que se les ocurra venir, se dirijan a la troje del Molino de Santo Domingo, que espero mi nieta me preste por esta única vez. Allí deseo que comience la fiesta: que haya tacos, quesadillas, tortas, pambazos, mucha comida y bebida a tutiplé, cervezas, cubas, tequilas, rones, vinos españoles y franceses, refrescos y aguas de sandía y jícama, que fueron mis favoritos en vida.
Quiero que todos se diviertan como si yo no estuviese allí,
A mis hijos, nietos, hermanos, parientes y amigos mi agradecimiento por haberlos tenido, y también por cumplir con mi última voluntad…
ATENTAMENTE
Rafael Arias Imana
Por favor no envíen flores.

*

¿Qué broma era ésa? ¿Una fiesta en un entierro? ¿Y en el de Rafael Arias? Pero si su abuelo no había organizado una sola reunión, ni social ni familiar, en toda su vida; vaya, ni siquiera se dignaba a asistir a las que era invitado, y ahora resultaba que iba a hacer una, de muerto. ¡¿Y en la troje?! Celeste se preguntaba cuáles podían ser las intenciones de ese hombre extravagante, que actuaba siempre misteriosamente y cuya característica principal era el constante estado de enojo que lo acompañaba. Pero al recordar la conversación que sostuvieron en la troje y el secreto que prometió revelarle a su muerte, su corazón se aceleró.

Cuando había recibido el correo, acababa de entrar a su oficina, que se encontraba a un lado de su nueva casa, relativamente cercana al molino, por lo que se apuró a dejar sus pendientes resueltos para poder irse rápidamente. Eran poco más de las diez de la mañana, aún temprano para un velorio, así que prefirió no llamar a ningún familiar y mejor presentarse directamente con ellos. Después de todo no había mucho que decir, pensó, más que constatar una vez más que la vida

no es eterna y ver de qué manera le iban a cumplir al abuelo sus caprichos. Apenas estuvo lista se dirigió en su auto hacia el molino. En el trayecto se enteró por el radio que el tráfico de ese viernes de quincena, lluvia y manifestaciones había comenzado desde temprano. Un frente húmedo proveniente de la ciudad costera de Tampico, en cuya región llovía ininterrumpidamente desde hacía casi una semana, había provocado dos días de intensos temporales también en la Ciudad de México. Inundaciones, desbordamiento de presas y ríos citadinos, además de deslaves en zonas de riesgo, habían sido reportadas desde la madrugada en la para entonces enloquecida capital.

En los últimos tiempos en México había llovido, y no sólo agua. Primero fue el turno de las repercusiones por la crisis económica mundial aunada a la enésima devaluación del peso; luego la epidemia a causa de una gripe letal y desconocida; enmedio de las dos, la guerra entre los cárteles del narcotráfico se había intensificado, con una lista inmensa de homicidios; después la sequía, que condenó a la ciudad a la penuria de agua y al campo a enormes pérdidas. Y ahora, como si lo anterior no hubiese sido suficiente, el desquiciamiento de la ciudad y del campo a causa de las paradójicas inundaciones que parecían burlarse de las sequías de hace apenas unas semanas.

En medio de ese fino y tupido aguacero, Celeste llegó al Molino después de la hora y media que le tomó transitar un trayecto que en condiciones de fluidez hubiera tomado diez minutos. Se estacionó en la siempre plácida plaza, bajó del auto, abrió el paraguas y esquivó los charcos formados en los hoyos del empedrado hasta que se encontró frente a la casa de su abuelo. La puerta de la reja que daba a la plaza siempre estaba abierta, así que entró entornando nuevamente el cancel, para dejarlo tal y como lo había hallado. Tocó la campana que se encontraba a un lado de la puerta de acceso y un mozo le abrió para conducirla hasta el salón de estar. Allí se encontraban ya sus padres, su hermano Marcos, sus tíos, primos, varios parientes lejanos y algunos amigos cercanos a la familia. Saludó apresuradamente y se disculpó por la tardanza. Después de las formalidades, donde se enteró que Rafael Arias se había ido de este mundo tranquilamente mientras dormía, pidió permiso para subir a la recámara del abuelo, quien aún yacía en su cama. Quería darle el último adiós.

Rafael Arias dormía en la misma recámara que había compartido con su esposa Matilde, fallecida varias décadas antes; en la misma cama en donde Jorge Arias, su padre, dormía con Ángela, su mujer; en el mismo sitio en donde Giminiano sedujo en su juventud a las tantas jóvenes que se dejaron convencer y donde Gioconda solía llorar en sus noches solitarias. Allí, a los pies de la cama y frente al cuerpo gastado del abuelo, que se había encogido de tal manera que su cabeza, girada hacia un lado, parecía el pistilo de una flor marchita, Celeste se

estremeció. Y recordó la muerte. Pensó por primera vez que nunca más volvería a ver a ese reducido individuo cuyos cromosomas vivían en ella. Ese ser que, de algún modo y sin que fuera posible evitarlo, era parte de ella. Pensó que, después de todo y a pesar del desapego con el que siempre la trató, era él, así como sus demás ancestros hasta llegar a sus padres, quienes les habían dado la vida. Sus decisiones de procrear con una mujer específica, su preferencia por depositar sus partículas de semen en un determinado útero y no en ningún otro, habían determinado que ella estuviera aquí. Y ella había sido él, y todos los otros genes que la componían. A Celeste nunca le habían interesado mucho sus antepasados, ese mosaico de personas que constituían su identidad siempre le había parecido irrelevante, pero ese día reflexionó sobre la combinación de casualidades que genera una determinada existencia. Incluso llegó a formularse las eternas preguntas que se ha hecho el ser humano desde su creación: ¿por qué uno nace?, ¿por qué vive?, ¿por qué procrea?, ¿por qué muere? Tal vez pensaba en todo esto porque estaba embarazada y cargaba en su vientre, desde hacia apenas tres meses, una criatura para quien ella misma se convertiría en su pasado. Después de más de una década de haber renunciado a cualquier contacto sentimental, un introvertido y apuesto músico seis años menor que ella, había logrado seducir su corazón adormecido, pero no con palabras ni besos, sino con las melodías de su saxofón. Le había conmocionado escuchar ese pedazo de alma que brotaba de sus pulmones y que, limpio de toda hipocresía, traspasaba cualquier barrera para depositarse en sus sentidos. Fue la música, que al igual que la vida carecía de lógica pero poseía precisión matemática, la que domesticó a la serpiente, ahora encantada con su faquir y con el resultado último de ese amor. Celeste se conmovió y pensó que era sin duda curioso que un nuevo ser viniera al mundo justo cuando otro se iba, en una suerte de relevo generacional en donde la vida tenía que continuar, y para continuar tenía que comenzar de nuevo. Y, ¿no era acaso nacer un eterno volver a empezar?

Para entonces, Celeste se había resignado al fracaso de su proyecto en la troje, propiedad que no había logrado vender ni siquiera como un solo predio, es decir, olvidando sus pretensiones inmobiliarias… y eso que había intentado todas las opciones, hasta las más absurdas: se la había ofrecido, a través de la agencia de bienes raíces que puso a cargo de su promoción, a los vecinos de Santo Domingo, para que eventualmente la compraran entre todos y la convirtiesen en un área de esparcimiento del residencial; a la delegación, para que estableciera ahí un Centro de Desarrollo de la Familia; al Instituto Nacional de Antropología e Historia, para que lo volviera museo; a un grupo de artistas que necesitaban espacios para

sus talleres de grabado y cerámica; a un coleccionista de arte contemporáneo, excéntrico y multimillonario, que se había interesado en adecuar esos muros para que albergaran su residencia y su costosísima selección de piezas e instalaciones conceptuales; a los rapaces desarrolladores inmobiliarios que a pesar de la crisis tuvieran disponibilidad económica. Celeste había bajado el precio, al grado de que resultara irrisorio con tal de que algún tipo de venta se consolidara, pero nada. A estas alturas le daba igual lo que sucediera con ese lugar, lo único que tenía claro era que no quería ser su dueña. Debido a la estricta lógica de su pensamiento nunca había admitido que la razón por la cual estaba dispuesta a malbaratar una propiedad, que representaba su más grande patrimonio, respondía simple y llanamente al miedo que le infundía ese sitio y a todas las vicisitudes que, aún sin decirlo, le imputaba haberle causado. Celeste jamás comentaba nada al respecto, pero le había quedado claro que, a partir del momento en que dejó a la troje en la paz de su abandono, su vida había mejorado considerablemente. Ahora tenía salud y trabajo a pesar de la adversa situación económica general y un nuevo amor que pronto se convertiría en el padre de su hijo.

Celeste se había encargado, junto con su hermano Marcos, de la organización del extraño evento que tendría lugar en el sitio que seguía siendo suyo, aún en contra de sus deseos. Ni el Jardín Encantado ni la troje tenían luz eléctrica —este servicio había sido cortado por falta de pago—, por lo que su padre decidió que tanto el entierro de las cenizas como la ceremonia, que nadie sabía bien cómo nombrar, se llevarían a cabo hasta la mañana siguiente. Celeste, a causa del tráfico, la lluvia y los demás horrores citadinos, optó por quedarse a dormir, o más bien a velar al abuelo, en su casa, junto a su familia. Ni un minuto dejó de llover esa noche y ni un minuto dejó de estar ella incómoda. Hacía mucho tiempo que no dormía en el molino y hacerlo en la casa que desde niña le causaba temor, ahora principalmente por los recuerdos que allí se anidaban, la puso nerviosa. Además, esa morada se encontraba exactamente arriba del departamento en el que había muerto su marido. Sitio que seguía estando vacío desde que lo había desocupado, pues nadie se había atrevido a rentarlo después de la desgracia. Por más que trató de pensar en su bebé y en el padre de éste, que se encontraba en esos momentos de gira con su cuarteto de jazz por Europa, no lograba concentrarse en la vida que llevaba dentro, ni en la que le esperaba fuera del molino. Sus pensamientos regresaban irremediablemente a la muerte. A la de Rafael, a la de Carlos y a la suya propia.

Sólo cuando amaneció, sus angustias se disolvieron en la cotidianidad de las rutinas básicas. Desayunó junto con su desvelada familia en el vetusto comedor de la residencia que había sido de

Gioconda, mientras que el cuerpo de Rafael Arias, hijo de Jorge y Ángela, salía del molino, cruzaba la avenida Observatorio en dirección del Panteón de Dolores, pasaba frente al paredón donde José Crescencio González Núñez citara a duelo a José Yves Limantour, para llegar finalmente al crematorio, en donde ardió largamente en el fuego de todos los tiempos, convirtiéndose poco a poco en cenizas.

A pesar de la lluvia que seguía cayendo, las órdenes del abuelo fueron ejecutadas, tal y como él las dictó: la urna fue enterrada cerca de la tumba de Gioconda, en un sencillo sepulcro de una sola placa de mármol blanco. En ella fueron colocadas las letras de bronce con la inscripción solicitada, que consistía en el verso final del poema de José Gorostiza “Muerte sin fin”. Celeste desconocía el gusto de su abuelo por la poesía, así como muchas otras cosas acerca de ese enigmático señor que no dejaba de sorprenderle, incluso con un sentido del humor que nunca le hubiera atribuido.



Aquí yace
Rafael Arias Imana
1915-2010
“Mi muerte me está
acechando Me acecha, sí, me enamora
Con su ojo lánguido.
¡Anda putilla del rubor helado,
Anda, vámonos al diablo!”
Y allí nos fuimos…

*

Bajo la lluvia, algunos curiosos, otros tantos gorrones y prácticamente todos los habitantes del molino se dirigieron al extravagante convite organizado en el recinto de la troje. El desolador estado de este monumento, o más bien de sus restos, abandonados y sin recibir mantenimiento, no se percibía desde el exterior, desde ahí se apreciaba tan sólo la imponente fachada. Por lo que, cuando el cortejo entró, todos los presentes se asombraron, Celeste incluso, de las cada vez más deplorables condiciones en las que se encontraba el inmueble. Los muros, construídos para ser recubiertos, conservaban las grandes piedras macizas que los componían, pero al estar sus amalgamas expuestas a los factores metereológicos y al simple paso del tiempo, se estaban desmoronando. Varios pedazos de muro estaban socavados; las vigas llevaban tiempo marchitando en el suelo y la mala hierba ya no se limitaba a crecer en el jardín. Muros, pisos y hasta el techo de la casa estaban llenos de musgo y plantas. La casa misma, en la cual se había refugiado Gioconda al ver llegar a la comitiva, y que solía estar en mejores condiciones que el resto de la propiedad, aparecía visiblemente deteriorada. La experiencia de entrar en la troje en esos días podía compararse a visitar el interior del cuerpo de una anciana que en otra época había sido hermosa, pero que en la actualidad sólo alcanzaba a disimular su apariencia externa, pues sus vísceras eran carcomidas por el incurable mal de la vejez. En pocas palabras: la troje se había convertido en una ruina.

La gente, tal vez por la curiosidad de entrar a ese vestigio

prohibido, tal vez por la perspectiva de la supuesta fiesta a la que habían sido convidados, continuaba llegando a pesar del mal tiempo. Los paraguas oscuros chocaban unos contra otros en un cortejo que se movía perezoso, como un rebaño descarriado en busca de un pastor. Nadie entendía cuál era el propósito de esa reunión que pretendía ser festiva, por lo menos según la petición de su ausente protagonista, pero cuyo ambiente, de vahos y negros, era en cambio tenso y ralo. No había donde resguardarse pues la casa desde donde Gioconda observaba a los renovados entrometidos, entre los cuales había varios muertos que para combatir el aburrimiento de sus estancias no se perdían ni bodas ni entierros, estaba cerrada y de todos modos hubiera resultado insuficiente para abrigar a ese gentío. Pero a pesar de la lluvia, los meseros, que Celeste había contratado para cumplir con todos los caprichos del abuelo, continuaban circulando con impermeables y plásticos encima de las charolas, en las que ofrecían bebidas y bocadillos.

Marco llamó a su hermana a un lado y le enseñó la carta que Rafael le había pedido leyeran juntos durante su fiesta. Celeste buscó las llaves de la casa en su bolsa, abrió la puerta algo oxidada y lo invitó a apartarse al interior, sin imaginar que José Crescencio había entrado con ellos. Celeste se acomodó en la única silla que había allí y Marcos comenzó a leer en voz alta:

Queridos nietos, les extrañará encontrarse aquí, adentro de estos muros. Agradezco antes que nada a Celeste por habérmelos prestado y espero que mis palabras la ayuden a encontrarles su justo destino. Este lugar, al igual que el resto del Molino donde viví siempre, remonta a un pasado muy lejano. A menudo el pasado tiene sobre nuestras vidas una gran injerencia que entre más ignoramos, más se manifiesta. Tal y como sucede con la historia, si no logramos entenderla está destinada a repetirse, hasta que nos aniquile con su potencia. Voy a revelarles mi pasado: para que se liberen de él, como espero hacerlo yo. Mi padre, Jorge Arias, vivió un largo pleito con su rival jurado, Giminiano González Núñez. Probablemente ahora, en el lugar donde me encuentro y donde tal vez también estén ellos, me habré arrepentido de ventilar secretos que no me pertenecen. Pero cuando decidí hacerlo pensé que era la mejor manera de irme de este mundo con valentía. Los guerreros aztecas creían que lo único que contaba en el inframundo era la forma en que morían, sin importar lo que hubiesen hecho a lo largo de su vida, sólo serían honrados si lograban tener una muerte valiente. Siempre me gustó esta forma de rescatar las propias acciones a través de una sola redención final, al propio cargo. Pero volviendo al pasado, creo que confrontarlo es también un acto audaz y eso me dispongo a hacer. Cuando era niño, oí sin querer una conversación entre mis padres, Jorge y Ángela Arias, en la que descubrí que mi verdadero dador de vida era precisamente el peor enemigo de mi papá: Giminiano González Núñez. También supe entonces que mi madre, quien fue su amante, había sido perdonada por mi padre por esa traición de la que se arrepintió tanto, y concluí que si los principales interesados preferían olvidar ese suceso, yo, que les tenía una gran devoción, no tenía por qué recordarlo. A causa de mi decisión, crecí sumergido en el desprecio —reflejo del que mi padre oficial sentía— por alguien que, al fin y al cabo, era mi progenitor. Y de eso se trató mi vida, de manifestar en los modos más variados e inconscientes, el enojo que me provocaba tener que negarme a mí mismo. Lo asombroso es que años después, cuando me empeñé en profundizar sobre ese y otros secretos de la familia, me enteré que tampoco mi padre biológico, Giminiano, era hijo de quien creía ser y que él, como yo, también lo sabía y no hacía nada para confrontarlo. Al parecer Gioconda Cattaneo de González Núñez, su madre, sostuvo una breve relación extramarital con José Yves Limantour y Giminiano era el producto de esa unión. Esto según una carta que éste último le escribió a su padre sin mandársela, pues la encontré poco después de su muerte, bien guardada adentro del cofre que apareció en una

excavación que ordené y que contenía unas monedas de oro que les estoy dejando en herencia. Lo más curioso es que casualmente me enteré más tarde de que es posible que tampoco Limantour sea hijo de quien creía ser. Algunos de sus descendientes, que eran mis amigos, aseguran que en las largas ausencias de su padre Joseph, quien viajaba constantemente por los mares, fue traicionado por su esposa Adèle con un comerciante de origen judío, cuyo nombre no quisieron revelarme, pero de quien, según ellos, José Yves habría heredado el agudísimo sentido para los negocios. Pero no los convoqué aquí para reconstruir mi árbol genealógico, ni para juzgar ni esta historia ni ninguna otra, sino para comprender sus repeticiones que no cesan con el olvido, sino con el perdón. Mi única intención el día de hoy es perdonar y perdonarme, y que de paso esto sirva a modo de exorcismo para liberar un lugar que está habitado por mucho coraje, al que contribuí involuntariamente a crear. Con la edad uno cambia, y confieso que al final de mi vida mi corazón tenía muchas ganas de ablandarse, pero me faltó el valor para conseguirlo y por eso ahora intento reivindicarme. Los quiero. Perdónenme tantos silencios. Su abuelo.

Ambos nietos se quedaron perplejos. A Marcos se le salió una lágrima por esa repentina declaración de cariño. Celeste en cambio trataba de comprender el sentido oculto del comunicado, mezcla filosófica entre materialismo y existencialismo. Pero no entendía, ¿qué podía importarle a ella de quién era hijo su abuelo? No alcanzaba a aprehender lo que Rafael, gracias a su perspicacia y sensibilidad, solamente había llegado a intuir: que la troje estaba poseída por un espíritu que necesitaba perdonar.

*

Apenas Gioconda escuchó las palabras de Rafael, comprendió lo que significaban: Celeste y Marcos eran sus descendientes y no los de José Crescencio, como siempre había creído. Al enterarse de ello se aproximó a sus vástagos para observarlos mejor. Una vez cerca de Celeste, probablemente sugestionada por lo que acababa de descubrir, le encontró incluso un cierto parecido con ella, pero sobre todo percibió el embarazo de su tataranieta. Se acordó de cuando cargaba a Giminiano en su panza, evocando sus tantas emociones acerca de la maternidad, así como todos esos afanes y delicias que el cuerpo le había dado.

José Crescencio también observaba con tristeza a los jovenes que había sentido suyos. Lo que no esperaba es que cuando Gioconda volteó le compartiera su momento de claridad:

—Ahora me acuerdo: fui yo la que ultimó tu obra. —Le confesó, dejando a José Crescencio aún más desconcertado de lo que ya estaba. Gioconda recordó entonces cómo salió corriendo del comedor del molino y cómo su marido la alcanzó, justo al lado del pozo que se encontraba cerca del patio, para ponerle las manos en la garganta mientras le preguntaba furibundo, ¿quién era el padre de Giminiano? Cuando ella volvió a negarse a darle respuesta, él la aventó al murete del pozo y volvió a apretarle el cuello, ahora con todas sus fuerzas. De tanto que José Crescencio la sacudía y empujaba, el cuerpo de Gioconda, cuya mitad superior ya colgaba en el vacío del pozo, acabó por caerse. El conde, que estuvo a punto de precipitarse con ella, se asustó tanto del alcance de su ira que salió corriendo. Hasta allí José

Crescencio estaba al tanto de lo que sus acciones habían provocado, lo que no imaginó es que una vez en el agua, Gioconda, aún atolondrada por los golpes y raspones que se dio al rozar con las angostas paredes del pozo, alcanzó a tomar en sus manos la cuerda de la que colgaba una cubeta y que si hubiera jalado hubiera podido llevarla nuevamente a la superficie. Pero fue entonces que tuvo el momento de desesperación que prefirió olvidar durante tantos años. Al sentirse atrapada, tanto física como emocionalmente, en una situación que le parecía sin salida, se dejó vencer por un desamparo que nunca antes había sentido y en un arranque incomprensible soltó la cuerda que la condenó a ahogarse.

Al escuchar este relato, José Crescencio se sintió culpable de muchas otras ofensas hacia su mujer y le pidió perdón. Al verlo arrepentido, ella también hizo lo mismo. Fue así como el conde se esfumó en el recuerdo de ella y Gioconda supo que lo único que le faltaba ahora era perdonarse a sí misma.

*

Después de un ruidoso trueno, el cielo se abrió, liberándose de la nube densa y gris que lo oprimía, unos rayos de sol traspasaron las pocas y cándidas nubes que quedaban y apareció un arcoiris. Lo que menos esperaba Gioconda en esos momentos era volver a ver a Gia. La pequeña, que estaba igual de blanca que cuando estaba viva, le sonreía a su amiga desde la luz. En esa repentina aparición le dijo con su voz dulce:

—Tienes que encontrar las ganas de vivir, y una ilusión en la cual irte. Es el requerimiento indispensable para que un suicida pueda reencarnar…

—Pero tú… ¿dónde estabas? —balbuceó Gioconda.

—En la luz.

Y entonces, despojada de su mentira, del recuerdo y de sus peores sentimientos, y después de más de un siglo de no hacerlo, Gioconda extrañó su cuerpo y sintió el apremiante deseo de volver a experimentar amor, así como todas esas sensaciones que lo acompañan y a las que había renunciado. A partir de ese momento vivir, reincorporándose en la piel de alguien se convirtió en un imperativo para ella, y para conseguirlo, abrazó, sensual y lisonjera, a Celeste, que al sentir el apapacho de algo más que el discurso conciliador de su abuelo, se rindió ante los sentimientos que estaba probando. Gioconda aprovechó la confusión de ese instante de ternura mutua para introducirse en el útero de su descendiente, que fue sacudida por un cólico. Entonces la troje, despojada de la fuerza que la había mantenido de pie, perdió el enojo que la sostenía y comenzó rápidamente a perecer. Para cuando Gioconda acabó de instalarse en el cuerpecito que crecía en la placenta de Celeste, Gia había

desaparecido, el cielo había vuelto a oscurecerse y Celeste y Marcos habían sentido la urgencia de salir de la casa en donde se encontraban. El temporal arreció y el muro de la fachada principal se debilitó al grado de que el repentino granizo que estaba cayendo lo obligó a su vez a ceder. Bajo la mirada sorprendida de los asistentes, que no podían creer que semejante tamaño de edificio se estuviera derrumbando frente a sus ojos, el muro más largo de la crujía se vino abajo. Cuando éste terminó de caer empezó el de su lado más corto que, falto del apoyo que le daba el primero, se desplomó ruidosamente pero sin heridos, llevándose consigo la casa que tenía adosada y que era sostenida a su vez por el único muro medianero. Las piedras caídas, como partículas de polvo que hubiesen vuelto a su origen, quedaron desparramadas en el piso, con la esperanza de que pronto algún otro ser les volviera a dar vida.

EPÍLOGO

A Celeste, que ni cuenta se había dado de que algo se había introducido en su panza, el colapso de la troje le pareció una calamidad más, pero como a menudo sucede con las catástrofes, no imaginaba que escondiera una bendición: al poco tiempo del citado derrumbe recibió una generosa oferta de compra del que era ahora terreno baldío por parte del Gobierno capitalino. Dicha autoridad, consciente de las simbólicas raíces del lugar, que representaban la fusión de dos mundos, tenía la intención de construir allí un edificio conmemorativo del Bicentenario de la Independencia y de la Revolución, que se celebraría ese año. El sitio era ideal para llevar a cabo tal proyecto por varias razones: urbanísticamente estaba cerca de las más importantes arterias; la calidad del subsuelo era excelente; tenía una extraordinaria vista del Valle; la ley permitía las más amplias posibilidades en cuanto a densidad y uso se refería. Y un plus: las antiguas piedras de la Troje se usarían para hacer una representativa escultura del encuentro de dos mundos y la separación de los mismos, así como de la victoria de la justicia social, los dos emblemáticos episodios de la historia de los mexicanos.

Una vez concretadas las gestiones de la venta, Celeste tomó un avión rumbo a Italia, para alcanzar en su gira al padre de su hijo. Decidida a que el pasado fuera arrollado por el futuro, tal y como la antigua Troje sería arrollada por la modernidad, se zambulló en el presente, el principal creador del porvenir. Pero tal vez porque ahora cargaba un poco más de Gioconda en sí misma, una vez que llegó a Roma acabó por rendirse al encanto de sus raíces olvidadas, pues ya había averiguado de donde provenía Giminiano y convenció a Antonio, su adorado músico, de que la acompañara a Nápoles. Allí visitaron la Villa Vesubiana donde habían vivido los Cattaneo y que estaba abierta al público según el programa del organismo a cargo de proteger dichos monumentos. Lo que no imaginó fue descubrir que Giminiano estaba enterrado en la cripta familiar en el parque de la villa. Celeste desconocía muchas cosas de ese ancestro suyo, entre ellas que su último deseo había sido hacerse enterrar en Nápoles, ciudad donde pasaba sus veranos. Fue el cicerón quien los llevó hasta el sepulcro, una elaborada construcción con portal barroco e interior neoclásico. En uno de los casetones, que se podían ver sin entrar al templete, un garigoleado trabajo de bajorrelieve recitaba el nombre completo de ese antepasado recién restituido. Celeste quedó perpleja

de encontrarse así, tan casualmente, con otro muerto de su corolario de herencias. Y más perpleja quedó cuando se enteró vía internet que habían surgido tantas voces en contra del proyecto que el gobierno pensaba hacer en la troje, que éste había acabado por abortar la iniciativa: el Bicentenario no podía celebrarse en una propiedad que fue de Cortés, alegaban algunos; un edificio demasiado moderno no parecería mexicano, decían otros, mientras los vecinos se quejaban que les iba a hacer sombra... Entonces fue cuando Celeste tuvo la certidumbre de que no eran las adversas circunstancias del destino, ni la recurrencia patria a no conseguir acuerdos, si no que la troje, o las piedras que quedaban de ella, estaban definitivamente embrujadas.

Celeste continuó el viaje con Antonio y su grupo que se presentó en París, mientras se deleitaba escuchando la música que la había seducido y en sus ratos libres, todavía curiosa por saber más acerca de sus antepasados, leía la biografía de José Yves Limantour. Una vez en París, en un esfuerzo por reconciliarse con todos los muertos de su vida, visitó la tumba del depuesto ministro, que según el libro estaba ubicada en el cementerio de Montmartre Nord, en la división 29 de la línea 11. Cuando ella salió del hotel donde se hospedaban, Antonio aún dormía, exhausto después del concierto de la noche anterior en el que tocó por primera vez la melodía *Fantasmas,* una pieza que le había compuesto a su mujer, alegándole que los espectros son como los sonidos, están adentro de uno y sirven para ver las cosas de un modo diferente al que si no estuvieran.

Era uno de esos días soleados como hay pocos en París. El cielo no tenía una sola nube y la intensidad de los colores era tal que Celeste comprendió porque le decían “Lutecia”, la Ciudad Luz. Llegó al camposanto rápidamente y una vez dentro de sus muros, caminó entre los muertos hasta que encontró la tumba que buscaba. Después de depositar una ofrenda de flores en la sobria lápida de mármol negro, se quedó pensativa observando la inscripción esculpida ahí.

26 décembre de 1854 - 26 août de 1935
José Yves Limantour
“Je suis la reéurrection et la vie. Celui qui croit en moi fût-il mort vivra”*
*”Yo soy la resurrección y la vida. Quien crea en mí aunque muera vivirá.”
Saint Joan XI:25

Gioconda, emocionada, le acarició dulcemente el vientre a su ahora madre y ella se acarició a su vez la panza. Ansiosa por compartir con Antonio el pensamiento que le había cruzado la mente, Celeste sacó de la bolsa su celular y redactó un mensaje.

REDACTAR TXT MSG SMS
Antonio
Tenías razón, los fantasmas son como los sonidos, los inventamos para soportar la vida, pero sobre todo la muerte…
Te veo chez André cuando despiertes. T. Q.

NOTA DE LA AUTORA



Tal vez porque mi oficio favorito es el de contar mentiras, aunque a veces resulten más verdaderas de las que no lo son, cuando escribo tiendo a ver la realidad tan sólo como una fuente de inspiración. En el caso de *Heridas de agua,* no era mi propósito recrear de manera fehaciente los hechos sino elaborar una novela, pero con el fin de darle más veracidad a los momentos históricos que menciono y de construir una trama mejor sustentada me valí de hechos, documentos y personajes reales que solamente por estar aquí se convirtieron en ficción.

Después de esta premisa caben algunas aclaraciones. El molino de Santo Domingo se ubica en la Ciudad de México y tiene su acceso a través de una calle pública entre la avenida Observatorio y el Anillo Periférico. Es hoy en día parte de una zona residencial en la que viví durante más de diez años. En su historia mezclé varios hechos aderezados por una considerable dosis de fantasía. Su troje principal se encuentra, ahora mismo y desde hace más de medio siglo, en el abandono, a pesar de los esfuerzos de sus propietarios por encontrarle un uso adecuado. Gioconda Cattaneo y José Crescencio González Núñez son producto de mi imaginación y lo único que utilicé de las familias en donde los implanté, además de sus apellidos, son algunos aspectos históricos. Fortunato, Margherita y Angela Imana llegaron efectivamente a México gracias al primer contrato que firmó la empresa italiana Rovatti con el gobierno mexicano en 1881 (aunque en mi texto cambié la fecha de su llegada por 1886). Sus señas aparecen en los enlistados para la revista de *Comisario de la Colonia Manuel González* de junio de 1885, donde Margherita tiene el apelativo de loca (entre paréntesis y a un lado de su nombre). Esta connotación me intrigó pero no encontré ninguna otra información sobre ella o sus familares, por lo que todas las viscisitudes que vertí en este texto a su respecto son puros inventos. José Yves Limantour,

ministro de finanzas de México de 1893 a 1911, no tuvo una relación comprobable con el molino, ni con ninguna otra mujer que no fuera su esposa. Si me permití hacerlo vibrar según las necesidades de tensión de esta trama, fue con la condición de que por lo menos las referencias a su vida pública fueran fidedignas. Ignacia Arias es un personaje ficticio, sin embargo sus gestas en Río Blanco fueron inspiradas en las de las mujeres inconformes de esa fábrica. Fray Bernardino de la Mora es un fantasma que aparece de vez en cuando en el molino y por mi capricho se llamó así. El capitán Jean Pierre Gillet es un fantasma ficticio, aunque la armada francesa efectivamente usó la troje del molino como hospital durante la intervención que llevó a cabo en México de 1862 a 1867. Carlo de Fornaro fue el reportero que cubrió los acontecimientos ocurridos en Río Blanco en 1907 por cuenta del periódico *El Diario.* Posteriormente fue encarcelado en Nueva York, acusado de difamación por parte de Rafael Reyes Spíndola, titular del periódico *El imparcial,* quien al parecer actuaba por cuenta de Limantour. Giuseppe Garibaldi fue uno de los soldados convocados por Francisco I. Madero para conformar su ejército revolucionario y comandaba la Legión Extranjera. Sus andanzas son reales, así como lo son las de uno de los héroes favoritos de la Revolución Mexicana: Francisco Villa. Todos los demás personajes pertecen a la amplia esfera de mis delirios y cualquier parecido con personas reales tanto del pasado como del presente, es mero producto de la coincidencia.

Por otro lado, el obsesivo uso de documentos, que intercalé a lo largo de todo el texto, tiene por objetivo de comprobar cómo la palabra escrita ha influenciado, y seguirá haciéndolo, nuestras vidas. Sus formas de divulgación podrán evolucionar, mas afortunadamente dudo mucho que desaparezca. Y eso para un escritor es una excelente noticia.

Es importante precisar que los documentos aquí reproducidos son inventados, si bien algunos fueron inspirados por documentos que consulté a lo largo de mis investigaciones. El artículo de *El Diario* del 9 de enero de 1907 está copiado integra y textualmente, aunque tan sólo transcribí su encabezado. También la carta de dimisiones de José Yves Limantour es fiel al texto original, tal y como aparece en su autobiografía. La calavera revolucionaria es un fragmento de un original del caricaturista José Guadalupe Posadas. La inscripción en la lápida de José Yves Limantour, así como su ubicación en el cementerio parisino, son reales.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Tacubaya Pasado y Presente, Volumen I y II, de Celia Maldonado y Carmen Reyna, Colección Ahuehuete, capítulo "Los Molinos de Tacubaya", de Leonardo Icaza Lomelí; *Tacubaya en la memoria* de Araceli García Parra y María Martha Bustamante Hartush (Editorial Tu ciudad Barrios y Pueblos); *Historia de la vida cotidiana en México IV El siglo XIX* coordinado por Anne Staples (Fondo Cultura Económica); *Mansos, mensos y hospitalarios (aprendiz de mesonero),* de Iñigo Laviada (Editorial Diana); *Italianos en México,* de José B. Zilli Manica (Ediciones Concilio); *Limantour,* de Carlos Díaz Dufoo, Editor: Eusebio Gómez de la Puente); *José Yves Limantour,* de Alfonso de María y Campos Castelló, Editado por Condumex; *Apuntes sobre mi vida pública,* de José Yves Limantour (Editorial Porrúa); *El exilio. Un relato de familia,* de Carlos Tello Díaz (Editorial Booket); *Vida de Fray Servando,* de Christopher Domínguez Michael (Ediciones Era); *El Mundo Ilustrado de Rafael Reyes Spíndola,* de Antonio Saborit, Editado por Grupo Carso; *Díaz czar of Mexico: an arraignament,* de Carlo de Fornaro, Editado por la Universidad de California; *1911, la batalla de Ciudad Juárez,* I, de Miguel Angel Berumen (Editorial Cuadro por Cuadro); Artículo "The great Garibaldi fights in Mexico", *New York Times,* 28 de mayo de 1911, por Edward Marshall; *Pancho Villa,* de Paco Ignacio Taibo (Editorial Booket); *Tiempo de México. Primer Época de octubre de 1807 a junio de 1911* (Editado por la SEP); Colección Porfirio, Tomo *El derrumbe,* de Enrique Krauze y Fausto Zerón-Medina (Editorial Clío); *La Divina Commedia.* Canti scelti, de Dante Alghieri, (Dover Publications Inc); *La huelga de Río Blanco (1907-2007),* de Bernardo García Díaz, Editado por el Gobierno del Estado de Veracruz y la Comisión Estatal del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución Mexicana; *Textiles en el Valle de Orizaba (1880-1925) (cinco ensayos de historia sindical y social)* de Bernardo García Díaz, Editado por el Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Veracruzana; *La muerte en el impreso mexicano,* de Mercurio López Casillas, (Editorial RM Museo Nacional de Arte).

AGRADECIMIENTOS

A Jesus Andreu, Óscar Castro y Miguel Angel Echegaray, cuyas mentes privilegiadas le hicieron al presente libro grandes aportaciones.

A Doris Bravo por haber sido por muchos años mi editora favorita, por sus tantos consejos y las vivencias compartidas.

A Guillermo Bustamante, cuya invaluable e incondicional ayuda, pericia y paciencia fueron indispensables para terminar este texto.

A Estrella Ceniceros, por confiarme el proyecto de la regeneración de la troje del molino de Santo Domingo, lo que contribuyó a que escribiera *Heridas de agua.*

A Victoria Clay y a Wade Lege por visitar conmigo la colonia "Manuel González", y por haber buscado el antiguo Sanatorio en la ciudad de Orizaba desde donde, en 1875, una mujer desterrada por su marido, le escribía febriles cartas a su "Queridísimo Pepe mío". Una correspondencia que fue mi inspiración.

A Carlos Couturier y a su padre, q.e.p.d., por la hospitalidad y cariño que me brindaron en su rancho veracruzano de Martínez de la Torre, en donde descubrí la odisea de los inmigrantes italianos y franceses que llegaron a México en el siglo XIX.

A Aldo Curzio, el insustituible asesor oficial de mis escritos, quien además de tener uno de los cerebros más brillantes que conozco y de ser uno de mis amigos más entrañables, es el creador de la voz del molino.

A Adolfo Desentis, q.e.p.d., por compartirme toda la información que había recolectado sobre el molino de Santo Domingo.

A Carlos Durán, un servidor público cuyo profesionalismo durante la tramitación de los permisos del proyecto de regeneración de la troje fue reconfortante.

A las familias Alemán-Koydl, Burillo-Alemán, Del Fabbro-Piuzzi, Fernández-Abreu-Fitzgerald, Lucchetti-Pascoli, Carolina Von Humboldt y Priscilla Viglietti, quienes me rodearon de afecto durante el proceso de escritura de este libro, así como en uno de los momentos más difíciles de mi vida, la muerte de mis padres.

A Mónica Garza, mi amiga de tantos, tantos años, por brindarme su apoyo y el consejo de la hermana que no tuve.

A mi querida Gisela Galicia, porque además de bendecirme con su amistad, no tuvo empacho en brincarse conmigo la barda de Río Blanco.

A Ignacio Gómez-Pimienta y a Antonio del Valle, por permitirme

el acceso a la fábrica de hilados de Santa Rosa en Orizaba.

A mi amigo Carlo de Gregorio Cattaneo, Príncipe di Sant’Elía, quien se resignó, alegre y generosamente, a que usara su ilustre apellido, con la sola condición de que precisara que mis personajes son inventados.

A Diego de Yturbe, por el parecido físico con su tatarabuelo José Yves Limantour y por haberme dado el simbólico permiso de reinventar a su antepasado. Gracias a su testimonio, y al de algunos miembros de su familia, pude ver más allá de este personaje histórico para convertirlo en un personaje de novela.

A Daniel Liebshon por las lecturas cruzadas y por la genialidad que aporta a todas las actividades que emprende y, por supuesto, por haberme deleitado con *Filomeno.*

A mis editores Laura Lara y Jorge Solís, así como a todo el equipo del Grupo Santillana, por creer en mi trabajo y por ayudarme a mejorarlo.

A Iñigo Laviada, q.e.p.d., por su libro *Mansos, mensos y hospitalarios,* el primer texto literario sobre el molino de Santo Domingo, y a la familia Laviada Hernández por haberme prestado las cartas y documentos que encontraron en su casa del molino.

A Alfonso de María y Campos, autor de *José Yves Limantour,* quien con esa biografía logró que me interesara en una de las figuras claves de la política mexicana de finales del siglo XIX.

Al maestro José Manuel Mijares y Mijares, q.e.p.d., a quien le debo todo lo que sé en materia de restauración arquitectónica. Gracias a sus enseñanzas comprendí la importancia de los edificios antiguos, los guardianes de nuestra historia, pero también de nuestro espíritu.

A Nicola Romeo Montecchi, quien es una pieza clave en mis proyectos literarios, tanto por su entusiasmo, como por la riqueza de su imaginación y la dureza de su crítica.

A Marcela Ramírez, quien espulgó para mí los archivos de la Biblioteca de la Casa de la Bola, siendo directora del museo homónimo.

A Jay Rodríguez y a Miguel Barnet, por haberme regalado a mi perro Amado, el primero, y su libro de poesía el segundo. Ambos me acompañaron en los eternos días de encierro que me tomó escribir esta novela.

A Carlos Slim Domit, por leerme con puntualidad y por proporcionarme muchos de los libros con los que documenté esta historia.

A Simone Tabacci, y a su padre Bruno, por leerme a pesar de no hablar español y alentarme en los momentos de crisis.

A Enrique Vega, merlín de bolsillo, y a las magias que pretenden protegerme de los muertos, y también de los vivos.

A mis maestros, César Blanco, Antonio Malpica y Guadalupe Alemán, por las tardes de reunión literaria en el Castillo de Chapultepec que gracias a la hospitalidad del entonces titular del Alcázar, Salvador Rueda, fue el marco ideal para sus clases.

A mis compañeros de estudios, Aída Kassin, Rocío Villagarcía, Susana Escalante, José Ignacio Conde, Adam Schranger, Jorge Eduardo Laris y los doctores Carlos Xavier Sánchez y Onofrio Valderrama, por acompañarme en la construcción de este libro. Les deseo lo mejor en sus respectivos proyectos literarios.

Al Acervo del Centro de Estudios de Historia de México de la Fundación Condumex, a la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, a la Hemeroteca Nacional y a su Fondo Reservado, al que accedí gracias a la maestra Margarita Enríquez, al Instituto Nacional de Antropología e Historia y a todas esas instituciones que se encargan de resguardar los archivos de nuestro pasado.

A los tantos autores que hacen de la historia sus historias y cuyos escritos en esta ocasión me inspiraron: Héctor Aguilar Camín, Isabel Allende, Paul Auster, Fernando Benítez, Andrea Camilleri, Luigi Capuana, Alejo Carpentier, Héctor De Mauleón, Federico De Roberto, Fernando Del Paso, Joan Didion, Umberto Eco, Oriana Fallaci, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Martín Luis Guzmán, Enrique Krauze, Claudio Magris, Thomas Mann, Francisco Martín Moreno, Ángeles Mastretta, Arturo Pérez Reverte, Philip Roth, Carlos Ruiz Zafón, Juan Rulfo, Ernesto Sábato, Enrique Serna, Paco Ignacio Taibo II, Giuseppe Tomasi di Lampedusa, Marguerite Yourcenar, Mario Vargas Llosa y muchos más.

A todas las personas que en los ocho años que me tomó terminar esta novela, me ayudaron, leyeron o inspiraron, y a todos aquellos que no temen llenar su mundo de fantasmas, aunque sea para no quedarse solos.



Santillana Ediciones Generales, SA de CV
Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias
CP. 03240, teléfono 54 20 75 30
www.sumadeletras.com/mx

ISBN: 978-607-11-1923-0

Conversión a eBook: **ICG** Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.



Suma es un sello editorial del Grupo Santillana

www.sumaeditorial.com/mx

Argentina
www.librosaguilar.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.librosaguilar.com/bo
Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.librosaguilar.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.librosaguilar.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.librosaguilar.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.librosaguilar.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.librosaguilar.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.librosaguilar.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.librosaguilar.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.librosaguilar.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.librosaguilar.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.sumaeditorial.com/mx
Av. Río Mixcoac 274,
Col. Acacias

México, 03240, D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.librosaguilar.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.librosaguilar.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.librosaguilar.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.librosaguilar.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.librosaguilar.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.librosaguilar.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.librosaguilar.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51